

Winston
Groom

Gump
& Co.



Lectulandia

Secuela de Forrest Gump.

¿Cómo es posible que una persona con un coeficiente intelectual tan bajo y tan lenta en razonamiento pueda llegar a ser un héroe nacional? ¿Cómo puede ser que alguien considerado unánimemente como idota consiga ser una estrella del deporte? ¿O miembro de una tripulación espacial? ¿O millonario? ¿O jugador de ajedrez? La respuesta es sencilla: porque esa persona es Forrest Gump.

Lectulandia

Winston Groom

Gump & Co

ePUB v1.3

Perseo 18.05.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Gump & Co.*

Winston Groom, 1995

Traducción: Mercé López

Diseño/retoque portada: Perseo, basada en la original

Editor original: Perseo (v1.0 a v1.3)

Corrección de erratas: Volao y Alex Pao

ePub base v2.0

*A mi encantadora esposa, Anne-Clinton Groom, que
ha compartido con Forrest tantos años felices.*

LA PLEGARIA DEL NECIO

Llegado el fin de su real festejo, porque le distrajera de cuidados, gritó el Rey al bufón: «Arrodillaos, Don Necio, y decid por nos un rezo».

Dejó el bufón sonajas y sombrero, sin demostrar dolor tras la sonrisa, y viéndole la corte de tal guisa, rieron todos, del último al primero.

Pagándoles con venias el desprecio, en un cojín de seda arrodillado, volvió al cielo la súplica el esclavo: «Piedad, Señor, de aqueste pobre necio».

Calló la corte ante el real silencio; saliendo a su jardín, do no lo vieran, el monarca rezó, la voz muy queda: «Piedad, Señor, de aqueste pobre necio».

EDWARD ROWLAND SILL, 1868

Antes de empezar, hay algo que quisiera decir: todos podemos equivocarnos; por eso hay que poner siempre un tapete debajo de la escupidera. Y dicho esto, ahí va un buen consejo: jamás se os ocurra dejar que alguien convierta en película la historia de vuestra vida. No me refiero a que lo haga bien o mal; eso es lo de menos. Hablo de todos los pelmazos que no pararán de acosaros, de acribillaros a preguntas, de meteros cámaras de televisión en las narices, de pedir os autógrafos, de decir os qué tíos tan geniales sois. ¡Ja! Amigos, si la gilipollez pudiera embotellarse, me haría botellero y ganaría más dinero que Donald Trump, Michael Mulligan e Ivan Bozovsky juntos. Pero ya volveremos a ese tema un poco más adelante.

Dejad que primero os ponga al corriente de los últimos avatares de mi triste historia. En los últimos diez años y pico me han pasado un montón de cosas. Para empezar, soy diez años y pico más viejo, que no es moco de pavo. Me han salido unas cuantas canas y ya no soy tan rápido como antes: me di cuenta enseguida cuando intenté volver a ganarme la vida en el fútbol.

Eso pasó en Nueva Orleans. Después de muchas peripecias había ido a parar precisamente allí. Estaba solo y trabajaba de barrendero en un local de striptease llamado Wanda's que no cerraba hasta eso de las tres de la madrugada, de manera que tenía casi todo el día libre. Una noche —yo estaba sentado en un rincón contemplando las evoluciones de mi amiga Wanda— se armó una pelea fenomenal al pie del escenario. Mientras las mujeres chillaban, el grupo de alborotadores intercambiaba insultos y coscorriones, y lanzaba por los aires sillas, mesas y botellas de cerveza. Al principio no me alarmé demasiado —al fin y al cabo, cada noche pasaba lo mismo al menos un par de veces—, hasta que me pareció reconocer a uno de los que armaban jaleo.

Era un tipo robusto, y me llamó la atención la manera como empuñaba una botella que estaba a punto de convertir en arma arrojadiza. No había visto un estilo igual desde mis tiempos en la Universidad de Alabama. Quién lo iba a decir: era el viejo Snake, el capitán de nuestro equipo, el mismo que había enviado el balón fuera del campo en el cuarto down para detener el cronómetro. Fue el día en que jugamos aquel partido del Orange Bowl contra los comequicos del Nebraska, hacía veinte años. Por culpa de aquella jugada perdimos el partido, y por culpa de aquel partido me fui a Vietnam, y... En fin, dejemos las batallitas para otro momento.

A lo que iba. Me fui a donde estaba Snake y le arrebaté la cerveza de la mano. El viejo capitán se alegró tanto de verme que me arreó un puñetazo en todo el cráneo, una idea poco afortunada visto el esguince de muñeca con que acabó. Mientras él seguía gritando y soltando improperios llegó la poli y se nos llevó a todos a la comisaría. No era la primera vez que daba con mis huesos en la cárcel, así que no fue lo que se dice una gran novedad. A la mañana siguiente, cuando todos volvían a estar sobrios, el celador nos trajo salchichas ahumadas y pan duro y nos preguntó si queríamos llamar a alguien para que viniera a soltarnos. Snake cogió un cabreo de campeonato:

—Forrest, cada vez que me tropiezo contigo acabo metido en un lío. Te echo la vista encima al cabo de no sé cuántos años y mira lo que pasa: ¡me despierto en la cárcel! —Me limité a decir que sí con la cabeza. Snake tenía toda la razón.

Al final vino un tipo con cara de pocos amigos que nos sacó a todos bajo fianza: a Snake, a sus compinches y a mí.

—Por cierto —me preguntó Snake—, ¿puede saberse qué demonios hacías tú en ese tugurio? —Cuando le dije que era el encargado de la limpieza, me miró extrañado—. Pero hombre, ¿no tenías el negocio de las gambas en Bayou La Batre? ¿Qué se hizo de todos tus millones? —Y tuve que explicarle la triste historia de cómo se hundió mi negocio.

No tardé mucho en hartarme de ser un magnate de la industria. Pronto decidí seguir mi propio camino y dejar el timón de la empresa en manos de mamá y de mis dos amigos, el teniente Dan de Vietnam y el señor Tribble, que fue quien me enseñó a jugar al ajedrez. El primer contratiempo fue la muerte de mamá; y no tengo nada más que decir sobre eso. Después vino la llamada del teniente Dan diciéndome que dejaba el negocio porque ya había ganado más dinero del que necesitaba. Y luego el remate, aquella carta de Hacienda: me acusaban de haber evadido impuestos y me decían que iban a clausurarme el negocio y a embargarme los barcos, los locales y todo lo demás. Cuando llegué a Bayou La Batre a ver qué pasaba me encontré con que ya no había nada que ver. Quién lo iba a decir. Los locales estaban prácticamente vacíos, las malas hierbas se habían adueñado de todo, los teléfonos habían desaparecido, la electricidad estaba cortada, y el juez había clavado un cartelito en la entrada para advertir del «embargo» de todas las instalaciones.

Fui a ver al padre de Bubba para averiguar qué había sucedido. No sé si os acordaréis de mi compañero Bubba; nos hicimos amigos en Vietnam, que es donde lo mataron. El padre de Bubba siempre me había ayudado, y por eso pensé que estaría dispuesto a contarme toda la verdad. Lo encontré sentado a la puerta de su casa, un poco alicaído.

—¿Qué ha pasado con el negocio de las gambas? —le pregunté.

El viejo movió la cabeza como si quisiera decir que no.

—Forrest —me dijo—, lamento tener que darte noticias tan tristes. Me temo que estás arruinado, hijo.

—Pero ¿cómo ha sido? —insistí.

—Traición —fue su escueta respuesta.

Y entonces me contó toda la historia. Mientras yo estaba en Nueva Orleans, el bueno del teniente Dan convenció a Sue, mi amigo con cara de mono —de orangután, para ser exactos—, de que lo acompañara a Bayou La Batre y le ayudara a solucionar los problemas del negocio. Los problemas consistían simplemente en que nos estábamos quedando sin gambas. Al parecer, el mundo entero quería comer gambas. Incluso en Indianápolis, donde unos años antes ni siquiera habían oído hablar del marisco, no había chiringuito que no tuviera gambas en el menú. Pescamos tantas gambas como pudimos, pero nada dura eternamente y las gambas no son una excepción. Al cabo de unos cuantos años las capturas se habían reducido a la mitad. De hecho, nosotros no éramos los únicos con problemas: el sector entero se había echado a temblar.

El padre de Bubba no estaba al tanto de los detalles, pero fuera lo que fuera lo que ocurrió después, lo cierto es que el negocio fue de mal en peor. Para empezar, se marchó el teniente Dan. El padre de Bubba me contó que lo vio alejarse en una gran limusina. Iba acompañado de una señora con peluca rubia yeyé y zapatos de tacón de aguja, y sacaba por la ventanilla dos botellas de champaña gigantes. Luego se fue el señor Tribble. Así, sin más. Y después, a medida que se acumulaban los atrasos, se fueron yendo todos los demás, hasta que sólo quedó una persona para atender las llamadas. Y cuando la compañía telefónica se llevó los aparatos, el bueno de Sue tuvo que irse también. Debió de parecerle que ya no servía para mucho.

—Supongo que se llevaron todo tu dinero, hijo —dijo el padre de Bubba.

—¿Quién? —le pregunté.

—Todos ellos —respondió—. Dan, el señor Tribble, las secretarias, los pescadores, las fregonas... Todos ayudaron a vaciar el local. Hasta Sue. La última vez que lo vi asomaba la nariz tras una esquina con un ordenador bajo el brazo.

Menuda retahíla de malas noticias. La verdad es que no daba crédito a mis oídos. Dan, el señor Tribble... ¡Hasta el bueno de Sue!

—Resumiendo —continuó el padre de Bubba—: te han dejado limpio.

—Sí —le dije yo—, no es la primera vez.

En fin, ya no tenía mucho sentido preocuparse por el dinero. Podían quedarse con él. Aquella noche fui hasta uno de nuestros muelles y me senté a meditar. Salió la luna, un hermoso semicírculo que se elevó sobre el paso del Misisipi y se quedó flotando por encima del agua. Pensé que todo aquello no habría ocurrido si mamá hubiera estado allí. También pensé en Jenny Curran —o en Jenny Loquefuera, si ya no usaba el apellido de soltera— y en el pequeño Forrest, mi hijo. Recordé que le

había prometido cederle mi parte del negocio para que el pequeño Forrest tuviera ese respaldo en caso de necesitar dinero. ¿Qué voy a hacer ahora? —pensé—. Estoy arruinado. Sin blanca. Ya sé que eso no significa nada cuando se es joven y no se tienen responsabilidades, pero entonces... Jolín. Allí estaba, con más de treinta años, intentando hacer algo por el bien del pequeño Forrest, y ¿qué es lo que había conseguido? Volver a estropearlo todo. La misma historia de siempre.

Me levanté y fui andando hasta el extremo del embarcadero. La luna continuaba flotando por encima del agua. De repente sentí ganas de llorar. Me incliné sobre uno de los grandes pilares que sostienen el embarcadero y... no os lo vais a creer: la madera cedió y me arrastró con ella al agua. Debía de estar podrida. Jolín. Allí estaba otra vez, hecho un perfecto idiota, con el agua hasta la cintura. Os aseguro que en aquel momento no me habría importado que me devorase un tiburón o cualquier bicho parecido. Pero no había ningún escualo por los alrededores, así que salí del agua como pude y cogí el primer autobús de vuelta a Nueva Orleans. Llegué con el tiempo justo para barrer el bar.

Un par de días más tarde, el viejo Snake se dejó caer por el local poco antes de la hora de cerrar. Llevaba la mano vendada y entablillada por culpa del esguince y de mi cabeza dura, pero no había venido a verme por eso.

—Gump, a ver si me aclaro —me dijo—. Después de todo lo que has hecho en esta vida, ¿te vas a conformar con ser la escoba de un antro semejante? Tú te has vuelto loco, chico. Oye, ¿aún corres tan deprisa como en la Universidad?

—No tengo ni idea, Snake —confesé—. No he estado practicando mucho que digamos.

—Mira, vamos a hacer una cosa. No sé si te habrás enterado, pero ahora soy capitán de los Saints de Nueva Orleans. Y como puede que ya sepas, no nos va demasiado bien últimamente. Llevamos ocho derrotas y no hemos ganado ni un triste partido en lo que va de Liga. Todo el mundo nos da por muertos. El próximo fin de semana tenemos que jugar contra los Giants de Nueva York y al paso que vamos, la madre que los parió... será el cero a nueve y seguramente mi finiquito.

—¿Capitán de fútbol? —le pregunté—. ¿Sigues jugando al fútbol?

—¿Y a qué quieres que juegue, so merluzo? ¿A las damas chinas? Oye, necesitamos algo especial para ganar a los Giants el domingo, y creo que tú podrías ser nuestro as en la manga. No te costará mucho ponerte al día, bastará con un par de partidillos. Y si lo haces bien... aún estás a tiempo de hacer carrera en el deporte.

—Caramba, Snake, no sé qué decir. La verdad es que no he vuelto a jugar a fútbol desde que tiraste ese pase fuera en el cuarto down para parar el cronómetro y nos quedamos sin título por culpa de aquellos comequicos de...

—Joder, Forrest, no me lo recuerdes otra vez. ¡Han pasado veinte años! Ya nadie se acuerda de eso... excepto tú, parece. Por todos los santos, hombre, ¿te vas a quedar

aquí, fregando un bar de mala muerte a las dos de la madrugada, en vez de aprovechar la oportunidad de tu vida? ¿Eres tonto o qué?

Estaba a punto de contestar que sí a la última pregunta cuando Snake me interrumpió y empezó a garabatear algo en una servilleta de papel.

—Mira, ésta es la dirección del campo de entrenamiento. Quiero que estés allí mañana, a la una en punto. Enseña esta nota en la puerta y di que vienes a verme.

Cuando se marchó, me metí la servilleta en el bolsillo y terminé de adecentar el local. De vuelta a casa, me quedé echado en la cama toda la noche, hasta el alba, pensando en lo que me había dicho Snake. Quién sabe —me dije—, tal vez tenga razón. Además, por probar tampoco se perdía nada. Pasé revista a mis días de universitario en Alabama, me acordé del entrenador Bryant, de Curtís, de Bubba y de todos los demás. ¡Qué tiempos aquéllos! Los recuerdos me llenaron los ojos de lágrimas. No en vano había sido probablemente la época más feliz de mi vida: los gritos del público enfervorecido, una victoria tras otra... En fin, me vestí y salí de casa a buscar algo para desayunar. A la una en punto mi bicicleta y yo estábamos en la entrada del campo de entrenamiento de los Saints de Nueva Orleans.

—¿Cómo dices que te llamas? —me preguntó el vigilante cuando le enseñé la servilleta de Snake, mirándome de arriba abajo con expresión desconfiada.

—Forrest Gump. Snake y yo jugábamos en el mismo equipo.

—Ya —masculló—. Eso es lo que dicen todos.

—Pero yo lo digo de veras.

—Bueno, espera aquí un momento.

Volvió a mirarme, esta vez con cara de asco, y desapareció tras una puerta. Al cabo de unos minutos regresó meneando la cabeza.

—De acuerdo, señor Gump. Sígame. —Y me condujo hasta los vestuarios.

Amigos, yo había visto tipos fornidos en mi época —todavía me acuerdo de los jugadores de la Universidad de Nebraska, y os aseguro que eran un puñado de grandullones—, pero lo que había en aquel vestuario... Aquellos tipos no eran grandes, ¡eran gigantes! Por si aún no os lo había dicho, mido un metro noventa y ocho y peso casi ciento diez kilos, que se dice pronto. Pero los compañeros de Snake pasaban tranquilamente de los dos metros y debían de pesar casi doscientos kilos... Uno de ellos, vestido más o menos de reglamento, vino hacia mí y me preguntó:

—¿Buscas a alguien, veterano?

—Sí —le dije—, busco a Snake.

—Pues hoy no lo encontrarás aquí. El entrenador lo ha mandado al médico por un esguince que se hizo peleándose con un cabeza de chorlito en un bar.

—Sí, ya lo sé —admití.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—No lo sé —respondí—. Snake dijo que me pasara por aquí a ver si queráis que

jugara con vosotros.

—¿Jugar? ¿Con nosotros? —el tipo entornó los ojos con incredulidad.

—Eso dijo. Snake y yo jugamos juntos en Alabama. Ayer por la noche me pidió que...

—Alto ahí —me interrumpió—. ¿Tú no serás por casualidad el famoso Forrest Gump?

—El mismo que viste y calza.

—Vaya, vaya... He oído hablar mucho de ti, Gump. Snake dice que eres más rápido que una bala.

—Bueno, la verdad es que no lo sé. Hace mucho que no corro.

—Mira, hagamos una cosa. Snake me pidió que te diera una oportunidad. Por de pronto, vente conmigo y te vestiremos como Dios manda... Por cierto, me llamo Hurley. Soy el preparador de los receptores.

El entrenador me acompañó a donde guardaban los uniformes y me dio un equipo completo. Caramba, cómo había cambiado todo desde los tiempos de la Universidad. Los uniformes de hoy en día no tienen nada que ver con el que llevábamos entonces: ¡hay goma y espuma por todas partes! Cuando acabas de ponértelo todo pareces un marciano o algo peor, y al levantarte tienes la sensación de que vas a caerte de bruces. En fin, cuando terminé de vestirme los demás ya estaban en el campo haciendo ejercicios de calentamiento. El entrenador Hurley estaba practicando pases con su grupo y me hizo señas de unirme a ellos y ponerme a la cola.

Aún me acordaba de esa parte gracias a mis días de jugador: corres diez yardas, te das la vuelta y esperas el pase. Cuando me llegó el turno salí corriendo, me di la vuelta y me encontré con un balón entre ceja y ceja. Me sorprendió tanto que perdí el equilibrio y me caí. El entrenador meneaba la cabeza como si no pudiera creer lo que había visto mientras yo me apresuraba a volver al final de la cola. Cuatro o cinco intentos más tarde seguía sin rascar bola. El resto del equipo empezó a guardar las distancias como si me hubiera abandonado el desodorante.

Al cabo de un rato el entrenador empezó a gritar y a meter bulla hasta que los muchachos se colocaron en posición para ensayar una escaramuza. Se dividieron en dos equipos y practicaron unas cuantas jugadas. El entrenador Hurley me llamó a su lado.

—De acuerdo, Gump —dijo—. No sé por qué me presto a estas cosas, pero quiero ver cómo te portas jugando de receptor. Vamos a ver si ahora coges la pelota de una puñetera vez. Así Snake no será el hazmerreír del equipo cuando vuelva, si es que vuelve. Ni yo tampoco, de paso.

Me reuní con el resto del equipo y les dije lo que había. El capitán me miró como si me hubiera vuelto loco, pero obedeció.

—Está bien. Ocho-cero-tres al córner, a la de dos. Gump, tú corres veinte yardas sin parar, echas un vistazo y te das la vuelta. ¿Entendido?

Todos rompieron filas y se colocaron en su sitio. Yo no sabía exactamente dónde estaba el mío, así que me puse en medio hasta que el capitán me vio y me dijo que no tan lejos. Un, dos, y alguien agarró el balón. Yo salí disparado, avancé lo que me pareció que eran veinte yardas, hice un amago y miré hacia atrás. Efectivamente, el balón venía directo hacia mí, y antes de darme cuenta lo tuve entre las manos. Lo agarré fuerte y eché a correr tan rápido como pude. Había adelantado lo menos veinte yardas más cuando otros dos jugadores consiguieron alcanzarme y derribarme.

Y entonces se armó el gran zafarrancho.

—¡Pero de qué va este tío! —gritó uno de los muchachos.

—Eso no vale. ¿Se puede saber qué coño hace este cretino? —dijo otro.

Dos o tres jugadores más se acercaron y empezaron a gritar y a decir palabrotas y a hacer aspavientos hacia donde estaba el entrenador Hurley. Yo me levanté del suelo y volví a la carrera junto a mis compañeros.

—¿Qué les pasa? —pregunté al capitán.

—Son tan estúpidos que no saben cómo reaccionar cuando ven algo nuevo. Eso es lo que les pasa. Esperaban que hicieras exactamente lo que te he dicho: veinte adelante, amago y al córner.

Y tú sólo has seguido la mitad de las instrucciones, ¡y al revés, además! Esa jugada no está en el manual. Menos mal que he adivinado lo que te proponías, tío. Enhorabuena.

El resto de la tarde atrapé cinco o seis pases más, y todos parecían muy contentos. Bueno, todos menos los defensas. Para entonces Snake ya había vuelto del médico y seguía el entrenamiento desde la línea de banda, dando saltos de alegría y con una sonrisa de oreja a oreja.

—Forrest —me dijo al acabar el partidillo—, el domingo por la tarde vamos a darles una buena lección a los Giants de Nueva York. Bendita sea la hora en que se me ocurrió entrar en aquel garito.

La verdad es que yo no me sentía tan optimista.

En fin. Estuve entrenando el resto de la semana y debo admitir que al llegar el domingo me sentía bastante en forma. Snake ya no llevaba la mano entablillada, y volvía a estar al frente del equipo. Los dos primeros tiempos jugó al límite de sus fuerzas. Gracias a eso llegamos al descanso con sólo veintidós tantos de desventaja.

—Atento, Gump —dijo el entrenador—, escúchame bien: vamos a enseñar a esos Giants de Nueva York lo que vale un peine. Creo que hemos conseguido inspirarles una falsa sensación de seguridad. Estoy seguro de que piensan que el resto del partido va a ser un paseo, y quiero que tú les demuestres lo equivocados que están. —Hurley

y los demás preparadores siguieron diciendo sandeces hasta que llegó la hora de volver al campo.

En la primera jugada uno de los nuestros la pifió en el saque y tuvimos que retroceder hasta la primera yarda. El entrenador tenía razón: no cabía duda de que habíamos conseguido inspirar a los Giants una falsa sensación de seguridad. Hurley me dio una palmadita en el trasero y salí a jugar. La multitud enmudeció de repente, y acto seguido empezó a oírse una especie de murmullo. Supongo que fue porque nadie había tenido tiempo de incluir mi nombre en el programa.

Al verme pisar el campo, Snake me miró con los ojos encendidos y me dijo:

—Venga, chico, ahora o nunca. ¡A por ellos! —El capitán envió la jugada y yo me fui hacia la banda. Al final de la cuenta atrás salí corriendo a toda pastilla, me di la vuelta y... ni rastro del balón. Snake seguía en el fondo del campo intentando quitarse de encima a cinco o seis hombres de los Giants, dando vueltas y más vueltas en nuestra propia zona de anotación. Debía de llevar lo menos cien yardas en posesión del balón: lástima que no hubiera corrido en la dirección apropiada.

—Lo siento —se disculpó mientras formábamos el siguiente corro. Y, antes de continuar, se agachó, sacó una petaquita de plástico de los pantalones y bebió un buen trago.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—Zumos de naranja cien por cien, animal —me espetó—. ¿O es que crees que a mi edad aún voy por ahí bebiendo whisky?

Dicen que hay cosas que nunca cambian, pero también dicen que los prodigios no conocen fin. Yo no lo sé, aunque me alegré de que el viejo Snake hubiese sentado la cabeza.

Pero volvamos al partido. Snake envió la misma jugada y yo salí corriendo otra vez. El público ya había empezado a abuchearnos y a alfombrar el campo con vasos de papel, programas y salchichas mordisqueadas. Esta vez, al volverme, me di de narices con un tomate en avanzado estado de descomposición que algún miembro del público se había traído de la despensa para expresar su descontento. O eso me pareció. Como ya podéis suponer, el impacto me dejó un poco aturdido, de modo que me llevé las manos a la cara en un acto reflejo y... quién lo iba a decir: allí me estaba esperando el balón. El pase de Snake llevaba tanta fuerza que me tiró de espaldas, pero al menos no perdimos el balón. Algo es algo.

El partido continúa. En el primer down conseguimos diez yardas de las veinte que necesitamos y el capitán vuelve a enviar la misma jugada. Mientras intento limpiarme la cara de tomate, oigo la voz de Snake:

—Ten cuidado con lo que cae de la tribuna. Pero no te lo tomes demasiado a pecho: por aquí es costumbre.

Pues menuda costumbre, caramba.

Vuelta a empezar. Esta vez, antes de colocarme en mi sitio, me llega a los oídos una retahíla impresionante de maldiciones e insultos dirigidos a mí. ¿Y a quién creéis que me encuentro al levantar la vista? ¡Al mismísimo Curtis, el defensa de mi equipo de Alabama! Y vestido con el uniforme de los Giants de Nueva York nada menos.

No sé si os acordaréis de Curtis. Durante un tiempo fue mi compañero de habitación en la Universidad. Para ser más exactos, lo fue hasta el día en que se le ocurrió tirar un motor fuera borda por la ventana de la residencia de deportistas y hacerlo aterrizar en un coche de la policía. Aquel pronto le acarreó más de un problema. Más tarde también trabajó conmigo en el negocio de las gambas de Bayou La Batre. Desde que lo conocí —y de eso hacía unos cuantos años—, nunca le había oído decir una sola frase sin tomar carrerilla con al menos una docena de blasfemias. Por eso a veces era difícil entender lo que quería, sobre todo en momentos como aquél, cinco segundos antes de que empezara una nueva jugada. Decidí saludarlo con la mano para ahorrar tiempo, y eso lo desconcertó tanto que desvió la vista hacia otro de sus compañeros. En ese preciso instante acabó la cuenta atrás. Pasé a su lado como una exhalación y continué avanzando a pesar de que el muy bribón intentó ponerme la zancadilla. El pase de Snake me cayó en las manos. Ni siquiera tuve que reducir velocidad. Seguí corriendo hacia el fondo del campo y... ¡anotación!

El equipo entero se abalanzó sobre mí, felicitándome, abrazándome y todo eso. Mientras volvía a mi sitio Curtis se me acercó y dijo: —Enhorabuena, mamón —lo que, viniendo de Curtis, era todo un cumplido. En ese momento alguien le arreó un tomatazo en plena cara. Era la primera vez que veía a Curtis sin habla, y la verdad es que me dio lástima.

—Oye, Curtis —lo animé—, no te lo tomes demasiado a pecho. Es sólo una costumbre de Nueva Orleans, como cuando llega el desfile de Carnaval y tiran cosas a la gente desde las carrozas. —Pero el horno de Curtis no estaba para bollos, así que se fue derecho hacia la tribuna gritando, insultando y repartiendo cortes de mangas a diestro y siniestro. El bueno de Curtis, siempre tan impulsivo...

No se puede negar que fue una tarde muy amena. Al llegar el cuarto tiempo ya nos habíamos adelantado en el marcador con un tanteo de veintiocho a veintidós, y un servidor aseguró la victoria con una carrera de cuarenta yardas. El pase me lo envió el capitán suplente mientras Snake estaba en la banda esperando a que acabaran de zurcirle la pierna que le había mordido uno de los Giants. Durante la última parte del encuentro el público nos estuvo animando al grito de «¡Gump, Gump, Gump!», y cuando llegó el final, un montón de periodistas y fotógrafos —cien o así— saltaron al campo y me rodearon: todos querían saber quién era yo.

Después de aquel partido mi vida dio un giro total. Los Saints me extendieron un cheque de mil dólares por aquel primer partido contra los Giants. Al cabo de una semana, jugando contra los Bears de Chicago, conseguí tres puntos más. Entonces a

los directivos se les ocurrió una manera de pagarme que «incentivaba mi rendimiento», como decían ellos, y que consistía en lo siguiente: cobraba mil dólares por cada pase que atrapaba, y diez mil dólares por cada tanto anotado. Cuatro partidos más tarde ya tenía casi sesenta mil dólares en mi cuenta corriente, habíamos conseguido seis victorias consecutivas y el equipo empezaba a escalar puestos en la Liga. La semana de mi partido número siete, antes de jugar contra los Lions de Detroit, envié un cheque de treinta mil dólares a Jenny Curran, para el pequeño Forrest. Dimos una auténtica paliza a los Lions, y lo mismo ocurrió con los Redskins, los Coks, los Patriots, los 49ers y los Jets, por ese orden. Decidí enviar a Jenny otros treinta mil dólares. Calculaba que para cuando llegaran las semifinales ya no tendría que volver a preocuparme por el dinero.

Pero la realidad fue muy distinta.

Nos proclamamos campeones de nuestro grupo y nos clasificamos para la última fase de la eliminatoria. Teníamos que visitar a los Cowboys de Dallas en su propio campo, pero los pronósticos eran favorables a nuestro equipo. Los chicos estaban motivados y había buen ambiente en los vestuarios: bromitas con las toallas y ese tipo de cosas. Incluso Snake había dejado de beber y se encontraba en plena forma.

Un buen día se me acercó uno de los muchachos y me dijo:

—Oye, Gump, ¿a qué esperas para contratar a un agente?

—¿Un qué? —pregunté.

—Un agente, so memo. Alguien que hable en tu nombre y te consiga todo el dinero que quieras. Te están tomando el pelo, tío. Bueno, nos lo están tomando a todos, pero al menos nuestros agentes se encargan de mantener a raya a los cerdos de la directiva. Joder, tío, deberías estar ganando el triple de lo que te dan.

Seguí el consejo de mi compañero y contraté los servicios de un agente: el señor Butterfield.

Lo primero que hizo el señor Butterfield fue pelearse con los directivos de los Saints, que no tardaron en querer hablar conmigo. Era evidente que estaban muy enfadados.

—Gump —me advirtieron—, tú mismo aceptaste cobrar mil dólares por pase y diez mil dólares por tanto hasta el final de la temporada. Ahora resulta que no estás de acuerdo con el contrato. ¿Qué demonios significa esta actitud?

—No lo sé —confesé—. Yo sólo quería al agente para...

—¡Butterfield! Si eso es un agente, yo soy Napoleón Bonaparte. Pero ¿no te das cuenta de que es un canalla?

Cuando respondí que no, me contaron que el señor Butterfield había amenazado con no dejarme participar en las semifinales si no me triplicaban las primas.

—Entérate bien, Gump: si dejas de jugar un solo partido por culpa de este ridículo intento de atraco a mano armada —me amenazó el propietario—, no sólo te echaré

del equipo de una patada en el culo, sino que me encargaré personalmente de que no vuelvas a jugar al fútbol en toda tu vida. A no ser en el parque. ¿Está claro?

Dije que estaba clarísimo y volví al entrenamiento.

Aquella semana tomé por fin la determinación de abandonar mi otro trabajo en el local de Wanda's. La verdad es que el pluriempleo empezaba a hacer mella en mis fuerzas. Wanda dijo que lo entendía perfectamente y que, de todos modos, ya tenía intención de despedirme porque no era «digno» que un miembro de un equipo de nombre celestial fuera conserje de un local de mala nota.

—Además —añadió—, la gente ya no viene a verme a mí, sino a ti, pazguato.

En fin. El día antes de salir para Dallas fui a la oficina de correos a recoger una carta. El matasellos era de Mobile, Alabama, y la enviaba la madre de Jenny. La verdad es que siempre me había excitado un tanto tener noticias de Jenny o de alguien relacionado con ella, pero ese día, no sé por qué, tuve un mal presentimiento. Dentro del sobre había otra carta sin abrir: la que contenía mi segundo cheque de treinta mil dólares. Empecé a leer lo que la señora Curran había querido decirme, pero me di por vencido antes de llegar al final. Ojalá estuviera muerto —pensé. «Querido Forrest —decía la carta—, no sé cómo contarte lo que ha pasado. Hace cosa de un mes Jenny se puso muy enferma, y su marido también. Él murió la semana pasada, y Jenny al día siguiente».

La carta decía muchas más cosas, pero no las recuerdo demasiado bien. Releí aquellas primeras líneas una y otra vez. Las manos empezaron a temblarme y el corazón me latía tan deprisa que creí que iba a desmayarme. Jenny no había muerto. ¡Jenny no podía haber muerto! Jenny no. Nos conocíamos desde hacía tantos años, desde que íbamos a la escuela, y la había querido tanto... Jenny era la única persona —además de mamá— a la que había querido de veras. Me quedé paralizado. Lloré tanto que las lágrimas mojaron el papel y emborronaron toda la carta, menos las últimas líneas, que decían:

«Tengo al pequeño Forrest conmigo, y puede quedarse aquí todo el tiempo que haga falta mientras yo pueda cuidar de él; pero no me encuentro demasiado bien, Forrest, así que, si te queda algo de tiempo entre partido y partido, creo que tú y yo deberíamos tener una larga charla».

No estoy seguro de lo que hice a continuación, pero sé que de alguna manera conseguí volver a casa, meter cuatro cosas en una bolsa y coger el autobús de Mobile esa misma tarde. Creo que aquél fue el trayecto de autobús más largo de toda mi vida. No podía dejar de pensar en Jenny y en todos los años que habíamos pasado juntos, y en cómo me había ayudado a salir airoso de todos mis problemas: en la escuela —incluso después de que le rasgara el vestido en el cine sin querer— y en la Universidad. Me acordé de cuando Jenny empezó a cantar en un grupo de música

folk y por mi culpa la echaron —porque el tipo que saqué a rastras de un coche mientras se pegaba el lote con ella resultó ser el del banjo—, y de cuando se unió a Los Huevos Cascados en Boston y yo fui a la Universidad de Harvard y me metí en la obra de Shakespeare... y de otras cosas, como de cuando Jenny estaba en Indianápolis trabajando para una empresa de neumáticos y yo me convertí en luchador profesional y ella tuvo que decirme que estaba haciendo el ridículo... No puede ser cierto, me decía una y otra vez, aunque repetir mis deseos no los hacía realidad. En el fondo lo sabía. En el fondo sabía que era verdad.

Cuando llegué a casa de la señora Curran ya eran casi las nueve de la noche.

—¡Forrest! —gritó al verme, y acto seguido me echó los brazos alrededor del cuello y empezó a llorar; yo tampoco pude contener las lágrimas. Al cabo de un rato entramos en la casa. La señora Curran me trajo un vaso de leche con galletas e intentó explicarme lo ocurrido.

—Nadie sabe con certeza lo que les pasó —dijo—. Cayeron enfermos más o menos a la vez, y a partir de ese momento todo fue muy rápido. Antes de que pudiéramos darnos cuenta ya nos habían abandonado. Jenny no sufrió nada, no te preocupes. Al contrario: estaba más guapa que nunca. Tendida en la cama, como cuando era pequeña, en su cama de siempre. Con su pelo tan largo y tan bonito, y su carita de ángel. Y de pronto, aquella mañana, se...

La señora Curran tuvo que hacer una pausa. Había dejado de llorar y contemplaba la luz de la calle a través de la ventana.

—Cuando entré a verla, ya había muerto. Tenía la cabeza sobre la almohada, como si aún estuviera durmiendo. El pequeño Forrest estaba jugando en el porche y... bueno, no sé si hice bien, pero le dije que entrara a dar un beso a su mamá. Así que entró y le dio un beso. Pero no se dio cuenta de nada; no dejé que se quedara lo suficiente. La enterramos al día siguiente. En la parcela de la familia, en el cementerio de Magnolia, al lado de su papá y de su abuelita. Debajo de un arce plateado. En cuanto al pequeño Forrest... no sé hasta qué punto entiende lo que ha pasado. No sabe lo de su papá. Él murió en Savannah, en casa de sus padres. El angelito sólo sabe que su mamá se ha ido, pero no creo que lo entienda del todo.

—¿Puedo verla?

—¿Verla? —repitió la madre de Jenny...

—La habitación donde estaba; donde estaba cuando...

—Claro que sí, Forrest. Es ésta de aquí. El pequeño duerme ahí dentro, porque sólo tengo dos...

—No quisiera despertarlo —susurré.

—¿Por qué no? —dijo la señora Curran—. Tal vez le haría sentirse mejor.

De modo que entré en la habitación de Jenny. El pequeño Forrest dormía en la cama de su madre ajeno a cuanto sucedía. Tenía un osito de peluche entre los brazos

y un rizo de oro sobre la frente. La señora Curran quiso despertarlo, pero yo le pedí que no lo hiciera. Casi podía ver a Jenny en aquel rostro, plácido y dormido. Casi.

—Será mejor que le dejemos descansar esta noche —dije—. Ya me verá por la mañana.

—Como tú digas, Forrest —concedió la señora Curran. Mientras ella me daba la espalda acaricié la cara del pequeño, que se volvió hacia el otro lado y suspiró levemente.

—Dios mío, Forrest —continuó—, aún no puedo creer que todo esto sea cierto. Ha sido tan rápido. Y parecían tan felices... A veces las cosas nos salen del revés, ¿verdad?

—Sí, señora —le respondí—. Desde luego que sí. —Y salimos de la habitación.

—Bueno, Forrest, ya me imagino que estarás cansado. Puedo hacerte la cama en el sofá del salón.

—Señora Curran, ¿le molestaría que durmiera en la hamaca del porche? Siempre me gustó esa hamaca, sabe. Jenny y yo solíamos sentarnos en ella a...

—Claro que no, hijo. Te traeré una almohada y un par de mantas.

Y eso fue lo que hice. Aquella noche el viento sopló sin descanso, y poco antes de salir el sol empezó a llover.

No fue una noche especialmente fría, sólo una típica noche otoñal de Alabama. De todas maneras, no creo que hubiera conseguido dormir demasiado. No dejé de pensar en Jenny, en el pequeño Forrest y en mi vida, que hasta entonces —me dije— no había sido gran cosa. He hecho muchas cosas, pero casi ninguna bien. Además, tengo la virtud de meter la pata cada vez que algo empieza a irme como es debido. Pero supongo que ése es el castigo que merezco por ser imbécil.

A la mañana siguiente la señora Curran salió a buscarme al porche con una taza de café y una pasta. Llovía menos, pero el cielo seguía encapotado, de un color gris perla oscuro, y aún se oía el retumbar lejano de la tormenta. Parecía que Dios se hubiera vuelto loco.

—Me imagino que querrás ir al cementerio —dijo la señora Curran.

—Sí, supongo que sí —contesté. La verdad es que no sabía si quería ir o no. No sé cómo explicarlo: algo en mi interior me decía que debía hacerlo, pero en realidad era el último lugar adonde quería ir.

—El niño ya está listo —anunció—. No ha vuelto a ir desde... Bueno, creo que le hará bien acompañarte; así se irá acostumbrando.

Miré hacia donde me indicaba la señora Curran y vi al pequeño Forrest tras la mosquitera. Parecía triste y confuso.

—¿Quién eres? —me preguntó.

—¿Cómo que quién soy? Soy Forrest: ¿no te acuerdas de mí? Nos conocimos hace tiempo, en Savannah.

—¿Eres el del mono?

—Eso es. Pero se llama Sue y no es un mono cualquiera: es un orangután de pura raza.

—¿Y dónde está? ¿No ha venido contigo?

—No, esta vez no —respondí—. Creo que tenía cosas que hacer en otra parte.

—Vamos a ver a mi mamá —anunció el pequeño, y noté que se me hacía un nudo en la garganta.

—Sí, ya lo sé —dije al fin.

La señora Curran nos hizo entrar en el coche y nos llevó hasta el cementerio. Me sentí inquieto todo el camino. El pequeño Forrest mantenía sus grandes ojos tristes fijos en la ventanilla, y yo me preguntaba qué demonios iba a ser de todos nosotros.

Por fin llegamos a nuestro destino. Teniendo en cuenta que era un cementerio, debo admitir que resultaba un lugar muy agradable. Avanzamos entre magnolias y robles un buen trecho, pero la señora Curran no se detuvo hasta llegar cerca de un árbol muy grande. Era domingo por la mañana, y a lo lejos se oía un repique de campanas. Al salir del coche el pequeño Forrest se puso a mi lado y se me quedó mirando: lo cogí de la mano y juntos anduvimos hacia la tumba de Jenny. La tierra

seguía empapada de agua de lluvia, y el viento había esparcido muchas hojas por el suelo, que parecía cubierto de estrellas rojas y doradas.

—¿Es ahí donde está mi mamá? —preguntó el pequeño.

—Sí, cariño —respondió la señora Curran.

—¿Puedo verla?

—No, no puedes verla, pero está ahí —dijo la madre de Jenny. Forrest era un muchachito valiente y no lloró en todo el rato, que es lo que habría hecho yo en su caso. Al cabo de pocos minutos recogió una rama del suelo y se alejó jugueteando con ella.

—Aún no me lo puedo creer —murmuró la señora Curran.

—Ni yo tampoco —dije—. No es justo.

—Te estaré esperando en el coche, Forrest. Estoy segura de que quieres estar a solas un rato.

Me quedé allí plantado, anonadado, retorciéndome las manos ante la tumba. Tuve la sensación de que todas las personas a las que había querido habían muerto o desaparecido de algún modo: primero Bubba y mi madre, ahora la pobre Jenny. Había empezado a lloviznar, y vi que la señora Curran salía a buscar al pequeño Forrest y lo metía en el coche. Me disponía a reunirme con ellos cuando oí una voz que me decía:

—No te preocupes, Forrest.

Me di la vuelta de inmediato, pero no vi a nadie.

—He dicho que no te preocupes, Forrest —repitió la voz. Dios mío, era... No, no podía ser. Sí, ¡era Jenny!

El único problema es que seguía sin ver a nadie.

—¡Jenny! —exclamé.

—Sí, Forrest, soy yo. Sólo quería decirte que no pasa nada.

Debo de estar volviéndome loco, pensé. Y de repente la vi. En mi imaginación nada más, supongo, pero la vi, tan guapa como siempre.

—Ahora tendrás que llevarte al pequeño Forrest —me dijo—, y ocuparte de que crezca fuerte, listo y bondadoso. Sé que puedes hacerlo, Forrest, y que tienes un gran corazón.

—¿Cómo voy a hacerlo? —pregunté—. No soy más que un pobre tonto.

—Eso no es cierto, no eres ningún tonto —replicó Jenny—. Puede que no seas el tipo más listo del mundo, pero te aseguro que tienes más sentido común que la mayoría de la gente. Aún tienes toda la vida por delante, Forrest. Aprovéchala. Hace años que te lo vengo diciendo.

—Lo sé, pero...

—Si alguna vez estás en un verdadero aprieto, me tendrás a tu lado. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—No.

—Da lo mismo, allí estaré. Ahora vuelve a casa y haz algo de provecho; empieza a pensar qué vas a hacer de aquí en adelante.

—Jenny, no puedo creer que seas tú.

—Pues lo soy. Anda, vete ya —dijo—. Forrest, a veces te comportas como si ni siquiera supieras para qué sirve un paraguas.

Al final regresé al coche. Iba calado hasta los huesos.

—¿Hablabas con alguien? —me preguntó la señora Curran.

—Más o menos —respondí—. Conmigo mismo, supongo.

Aquella tarde el pequeño Forrest y yo nos sentamos en el salón de la madre de Jenny a ver el partido de los Saints contra los Cowboys. Si es que aquello podía llamarse partido, claro. Los de Dallas anotaron cuatro tantos en el primer tiempo, y nosotros nos quedamos a cero. Intenté ponerme en contacto con el equipo para explicar dónde estaba, pero en los vestuarios nadie cogía el teléfono. Me imagino que cuando llamé ya estaban todos en el campo.

El segundo tiempo fue todavía peor, y al llegar el descanso ya íbamos perdiendo por cuarenta y dos a cero. Todos los comentaristas estaban sorprendidos de que yo no estuviera en el campo y de que nadie conociera mi paradero. Por fin alguien descolgó el teléfono en los vestuarios: era el entrenador Hurley.

—¡Gump, pedazo de alcorcho! —aulló—. ¿Dónde coño te habías metido?

Le conté que Jenny había muerto, pero creo que no lo entendió.

—¿Y quién demonios es Jenny? —gritó.

No era una pregunta fácil de contestar, así que me limité a decir que era una amiga. Entonces se puso al aparato el propietario de los Saints.

—Gump, te advertí que, si dejabas de presentarte a uno solo de los partidos, te echaría a patadas del equipo. Y eso es precisamente lo que estoy haciendo. Estás despedido, mamón.

—No lo entiende —le dije—, se trata de Jenny. No me enteré hasta ayer mismo...

—Déjate de pamplinas, Gump. Lo sé todo de ti y de ese forajido al que llamas agente, Madame Butterfly o como se llame. Esto no es más que otra artimaña para sacarme dinero. Pues entérate bien, Gump: esta vez no te has salido con la tuya. No te atrevas a poner un pie en el estadio nunca más. ¿Me oyes? ¡Nunca más!

—¿Se han hecho cargo de las circunstancias? —preguntó la señora Curran cuando volví a la habitación.

—Sí —mentí—, más o menos.

Así acabaron mis días de gloria en el fútbol profesional.

De repente caí en la cuenta de que debía encontrar un trabajo que me permitiera ayudar a mantener al pequeño Forrest. Jenny había puesto casi todo el dinero que le envié en una cuenta bancaria y, contando los otros treinta mil dólares que la madre de Jenny me devolvió, tendríamos suficiente para cobrar una pequeña renta. Pero los

intereses no bastarían para cubrir todos los gastos, de manera que tuve que ponerme a buscar trabajo.

A la mañana siguiente eché un vistazo a la sección de demandas del periódico. La verdad es que no había mucho donde escoger. En la mayoría de los anuncios se pedían secretarías, vendedores de coches de segunda mano y ese tipo de cosas, y yo pensé que necesitaba algo... algo más digno. Me llamó la atención cierto anuncio de la sección «Varios».

«Agente de promoción. No se precisa experiencia. Cuantiosos ingresos». Indicaba también la dirección de un motel cercano y, por último decía: «Presentarse para entrevista a las diez en punto. Imprescindible ganas de trabajar y don de gentes».

—Señora Curran, ¿qué es un agente de promoción? —pregunté.

—No estoy muy segura, Forrest, pero creo que es... ¿Sabes ese hombre disfrazado de cacahuete gigante que está siempre delante de la tienda de chucherías del centro y va repartiendo muestras entre la gente que pasa? Pues creo que es algo así.

—Ah —dije. La verdad es que esperaba no tener que empezar desde tan abajo, pero aún oía el eco de las palabras «grandes ingresos» dentro de mi cabeza. Además, si el trabajo consistía en hacer de cacahuete o algo parecido, nadie se daría cuenta de quién había dentro del disfraz.

Al final resultó que no se trataba de hacer de cacahuete, sino de otra cosa muy distinta.

—¡El saber! —dijo el tipo—. El mundo entero depende del saber.

La convocatoria había reunido a un total de nueve o diez aspirantes a «agente de promoción» —incluido un servidor— en el motel de mala muerte que correspondía a la dirección del anuncio. Una vez allí nos condujeron hasta una habitación, amueblada con unas cuantas sillas plegables y un teléfono, donde estuvimos esperando veinte minutos aproximadamente. De repente la puerta se abrió y entró un tipo muy bronceado, alto y delgado, vestido con traje y zapatos blancos. No dijo quién era. Se colocó en el centro de la sala y empezó a largarnos un discurso. Llevaba el pelo engominado hacia atrás y un bigotito de petimetre.

—¡El saber! —gritó de nuevo—. ¡Helo aquí!

Acto seguido desplegó una especie de póster y empezó a señalar en él las diversas áreas del saber. Contenía ilustraciones de dinosaurios, de barcos, de cosechas y de grandes ciudades; incluso había dibujos de cohetes y del espacio, de televisores, de radios, de coches y de no sé qué más.

—He aquí la oportunidad de vuestra vida —clamó—: llevar todo este saber a los hogares de nuestros conciudadanos.

—Alto ahí —le interrumpió alguien—. ¿Tiene esto algo que ver con la venta de enciclopedias a domicilio?

—Por supuesto que no —replicó con aire ofendido.

—Pues lo parece —insistió el otro hombre—. Oiga, si no se trata de vender enciclopedias de puerta en puerta, ¿de qué coño se trata?

—Nosotros no nos dedicamos a vender enciclopedias de puerta en puerta —explicó el de blanco—. Nosotros las depositamos en los hogares de nuestros conciudadanos.

—Pues eso es lo que yo llamo vender enciclopedias —protestó—. No te fastidia el...

—Si ésa es su actitud, no creo que deba permanecer ni un minuto más en esta habitación. Sea tan amable de abandonarla para que pueda seguir informando a los demás.

—No tendrá que repetírmelo —masculló el primero mientras se encaminaba hacia la puerta—. Ya me liaron en este embuste de las enciclopedias una vez, y no me dejaré embaucar de nuevo.

—Váyase, en buena hora —dijo el tipo de blanco—, pero sepa que se arrepentirá de esta decisión cuando el resto de sus compañeros sean ricos y famosos. —Y dio tal portazo que la habitación entera tembló. Yo temí incluso que el pomo de la puerta hubiese llegado a acertar las posaderas del prófugo.

Tardamos cerca de una semana en finalizar el período de «entrenamiento». Nuestra preparación consistió en memorizar, palabra por palabra, un discurso en el cual se enumeraban las virtudes de la enciclopedia que pretendíamos vender. Por cierto, ésta llevaba el título de *Compendio de información universal*. Nuestro instructor, el tipo del traje blanco, ocupaba también el cargo de delegado comercial de la empresa editorial en la zona. Su nombre era Trusswell, pero se hacía llamar Fideo. Según decía Fideo, nosotros no nos dedicábamos a vender enciclopedias de puerta en puerta, sino a depositarlas en los hogares de nuestros conciudadanos. La propuesta era la siguiente: regalábamos la enciclopedia al cliente a condición de que él firmase un contrato comprometiéndose a adquirir cada año y durante el resto de su vida un anuario por valor de doscientos cincuenta dólares. De este modo todo el mundo podía disfrutar de una enciclopedia gratis y la compañía podía embolsarse diez mil dólares al año en concepto de beneficios producidos por la venta de unos anuarios cuyo coste de impresión no superaba los cinco dólares por ejemplar. El quince por ciento de cada contrato firmado correspondería a mi comisión, y Fideo se quedaría con un cinco por ciento de la misma. Caray, con aquellas condiciones ¡todo el mundo salía ganando!

Por fin llegó el día —un lunes— de poner en práctica las enseñanzas de nuestro maestro. De acuerdo con las instrucciones recibidas, íbamos vestidos con chaqueta y corbata, recién afeitados y con las uñas bien limpias. Quedaba terminantemente prohibido beber en horas de trabajo. Nos reunimos por última vez en el motel, donde

nos aguardaba una camioneta. Fideo nos hizo subir como si fuéramos ganado y emprendimos camino hacia la ciudad.

—Escuchad con atención —dijo Fideo—. Cada uno de vosotros se bajará en un vecindario distinto. Quiero que busquéis juguetes: columpios, cajones de arena, triciclos... ese tipo de cosas. Recordad que vuestro objetivo son jóvenes progenitores con toda una vida de anuarios por delante. Si no veis niños ni juguetes alrededor de la casa, no perdáis el tiempo.

Obedecimos. Cada uno, yo incluido, tuvo que apearse en un barrio diferente. No eran vecindarios elegantes ni mucho menos, pero Fideo dijo que era mejor así, porque la gente rica es demasiado lista para dejarse engañar. En fin. Puse rumbo a la primera casa con columpios y llamé a la puerta. Me abrió una mujer. Sin pensármelo dos veces, coloqué el pie en el umbral, tal como había aprendido a hacerlo.

—¿Señora, dispone usted de unos minutos? —pregunté.

—¿Tengo aspecto de disponer de nada? —respondió. Llevaba la cabeza llena de rulos y aún iba en camisón. Dentro de la casa se oía alborotar a varios niños pequeños.

—Quisiera hablar con usted sobre el futuro de sus hijos —dije. Así empezaba el discurso que había estado ensayando.

—¿Y se puede saber qué interés tiene usted en el futuro de mis hijos? —replicó con desconfianza.

—Los niños necesitan ampliar sus conocimientos más que nadie —recité.

—¿No será usted uno de esos fanáticos chiflados? —dijo.

—No, señora. Estoy aquí para depositar en su hogar la mejor enciclopedia del mundo.

—¿Una enciclopedia? ¡Ja! —rió—. ¿Le parece a usted que me puedo permitir el lujo de comprar una enciclopedia?

La verdad es que entendía perfectamente su punto de vista, pero aun así seguí adelante con el discurso:

—Verá usted, señora, tal como le he dicho, no le estoy diciendo que compre ninguna enciclopedia. Le estoy diciendo que voy a depositarla en su hogar.

—¿Cómo? ¿Quiere decir que va a prestármela?

—No exactamente —puntalicé—. Si me permite pasar un momento...

La mujer me dejó entrar en la casa y me acompañó hasta la sala de estar. Fideo nos había dicho que, si conseguíamos pasar de la puerta, ya teníamos el contrato en el bolsillo. Desplegué mi material y empecé a explicarle todo tal como Fideo nos había enseñado. Durante los quince minutos que duró el discurso, mi potencial clienta se limitó a mirar y escuchar, incluso después de que tres renacuajos de la edad del pequeño Forrest invadieran el salón y se le echaran encima. Cuando hube terminado la mujer rompió a llorar.

—Señor Gump —dijo—, ojalá pudiera comprarle una enciclopedia, pero no puedo. —Y me contó la triste historia de su vida. Su marido se había fugado con una mujer más joven y la había dejado sin un céntimo. Logró colocarse de cocinera en una cafetería, pero la echaron del trabajo porque un día, vencida por el cansancio, se durmió mientras freía unos huevos e inutilizó la plancha. La compañía eléctrica ya le había cortado el suministro, y la telefónica estaba a punto de hacer lo mismo. Y eso no era todo: también me dijo que necesitaba una operación quirúrgica que no podía costearse y que sus hijos pasaban hambre muy a menudo. Aquella misma noche esperaba la visita del casero; como le había sido imposible reunir los cincuenta dólares del alquiler, el propietario iba a ponerlos de patitas en la calle. Y aún me contó muchas más cosas, pero seguro que ya os habréis hecho una idea.

En fin. Le presté los cincuenta dólares que necesitaba y me fui. Cualquiera se habría compadecido de ella.

Me pasé el resto del día llamando a otras puertas, pero sólo en contadas ocasiones llegué a cruzar el umbral. Más o menos la mitad de los que abrieron —los más compungidos— dijeron que ya habían picado el mismo anzuelo alguna otra vez. Cuatro o cinco personas me cerraron la puerta en las narices, y otra me azuzó un chucho feísimo. Al anoecer, cuando la camioneta de Fideo volvió a recogernos, me sentía agotado y hundido.

—No os preocupéis si el primer día no os ha ido demasiado bien —nos tranquilizó Fideo—. El primer día siempre es el más difícil. Pensad que si hubierais vendido un solo contrato ya seríais mil dólares más ricos. Basta con un solo contrato; y os aseguro que el mundo está lleno de pardillos. —Entonces se volvió hacia mí—. Gump —prosiguió—, te he estado observando. Posees energía, muchacho. Y tampoco te falta encanto. Todo cuanto necesitas es practicar un poco al lado de un experto como yo. Mañana por la mañana vendrás conmigo.

Aquella noche, de vuelta en casa de la señora Curran, ni siquiera tuve ánimos para cenar. Allí estaba el gran «agente de promoción», cincuenta dólares más pobre y sin nada que mostrar al final de la jornada —excepto unas suelas desgastadas y un agujero en los pantalones del tamaño de la mandíbula de un perro.

El pequeño Forrest, que estaba jugando en el suelo del salón, me preguntó dónde había estado.

—Vendiendo enciclopedias —respondí.

—¿Qué clase de enciclopedias?

Se las enseñé. Me limité a hacer lo que sabía: soltar mi discurso, abrir la carpeta donde llevaba todo el material y desplegar las muestras de los diferentes volúmenes y anuarios. Cuando acabé, el niño echó un vistazo a uno de los tomos y me dijo:

—Menuda mierda.

—¡Pero bueno! —exclamé—. ¿De quién has aprendido semejante vocabulario?

—De mi mamá —se justificó.

—Pues no está bien que un chico de siete años hable de esa manera —lo reprendí—. Además, ¿por qué dices eso de mis libros?

—Porque es la verdad —contestó—. Mira todo esto. La mitad de lo que pone aquí es mentira —dijo señalando sobre la enciclopedia abierta—. Mira —insistió mientras me mostraba una ilustración con la leyenda «Buick del 1956»—: es un Buick del 55; los del 56 no tenían estos alerones. Y mira este otro —continuó—: es un caza F-85, no un F-100. —El pequeño Forrest siguió enseñándome muchas otras cosas que, según él, también estaban equivocadas.

—Hasta un tonto se daría cuenta de que está mal —sentenció.

Bueno, yo no me atrevería a generalizar. La verdad es que no sabía si el chico estaba o no en lo cierto, pero desde luego tenía intención de preguntarle unas cuantas cosas a Fideo al día siguiente.

—Hay que saber pillarlas en el momento adecuado —me aconsejaba Fideo—. Justo después de que el marido se haya ido a trabajar y antes de que salgan a llevar a los niños al colegio. Si ves que los juguetes del jardín son para niños por debajo de la edad escolar, apúntate la dirección para más adelante. Habíamos bajado de la camioneta e íbamos andando por una calle del barrio que había elegido. Fideo me estaba enseñando los trucos del oficio.

—Después de por la mañana —continuó—, el mejor momento es por la tarde, después de las telenovelas y antes de que salgan a recoger a los niños o de que el marido vuelva a casa.

—Oye —intervine—, quiero preguntarte una cosa. Me han dicho que la enciclopedia está llena de gazapos.

—¿Ah sí? ¿Quién?

—Prefiero no decirlo. ¿Es verdad o no?

—¿Y cómo demonios quieres que lo sepa? —dijo Fideo—. Yo no leo porquerías; sólo me encargo de que otros las compren.

—Pero ¿qué pasa con nuestros clientes? —insistí—. No sé, no me parece justo que paguen tanto dinero por un montón de embustes.

—¡Qué más da! —replicó Fideo—. Si ni siquiera se dan cuenta... Además, ¿en serio crees que alguien la utiliza? La compran para ponerla en una estantería, y lo más seguro es que nunca lleguen a hojear un solo volumen.

En fin. Fideo no tardó mucho en localizar el hogar donde efectuaría la primera venta del día. La casa necesitaba una buena mano de pintura y otras reparaciones, pero lo importante es que había varias bicicletas pequeñas en el porche y una cuerda y un neumático viejo colgados de la rama de un árbol.

—Ahí la tenemos —anunció—. Lo presiento. Dos niños en edad escolar. Estoy

seguro de que su madre me está esperando con el talonario en la mano.

Llamamos a la puerta y enseguida apareció una mujer de aspecto cansado y ojos tristes. Fideo empezó a largarle el discurso sin más prolegómenos. Sin dejar de hablar se abrió camino hacia el interior de la casa y, antes de que la señora pudiera darse cuenta, ya estábamos sentados en el salón.

—La verdad es que no necesito más enciclopedias —arguyó—. Miren, ya tengo la *Enciclopedia Británica* y la *Enciclopedia Americana*, y aún tardaremos diez años en pagarlas.

—¡Exacto! —exclamó Fideo—. Y otros tantos en utilizarlas. He ahí el problema. Verá, esas enciclopedias son para chicos mayores: estudiantes de secundaria y universitarios. Lo que usted necesita es una enciclopedia para niños, algo que sus hijos puedan utilizar ahora, mientras son pequeños, algo capaz de despertar su interés... Pues bien, aquí lo tiene.

Fideo empezó a enseñarle las muestras, a ponderar el gran número de ilustraciones y a explicar cómo se habían simplificado los textos para que fueran más fáciles de entender que los de las enciclopedias que la señora ya tenía. Cuando dio por terminado el discurso, estábamos bebiendo limonada y, cuando llegó a la puerta, ya llevaba un flamante contrato bajo el brazo.

—¿Lo ves, Gump? ¿Ves qué fácil es? Fíjate en esto, muchacho: acabo de ganar mil dólares en veinte minutos. Y ha sido más fácil que quitarle un caramelo a un niño.

Debo admitir que Fideo tenía razón, y precisamente por eso había algo en aquel negocio que no acababa de gustarme. Porque a ver: ¿qué iba a hacer aquella señora con tantas enciclopedias? Fideo, en cambio, dijo que aquél era justo el tipo de «cliente» que prefería.

—Son capaces de tragarse las patrañas más inverosímiles —explicó—. La mayoría se alegra de haber tenido la oportunidad de charlar un rato.

En fin. Fideo me dijo que siguiera vendiendo enciclopedias yo solito y que, con todo lo que me había enseñado, esperaba verme regresar con un par de contratos firmados ese mismo día.

Y eso es lo que hice. Finalizada la jornada había llamado a varias docenas de puertas y, sin embargo, ni una sola vez había conseguido pasar del felpudo. Cuatro o cinco personas se negaron incluso a abrirme la puerta: voces procedentes de la boca del buzón me aconsejaron que me fuera con la música a otra parte. En una ocasión me acerqué a una señora que arrancaba malas hierbas frente a su casa. Al conocer el propósito de mi visita, me echó amenazándome con el azadón.

Me dirigía de vuelta al punto donde debía recogerme el camión cuando pasé por una calle que no se parecía en nada a las que había estado recorriendo todo el día. Era un rincón encantador, con casas bonitas, jardines y coches caros en cada entrada. Al final de la calle, en lo alto de una pequeña colina, se levantaba una casa aún más

grande que las demás. Lo que se dice una mansión, vaya. ¡Qué demonios! —me dije—. Ya sé que Fideo nos había advertido que aquel tipo de gente no se gastaba el dinero en enciclopedias, pero decidí que había llegado el momento de probar una nueva estrategia, así que subí hasta la mansión y llamé al timbre. ¡Era el primer timbre que veía en todo el día! Al principio no obtuve respuesta, y creí que no había nadie en casa. Llamé un par de veces más, con el mismo resultado; ya estaba a punto de irme cuando, de repente, alguien abrió la puerta. Ese alguien resultó ser una dama vestida con un traje de seda rojo; usaba boquilla. Era mayor que yo, pero todavía muy atractiva, de cabello castaño y ondulado; llevaba un dedo de maquillaje. Me miró de arriba abajo dos o tres veces y desplegó una gran sonrisa. Sin darme tiempo a decir nada, abrió la puerta de par en par y me invitó a pasar. Se llamaba señora Hopewell, pero me pidió que la llamara Alice.

La señora Hopewell —o sea, Alice— me acompañó hasta una sala enorme con el techo muy alto y un montón de muebles de lujo, y me preguntó si quería beber algo. Dije que sí con la cabeza.

—¿Qué te apetece? ¿Bourbon, ginebra, whisky escocés? —Recordé que Fideo nos había prohibido beber en horas de trabajo, así que me conformé con una coca cola. Cuando regresó con el refresco yo empecé con mi perorata, que la señora Hopewell atajó más o menos a la mitad—: Gracias, Forrest. Ya he oído bastante. Me la quedo.

—¿Cómo? —pregunté sin dar crédito a mis oídos.

—Que me la quedo —repitió—, me quedo la enciclopedia.

Me preguntó por qué cantidad debía extender el cheque y yo le expliqué que en realidad no estaba comprando la obra, sino firmando un contrato por el que se comprometía a adquirir la actualización anual durante el resto de sus días, pero volvió a interrumpirme con un gesto.

—Tú dime sólo dónde tengo que firmar —dijo. Y así lo hice.

Mientras tanto aproveché para tomar un sorbo de coca cola. ¡Puaj! Estaba asquerosa. Por un momento pensé que le había añadido algo, pero no podía ser porque la lata estaba intacta en la mesita.

—Si no te importa, Forrest, voy a ponerme algo más cómodo —dijo la señora Hopewell.

No pude evitar pensar que ya iba bastante cómoda con lo que llevaba puesto, pero no era asunto mío.

—En absoluto, señora —dije.

—Llámame Alice —dijo, y salió de la habitación contoneando las caderas.

Me quedé sentado en aquella sala contemplando la lata de coca cola y sintiendo una sed cada vez más imperiosa. Ojalá hubiese tenido alguna otra cosa que echarme al colete. Calculé que la dueña de la casa tardaría unos minutos en volver, así que

retrocedí hasta la cocina. Nunca había visto una cocina como aquélla. Para que os hagáis una idea, os diré que era más grande que toda la casa de Jenny, con azulejos, madera, acero inoxidable y luces en el techo. Eché un vistazo dentro de la nevera para ver si encontraba otra coca cola, creyendo que tal vez la mía se había estropeado, y me sorprendí al ver que contenía al menos cincuenta latas más. Cogí una, la destapé y tomé un buen trago. ¡Puaaaj! Tuve que escupirla otra vez. Sabía a estiércol.

Bueno, no exactamente a eso —aunque no sé a qué sabe el estiércol—, sino más bien a una combinación de aguarrás y manteca de cerdo sazonada con un poco de azúcar y agua carbónica. Pensé que alguien había intentado gastarle una broma pesada a la señora Hopewell.

En ese preciso instante ella entró por la puerta.

—Ah, estás aquí, Forrest. Veo que has encontrado la coca cola. No sabía que tuvieras tanta sed, pobrecito. Espera, deja que te la sirva en un vaso. —Se había puesto un picardías rosa que dejaba ver todo cuanto tenía, que no era poco, y unas pantuflas de peluche del mismo color. Pensé que debía de estar a punto de meterse en la cama.

La cosa se complicaba por momentos. La señora Hopewell cogió un vaso que lanzaba destellos irisados, puso un poco de hielo en el fondo y lo llenó de coca cola. El líquido chisporroteaba dentro del vaso y yo me preguntaba cómo me las compondría para tragármelo. La señora Hopewell salió de la cocina anunciando que volvería enseguida, que iba a «refrescarse» un poco.

Estaba a punto de tirar la coca cola al fregadero cuando se me ocurrió una idea. Tal vez pudiera mejorarla un poco. Me acordé de un antojo de zumo de lima que tuve en la Universidad: como no quedaba una sola lima en todo el campus había tenido que aprovechar unos cuantos melocotones que mamá me había enviado para prepararme un zumo de fruta exprimiéndolos en un calcetín. Con la coca cola, por mala que fuera, aún podría hacerse algo. Tenía la boca más seca que un estropajo y —quién sabe— tal vez estaba a punto de morir de sed. Podría haber bebido agua, es cierto, pero ya sólo podía pensar en un vaso de coca cola.

Encontré una alacena repleta de tarros, frascos, botellas y paquetes de diversos tamaños y formas. Había centenares de ellos; llenos de comino, de tabasco, de vinagre al estragón y de muchas otras cosas. Me decidí por el aceite de oliva —pensé que amortiguaría un poco el sabor de la manteca— y por un tarro de salsa de chocolate para templar la acidez del aguarrás. Junté veinte o treinta ingredientes en un cuenco, los removí con los dedos y añadí un par de cucharaditas de la mezcla resultante al vaso de coca cola. Durante unos instantes la pócima hirvió y silbó como si fuera a explotar, pero la verdad es que, cuanto más la revolvía con el hielo, mejor aspecto tenía. Al cabo de unos cuantos minutos ya volvía a parecer coca cola.

Para entonces me sentía como un buscador de oro en pleno desierto, muerto de

sed bajo un sol de justicia, así que levanté el vaso con decisión y me bebí el contenido de un trago. Esta vez no me supo tan mal. Ya no era precisamente coca cola, eso es cierto, pero al menos no sabía a estiércol. De hecho, había mejorado tanto que me serví otro vaso.

La señora Hopewell volvió a la cocina.

—Forrest —dijo—, ¿qué tal esa coca cola?

—Bastante buena —respondí—. Creo que hasta tomaré un poco más. ¿Le sirvo un vaso?

—Esto... no, gracias, Forrest. Gracias, pero no.

—¿Y eso? ¿No tiene sed?

—Pues ahora que lo dices, sí que me apetece beber algo —admitió—. Pero prefiero otro tipo de libaciones. —Dicho lo cual se sirvió medio vaso de ginebra con un chorrito de zumo de naranja.

—¿Sabes una cosa? —comentó—. Siempre me ha parecido increíble que la gente sea capaz de beber esa porquería. Mi marido es el tipo que la inventó. Quieren llamarla Nueva Cola.

—¿Ah sí? —dije—. Bueno, desde luego hay que admitir que no sabe igual que la otra.

—¡A mí me lo vas a contar! No he probado brebaje más infecto en toda mi vida. Sabe a... no sé, a aguarrás o algo parecido.

—Sí —confesé—, ya lo sé.

—Un montaje ridículo de los jefazos de Atlanta. Nueva Cola... ¡y un cuerno! —concluyó—. No paran de cambiarlo todo para encontrar otra manera de venderlo. ¿Quieres saber mi opinión? Va a ser un fiasco de campeonato.

—¿De veras? —pregunté.

—Lo que yo te diga. De hecho, eres la primera persona que ha sido capaz de beberse un vaso entero sin vomitar. Mi marido es el vicepresidente de la Coca cola, ¿sabes? Lleva el departamento de investigación y desarrollo. Ya le daría yo investigación y desarrollo...

—Bueno, si se le añade algo más no sabe tan mal —dije yo—. Basta con arreglarla un poquitín.

—¿En serio? Bueno, de todas maneras me importa un bledo. Oye —me dijo—, no te he hecho pasar para que hablemos de las ideas descabelladas de mi marido. Yo ya te he comprado la enciclopedia; ahora te toca a ti hacerme un favor. Esta tarde tenía que venir el masajista, pero al final no ha aparecido. ¿Sabes cómo dar una friega en la espalda?

—¿Una qué?

—Una friega en la espalda. Yo me tiendo boca abajo y tú me frota la espalda. Con todo lo que sabes sobre el conocimiento, no me digas que no sabes frotar una

espalda, ¿eh? Anda, si hasta un tonto podría hacerlo.

—Dicho así...

—Oye —dijo—, tú coge la coca cola de las narices y sígueme.

Me llevó a una habitación que tenía todas las paredes recubiertas de espejos y una cama alta en el centro. Se oía música por los altavoces instalados en el techo, y había un gong chino de grandes dimensiones colocado junto al lecho.

La señora Hopewell se encaramó a la cama y se quitó las pantuflas y el camisón. Acto seguido se anudó una toalla a la cintura y se tendió boca abajo. Intenté no mirarla mientras hacía todas estas cosas, pero teniendo en cuenta que la habitación entera era como un gran espejo, no fue tarea fácil.

—Lista —dijo—, empieza a frotar.

Me puse a su lado como pude y empecé a frotarle los hombros. Ella comenzó a soltar ays y huys. Cuanto más frotaba yo, más fuerte gemía ella.

—Más abajo, más abajo —me apremió.

Obedecí y froté más abajo, y cuanto más frotaba, más abajo llegaba. La situación era algo comprometida, sobre todo desde que yo había alcanzado el borde de la toalla y la señora Hopewell había empezado a jadear ostensiblemente. ¡Gonggg! De repente la habitación tembló y pareció que los espejos iban a desprenderse de las paredes.

—Vamos, Forrest —dijo entre dientes.

—¿Adónde? —pregunté.

—¡Vamos, Forrest! —gritó—. ¡Ahora!

Llegados a este punto me puse a pensar en Jenny y en un montón de cosas. La señora Hopewell intentaba agarrarse a mí y seguía gimiendo y jadeando sobre la cama; parecía que la cosa iba a escapársenos de las manos cuando la puerta de la habitación de los espejos se abrió sin previo aviso. En el umbral apareció un hombrecillo trajeado, con gafas de montura metálica y aspecto de alemán nazi.

—¡Alice! —exclamó el tipo—. Creo que ya lo tengo. Si añadimos virutas de lana de acero a la fórmula, ya no sabrá a aguarrás.

—¡Por Dios bendito, Alfred! —gritó la señora Hopewell—. ¿Qué horas son éstas de volver a casa? —Se incorporó e intentó cubrirse con la toalla para aparentar decencia.

—Mis investigadores —continuó él— han dado con la solución. —¿La solución? ¿La solución a qué? —preguntó la señora Hopewell.

—A la fórmula de la Nueva Cola —le respondió mientras se dirigía a grandes zancadas hacia el centro de la habitación como si no me hubiera visto—. Creo que se nos ha ocurrido la manera de hacer que la gente se la beba.

—Por Dios, Alfred. ¿Quién va a querer beberse esa porquería? —La señora Hopewell parecía a punto de llorar. No tenía más que aquella toalla, e intentaba sin mucho éxito ocultar todos sus atributos tras ella. Desengañada, decidió recuperar el

camisón que había ido a parar al suelo, pero cada vez que se inclinaba para recogerlo se le caía la toalla. Yo me di la vuelta para no verla, pero con tanto espejo alrededor no había nada que hacer.

Fue más o menos entonces cuando el tipo —Alfred, creo que se llamaba— reparó en mi presencia.

—¿Eres el masajista? —me interrogó.

—Más o menos —contesté.

—¿Esa coca cola es tuya?

—Sí.

—¿Y te la estás bebiendo?

—Aja.

—Y una mierda...

Hice un gesto afirmativo con la cabeza. La verdad es que, después de haber probado su invento, no cabía otra respuesta.

—¿Y no te ha parecido repugnante? —me preguntó con los ojos muy abiertos.

—Ahora ya no —respondí—. La he arreglado.

—¿Que la has arreglado? ¿Cómo?

—Le he añadido un par de cosas que había en la cocina.

—Déjame echar un vistazo —me dijo. Cogió el vaso, lo colocó a contraluz y lo examinó como haría un analista de laboratorio con una probeta llena de alguna sustancia repulsiva. A continuación bebió un pequeño sorbo y entornó los ojos. Me miró, miró a la señora Hopewell y volvió a beber, esta vez un buen trago.

—¡Cielo santo! —exclamó—. No sabe ni la mitad de mal que antes.

Tomó otro trago y puso cara de asombro, como si estuviera viendo visiones o algo así.

—¡La has arreglado! —gritó—. ¿Cómo demonios lo has conseguido?

—Le he añadido unas cuantas cosas de la despensa —dije.

—¿Tú? ¿El masajista?

—No es exactamente un masajista —intervino la señora Hopewell.

—¿Ah, no? ¿Qué es, entonces?

—Soy vendedor de enciclopedias —dije.

—Conque vendedor de enciclopedias, ¿eh? —repitió Alfred—. ¿Cómo explicas tu presencia en esta habitación? ¿Qué estabas haciendo con mi esposa?

—Es una larga historia —le advertí.

—Bueno, ahora no tiene importancia —dijo—. Ya nos ocuparemos de eso en otro momento. Lo que me interesa saber es qué demonios has hecho con esta coca cola. Habla, por Dios, dime.

—No me acuerdo muy bien —confesé—. Al principio no... bueno, no acababa de gustarme, así que pensé que no le irían mal un par de retoques.

—¿Que no acababa de gustarte? No seas bruto, hombre, pero si sabía a estiércol... Puedes decirlo sin rodeos. ¿Crees que no me había dado cuenta? Y tú la has convertido en algo potable. ¿Te das cuenta de la trascendencia de lo que has hecho? ¡Te estoy hablando de millones, de miles de millones de dólares! Vamos, hijo, intenta recordar. ¿Qué le has añadido? Esto... por cierto, ¿cómo te llamas?

—Gump —contesté—, Forrest Gump.

—Entendido, Gump. Ahora presta atención; vamos a repetir pasito a pasito todo lo que has hecho con la coca cola. Enséñame lo que le has puesto.

Y eso hice, aunque no me acordaba de todos los ingredientes. Volví a sacar algunos tarros y frasquitos de la alacena e intenté repetir la operación, pero el resultado nunca estaba a la altura del original. Lo intentamos una y otra vez, puede que cincuenta veces, hasta bien entrada la noche. Y una y otra vez Alfred escupía la pócima en el fregadero y decía que no era como la primera. La señora Hopewell, por su parte, ya había mezclado con éxito su vigésimo combinado de ginebra y zumo de naranja.

—Sois un par de idiotas —nos dijo—. No hay manera humana de arreglar esa bazofia. ¿Por qué no vamos a acostarnos los tres y comprobamos si la mezcla funciona?

—Cállate, Alice —la atajó Alfred—. ¿No te das cuenta de que cosas así sólo pasan una vez en la vida?

—¿Y no es eso lo que os propongo? —respondió la señora Hopewell momentos antes de regresar a la habitación de los espejos y empezar a aporrear el gong. Alfred se apoyó en la nevera y hundió la cabeza entre las manos.

—Gump —me dijo—, esto es increíble. Me has arrancado de las fauces del fracaso sólo para arrojarme de nuevo a ellas. Pero aún no he terminado contigo. Voy a llamar a la policía para que venga a precintar la cocina. Mañana haré venir a mi gente para que empaqueten todo lo que puedas haber utilizado y lo lleven a Atlanta.

—¿A Atlanta? —pregunté.

—Como lo oyes, Gump. Y el cargamento máspreciado serás tú mismo.

—¿Yo?

—Así es. Te vienes con nosotros al laboratorio de Atlanta hasta que vuelvas a dar con tu fórmula. Piensa en lo que esto representa, Gump. Hoy, Atlanta; mañana, el mundo entero a tus pies. Mientras me alejaba de la casa vi a la señora Hopewell sonriéndome desde la ventana. A juzgar por cómo habían ido las cosas hasta el momento, el futuro se me presentaba bastante incierto.

En fin. Aquella noche volví a casa de la señora Curran y llamé al motel de Fideo para decirle que no depositaría más enciclopedias en los hogares de mis conciudadanos.

—Ya veo cómo agradeces mi amabilidad, Gump —dijo—. Clavándome un cuchillo en la espalda. Qué gran error he cometido al confiar en un tipo como tú. —Y concluyó soltándome una sarta de insultos y colgándome el teléfono. Problema resuelto.

Naturalmente, cuando llegué a casa ya hacía rato que el pequeño Forrest había ido a acostarse. La señora Curran me preguntó qué pasaba. Le expliqué que tenía intención de dejar el negocio de las enciclopedias e ir a Atlanta para ayudar a Alfred con su nueva coca cola, y que pensaba que aquélla era la mejor solución teniendo en cuenta que necesitábamos reunir algún dinero para el pequeño y que en aquella operación había mucho de eso en juego. La señora Curran estuvo de acuerdo conmigo, aunque le pareció que debía hablar con el niño primero: ahora que su papá y su mamá habían muerto, era justo que supiera quién era yo. Le sugerí que sería mejor que se lo contase ella misma, pero se negó.

—Llega un momento en la vida, Forrest, en que una persona debe ser responsable de sus actos. Y ese momento ha llegado. Puede que no te resulte fácil, hijo, pero tienes que hacerlo. Y tienes que hacerlo bien, porque será un día difícil de olvidar para el pequeño.

Me di cuenta de que la señora Curran tenía razón, pero seguía sin tener ganas de hacerlo.

A la mañana siguiente me levanté muy temprano. La señora Curran me preparó unos cereales y me ayudó a hacer el equipaje. Alfred me había advertido que pasaría a recogerme a las nueve en punto, así que tenía que ocuparme del pequeño Forrest inmediatamente. En cuanto acabó de desayunar, le pedí que saliera conmigo al porche.

—Tengo que ausentarme durante un tiempo —le dije—, y hay algunas cosas que deberías saber antes de que me vaya.

—¿Qué cosas? —me preguntó.

—Por de pronto, no sé cuánto tiempo voy a estar fuera, así que quiero que te portes bien con la señora Curran hasta que yo vuelva.

—Es mi abuela y siempre me porto bien con ella —replicó el pequeño Forrest.

—Y quiero que estudies mucho y que no te metas en ningún lío, ¿de acuerdo?

El niño frunció un poco el ceño y me miró con extrañeza.

—Oye, tú no eres mi padre. ¿Por qué me sermoneas?

—De eso precisamente quería hablarte —dije—. Verás, Forrest, yo soy tu verdadero padre.

—¡Mentira! —gritó—. Mi padre se ha quedado en casa porque está enfermo, pero vendrá a buscarme cuando se ponga bueno.

—También quería hablarte de eso —dije—. Tu papá no se va a poner bueno nunca más, Forrest. Se ha ido a hacer compañía a tu mamá.

—¡Mentira! —repitió el niño—. La abuela dice que vendrá a buscarme muy pronto. Cualquiera día de éstos.

—La abuela se equivoca —insistí—. Mira, tu papá se puso enfermo igual que tu mamá y tampoco se curó, así que a partir de ahora seré yo quien se ocupe de ti.

—¿Tú? ¡Ni hablar! ¡Mi papá vendrá a buscarme!

—Forrest —le interrumpí—. Ahora tienes que escucharme, hijo. Habría preferido no tener que decírtelo, pero no hay más remedio. Verás, yo soy tu papá de verdad. Tu mamá me lo contó hace mucho tiempo, pero como tú vivías con ellos y yo no soy más que un... bueno, un vagabundo o algo peor, era mejor que estuvierais juntos los tres. Pero ahora que ellos se han ido, sólo quedo yo para cuidar de ti.

—¡Embustero! —me gritó mientras me golpeaba con sus pequeños puños. Y entonces empezó a llorar. Yo ya sabía que iba a hacerlo, y aunque era la primera vez que lo veía derramar una lágrima, me pareció que le haría bien... incluso si no acababa de entender lo que estaba pasando. Jamás había tenido que hacer algo tan a mi pesar.

—Forrest te está diciendo la verdad, cariño. —La señora Curran había estado escuchándonos desde la puerta hasta ese momento. Entonces salió al porche, cogió al pequeño en brazos y lo sentó en su regazo—. Yo tampoco quería decírtelo —le explicó—, así que le pedí a Forrest que lo hiciera por mí. Debería habértelo contado yo misma, pero no me sentía con fuerzas.

—¡No es verdad, no es verdad! —gritó el pequeño sin dejar de llorar y dando patadas—. ¡Sois unos embusteros! ¡Los dos!

Mientras tanto una gran limusina negra había aparcado ante la casa. Alfred salió del coche y me hizo señas para que me reuniera con él. La cara sonriente de la señora Hopewell asomaba por la ventanilla del asiento trasero.

Cogí mi bolsa y recorrí los metros que me separaban del automóvil sin oír otra cosa que los gritos del pequeño Forrest tras de mí: «¡Mentiroso, mentiroso, mentiroso!». Si eso era lo que la señora Curran había querido decir con «difícil de olvidar», huelga decir que deseé con todas mis fuerzas que estuviera equivocada.

Así empezó el viaje a Atlanta. La señora Hopewell no dejó de acariciarme la pierna y demás durante todo el camino. Alfred, mientras tanto, hablaba solo y hacía juegos malabares con un montón de papeles y libros. Al llegar al cuartel general de la Coca cola vimos una gran multitud que nos esperaba para darnos la bienvenida. Todo el mundo quería estrechar mi mano y darme palmaditas en la espalda.

Me condujeron a través de una gran sala hasta una puerta con un rótulo que decía: «Laboratorio de investigación experimental. Estrictamente privado. No entrar». Cuando crucé el umbral faltó poco para que me desmayara. Habían construido allí dentro una cocina igualita que la de la señora Hopewell, incluidos los vasos medio vacíos en que me había bebido la coca cola.

—Aquí lo tienes todo, Gump, tal y como lo dejaste en Mobile —anunció Alfred—. Ahora presta atención, hijo. Lo que queremos es que repitas exactamente lo que hiciste cuando intentabas arreglar aquella coca cola. Hazlo paso a paso, y piénsalo bien, muchacho, porque el destino de toda la compañía podría estar en tus manos.

Pensé que aquélla era una carga demasiado pesada para mis hombros. Al fin y al cabo, yo sólo me había preparado un refresco. Bueno, me enfundaron en una bata blanca, como si fuera uno de esos médicos que salen en la tele, y empecé con el experimento. Primero cogí una lata de la «nueva coca cola» y vertí su contenido en un vaso con cubitos de hielo. La probé, igual que había hecho en casa de la señora Hopewell, y efectivamente, seguía sabiendo a estiércol o a algo parecido.

A continuación me dirigí hacia la despensa, con todos los estantes llenos. La verdad es que no me acordaba muy bien de lo que había metido en la coca cola para arreglarla, pero decidí continuar con las mezclas de todos modos. A mi alrededor había siempre cuatro o cinco tipos que me seguían a sol y a sombra para tomar nota de todo lo que hacía.

Para empezar, añadí al refresco un puñadito de clavos de especia y una gota de crémor tártaro; después le eché unas pizcas de extracto de cerveza sin alcohol, de ablandador para la carne y de condimento de queso para palomitas; a continuación, melaza y huevas de cangrejo. Luego abrí una lata de chile con carne, recogí la grasa anaranjada que flotaba en los bordes y la añadí a la mezcla. El último toque final consistió en espolvorear un poco de levadura.

Al final lo removí todo con el dedo, tal como había hecho en casa de la señora Hopewell, y tomé un buen trago. Todos aguantaban la respiración y me miraban con los ojos fuera de las órbitas. Tras saborear la pócima unos instantes, dije lo único que se me ocurría: «¡Puaj!».

—¿Qué pasa? —preguntó uno de los que tomaba notas.

—Pues que no le gusta, ¿no lo ves? —replicó otro.

—A ver, déjame probarla —dijo Alfred momentos antes de beber un sorbo y

escupir el líquido al suelo—. ¡Por todos los demonios! Esto sabe aún peor que lo que nosotros hacemos...

—Señor Hopewell —intervino uno de los tipos—, usted escupe la muestra al suelo; Gump la escupe en el fregadero. Con esta falta de rigor no iremos a ninguna parte.

—Está bien, está bien... —concedió Alfred agachándose para limpiar con un pañuelo el líquido derramado—. De todas maneras, ¿qué más da el sitio donde se escupa? Lo importante, Gump, es que hay que volver a poner manos a la obra.

Y eso hicimos. Todo el día y parte de la noche. Llegué a tener la cabeza tan espesa que en una ocasión vacié medio salero en la coca cola en vez de ponerle polvo de ajo —pensé que eso suavizaría un poco el sabor a aguarrás—; al probar la mezcla enloquecí durante un rato, como dicen que sucede a los náufragos que han bebido agua de mar. Al final Alfred tuvo que darse por vencido:

—Bien, creo que ya basta por hoy. Mañana temprano volveremos a empezar. ¿De acuerdo, Gump? —Bueno —dije, aunque empezaba a creer que se trataba de una causa perdida.

Pasaron días, semanas y meses, y yo seguía intentando arreglar la coca cola. No había manera. Le añadí pimienta de chile, azafrán español y extracto de vainilla. Probé con comino, colorante y pimienta inglesa, y hasta con glutamato monosódico. Los tipos que me pisaban los talones habían gastado al menos quinientos cuadernos, y todo el mundo tenía los nervios de punta. Cada noche regresaba a la *suite* del hotel donde nos alojábamos todos y, cómo no, allí estaba la señora Hopewell, luciendo el palmito prácticamente en cueros. Un par de veces accedí a darle una friega en la espalda, pero cuando me sugirió un masaje frontal tuve que decir hasta aquí hemos llegado.

Empezaba a estar harto de toda aquella farsa. Me daban de comer y tenía un techo sobre la cabeza, es cierto, pero aún no había visto un puto dólar. Al fin y al cabo, ésa era la única razón de mi estancia en Atlanta: conseguir suficiente dinero para poder ocuparme del pequeño Forrest. Una noche, mientras estaba echado en la cama preguntándome qué debía hacer, me puse a pensar en Jenny y en los viejos tiempos. De repente vi su cara delante de mí, igual que aquel día en el cementerio.

—¿Te parece bonito, grandísimo zoquete? —me dijo—. ¿Es que no te das cuenta de lo que pasa? —¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Jamás conseguirás que ese mejunje sepa a algo bebible. Si lo conseguiste una vez fue porque la flauta sonó por casualidad.

—¿Y qué voy a hacer ahora?

—¡Dejarlo, tirar la toalla! Búscate un trabajo de verdad o te harás viejo persiguiendo un imposible.

—Sí, pero ¿cómo? Toda esa gente cuenta conmigo. Dicen que soy el único que

puede salvar la Coca cola del desastre.

—Deja que los parta un rayo, Forrest. Tú tampoco les importas un pepino. Sólo te están utilizando para conservar sus puestos de trabajo.

—Ya, gracias —dije—. Supongo que tienes razón. Siempre la tienes.

Jenny se marchó y yo volví a quedarme solo.

Al día siguiente me levanté al amanecer. Alfred pasó a buscarme, como siempre, y nada más llegar a la cocina de pruebas volví a la rutina de los experimentos. Tras media jornada de intentos infructuosos bebí un sorbo de la última mezcla, y en vez de la reacción de costumbre —puaj y escupitajo—, sonreí, me relamí los labios y tomé otro trago.

—¿Qué ocurre? —gritó uno de los tipos—. ¿Le gusta?

—Creo que ya lo tengo —dije.

—¡Dios sea loado! —clamó Alfred dándose una palmada en la frente.

—Dame eso —ordenó otro de sus secuaces antes de tomar un sorbito y saborearlo largamente.

—Oye, no es ni la mitad de asquerosa que antes.

—Déjame probarla. —Alfred bebió un trago y puso una cara rarísima, como si estuviese experimentando una sensación poco usual.

—¡Mmm! —exclamó al fin—. ¡Está riquísima!

—Dejádmela probar a mí también —pidió otro.

—Ni hablar —se opuso Alfred—. Tenemos que guardar lo que queda de esta porquería para que lo analicen en el laboratorio. El contenido de este vaso vale miles de millones. ¿Me oís? ¡Miles de millones!

Acto seguido salió de la habitación a toda prisa, llamó a un par de guardias de seguridad y les dio instrucciones de llevarse el vaso de coca cola a la cámara acorazada, donde debían custodiarlo al precio de sus vidas si era necesario.

—Gump, ¡lo has conseguido! —gritó. Entonces empezó a golpearse las rodillas con los puños y a ponerse más rojo que un tomate. Los otros tipos se daban la mano, alborotaban y saltaban de alegría. La puerta de la cocina no tardó en abrirse para dejar paso a un hombre alto de sienes plateadas y aspecto distinguido vestido con un traje azul marino.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó.

—Señor, hemos obrado un milagro —anunció Alfred—. Gump, éste es el presidente del consejo de administración y segundo comandante en jefe de la Coca cola. Ve y estrecha su mano, hijo.

—¿De qué milagro hablan? —preguntó el tipo canoso.

—Gump ha conseguido que la Nueva Cola sepa bien —respondió Alfred.

—¿Ah sí? ¿Y puede saberse cómo?

—No lo sé —admití—. Cuestión de suerte, supongo.

En fin. Al cabo de pocos días, la compañía organizó una fiesta en el cuartel general de Atlanta para presentar oficialmente su nuevo producto. El evento reunió a más de cinco mil personas, entre las cuales se encontraban numerosos periodistas, políticos, personajes conocidos, accionistas y otra gente guapa, así como quinientos alumnos de las escuelas de la zona. En la calle se habían instalado varios reflectores que surcaban el cielo con sus haces de luz. Los curiosos que no disponían de invitación permanecían tras los cordones de seguridad y saludaban con la mano a los más afortunados. Los hombres llevaban esmoquin y las señoras se habían puesto de tiros largos, y todos iban de un lado para otro contando chismes. De repente se abrió el telón que ocultaba el escenario y aparecieron Alfred, la señora Hopewell, el presidente de la Coca cola y un servidor.

—Damas y caballeros —anunció el presidente—, tengo algo extraordinario que comunicarles. —Todo el mundo se calló y volvió la vista hacia nosotros.

—La empresa se enorgullece de anunciar el lanzamiento de un nuevo producto que reactivará definitivamente nuestras finanzas. Como ustedes ya saben, hace más de setenta años que pusimos en marcha esta compañía, y desde entonces no habíamos alterado ni una sola vez la fórmula original, en la creencia de que nuestro producto gustaba a todo el mundo. No son éstos, sin embargo, los métodos de los años ochenta; y todos debemos adaptarnos a los nuevos tiempos. La General Motors cambia de imagen cada tres o cuatro años, igual que los políticos. La gente se cambia de ropa una o dos veces al año...

Aquel último comentario provocó murmullos entre el público.

—Lo que quería decir —continuó el presidente— es que los diseñadores de moda introducen cambios en sus creaciones con bastante regularidad, y no se puede decir que el negocio les vaya nada mal.

Tras una pausa algo incómoda, prosiguió con el anuncio:

—Tanto es así que nos hemos decidido a prescindir de nuestra añeja fórmula y a probar algo distinto. Lo hemos llamado «Nueva Cola», y debemos agradecer esta innovación a un joven y brillante científico, el señor Forrest Gump, creador de este producto incomparable. En estos momentos nuestro personal está distribuyendo entre ustedes botellas y latas de Nueva Cola. Antes de empezar a disfrutar de ella, sin embargo, creo que a todos nos gustaría oír unas cuantas palabras de boca de su inventor. Damas y caballeros, les presento a Forrest Gump.

El presidente me acompañó hasta el estrado. Yo tenía la mente en blanco, y estaba tan asustado que no podía pensar en otra cosa que en hacer pis, pero esta vez no iba a decirlo. No señor. Así que me limité a decir lo siguiente:

—Espero que les sepa bien —y me alejé enseguida del micrófono.

—¡Bravo! —gritó el presidente al disminuir la intensidad de los aplausos—. Y ahora, ¡veamos qué tal sabe!

Por encima del auditorio se elevaron los estallidos de las latas y botellas al abrirse, y entonces los presentes empezaron a beber Nueva Cola. Al principio hubo algunas exclamaciones de aprobación, invitados que se miraban y afirmaban con la cabeza, pero pronto se dejó sentir la decepción de uno de los escolares:

—¡Puaj, menuda porquería! —exclamó instantes antes de escupir.

El resto de sus compañeros lo imitó enseguida y, antes de que pudiéramos darnos cuenta, todo el mundo estaba escupiendo, vomitando y soltando maldiciones.

Hubo quien optó por dirigir los salivazos contra otros invitados, lo que provocó cierto alboroto entre el público. Al cabo de unos minutos la agitación había degenerado en batalla campal. Pronto empezaron a lanzar las botellas y las latas de Nueva Cola contra nosotros y otros miembros de la concurrencia, y a darse puñetazos y empujones hasta que todas las mesas estuvieron patas arriba. Algunas señoras, al ver que les arrancaban la ropa, salieron corriendo a la calle. Los fotógrafos disparaban sus *flashes* y los de la televisión intentaban inmortalizar el acontecimiento con las cámaras. El presidente de la compañía, Alfred, la señora Hopewell y un servidor nos habíamos quedado en el escenario, esquivando latas y botellas sin saber qué hacer. De repente alguien gritó: «Llaman a la policía», aunque a la vista de semejante turbamulta yo habría jurado que la policía ya participaba plenamente en el jolgorio.

El altercado no tardó en extenderse hasta la calle, donde se oían sirenas de todo tipo. El presidente, Alfred, la señora Hopewell y yo intentamos alejarnos del edificio, pero quedamos atrapados en el tumulto. La señora Hopewell no logró conservar su atuendo íntegro durante mucho tiempo. Íbamos cubiertos de Nueva Cola y de restos de varias golosinas pegajosas que la dirección había sido tan amable de repartir entre el público para amenizar la velada. Alguien dijo que el alcalde de Atlanta acababa de declarar el estado de emergencia para controlar los disturbios, pero sus órdenes no pudieron evitar que los amotinados rompieran todas las ventanas de la calle Peachtree ni que desvalijaran la mayoría de las tiendas. Un grupo de exaltados empezó a incendiar los edificios de los alrededores.

Estábamos todos al abrigo de la marquesina que adornaba la entrada al cuartel general de la compañía cuando alguien me reconoció y dio la voz de alarma: «¡Ahí está!». En un santiamén se organizó un piquete de más de mil personas dispuestas a ajustarme las cuentas. Entre los vengadores se encontraban el mandamás de la Coca cola, Alfred y la mismísima señora Hopewell, que sólo había conseguido salvar unas braguitas del pillaje. No me lo pensé dos veces. Eché a correr tan deprisa como pude, crucé la autopista interestatal y seguí huyendo a campo traviesa o bien por carreteras secundarias, siempre acompañado por una lluvia de piedras y botellas que no dejaban de caer a mi alrededor. Mierda —me dije—, esto empieza a resultarme familiar. Al fin conseguí dejar atrás a la multitud —no en vano ésa es mi especialidad—, pero

dejad que os confiese algo: hubo momentos en que temí lo peor.

Pronto me encontré en una autopista de dos carriles y trazado desconocido. Al ver un par de faros que se acercaban saqué el pulgar. Las luces se detuvieron a mi lado y, quién lo iba a decir, el vehículo era un camión. Pregunté al conductor hacia dónde se dirigía y me dijo que al norte, a Virginia Occidental, pero que si quería ir con él tendría que viajar con la carga, porque ya llevaba un pasajero en la cabina. Eché un vistazo al pasajero, y que me aspen si no era una cerda monumental. Debía de pesar casi doscientos kilos, y no dejaba de gruñir y resollar.

—Es una Poland China con pedigrí —dijo el tipo—. Se llama *Gertrudis* y algún día me convertirá en un hombre rico, así que tiene que viajar en la cabina. Los otros son cerdos corrientes. Puede que te olisqueen un poco, pero no te harán daño.

¿Qué otra cosa podía hacer? Me subí al camión y emprendimos camino hacia Virginia. A mi alrededor había una docena de cochinos que, turbados por mi presencia, estuvieron chillando y gruñendo durante un buen rato. Luego me dejaron en paz y empezó a llover. Pensé que mi vida había estado llena de altibajos.

Poco después de salir el sol el vehículo en que viajaba se detuvo en una parada de camiones. El conductor se apeó de la cabina y vino a la parte trasera:

—¿Qué tal? —me dijo—, ¿has dormido bien?

—Bastante bien —contesté desde donde estaba, es decir, debajo de un cerdo que pesaba una tonelada pero que al menos me daba calor.

—Entremos a tomar un café y comer algo —me propuso—. Por cierto, me llamo McGivver.

A la puerta del restaurante había un expendedor de periódicos con un solo ejemplar de *The Atlanta Constitution*. El titular decía así:

CRETINO ASPIRANTE A INVENTOR CAUSA DISTURBIOS EN LA CIUDAD.

El texto de la noticia era más o menos como sigue:

THE ATLANTA CONSTITUTION

Un ex vendedor de enciclopedias de Alabama, en cuyo poder se hallaba presuntamente la fórmula del nuevo producto de la empresa Coca-Cola, causó ayer uno de los disturbios más violentos de la historia de Atlanta al ser desenmascarado ante varios miles de ciudadanos destacados de nuestra ciudad.

El incidente tuvo lugar alrededor de las siete de la tarde, cuando Forrest Gump, trotamundos y vendedor ambulante de enciclopedias fraudulentas,

fue presentado por el presidente de la Coca cola como inventor de una nueva variedad del refresco favorito de la nación.

Testigos presenciales afirmaron que el reparto del brebaje entre el público provocó la reacción violenta de todos los presentes, entre los cuales se hallaban el alcalde y su esposa, varios miembros del equipo de gobierno municipal acompañados de sus cónyuges, y diversos empresarios.

Los agentes del orden que acudieron al lugar de los hechos calificaron el altercado de «incontrolable» y detallaron las vejaciones a que fueron sometidos los ciudadanos más notables de Atlanta, incluyendo el desnudar a las mujeres, los malos tratos y el lanzamiento de objetos de toda índole.

En un momento dado los incidentes se trasladaron al exterior del edificio y se convirtieron en una auténtica revuelta callejera que causó daños incalculables en la zona comercial del centro urbano. Un miembro de la alta sociedad de Atlanta que prefirió no identificarse declaró a este periódico: «No había visto algo así desde que Lester Maddox empezó a repartir palos en su restaurante allá por el sesenta y cuatro».

Poco se sabe del causante de los disturbios, el señor Gump, que según testigos presenciales abandonó el lugar de los hechos poco después de iniciarse la revuelta. Fuentes bien informadas afirman que Forrest Gump, de poco más de cuarenta años de edad, fue en su día jugador del equipo de fútbol de la Universidad de Alabama.

Uno de los preparadores del equipo de la Universidad Politécnica de Georgia, que expresó su deseo de permanecer en el anonimato, recordó aquella época: «Sí, me acuerdo de un tal Gump. No era demasiado listo, pero hay que reconocer que el muy cabrón era más rápido que una bala».

La policía ha hecho pública una orden de busca y captura contra Forrest Gump. Por su parte, la empresa Coca cola, con sede en nuestra ciudad, ha ofrecido una recompensa de un millón de dólares a quien capture al sospechoso vivo o muerto...

En fin. Escondí el periódico como pude y entré en el restaurante. Una vez sentados, el señor McGivver me contó el proyecto de ampliación de su explotación ganadera en Virginia Occidental. —Aún no es gran cosa —confesó—, pero algún día seré el mayor criador de cerdos del mundo.

—¿En serio? —le dije—. Eso es estupendo.

—¿Estupendo? No me vengas con ésas, Gump. Sé que es un negocio sucio y maloliente, pero se le puede sacar mucho jugo. «Del tocino me fío» y todo eso, ya sabes. Sólo requiere un poco de flexibilidad. Los cerdos no dan mucho trabajo, pero hay que tener en cuenta otros factores.

—¿Por ejemplo? —pregunté.

—Bueno, para empezar, están los habitantes de Villacarbón, la pequeña ciudad donde está mi granja, que no paran de quejarse del olor. Hombre, tengo que admitir que los cerdos no huelen precisamente a rosas, pero qué quieres que te diga... el negocio es el negocio. Tengo un millar de cerdos que no hacen otra cosa en todo el día que comer y cagar. ¡Tiene que oler mal a la fuerza! Pero si yo me he acostumbrado, no veo por qué no pueden hacerlo los demás.

En fin. Siguió contándome lo del negocio de los cerdos hasta que, al cabo de un rato, se interesó por mí.

—Oye —me dijo—, ¿tuviste algo que ver con los disturbios que hubo anoche en Atlanta? Parece que se armó una buena...

—Bueno, no exactamente —respondí. Supongo que era una mentira, pero en aquel momento no me apetecía dar más explicaciones.

—¿Adónde te diriges? —me preguntó el señor McGivver.

No lo sé —admití—. Adondequiera que me den trabajo.

—¿A qué te dedicas?

—Bueno —dije yo—, se podría decir que he hecho un poco de todo. Lo que necesito ahora es algo para salir del paso.

—¿Por qué no te vienes a trabajar conmigo una temporada? Hay muchos quehaceres en la granja. Y eso es lo que hice.

Durante los dos años siguientes lo aprendí todo sobre la cría de cerdos, que es más de lo que cualquier ser humano haya tenido jamás la necesidad o el derecho de saber.

El señor McGivver criaba todo tipo de puercos: grandes Poland China y Hampshire de pedigrí, Mangalitza, Duroc, Berkshire, Tamworth y Cheshire. En la misma propiedad también había un puñado de ovejas merinas con un aspecto bastante curioso, aunque el señor McGivver afirmaba que las tenía precisamente porque «eran más bonitas» que los cerdos. Y es que en cuestión de gustos...

Mi trabajo, tal como descubrí al poco de llegar a la granja, consistía en hacerlo casi todo. Dos veces al día, por la mañana y por la tarde, llevaba el pienso a los cerdos. El resto de la jornada lo pasaba con una pala en la mano, retirando tanta inmundicia como podía para que después el señor McGivver la vendiera a las granjas agrícolas como estiércol. También reparaba las cercas e intentaba mantener el establo en condiciones. Más o menos una vez al mes cargaba en el camión tantos cerdos como quisiera vender el señor McGivver y los llevaba al mercado de Wheeling o de alguna otra localidad próxima. Cierta día, volviendo de una subasta de cerdos, se me ocurrió una gran idea. Pasaba cerca de una base militar y pensé en toda la comida útil que debían de estar desperdiciando allí dentro. Veréis, cuando estaba en el Ejército —hace ya mucho tiempo—, tuve que pasar muchos ratos pelando patatas por culpa de todos los líos en que andaba siempre metido. Y una de las cosas que recuerdo de mis días de servicio es la cantidad de basura que se acumulaba cada día en los comedores y las cocinas del campamento. Por eso se me ocurrió que tal vez podríamos convertir esos desperdicios en pienso para los animales. Por si no lo sabíais, la comida para cerdos es muy cara. El señor McGivver, por ejemplo, decía que ése era el principal obstáculo para ampliar el negocio tanto como quería. ¿Qué podía perder? Aparqué el camión delante del cuartel general y pregunté por el encargado. Me llevaron hasta una pequeña oficina y, quién lo iba a decir, el negrata que estaba sentado tras el escritorio resultó ser el sargento Kranz, el mismo que servía en mi compañía de Vietnam. Al verme casi se muere del susto.

—¡Por todos los santos! —exclamó—. ¿Eres tú, Gump? ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Se lo expliqué y casi se desternilla de risa.

—¿En una granja de cerdos? Por Dios, Gump, un hombre con una hoja de servicios como la tuya, con la Medalla de Honor del Congreso y todo lo demás... Deberías ser general, o al menos brigada, como yo. Conque despojos del Ejército para los cerdos, ¿eh? No veo por qué no. Gump, ve a ver al primer sargento de los comedores y dile que te he dado permiso para llevarte toda la basura que quieras.

Hablamos un rato de los viejos tiempos, de la guerra, de Bubba, del teniente Dan y de algunos más. Le conté lo del campeonato de pingpong en China y el asunto de la NASA, lo del negocio de las gambas y la temporada con los Saints de Nueva Orleans. El sargento me dijo que le parecía todo un poco extraño, pero que, qué caramba, cada uno sabe lo que más le conviene. En cuanto a él me explicó que ya le faltaba poco para cumplir treinta años de servicio; llegado el momento se retiraría y abriría un bar donde no se permitiría la entrada a los civiles, ni aun al presidente de Estados Unidos. Después de contarme sus planes, el sargento Kranz me dio una palmadita en la espalda y se despidió. Cuando llegué a la granja con aquel montón de basura para los cerdos, el señor McGivver no cabía en sí de gozo.

—¡Por todos los demonios, Gump! —gritó—. Ésta es la mejor idea que he oído jamás. ¿Cómo es que no se me había ocurrido a mí antes? Con todo este pienso del Ejército podemos doblar... qué digo doblar... cuadruplicar el volumen del negocio en cuestión de meses.

El señor McGivver estaba tan contento que hasta me concedió un aumento de cincuenta centavos la hora y me dejó salir los domingos. Aprovechaba mis días de descanso para ir a la ciudad a perder un poco el tiempo. Al fin y al cabo, Villacarbón no era lo que se dice una capital cosmopolita. Debía de tener unos pocos miles de habitantes, la mayoría en paro desde el cierre de la mina de carbón que había dado origen a la ciudad. La entrada de las galerías no era más que un agujero en la ladera de la colina cercana, y muchos de los mineros no tenían otra cosa que hacer que sentarse en la plaza del juzgado y jugar al ajedrez. Había un restaurante barato llamado Etta's adonde iban a tomar café algunos de los viejos mineros. De vez en cuando me sentaba con ellos a tomarme uno y a escuchar las historias que contaban sobre los tiempos en que la mina aún funcionaba. A decir verdad, era bastante deprimente, aunque mejor que pasarse el día rodeado de cerdos.

Mis obligaciones en la granja habían aumentado con el negocio. Ahora me encargaba también del traslado del pienso desde la base del Ejército hasta los establos. Lo primero que había que hacer era separar la comida del resto de la basura: servilletas, bolsas de plástico, cajas de cartón, latas y todo lo demás. Menos mal que al sargento Kranz pronto se le ocurrió la manera de ahorrarme ese trabajo. Todos los soldados sancionados de los distintos barracones recibieron órdenes de separar la basura en varios bidones correspondientes a dos categorías diferentes, a saber: la de

los desperdicios comestibles y la de los desperdicios incomedibles. El sistema funcionó a pedir de boca hasta el día de visita: los padres de algunos soldados se quejaron ante el general sobre la calidad del rancho con que se alimentaba a sus hijos. Después de ese incidente decidimos etiquetar los bidones de basura según un código que no diera lugar a confusiones y que funcionara igual de bien. Al cabo de unos cuantos meses la operación iba viento en popa y el señor McGivver tuvo que comprar dos camiones más para poder transportar toda la basura hasta nuestra granja. Antes de un año teníamos siete mil ochenta y un cerdos a nuestro nombre.

Un buen día recibí carta de la señora Curran. En ella me decía que se acercaba el verano y que tal vez fuera buena idea que el pequeño Forrest pasara algún tiempo con su padre. No estaba escrito en el papel, pero tuve la sensación de que el comportamiento del chico dejaba bastante que desear. Su abuela hablaba de «cosas de chicos», pero también mencionaba un bajón en las notas y sugería que «tal vez le ayudaría pasar una temporadita con su papá». Le contesté diciendo que me lo enviara en tren tan pronto como acabara el curso. Algunas semanas más tarde el pequeño Forrest llegaba a la estación de Villacarbón.

Cuando lo vi bajar del tren apenas pude creerlo. Había crecido más de dos palmos y se había convertido en un muchacho muy guapetón, con el mismo cabello castaño claro y los mismos ojos azules de su madre. No sonrió al verme.

—¿Cómo va todo? —le pregunté.

¿Qué es esto? —dijo mientras echaba un vistazo a su alrededor y olisqueaba el aire como si acabara de poner los pies en el vertedero municipal.

—Es el lugar donde vivo ahora —respondí.

—No me digas.

Me dio la impresión de que el pequeño Forrest ocultaba algo.

—Antes había una mina de carbón —dije—, pero se agotó.

—La abuela dice que ahora eres granjero. ¿Es cierto eso?

—Más o menos. ¿Quieres que vayamos a la granja?

—Qué remedio —aceptó—. No veo ninguna razón para quedarnos aquí.

Así fue como lo llevé a la granja del señor McGivver. Un kilómetro antes de llegar se tapó la nariz y empezó a abanicar el aire con la mano.

—¿Qué es este pestazo? —preguntó.

—Son los cerdos —le expliqué—. Trabajo en una granja de cerdos.

—¡Maldita sea! ¿Te crees que voy a pasarme todo el verano en compañía de un montón de cerdos apestosos?

—Mira —le dije—, ya sé que no he sido un padre ejemplar, pero estoy intentando sacar la familia adelante, y ésta es nuestra única fuente de ingresos por el momento. Y déjame que te advierta una cosa: no me gusta que seas tan deslenguado; aún eres demasiado joven para eso.

No volvió a soltar prenda durante el resto del viaje. Al llegar a casa del señor McGivver se encerró en su habitación y no salió de ella hasta la hora de cenar, y aun entonces se limitó a sentarse a la mesa y jugar con la comida. Cuando el chico se hubo acostado, el señor McGivver encendió su pipa y me dijo:

—No parece muy contento, ¿verdad?

—No —admití—, pero creo que se sentirá mejor dentro de un par de días. Al fin y al cabo, hacía mucho tiempo que no me veía.

—Creo que podría irle bien trabajar un poco en la granja. Eso le ayudaría a hacerse un hombre, ya sabes.

—Sí —dije—, puede que sí. —Me fui a la cama bastante deprimido. Cerré los ojos e intenté pensar en Jenny con la esperanza de que vendría en mi ayuda, pero no sirvió de nada. Esta vez me había dejado solo ante el peligro.

A la mañana siguiente hice que el pequeño Forrest me ayudara a dar de comer a los cerdos, y él obedeció con cara de asco. Durante el resto de aquel día y del día siguiente no me dirigió la palabra excepto en caso de necesidad, y aun así nunca más de un par de sílabas. Entonces se me ocurrió una idea.

—¿Tienes perro o alguna otra mascota en casa? —le pregunté.

—No.

—¿Y no te gustaría tener una?

—No.

—¿Sabes una cosa? Creo que si te la enseño cambiarás de opinión.

—No me digas. ¿Qué tipo de mascota?

—Tú sígueme y verás —le dije.

Lo llevé hasta un rincón del establo donde un gran ejemplar de cerda Duroc estaba amamantando a una docena de lechones. Los cochinitos tenían casi ocho semanas de vida, y yo había echado el ojo a una de las crías en particular. Digamos que me pareció la mejor de la prole. Tenía los ojos limpios y acudía cuando se la llamaba; era blanca con manchitas negras, y levantaba las orejas cuando uno le hablaba.

—Ésta es *Wanda* —le dije al chico mientras cogía la lechona y la depositaba en sus brazos. El pequeño Forrest no pareció muy contento con su regalo, pero lo aceptó de todos modos. *Wanda* empezó a husmearlo y a lamerlo como habría hecho un cachorro.

—¿Por qué la has llamado *Wanda*? —preguntó al fin.

—No lo sé. Es el nombre de una vieja amiga mía.

A partir de entonces el pequeño Forrest se volvió algo más afable. No conmigo, pero sí con *Wanda*, que se convirtió en su compañera inseparable. Había llegado el momento de destetarla, de modo que el señor McGivver dijo que no tenía ningún

inconveniente en que el muchacho se quedara con ella si eso lo hacía feliz.

Llegó el día de llevar unos cuantos cerdos a la subasta de Wheeling. El pequeño Forrest me ayudó a cargar el camión y los dos emprendimos viaje por la mañana temprano. Tardamos medio día en llegar, y tuvimos que volver inmediatamente para recoger otra carga igual.

—¿Por qué llevas los cerdos hasta Wheeling en esta cafetera? —preguntó batiendo su propio récord de locuacidad.

—Bueno, de una manera u otra hay que transportarlos. El señor McGivver lo ha estado haciendo así durante años.

—¿Y no sabes que hay una línea de ferrocarril que pasa por el centro de la ciudad? Llega hasta Wheeling; lo vi cuando iba en el tren. ¿Por qué no metes los cerdos en un vagón y dejas que alguien los recoja a la llegada?

—No lo sé —dije—. ¿Para qué?

—¡Para ahorrar tiempo, por el amor de Dios! —me dijo con exasperación.

—¿Y para qué va a querer más tiempo un cerdo? —repliqué.

El pequeño Forrest se limitó a decir que no con la cabeza y a mirar por la ventanilla. Creo que en ese preciso momento comprendió que su padre tenía el coeficiente intelectual de un mosquito.

—Bueno —concedí—, tal vez sea una buena idea. Mañana por la mañana hablaré con el señor McGivver.

Pero el pequeño Forrest no se inmutó. Siguió sentado en silencio, con *Wanda* en su regazo. Parecía solo y asustado.

—¡Fantástico! —gritó el señor McGivver—. Trenes para llevar los cerdos a la subasta... Ahorraremos miles de dólares en transporte. ¿Cómo demonios no se me había ocurrido?

Estaba loco de contento. Hasta se acercó al pequeño Forrest para darle un achuchón.

—Eres un genio, muchacho. ¡Vamos a hacernos ricos!

En fin. El señor McGivver nos subió el sueldo a los dos y nos dio todos los fines de semana libres. El sábado y el domingo me llevaba al pequeño Forrest a Villacarbón, a comer en el restaurante de Etta's y a charlar con los viejos mineros y el resto de la parroquia. Todos se portaban muy bien con el chico, y él siempre tenía cosas que preguntarles. Era una buena manera de pasar el verano y, a medida que pasaban las semanas, me di cuenta de que el muchacho y yo empezábamos a llevarnos mejor. Mientras tanto el señor McGivver estaba ocupado intentando resolver un problema muy engorroso: cómo deshacerse de los excrementos que se iban acumulando a medida que aumentaba nuestra producción.

En aquel momento había ya más de diez mil cerdos en la granja, y cada día que

pasaba, la cifra era mayor. El mismo señor McGivver calculaba que antes de acabar aquel año habríamos superado los veinticinco mil cerdos, y a un kilo de hienda por cabeza y día... bueno, echad las cuentas vosotros mismos.

Todas las granjas de los alrededores ya compraban nuestro estiércol, y habíamos llegado al punto en que la oferta superaba con creces la demanda. Por si eso fuera poco, la gente del pueblo se quejaba cada vez más del olor procedente de las pocilgas.

—Podríamos intentar quemarlo —propuse.

—Joder, Gump, ya me dan bastante la lata tal como están las cosas ahora. ¿Cómo crees que reaccionarían ante una hoguera de veinte mil kilos de mierda?

Durante los días siguientes se nos ocurrieron otras ideas, pero tuvimos que desecharlas todas por una u otra causa. Una de aquellas noches, sentados a la mesa a la hora de cenar, volvió a salir el tema. Finalmente el pequeño Forrest se decidió a intervenir.

—He estado pensando —anunció—. ¿Qué os parecería utilizar los excrementos para crear energía? —¿Para qué? —preguntó el señor McGivver.

—Fijaos bien —explicó el muchacho—. Las galerías de la mina pasan justo por debajo de nuestra propiedad...

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo uno de los mineros. Según él, las galerías se extienden a lo largo de más de tres kilómetros desde la entrada, en la ciudad, hasta el pantano, pasando por el terreno que ocupan los establos.

—¿Es eso cierto?

—Como me lo contaron os lo cuento —respondió el pequeño Forrest—. Y ahora, fijaos en esto... —Sacó una libreta que llevaba consigo y la abrió sobre la mesa. El cuaderno contenía los dibujos más extraños que he visto en mi vida, pero parecía que el chico había vuelto a sacarnos del atolladero.

—¡Dios mío! —exclamó el señor McGivver tras echar un vistazo a los bocetos—. Esto es magnífico, una idea de primera. Te mereces un Nobel, jovencito.

La idea del pequeño Forrest consistía en lo siguiente: lo primero que debíamos hacer era cegar la entrada de la mina en Villacarbón; después habría que perforar en nuestra propiedad para comunicarla con las galerías e ir llenando los conductos con las heces del ganado; al cabo de poco tiempo los detritos fermentarían y empezarían a producir gas metano. Una vez concluido el proceso de putrefacción, haríamos circular el gas sirviéndonos de una serie de máquinas que había diseñado él mismo hasta un gran generador que produciría energía suficiente para cubrir no solamente las necesidades de nuestra granja, sino las de toda la ciudad.

—¿Os lo imagináis? —gritó el señor McGivver—. ¡Una ciudad entera iluminada con mierda de cerdo! Además, el funcionamiento es tan simple que hasta un imbécil podría ocuparse de todo. Cómo me habría gustado compartir su convencimiento.

Bueno, aquello era sólo el principio, ya que hizo falta el resto del verano para poner toda la operación en marcha. Después de que el señor McGivver hablara con los poderes de la ciudad y éstos nos concedieran el permiso de obras, nos encontramos rodeados de la noche a la mañana por un ejército de ingenieros de todo tipo, de máquinas perforadoras, de representantes de la Agencia para la Protección del Medio Ambiente, de conductores y de obreros que instalaban la maquinaria en una caseta construida a tal efecto. El pequeño Forrest había sido nombrado «ingeniero en jefe honorario» y no cabía en sí de satisfacción.

Yo seguí ocupándome de dar de comer a los cerdos y de limpiar establos, pocilgas y demás. Un buen día el señor McGivver vino a verme y me dijo que me pusiera al volante de la excavadora porque había llegado el momento de empezar a llenar las galerías de estiércol. Y eso es lo que estuve haciendo durante una semana más o menos. Cuando hube terminado, utilizaron un artilugio mecánico para sellar los agujeros que habían perforado. Entonces el pequeño Forrest dijo que no había más que sentarse a esperar. Esa misma tarde, cuando empezaba a caer el sol, lo vi desaparecer tras una colina, camino del pantano, seguido al trote por su amiga *Wanda*. Ambos habían crecido mucho, y yo no me había sentido tan orgulloso en toda mi vida.

Un par de semanas más tarde, cuando el verano estaba a punto de tocar a su fin, el pequeño Forrest anunció que había llegado el momento de poner en marcha la central de energía porcina. Al filo del anochecer nos llevó a mí y al señor McGivver a la caseta —dentro había un montón de máquinas con un sinfín de tuberías, cuadrantes e indicadores— y nos contó cómo funcionaba todo aquello.

—Primero —explicó—, el gas metano sale de la galería por esta tubería y enciende esta llama de aquí —dijo señalando algo que parecía un calentador de agua—. Después el condensador se encarga de comprimir el vapor para que se ponga en marcha este generador. La electricidad resultante circula por estos cables; de ahí procede la energía. —Dicho lo cual dio un paso atrás con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Simplemente magnífico! —clamó el señor McGivver—. Edison, Fulton, Whitney, Einstein... no tienes nada que envidiarles, muchacho.

Entonces el pequeño Forrest se puso a accionar válvulas, palancas e interruptores, y pronto las agujas de los indicadores de presión empezaron a moverse y los contadores de las paredes a dar vueltas. De repente las luces de la central parpadearon y todos nos pusimos a dar saltos de alegría. El señor McGivver salió corriendo del edificio y empezó a soltar alaridos. Todas las luces de la casa y de los establos se encendieron. La noche se había vuelto tan clara como el día, y en la lejanía se distinguían también las luces de Villacarbón.

—¡Eureka! —exclamó el señor McGivver—. No acuerdo a comprender cómo lo hemos conseguido, pero tengo la certeza de que a partir de ahora todo irá sobre

ruedas...

Lo que hay que oír. Al día siguiente el pequeño Forrest volvió a acompañarme a la central y me enseñó cómo funcionaba. Me explicó para qué servían todos los indicadores, válvulas y contadores, y al cabo de un rato ya no me parecía tan difícil de entender. Sólo tenía que revisarlo todo una vez al día, asegurarme de que un par de agujas no pasaran de cierto límite, y comprobar que tal y tal válvula estuviera abierta o cerrada. Supongo que el señor McGivver tenía razón y que hasta un imbécil como yo podía ocuparse de todo.

—También he estado pensando en otra cosa —dijo el pequeño Forrest a la hora de cenar.

—¿De qué se trata, mi pequeño genio? —lo animó el señor McGivver.

—Bueno, he pensado que... Usted dijo que teníamos que desacelerar un poco la producción porque los mercados de Wheeling y de las cercanías ya estaban saturados.

—Exacto.

—Pues se me ha ocurrido que tal vez podríamos enviar los cerdos al extranjero: a Sudamérica, o a Europa, incluso a China.

—Verás, hijo —dijo el señor McGivver—, no se puede negar que es una idea excelente, pero...

El problema es que cuesta tanto dinero exportar los cerdos que al final se convierte en un mal negocio. Quiero decir que para cuando los barcos atracan en puerto extranjero los gastos ya han sobrepasado las ganancias.

—En eso he estado pensando precisamente —replicó el chico mientras sacaba su libretita. ¿Querréis creer que había dibujado otro montón de planos?

—¡Fantástico, increíble, soberbio! —gritó el señor McGivver levantándose de un brinco—. Muchacho, deberías ser miembro del Congreso o algo parecido.

El pequeño Forrest lo había hecho de nuevo; había diseñado un barco para el transporte de cerdos. Ni que decir tiene que no comprendí con exactitud todos los detalles, pero la idea era más o menos como sigue: los cerdos viajarían dentro del buque, en plataformas horizontales superpuestas; el suelo de cada compartimento estaría hecho de red metálica resistente, de modo que los excrementos de los cerdos del nivel superior cayeran al nivel siguiente y así sucesivamente hasta llegar al fondo del barco, donde una máquina parecida a la de nuestra central se encargaría de alimentar el motor de la embarcación.

—¡De esta manera el consumo de combustible se reduce prácticamente a cero! —rugió el señor McGivver—. Dios mío, imaginaos las posibilidades de este sistema. Exportar cerdos por menos de la mitad del coste normal. ¡No puedo creerlo! Flotas enteras propulsadas por excrementos de cerdo... Y eso no es todo. Pensadlo bien: trenes, aviones, aeroplanos, cualquier cosa... hasta lavadoras, secadoras y aparatos de televisión. Al cuerno la energía nuclear. Puede que hoy sea el comienzo de una nueva

era. —Estaba tan emocionado que no paraba de moverse; llegué a temer que fuera a darle un soponcio—. Lo primero que haré mañana —continuó— será ocuparme de que alguien eche una ojeada a estos planos, pero antes quiero comunicaros una decisión que acabo de tomar. Gump, me has ayudado tanto que deseo demostrarte mi gratitud cediéndote un tercio de los beneficios. ¿Qué dices a eso?

La verdad es que no me lo esperaba, pero me pareció bien y así se lo hice saber: —Gracias —respondí.

Y llegó la fecha en que el pequeño Forrest debía volver a la escuela. Yo habría preferido que no se fuera, pero no había más remedio. El día que lo llevé a la estación en la camioneta, las hojas de los sicómoros apenas habían empezado a cambiar de color. *Wanda* tuvo que ir en la parte de atrás, porque había crecido tanto que ya no cabía dentro de la cabina.

—Tengo que hacerte una pregunta —dijo el pequeño Forrest.

—Adelante.

—Es sobre *Wanda*. ¿No iréis a...? ¿Verdad?

—Pues claro que no, no te preocupes. Creo que nos la quedaremos como cerda de cría. No le pasará nada.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Gracias.

—Quiero que te portes bien cuando llegues a casa, ¿me oyes? Y que obedezcas a la abuela, ¿de acuerdo?

—Vale.

El chico se puso a mirar por la ventana sin decir nada, y tuve el presentimiento de que algo no andaba bien.

—No estarás triste, ¿eh?

—Bueno, estaba pensando... ¿Por qué no puedo quedarme aquí contigo y ayudar en la granja?

—Porque aún no tienes edad de trabajar. Más adelante, cuando hayas terminado la escuela, ya hablaremos del tema; ahora es demasiado pronto. Podrías volver en Navidad... ¿qué te parece?

—Sí, estaría bien.

Por fin llegamos a la estación. El pequeño Forrest se dirigió a la parte trasera del camión para dejar bajar a *Wanda*. Una vez sentados en el andén, empezó a abrazarla y a susurrarle cosas al oído. Me dieron mucha lástima, pero sabía que estaba haciendo lo debido. Cuando el tren que esperábamos entró en la estación, el chico abrazó a *Wanda* por última vez y subió al vagón. Nos dimos la mano. A través de la ventana, mientras el tren se ponía en marcha, vi cómo se sentaba y nos decía adiós con la mano. *Wanda* y yo volvimos solos a la granja.

Los días que siguieron a la marcha del pequeño Forrest fueron una auténtica locura. ¿Para qué os voy a contar? El señor McGivver estaba más ajetreado que una bailarina de cancán a la pata coja. Para empezar, multiplicó por diez el volumen de producción, para lo cual tuvo incluso que comprar cerdos a otros proveedores. Al cabo de pocos meses habíamos reunido cerca de cincuenta o sesenta mil cabezas de ganado. Había tantos cerdos en la granja que la verdad es que perdimos la cuenta. Pero no importaba, porque cuantos más cerdos teníamos más metano producíamos, y ya no sólo iluminábamos Villacarbón, sino varias poblaciones de los alrededores. Los del Gobierno Federal en Washington dijeron que éramos una inspiración para el resto de la nación y que nos merecíamos un homenaje.

El paso siguiente fue ponerse a trabajar en el proyecto de la flota propulsada por energía porcina. En menos que canta un gallo teníamos tres barcos en construcción en Norfolk, Virginia, a orillas del océano Atlántico. El señor McGivver pasaba la mayor parte del tiempo en los astilleros, así que era yo quien se ocupaba de la granja. Para entonces ya habíamos empleado casi cien jornaleros, la mayoría mineros en paro, lo que representó un gran alivio económico para la ciudad.

Por si fuera poco, el señor McGivver había expandido el negocio de recogida de basura a todas las bases militares en un radio de cuatrocientos cincuenta kilómetros. Una flota de camiones se encargaba de recoger el pienso y de repartir los excedentes entre los demás granjeros de la zona.

—Nos hemos convertido en una gran empresa de ámbito estatal —dijo el señor McGivver—, pero estamos hipotecados hasta las cejas.

Le pregunté qué significaba «hipotecados» y me contestó:

—Endeudados, Gump, estamos hasta el cuello de deudas. Hemos tenido que pedir prestados varios millones de dólares para construir todos esos barcos, ampliar la granja y comprar camiones de basura. A veces no puedo dormir pensando en la bancarrota... Pero hemos llegado demasiado lejos; ya no podemos echarnos atrás. Tendremos que aumentar la producción de metano para cubrir gastos, y me temo que habrá que subir los precios.

Le pregunté qué podía hacer yo para ayudar.

—Tú sigue recogiendo mierda tan deprisa como puedas —respondió.

Y así lo hice.

Al final de aquel otoño la mina debía de albergar entre las trescientas y las cuatrocientas cincuenta toneladas de estiércol, y la central porcina funcionaba a todo gas las veinticuatro horas del día. Tuvimos que doblar el tamaño de la planta para cubrir la producción.

Faltaban sólo dos semanas para que el pequeño Forrest llegara a la granja a pasar

las Navidades con nosotros, pero el homenaje programado por las autoridades para celebrar nuestra contribución al bienestar de nuestros conciudadanos no podía esperar. Los vecinos de Villacarbón habían engalanado todas las calles con adornos navideños, lucecitas de colores y demás. Huelga decir de dónde procedía toda la energía necesaria... Por desgracia, el señor McGivver no asistiría a la ceremonia — estaba demasiado ocupado supervisando la construcción de la flota—, así que me pidió que aceptara el galardón en su nombre.

El día del evento me vestí con traje y corbata y me fui a la ciudad. Había gente de todas partes, no sólo de Villacarbón, sino también de otras poblaciones cercanas, y también un montón de autocares llenos de enviados de organizaciones cívicas y medioambientales. De Wheeling llegaron el gobernador y el fiscal general del Estado, y de Washington el representante de Virginia Occidental en el Senado. También hizo acto de presencia el sargento Kranz, venido de la base militar. El alcalde de Villacarbón ya había empezado a pronunciar su discurso cuando yo llegué.

—Ni siquiera en sueños —proclamaba— osábamos presumir que el final del túnel estuviera tan próximo. ¿Quién iba a imaginar, además, que la salvación nos llegaría de manos de una piara de cerdos gracias al ingenio del señor McGivver y del señor Gump?

La ceremonia tenía lugar en la plaza mayor, al pie de la colina donde había estado situado el acceso a la mina. Habían decorado el entablado con banderitas rojas, azules y blancas, y también con reproducciones de la enseña americana. Nada más percatarse de mi presencia, la banda del instituto interrumpió el discurso del alcalde y empezó a tocar *Dios bendiga América*. Las cinco o seis mil personas que integraban la multitud celebraron mi subida al escenario con gritos, aplausos y vítores. Todos quisieron estrecharme la mano: el alcalde, el gobernador, el fiscal, el senador, sus respectivas esposas y hasta el sargento Kranz, que se había puesto el uniforme de gala. El alcalde concluyó su discurso diciendo que yo era un gran tipo y dándome las gracias por «haber dado nueva vida a la ciudad de Villacarbón con mi maravilloso invento». A continuación pidió a todo el mundo que se pusiera en pie para escuchar *Barras y estrellas*.

Justo antes de que los músicos volvieran a tocar noté un pequeño temblor de tierra del que nadie más pareció darse cuenta. Durante la primera estrofa se produjo una segunda vibración, y esta vez hubo miradas de alarma y una cierta inquietud. Instantes más tarde, coincidiendo con el momento culminante del himno, una tercera sacudida, mucho más fuerte que las anteriores, hizo temblar el suelo y dejó hecho añicos un escaparate cercano. Fue entonces cuando comprendí que algo malo estaba a punto de ocurrir.

Aquella mañana me había puesto tan nervioso con lo del traje y demás que me había ido sin dejar abierta la válvula principal de presión de la central. El pequeño

Forrest me lo había advertido un montón de veces: no debía olvidar nunca ese detalle, ya que de lo contrario podría suceder algo grave. La mayoría de la gente seguía cantando, pero algunos ya habían empezado a murmurar comentarios y a girar la cabeza a uno y otro lado para ver qué estaba pasando. El sargento Kranz se inclinó hacia mí y me preguntó:

—Gump, ¿qué coño está pasando aquí?

Iba a decírselo, pero no me dio tiempo.

Levanté la vista hacia la colina donde se encontraba la entrada clausurada de la mina en el preciso instante en que se producía una explosión descomunal. Vi un gran resplandor seguido de llamas y, de repente, ¡pataplum!, todo salió volando por los aires.

En un segundo se hizo la oscuridad. Al principio creí que habíamos muerto, pero pronto oí murmullo de voces. Me froté los ojos y eché un vistazo a mi alrededor: el espectáculo valía la pena. Todos los peces gordos seguían en el entablado, inmóviles, fulminados. Sin embargo, lo que les había caído encima no era un rayo, sino una tonelada de mierda.

¡Dios mío! —sollozó la esposa del gobernador—.

¡Dios mío!

Seguí mirando a mi alrededor. No os lo vais a creer, pero toda la ciudad estaba cubierta de estiércol —incluyendo, por supuesto, las cinco o seis mil personas que asistían a la ceremonia—. Los edificios, los coches, los autobuses, las calzadas, las aceras, los árboles... todo. Todo enterrado bajo medio palmo de mierda. En medio de aquel panorama desolador destacaba sobre todo el chico de la tuba. Por lo visto, la deflagración lo había sorprendido tocando un sostenido, y el pobre continuaba soplando sin darse cuenta de que tenía el instrumento lleno de porquería. El angelito parecía un suflé en su punto.

Entonces volví la cabeza y vi al sargento Kranz con los ojos fuera de las órbitas, clavados en mí, y con una expresión amenazadora en el rostro. ¿Cómo se las habría arreglado para conservar la gorra...?

—¡Gump! —aulló—. ¡Pedazo de inútil! ¿Qué significa todo esto?

Acto seguido se me echó al cuello sin darme siquiera tiempo a responder. No era difícil imaginar el desenlace de la escena, así que opté por saltar del estrado y salir corriendo a toda pastilla. El sargento Kranz y todos los demás —por lo menos los que aún estaban en condiciones de hacerlo— echaron a correr tras de mí. ¿Qué me recordaba todo aquello?

Intenté regresar a la granja, pero me di cuenta de que allí tampoco encontraría refugio, sobre todo teniendo en cuenta que mis perseguidores acababan de ser agredidos por casi quinientas toneladas de excrementos con denominación de origen y que me habían nombrado cabeza de turco por unanimidad. De todas maneras seguía

corriendo tan deprisa como podía —o sea, bastante.

Cuando alcancé la casa ya había conseguido sacarles algo de ventaja. Estaba a punto de hacer las maletas cuando, de repente, los vi llegar por la carretera, gritando como locos. Me escabullí por la puerta trasera y fui al establo a buscar a *Wanda*, que me miró un poco sorprendida pero me acompañó sin rechistar. Dejé atrás las pocilgas y los pastos, y no vais a creer lo que pasó entonces: todos los cerdos de la granja — incluso los que estaban encerrados— decidieron unirse a la multitud enfurecida que nos perseguía.

El pantano parecía ser el único lugar seguro a nuestro alcance, así que nos dirigimos hacia él. Estuvimos escondidos hasta el atardecer, rodeados de griterío y malas vibraciones. *Wanda* hizo gala en todo momento de un gran sentido común y no dijo esta boca es mía. Así fue cayendo la noche. Estábamos empapados y muertos de frío. Habían instalado reflectores para iluminar el pantano y, de vez en cuando, distinguíamos la silueta de alguien armado con una horca o un azadón, igual que en una película de Frankenstein. Varios helicópteros empezaron a sobrevolar la zona con focos y altavoces, exigiendo mi rendición.

¡Y una mierda! —dije entre mí—. Y en ese preciso instante oí el sonido de mi salvación: el silbido lejano de un tren que circulaba por la otra orilla. Aquélla era nuestra única oportunidad de salvar el pellejo. *Wanda* y yo vadeamos el pantano y, de puro milagro, conseguimos saltar a uno de los vagones. Alguien había encendido una vela en el interior. A la tenue luz de la candela, conseguí distinguir la figura de un hombre tendido sobre un lecho de paja.

—¿Quién demonios eres? —me preguntó.

—Me llamo Gump —respondí.

—¿Y ése que va contigo?

—Se llama *Wanda*.

—¿Una chica?

Más o menos.

¿Cómo que más o menos? Oye, no me habrás metido un travestido...

—No. *Wanda* es una cerda Duroc, y puede que algún día llegue a ganar premios.

—¿Una cerda, dices? ¡Por todos los santos! —exclamó—. Hace una semana que no pruebo bocado.

Iba a ser un largo viaje.

Al cabo de unos minutos la vela se apagó. El tipo del tren tosió un poco y después creo que se durmió. Seguimos avanzando en la oscuridad. El traqueteo de las ruedas y el balanceo del vagón consiguieron adormecer a *Wanda*, que se quedó traspuesta con la cabeza apoyada en mi regazo.

Yo continué despierto un buen rato, preguntándome cómo me las componía para meterme en aquellos líos. Parece mi sino dejarlo todo hecho una mierda —pensé—. Y no hablaba metafóricamente.

A la mañana siguiente las puertas del vagón dejaron entrar un poco de luz. El tipo del rincón empezó a moverse y a toser otra vez.

—Oye —me dijo—, ¿por qué no abres un poco y dejas que entre una brizna de aire fresco?

Fui hacia la puerta y la entreabrí cosa de un palmo. Pasamos por delante de un montón de casas y de unos cuantos edificios destartalados. Todo parecía frío y gris, salvo los adornos de Navidad que había a la entrada de algunos hogares.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—Por lo que yo sé, a Washington D.C. —respondió el tipo.

—Caramba, entonces ya he estado aquí —comente.

—¿De veras?

—Sí, hace un montón de tiempo. Vine a ver al Presidente.

—¿Al presidente de qué?

—De Estados Unidos.

—¿Había un desfile o algo así?

—No, nada de eso. Fui a verle a su casa.

—Ya... Fue aquella semana de tres jueves, ¿verdad?

—¿Eh? No hay semanas con tres jueves.

—Lo sé, lo sé.

Me di la vuelta para verlo mejor. Había algo en su mirada que me resultaba muy familiar, pero la barba y el sombrero ridículo que llevaba me impedían reconocerlo del todo.

—Oye —le dije—, ¿cómo te llamas?

—¿Y a ti qué te importa?

—Verás, es que te pareces a alguien que conocí hace tiempo. Eso es todo.

—¿Ah sí? ¿A quién?

—A un tipo del Ejército. Estuvimos juntos en Vietnam.

—¿Cómo dijiste que te llamas?

—Gump.

—¿En serio? Una vez conocí a un tal Gump. ¿Cuál es tu nombre de pila?

—Forrest.

—¡Me cago en...! —exclamó el tipo cubriéndose el rostro con las manos—. Debí haberlo supuesto.

—Bueno, ¿y quién demonios eres tú? —pregunté.

—Por todos los santos, Forrest, ¿pero no me reconoces?

Me arrastré por el suelo cubierto de paja hasta el rincón donde estaba y lo miré de cerca.

—Pero si es...

—No, ya veo que no. Te advierto que no me sorprende: últimamente estoy muy desmejorado —dijo sin dejar de toser.

¡Teniente Dan! —grité mientras le ponía las manos sobre los hombros.

Entonces le miré a los ojos y descubrí en ellos una película lechosa, como si no pudiera verme. Teniente Dan, ¿qué le ha ocurrido? —me alarmé—. Tiene los ojos...

—Estoy casi ciego, Forrest.

—¿Cómo es eso?

—Bueno, no hay una sola razón —respondió. Me fijé mejor y pensé que tenía un aspecto verdaderamente espantoso. Estaba más flaco que un fideo e iba vestido con harapos; los muñoncitos donde se ponía las piernas ortopédicas daban pena, y también tenía los dientes hechos polvo.

—Supongo que aún estoy pagando las consecuencias de Vietnam —me explicó—. No me hirieron sólo en las piernas, ¿sabes? También me dieron en el pecho y en el estómago, y... Bueno, es como si fuera una recaída. Oye, ¿qué es ese pestazo? ¿Eres tú? Hueles a mierda, tío.

—Sí, ya lo sé —admití—. Es una larga historia.

En fin, el teniente Dan sufrió otro acceso de tos, esta vez más fuerte, así que le pedí que volviera a tenderse y regresé a mi rincón del vagón por si era mi olor lo que le hacía toser.

No podía creerlo; el pobre parecía un alma en pena. ¿Qué podía haberle dejado en una situación semejante? me dije—, sobre todo teniendo en cuenta todo el dinero que ganó con el negocio de las gambas. Pero ya habrá tiempo para hablar de eso más adelante —pensé—. Al cabo de un rato el teniente dejó de toser y se durmió. Yo seguí sentado al lado de *Wanda*, preguntándome qué iba a ser de todos nosotros.

Un par de horas más tarde el tren empezó a avanzar más despacio. El teniente Dan debía de haberse despertado, porque le oí toser.

—Atento, Forrest —me dijo—, tenemos que salir de aquí antes de que el tren se pare del todo. Si no, llamarán a la policía y nos meterán en la cárcel.

Eché un vistazo por la rendija de la puerta y vi que nos acercábamos a una estación llena de vagones de carga oxidados, de chatarra y de furgones de cola. Soplaban un viento frío y había un montón de basura flotando en el aire.

—Ésta es la famosa Union Station —anunció el teniente—. Parece que han estado haciendo reformas para recibirnos tal como merecemos.

Justo entonces el tren frenó y empezó a retroceder.

—Vamos, Forrest, ésta es nuestra oportunidad —dijo Dan—. Abre la puerta y salgamos de aquí.

Abrí la puerta de par en par y salté. *Wanda* sacó el hocico pero no se atrevió a seguirme, así que tuve que correr tras el vagón, agarrarla por una oreja y obligarla a saltar. El animal aterrizó con un gran ¡oinc! Volví a correr hasta llegar junto al teniente, que estaba sentado algo más atrás, lo cogí por los hombros y lo bajé hasta el suelo tan despacio como pude. Llevaba las piernas ortopédicas en brazos, pero estaban tan sucias y hechas polvo que no tenían aspecto de servir para mucho.

—Escondámonos bajo ese vagón antes de que pase la locomotora y nos vean. — Hicimos caso al teniente. Habíamos llegado a la capital de la nación.

Hacía un frío de mil demonios, el viento levantaba remolinos a nuestro alrededor y caían los primeros copos de nieve.

—Forrest, me duele tener que decírtelo, pero creo que deberías darte un baño antes de empezar a hacer turismo —dijo Dan—. He visto un charco ahí detrás que igual...

Dejé que el teniente se colocara las piernas ortopédicas mientras yo me acercaba al charco que me había indicado, me desnudaba, me metía dentro e intentaba sacarme de encima tanta porquería como fuera posible. Os advierto que no fue tarea fácil, porque ya se había secado, sobre todo la del pelo, pero al final lo conseguí. Después lavé la ropa y volví a vestirme. Digamos que no fue el momento más glorioso de mi carrera... Cuando hube acabado le tocó el turno a *Wanda*, que al parecer no quería quedarse atrás.

—Vayamos a la estación —sugirió el teniente—. Al menos estaremos calentitos y podrás secarte.

—¿Y qué hacemos con *Wanda*?

—He estado pensando en eso —dijo—. Ahora lo verás.

Mientras yo me adecantaba, el teniente había recogido un trozo de cuerda con la intención de ponerlo alrededor del cuello de *Wanda* cuando la cerda terminara de acicalarse.

También había encontrado un palo que podría utilizar a modo de bastón. Con *Wanda* cogida de la correa y el palo por delante, que me aspen si no parecía un ciego

de verdad. Bueno, más o menos.

—Veremos si resulta —continuó después de la demostración—. Tú déjame hablar a mí.

De esta guisa entramos en el vestíbulo de la estación, repleto de gente elegante, y huelga decir que nos convertimos nada más hacerlo en el objetivo de todas las miradas.

Alguien había dejado abandonado un ejemplar arrugado de *The Washington Post* sobre uno de los bancos. Casualmente, el periódico había quedado abierto por una página que decía:

IMBÉCIL CAUSA EXPLOSIÓN TÓXICA EN VIRGINIA OCCIDENTAL.

No pude evitar leer el resto del artículo:

The Washington Post

El veterano senador Robert Byrd, de Virginia Occidental, declaró haberse encontrado en «más de una situación engorrosa» a lo largo de su vida, pero en ninguna comparable a la humillación de que fue objeto recientemente en la pequeña localidad minera de Villacarbón.

Byrd, defensor denodado de cualquier iniciativa empresarial surgida dentro de los límites de su circunscripción natal, se encontraba ayer en la mencionada población presidiendo una ceremonia oficial junto a otros miembros insignes de la comunidad, incluidos varios representantes del Ejército y de la Agencia para la Defensa del Medio Ambiente. El acto se vio interrumpido por una terrible explosión de gas metano que sacudió toda la ciudad y dejó a personas y bienes inmuebles cubiertos por una desagradable pátina de fimo porcino.

El presunto causante de la explosión fue un retrasado mental sin domicilio fijo, identificado posteriormente como transformar detritos porcinos en energía. Al parecer dicha central había sido subvencionada con fondos federales.

El jefe de policía Harley Smathers describía la escena en estos términos: «La verdad es que no tengo palabras para explicar lo que vi. Imagínense, toda esa gente importante en el escenario... Después de la explosión todos se quedaron mudos durante un rato. Supongo que los pobres estaban alhelados, no sé. Entonces las señoras empezaron a gritar y a decir palabrotas, y los hombres a ir de un lado para otro mascullando. ¡Parecían monstruos de la

tele! Al cabo de un rato debieron de darse de cuenta de quién era el responsable del desaguisado, ese tal Forrest Gump, y organizaron una especie de cuadrilla para perseguirlo.

»Le estuvimos pisando los talones durante un buen rato, hasta que se metió en el pantano Fondo Fangoso. Parece que huyó con su cómplice, un tipo gordo disfrazado de cerdo o de algo parecido. Perdimos su pista al anochecer. Por aquí circula una leyenda que dice que no hay que ir al pantano Fondo Fangoso de noche, no importa quién esté allí».

—¿Tienes dinero? —preguntó el teniente.

—Unos diez o quince dólares —le respondí—. ¿Y usted?

—Veintiocho centavos.

—Bueno, a lo mejor es suficiente para desayunar.

—Joder —se lamentó—, cómo me gustaría tener bastante dinero para ir a comer ostras.

¡Qué no daría yo por una docena de ostras en este momento! Servidas sobre un lecho de hielo picado, con una salsera de cristal al lado... limón, tabasco, worcestershire y rábano picante.

—¿Y por qué no lo intentamos? —propuse. Era consciente de que no llevaba mucho dinero encima, pero qué diablos... Me acordé del teniente Dan que había conocido en Vietnam, siempre hablando de cuánto le gustaban las ostras crudas, y pensé que valía la pena arriesgarnos. ¿Qué podíamos perder?

El bueno del teniente estaba tan nervioso que le temblequeaban las piernas mientras cruzábamos el vestíbulo.

Ostras de Assateague o de Chincoteague —babeó—, me da lo mismo. Incluso me conformaría con unas cuantas ostras de la bahía de Chesapeake. Claro que, personalmente, prefiero las de la costa del Pacífico, las saladas de Puget Sound, o alguna variedad del estado de Oregon. O, ya puestos, las de la costa del Golfo, de donde tú vienes... de Bon Secour, o de la bahía de Heron, o de Apalachicola, Florida... ¡menudos moluscos servían por allí!

El teniente iba perdiendo la compostura a medida que nos acercábamos al rótulo que anunciaba un restaurante donde servían ostras. Se notaba cómo se le hacía la boca agua mientras cruzábamos el gran vestíbulo de mármol. Al llegar a la entrada del local, sin embargo, nos dio el alto un agente de la policía.

—¿Qué demonios creéis que estáis haciendo aquí, insensatos? —preguntó.

—Desayunar —contestó Dan.

—No me digas —replicó el polizante—. ¿Y qué me dices de ese cerdo?

—Es una cerda lazarillo con todos los permisos en regla —respondió el teniente sin inmutarse—. ¿No ve que estoy ciego?

El agente miró a Dan más de cerca y finalmente dijo:

—Bueno, lo pareces, pero los cerdos no pueden entrar en la Union Station. Va contra las reglas.

—Ya le he dicho que es una cerda lazarillo. Es totalmente legal —insistió.

—He oído hablar de perros guía, pero que yo sepa nunca ha habido un cerdo lazarillo —arguyó el polizone.

—Bueno —dijo Dan—, he aquí la prueba fehaciente de que existen. ¿Tengo razón o no, *Wanda*? —Se agachó un poco y acarició la cabeza del animal, que respondió con un magnífico gruñido.

—Eso es lo que tú dices —continuó el policía—, pero yo nunca he oído tal cosa. Además, creo que será mejor que os identifiquéis. Tenéis un aspecto bastante sospechoso. Vengan esos permisos de conducir.

—¿Permiso de conducir? —repitió Dan—. ¿Qué cretino sería capaz de darle el permiso de conducir a un ciego?

Tras unos momentos de reflexión, el agente me señaló con el pulgar y dijo:

Sí, quizá tengas razón, pero ¿qué pasa con tu amigo?

¡Él! —gritó Dan—. Por Dios, pero si es un retrasado mental... Oiga, ¿le gustaría a usted tener a un elemento así circulando por la ciudad en coche?

—Ya, bueno, y ¿por qué está mojado?

—Porque se ha caído en un charco cerca de la estación. ¿Qué clase de ciudad es ésta? ¿Cómo es que dejan que se formen semejantes charcos? Creo que deberíamos ir a poner una denuncia.

El polizone se rascó la cabeza. Supongo que intentaba encontrar la manera de salir airoso de aquella situación absurda.

—Bueno, puede que todo lo que dices sea cierto —concedió—, pero si es un retrasado de verdad, ¿qué está haciendo aquí? Tal vez deberíamos recluirlo en algún sitio, ¿no?

—Es el amo de la cerda —esgrimió Dan—. Es el mejor adiestrador de cerdos lazarillo del mundo entero. No diré que sea muy listo, pero en cuestión de cerdos guía no hay quien le haga sombra.

¿Sabía que los puercos son más inteligentes que los perros? La mayoría son incluso más listos que las personas. Pero eso sí: necesitan un buen adiestrador.

Wanda celebró aquel último argumento soltando otro gruñido y un chorrito de orina que fue a parar sobre el lujoso pavimento de mármol.

¡Muy bien, se acabó! —gritó el poli—. Me importan un comino vuestras excusas. ¡Largo de aquí!

El agente nos cogió por el cuello de la chaqueta y nos llevó a rastras hacia la puerta. En medio de la confusión el teniente había soltado la correa de *Wanda*, y la expresión del policía cuando se volvió para ver dónde estaba la cerda no hacía

presagiar nada bueno. *Wanda* había retrocedido y se encontraba unos veinte metros detrás de nosotros, con sus ojitos amarillos fijos en el intruso, rascando el suelo con las manos y gruñendo como si se hubiera vuelto loca. Entonces, sin más preámbulos, se lanzó a la carga. Dan y yo sabíamos contra quién iba dirigido el ataque, y sospecho que el polizonte también.

—¡Dios santo! —gritó mientras echaba a correr. Dejé que *Wanda* lo persiguiera unos cuantos metros más y después la llamé. La última vez que vimos a aquel policía parecía tener prisa por llegar al monumento a Washington. El teniente volvió a coger la correa y los tres cruzamos la puerta de la Union Station en dirección a la calle.

—A veces uno tiene que hacer valer sus derechos —concluyó sin dejar de golpear el suelo con el bastón.

Cuando le pregunté qué íbamos a hacer a continuación, el teniente respondió que lo más conveniente era ir al parque Lafayette, frente a la Casa Blanca. Me dio dos razones: una, era la mejor zona verde de la ciudad; y dos, era uno de los pocos lugares donde dejaban acampar a gente como nosotros.

—Sólo necesitamos una pancarta —dijo—. Eso nos convertirá automáticamente en manifestantes legales y ya no habrá quien pueda tocarnos. Podremos vivir en el parque tanto tiempo como queramos.

—¿Qué clase de pancarta?

—Eso es lo de menos. Lo importante es que vaya en contra de lo que defiende el Presidente.

—¿Por ejemplo? —pregunté.

—Ya se nos ocurrirá algo.

Y eso es lo que hicimos. Invertimos veinticinco centavos en un lápiz de color rojo, cogí un pedazo de cartón y Dan me dijo lo que debía escribir en él.

Veteranos de Vietnam contra la guerra —dictó.

Pero si la guerra ya se ha acabado.

—No para nosotros.

—Pero si hace diez años que...

No me toques las pelotas, Forrest. Si hace falta, diremos que no nos hemos movido de aquí desde entonces.

En fin. Así fue como llegamos al parque Lafayette, frente a la mismísima Casa Blanca. Allí había reunidos manifestantes, trotamundos y mendigos de toda índole, cada uno con su pancarta. Algunos gritaban consignas en dirección al otro lado de la calle, y muchos tenían tiendas de campaña o cajas de cartón donde pasar la noche. En medio del parque había una fuente adonde iban a buscar agua, y dos o tres veces al día se hacía una colecta para comprar unos cuantos bocadillos baratos o un poco de sopa.

El teniente Dan y yo instalamos nuestro cuartel general en un rincón del parque, y alguien nos indicó la dirección de una tienda de electrodomésticos donde aquella misma tarde podríamos conseguir un par de cajas de cartón para poder dormir en ellas. Uno de los manifestantes nos contó que el nivel de vida de los residentes del parque había mejorado considerablemente desde la llegada del invierno, ya que los empleados de mantenimiento aprovechaban los primeros calores para conectar el sistema de riego por aspersión en plena noche con la perversa intención de echarlos. El parque Lafayette había cambiado bastante desde la última vez que estuve allí, al menos por lo que respecta a la casa del Presidente: la habían rodeado de vallas de hierro y de postes de cemento, y había siempre un montón de guardias armados patrullando a su alrededor. Daba la impresión de que al Presidente no le apetecía recibir visitas.

En fin. Nos pusimos a pedir limosna a la gente que pasaba por el parque, pero no tuvimos demasiado éxito. Al cabo del día habíamos recaudado apenas tres dólares, y la tos y la delgadez del teniente empezaban a preocuparme. Entonces me acordé del hospital Walter Reed, que es donde lo curaron cuando regresó de Vietnam.

—No quiero volver a ese lugar, Forrest. Ya me curaron una vez y mira de qué me ha servido.

—Pero teniente —insistí—, no hay razón para que sufra de esta manera. Aún es un hombre joven. —¿Joven? Y un cuerno. Soy un cadáver con patas. ¿Ni siquiera de eso puedes darte cuenta, pedazo de animal?

Por más que lo intenté no hubo manera de hacerle cambiar de opinión. No quería volver al hospital y punto, así que pasamos la noche en nuestras cajas de cartón. El parque Lafayette estaba oscuro y silencioso. Al principio teníamos intención de coger un embalaje de frigorífico para cada uno, pero después decidimos que era mejor que *Wanda* durmiera con el teniente para ayudarle a entrar en calor.

—Forrest —dijo el teniente al cabo de un rato de habernos acostado—. Sé que crees que robé el dinero del negocio de las gambas.

—Yo no lo sé, teniente. Es lo que he oído decir.

—Pues no es cierto. No quedaba nada que robar cuando me fui.

—¿Y el cochazo y la rubia? —pregunté sin poder evitarlo.

—Eso no tiene nada que ver. Eran los últimos billetes que me quedaban en el banco, y pensé que ya no importaba nada. Puestos a escoger, prefería salir por la puerta grande.

—¿Qué fue lo que pasó, entonces? Quiero decir que había mucho dinero en ese negocio... ¿qué se hizo de él?

—Tribble —acusó.

—¿El señor Tribble?

—Sí; el hijo de perra se largó con toda la pasta. Bueno, supongo que fue él, porque era el único que tenía el dinero a su alcance. Él llevaba todas las cuentas. De hecho, desde que tu madre murió llevaba todo el negocio. Un buen día nos dijo que no había dinero para pagar las nóminas, pero que pronto se arreglaría todo. A la semana siguiente el muy cabrón ya había puesto pies en polvorosa.

—No puedo creerlo. Jamás habría dudado de la honestidad del señor Tribble.

—Sí, tu querido ajedrecista... Pues ya ves, a mí no me parece mejor que un granuja cualquiera. ¿Sabes una cosa, Forrest? Tienes alguna que otra virtud, pero tu problema es que confías demasiado en todo el mundo. No quieres entender que hay gente ahí fuera dispuesta a chuparte la sangre a la primera oportunidad. Les basta echarte la vista encima para darse cuenta de que han encontrado un filón, y tú eres tan burro que ni te enteras. Tratas a la gente como si todo el monte fuera orégano, Forrest, y la vida no funciona así; no todo el mundo es bueno. Mucha gente te mira como un usurero a su cliente: ¿cómo puedo desplumar a este pardillo? Así están las cosas, Forrest. Así están las cosas.

El teniente empezó a toser otra vez y al final se durmió. Saqué la cabeza de la caja de cartón y vi que el cielo estaba despejado. Hacía frío y todo estaba en silencio, y las estrellas brillaban en lo alto. Estaba a punto de dormirme cuando sentí el calor de una nube sobre mí. Abrí los ojos y allí estaba Jenny, mirándome con una sonrisa en los labios.

Esta vez sí que la has hecho buena, Forrest.

—Sí, creo que sí.

—Todo estaba saliendo a pedir de boca, ¿verdad? Y entonces te pusiste tan nervioso con lo de la ceremonia que te olvidaste de abrir la válvula de la presión y... ya ves lo que ha pasado.

—Sí.

—¿Y qué me dices del pequeño Forrest? ¿Cómo le va a sentar todo esto?

—No lo sé.

—Bueno, no es difícil de imaginar —dijo Jenny—. Se llevará un buen disgusto. Al fin y al cabo, todo había sido idea suya.

—Ya...

—¿Y no crees que deberías contárselo? Recuerda que iba a volver a la granja para pasar las Navidades contigo.

—Iba a llamarlo mañana mismo. Hoy he estado algo ocupado.

—No me digas. Bueno, bueno, será mejor que lo hagas cuanto antes.

Me di cuenta de que Jenny estaba enfadada, y tampoco puede decirse que yo estuviera especialmente orgulloso de mí mismo.

—He vuelto a meter la pata, ¿verdad?

—Digamos que no fue muy divertido verte correr por el campo cubierto de

estiercol y perseguido por aquella multitud y todos aquellos cerdos.

—Sí, ya me lo imagino. ¿Sabes una cosa? Hubo momentos en que pensé que me ayudarías a salir del aprieto...

—Forrest —me interrumpió—, no me tocaba a mí vigilarte.

Entonces la bruma se disolvió y me encontré mirando al cielo otra vez. Vi un nubarrón de plata que se paseaba entre las estrellas, y lo último que recuerdo es que *Wanda* soltó otro gruñido desde la caja del teniente.

A la mañana siguiente me levanté temprano, busque una cabina telefónica y marqué el número de la señora Curran. Como el pequeño Forrest ya había salido hacia la escuela, tuve que contarle a ella lo ocurrido. Tuve la impresión de que la pobre se quedaba algo aturdida, así que prometí volver a llamar aquella misma noche.

Cuando volví al parque Lafayette vi que el teniente Dan estaba discutiendo con un infante de marina. La verdad es que no podía oír lo que decían, pero a juzgar por los gestos que intercambiaban no estaban hablando precisamente del tiempo. Al acercarme más oí cómo el teniente amenazaba al otro tipo:

—Y si no estás conforme, aquí mi amigo Forrest se encargará de darte una buena patada en el culo.

El marine se dio la vuelta y me miró de arriba abajo. Entonces reparé en su cara de fante, sus dientes de conejo y, lo que es peor, su cartera de oficial.

—Soy el coronel Oliver North —anunció—, ¿y quién eres tú para darme una patada en el culo, si puede saberse?

—Me llamo Forrest Gump y no sé de qué va todo esto, pero si el teniente Dan dice que le dé una patada en el culo, órdenes son órdenes.

El coronel reflexionó un segundo y volvió a mirarme como si se le hubiera fundido una bombilla dentro de la cocorota. Su aspecto era impecable de los pies a la cabeza, y lucía lo menos una docena de galones.

—¿Gump? Oye, tú no serás por casualidad el mismo Gump que ganó una Medalla del Congreso en Vietnam.

—El mismo —se adelantó el teniente. Y *Wanda*, que seguía dentro de la caja, soltó otro gruñido.

—¿Quién ha hecho eso? —preguntó el coronel North.

—*Wanda* —respondí.

—¿Tenéis una tití dentro de la caja? —dijo el coronel.

—Es una cerda —lo corregí.

No me extraña, yendo por ahí con un par de indeseables como vosotros... ¿Por qué estáis en contra de la guerra?

—Porque es más fácil estar en contra de algo que no existe, grandísimo mastuerzo —contestó el teniente.

El coronel North se rascó la barbilla un momento antes de hacer un gesto

afirmativo con la cabeza. —Sí, claro, visto así... Oye, Gump, ¿qué hace en la indigencia un tipo que ha sido condecorado con la Medalla del Congreso?

Iba a contarle la historia de la granja porcina, pero me pareció que podía resultar contraproducente, así que me limité a decir:

—Me metí en un negocio que salió rana.

—Deberías haberte quedado en el Ejército, caramba —se lamentó el coronel—. Un hombre como tú, un héroe de guerra, a la fuerza tiene que servir para algo...

De repente la expresión de su rostro cambió; miró un momento en dirección a la Casa Blanca, se volvió hacia mí otra vez y dijo:

—Gump, creo que no me iría mal tenerte conmigo. Ando metido en algo para lo que tus aptitudes podrían ser de gran utilidad. ¿Tienes tiempo de venir al edificio de enfrente a escuchar lo que tengo que proponerte?

Miré al teniente Dan en busca de consejo, pero él se limitó a asentir con la cabeza, así que me fui con el coronel.

Lo primero que me dijo el coronel North cuando calculó que estábamos lo bastante lejos del teniente fue: «Hay que adecentarte un poco, muchacho; estás hecho unos zorros». A continuación me acompañó hasta unas instalaciones militares donde fui equipado con un flamante uniforme de soldado raso, y después, una vez me hube bañado, a un barbero que me afeitó y me cortó el pelo. Entre todos me dejaron como los chorros del oro. Tuve la sensación —extraña— de que había vuelto al Ejército.

—No es porque yo lo diga, Gump, pero hay que ver cómo has mejorado en poco rato —comentó el coronel.

—Ahora escúchame bien: a partir de hoy quiero verte así de limpio cada día. Si es necesario, te duchas con disolvente. ¿Está claro?

—Sí, mi coronel —respondí.

—Gump —anunció el coronel—, voy a conferirte el grado de «adjunto especial de operaciones clandestinas». Pero no debes decir ni una palabra de todo esto a nadie... pase lo que pase. ¿Entendido?

—Sí, mi coronel —contesté.

Soldado —dijo el coronel cuando pusimos los pies en la Casa Blanca—, vamos a ver al presidente de Estados Unidos, de modo que espero un comportamiento impecable. ¿Estamos?

—No es la primera vez que veo al Presidente —repliqué.

—¿Ah no? Bueno, lo habrás visto en la tele, claro.

—No, aquí mismo, hará cosa de nueve o diez años.

—Ya veo... Bueno, éste es otro y aún no has tenido el gusto. A propósito, el Presidente no oye muy bien, así que tendrás que levantar la voz si te pregunta algo. Aunque pensándolo bien —añadió el coronel—, tampoco se le da muy bien entender lo que se le dice.

Al fin llegamos a la sala redonda donde nos esperaba el Presidente, y comprobé que el coronel tenía razón: no era ninguno de los que yo ya había conocido. Era un anciano de expresión bondadosa y mejillas sonrosadas, y se diría, a juzgar por su aspecto, que en su juventud había sido vaquero o actor de cine.

—Señor Gump, encantado de conocerle —dijo el Presidente—. El coronel North me ha contado que ganó usted la Medalla de Honor del Congreso...

—Sí, señor —respondí.

—¿Y qué hizo usted para merecer tal distinción?

—Correr, señor.

—¿Cómo? —preguntó el Presidente.

—Ha dicho que corrió, señor —intervino el coronel North—, pero ha olvidado mencionar que corrió para salvar la vida a media docena de sus camaradas sacándolos de la línea de fuego.

—Ya vuelve usted a hacer de las suyas, coronel —lo reprendió el Presidente—. Deje hablar a los demás.

—Perdón, señor —se disculpó el coronel—. Sólo intentaba aclarar la cuestión, señor; poner las cosas en su justo lugar.

—Ya me encargaré yo de hacerlo —dijo el Presidente—, que para eso cobro. Por cierto, coronel North, ¿nos conocemos de algo?

En fin. Al cabo de un rato dejamos de andarnos por las ramas. El Presidente había estado viendo *Cifras y letras* en un televisor instalado en un rincón de la habitación.

—Hágame el favor de apagar eso, coronel —ordenó el Presidente—. Me da vueltas la cabeza.

—Sí, señor —respondió el coronel—. Donde esté *El precio justo*...

—La última vez que estuve aquí —dije yo por decir algo—, el Presidente estaba enganchado a *La máquina de la verdad*. Claro que de eso hace ya mucho tiempo.

—A mí nunca me gustó demasiado —comentó el coronel North.

—¡Basta! —intervino el Presidente—. No está bien que perdamos el tiempo hablando de los programas de la tele. ¿De qué se trata esta vez, Oli?

—Es ese mamón de Irán, señor, el ayatolá —contestó—. Lo tenemos todo preparado para dejarlo en ridículo y recuperar a nuestros rehenes. Y, de paso, daremos una lección a los comunistas de Sudamérica. Así matamos dos pájaros de un tiro. Es la maniobra del siglo, Presidente.

—¿Ah sí? ¿Y puede saberse cómo vas a ingeniártelas para hacerlo, Oli?

—Bueno —explicó el coronel—, bastará con algo de tacto y diplomacia. El plan consiste en...

Durante las horas que siguieron el coronel estuvo contando su idea al Presidente. Cada vez que éste se quedaba traspuesto —un par de veces a lo largo de la velada—, el coronel lo despertaba haciéndole cosquillas en la nariz con una pluma que llevaba siempre a dicho efecto en el bolsillo de la guerrera. La verdad es que no presté mucha atención a las explicaciones del coronel North: todo parecía depender de alguna otra cosa y, además, no paraba de decir nombres impronunciables. Cuando acabó su exposición yo seguía tan pez como al principio. Lo importante —pensé— es que lo haya entendido el Presidente.

—Todo eso suena de maravilla, sea lo que sea, pero hay algo que no acabo de ver claro: ¿qué tiene que ver el ayatolá de Irán con lo que me has contado? —dijo el

Presidente.

—¿El ayatolá? —repitió el coronel—. Caramba, señor, el ayatolá es la pieza clave de todo el plan. ¿No se da cuenta? Le vendemos armas a cambio de nuestros rehenes y usamos los beneficios para financiar a los gorilas de las guerrillas que están luchando en Nicaragua. ¡No podría salir más redondo, señor Presidente!

Me puse a pensar qué podía haber empujado a los gorilas a emigrar a Centroamérica y ponerse en pie de guerra, y eso me recordó al bueno de *Sue*. ¿Dónde andaría el pobrecito?

—La verdad —confesó el Presidente— es que me sigue oliendo a chamusquina, pero pareces tan convencido... De todos modos, Oli, quiero que recuerdes bien esto: nada de armas a cambio de *rehenes per se*. Ya sabes a qué me refiero...

—Este plan le convertirá en un gran héroe nacional, señor.

—Y hay otra cosa que no entiendo —continuó el Presidente—. ¿Qué pinta Gump en todo esto?

—Verá, señor Presidente —explicó el coronel—, siempre he creído que los dos peores enemigos de América son la ignorancia y la apatía, y el soldado Gump es la mejor demostración de que no hay obstáculos insuperables. Nos será de gran ayuda.

El Presidente se volvió hacia mí con expresión perpleja.

—¿Qué ha dicho? No sé qué de la ignorancia y la apatía, ¿no?

—Ni lo sé, señor, ni me importa lo más mínimo —respondí.

Acto seguido el Presidente se rascó la cabeza y se levantó para encender otra vez el televisor.

—Haz lo que te dé la gana, Oli —dijo entonces—, pero déjame ver la tele tranquilo. Van a dar una de Rambo.

—He ahí un magnífico guión, señor.

—Lo que me gustaba de verdad era ver *Reina por un día*, pero ya no lo hacen —se lamentó el Presidente.

—Déjelo todo en mis manos y en las del soldado Gump, señor. Puede estar seguro de que le dejaremos en el lugar que se merece.

Pero el Presidente ya no le escuchaba. Había empezado la película.

En fin. Después de la visita a la Casa Blanca el coronel North y yo volvimos al parque Lafayette. Por el camino estuve pensando qué hacer con el teniente Dan y *Wanda*; desde luego, no iba a abandonarlos en aquellas circunstancias. El coronel dijo que se encargaría de solucionar lo de Dan, y que lo mejor era internarlo «en observación» en el Hospital Walter Reed. Dicho y hecho: en un abrir y cerrar de ojos llegó una ambulancia y se llevó al teniente.

En cuanto a *Wanda*, el coronel dispuso que se alojara temporalmente en el Zoo Nacional.

—Será una prueba de la defensa —dijo— en caso de que nos detengan.

—¿Y por qué iban a detenernos? —pregunté.

—Nunca se sabe, Gump —respondió.

Cuando le conté al coronel que tenía que ver al pequeño Forrest antes de empezar a dar la vuelta al mundo, me aconsejó que tomara prestado el avión insignia de las fuerzas aéreas. De todos modos —me dijo—, el Presidente no iba a salir de casa.

Aterrizar en Mobile en el avión del Presidente no es lo mismo que hacerlo en otro aparato cualquiera. Aquel día me dieron la bienvenida con una banda de músicos y una limusina, y también había un montón de gente esperándome en la calle cuando llegué a casa de la señora Curran. Ella salió enseguida a recibirme, pero el pequeño Forrest prefirió quedarse tras la mosquitera. Tuve el presentimiento de que no quería verme, y nada más entrar en la casa me di cuenta de que estaba en lo cierto.

—¡Te advertí que comprobaras la válvula de la presión al menos dos veces al día! ¡Te lo dije! —fueron las primeras palabras que me dirigió.

—Ya lo sé —admití—, y tenías toda la razón.

—No hace falta que me lo jures. Por tu culpa todo ha salido mal. ¡Nos podríamos haber hecho millonarios! Y ahora supongo que estamos en la ruina, ¿no?

—Pues sí, más o menos, hijo.

—No te atrevas a llamarme así. Nunca, ¿me oyes? Yo no soy hijo tuyo.

—Sólo quería decir...

—Me importa un rábano lo que quisieras decir. ¡Sólo tenías que comprobar esa válvula! ¡Sólo eso! Y ahora mira lo que ha pasado.

—No sabes cuánto lo siento, Forrest. Si pudiera hacer algo para repararlo... Pero ya es demasiado tarde, y lo pasado pasado está. Ahora tengo otras cosas entre manos.

—¿Por ejemplo? No me digas que vas a alistarte a estas alturas. ¿Qué haces vestido de uniforme?

—Bueno, no sé si puede llamarse alistamiento, porque no es la primera vez que estoy en el Ejército...

—Sí, algo he oído.

—Verás, tengo que hacerle un favor al coronel North. Él me lo ha pedido y... bueno, tengo que hacerlo.

—Sí, me imagino que ya no te queda mucho donde escoger.

Entonces se volvió para darme la espalda y vi cómo cerraba el puño y se frotaba los ojos como si los tuviera llenos de lágrimas. Me dolió mucho saber que se avergonzaba de mí, pero supongo que tenía derecho a sentirse decepcionado. La verdad es que la había hecho buena.

—¿Y Wanda? —preguntó de repente—. Ya se la habrás vendido a algún carnicero...

—Claro que no. Está en el Zoo Nacional, en Washington D.C.

—Para que todo el mundo pueda reírse de ella, ¿no?

—Nada de eso. El coronel se ocupará de que reciba un trato preferente.

—Ya... —dijo el chico—. Seguro.

En fin. Así estaban las cosas. Me atrevería a decir, sin temor a exagerar, que el pequeño Forrest no se había alegrado de verme. Me fui de la casa bastante deprimido, aunque justo antes de cruzar el umbral sucedió algo que me animó un poco.

—¿Qué tal fue la explosión? —me preguntó el pequeño Forrest.

—Todo un espectáculo —respondí.

—Sí —asintió—, ya me lo imagino. —Entonces me pareció adivinar una sonrisa en sus labios, pero no podría jurarlo.

Y así es como fui a parar a Irán.

Era una gran ciudad con un montón de edificios acabados en forma de cebolla donde todo el mundo iba vestido de negro y llevaba unos sombreros muy raros, como si les hubieran puesto una cesta del revés en la cabeza.

La mayoría de la gente tenía cara de pocos amigos, y el ayatolá parecía no tener ni siquiera uno.

Tenía una mirada amenazadora y el ceño siempre fruncido, y no era precisamente el tipo más guapo del planeta.

El coronel North me susurró:

—Recuerda, Gump, tacto y diplomacia. He ahí la clave. —Acto seguido trató de estrechar la mano del ayatolá, pero éste se limitó a seguir sentado con los brazos cruzados, el ceño fruncido y la boca cerrada.

El coronel me miró y dijo:

—Pues menudos modales gasta el cabroncete... ¿Te habías encontrado alguna vez con un tipo que no quisiera darte la mano?

Detrás del ayatolá había dos hombres vestidos con unos pañales descomunales y espadas al cinto. Uno de ellos nos advirtió:

—No llaméis cabroncete al ayatolá. Si adivina lo que significa tendremos que cortaros la cabeza.

Un buen consejo nunca está de más.

En fin. Decidí que alguien debía romper el hielo, así que le pregunté al ayatolá por qué ponía siempre esa cara de ogro y no desfruncía nunca el ceño. Y he aquí su respuesta:

—Porque hace más de treinta años que quiero ser presidente del Concilio Mundial de las Iglesias y ese hatajo de paganos no me lo permite. Y digo yo, ¿dónde van a encontrar a alguien más devoto que el ayatolá?

—Pero qué más le dará a usted eso, hombre de Dios —dije quitándole importancia al asunto.

—Soy un tío importante y no tengo por qué aguantar tonterías de nadie —me replicó—. ¿Y quiénes son esos muertos de hambre para interponerse entre el Concilio

Mundial de las Iglesias y yo? Yo soy el ayatolá de Irán. ¡Soy un pez gordo! ¿O es que no te habías dado cuenta, mentecato?

—¡Alto ahí! —intervino el coronel North—. Aquí mi colega puede que no sea un tipo muy listo, pero ésa no es razón para insultarlo.

—Soy el ayatolá y hago lo que me sale de las narices. Y si no te gusta, te jodes como dijo Herodes. Conque ésas tenemos, ¿eh? Pues yo soy coronel de los infantes de marina y pa' chulo yo.

Al oír esto el ayatolá empezó a reírse a carcajada limpia.

—Así me gusta, coronel, así me gusta. Tal vez nos entendamos después de todo.

Y entonces el coronel North explicó su propuesta al ayatolá:

—Verá usted —comenzó—, sus amigos del Líbano han cogido a unos cuantos de los nuestros como rehenes, y el revuelo que se ha organizado en nuestro país le está costando una úlcera al presidente de Estados Unidos.

—Vaya por Dios —dijo el ayatolá—, ¿y por qué no vais a buscarlos?

—No es tan fácil como parece —replicó el coronel.

—¿En serio? —se cachondeó el ayatolá—. ¡A mí me lo vais a contar! Acordaos de que yo también he hecho mis pinitos en esto de los rehenes, y no os olvidéis de lo que pasó cuando ese mequetrefe de presidente que teníais antes vino a entrometerse en el negocio... Por cierto, ¿cómo se llamaba?

—No tiene importancia —lo atajó el coronel—, ahora ya no está en el cargo.

—Sí, algo de eso he oído —dijo, y empezó a carcajearse otra vez.

—Bueno, dejémonos de cháchara —propuso el coronel—, y vayamos al grano. El tiempo es oro.

—¿Y qué es el tiempo para el ayatolá? —replicó levantando las palmas al cielo. Entonces uno de los tipos con calzoncillos anchos y espada al cinto hizo sonar dos veces un gong muy parecido al que tenía la señora Hopewell de la coca cola en su sala de masaje.

—Hablando de tiempo —anunció el ayatolá—, estábamos a punto de almorzar. ¿Han comido algo por el camino, caballeros?

—No, señor —confesé segundos antes de ser fulminado por la mirada del coronel.

—En ese caso —gritó el ayatolá—, ¡que dé comienzo el banquete!

Acto seguido, un montón de árabes —lo menos cien— irrumpieron en la sala cargados con un sinfín de bandejas y fuentes rebosantes de comida. Eran los platos más raros que había visto en mi vida. Había una especie de embutido envuelto en hojas de col, fiambres, aceitunas, fruta, algo parecido al requesón y muchas cosas más. Los árabes lo pusieron todo sobre una gran alfombra —persa, naturalmente— que había ante nosotros y se hicieron a un lado, dispuestos a aguardar con los brazos cruzados sobre el pecho hasta que hubiéramos dado cuenta de aquel festín.

—Y bien, señor Gump, ¿con qué podemos tentarle? —dijo el ayatolá.

—Con un bocadillo de jamón —respondí.

—¡Que Alá nos proteja! —exclamó—. ¿Cómo osas pronunciar tales palabras en mi casa? Mi pueblo no ha probado la carne de ese bicho repugnante desde hace tres mil años. —El ayatolá se puso a hacer aspavientos y volvió a fruncir el ceño.

En cuanto al coronel North, sólo os diré que, si las miradas mataran, yo no habría vivido para contarlo. En ese momento vi por el rabillo del ojo que los tipos de los pañales habían empezado a desenfundar las cimitarras. Algo me decía que había vuelto a meter la pata, así que cambié de opinión: —¿Y un puñadito de aceitunas?

Alguien me sirvió unas cuantas olivas en un plato.

Pensándolo bien —me dije—, había comido bastante jamón en la granja como para no echarlo de menos durante el resto de mis días.

En fin. Cuando le hubieron servido su ración, el coronel North se puso a comer con los dedos y a deshacerse en elogios sobre la calidad de las viandas. Yo cogí un par de aceitunas y me las metí en la boca. El ayatolá sacó un tenedor y empezó a comer sin perdersos de vista. Al cabo de un rato los árabes se llevaron los platos y el coronel intentó retomar el asunto que nos había llevado a Irán:

—Mi país tiene misiles suficientes para borrar del mapa media cristiandad. Si quiere que le vendamos unos cuantos, tiene que prometernos que intentará hacer algo para que esos chiflados del Líbano suelten a los nuestros. ¿Trato hecho?

—El ayatolá no hace tratos con el Gran Satanás.

—Ya veo —dijo el coronel—. En ese caso, será mejor que empiecen a fabricar sus propios misiles.

—No tenemos tiempo —explicó el ayatolá—, estamos demasiado ocupados con nuestras plegarias.

—No me diga —se burló el coronel—. Pues recen, recen, a ver si les caen unos cuantos misiles del cielo.

El ayatolá frunció todavía más el ceño y me di cuenta de que el tacto y la diplomacia del coronel estaban a punto de acarrearlos un buen disgusto. De repente se me ocurrió que un chascarrillo nos ayudaría a distendernos.

—Perdone, señor ayatolá —intervine—. ¿Sabe el de un borracho que circulaba en dirección prohibida?

—No —contestó.

—Pues lo para un policía y le pregunta: «¿No ha visto usted las flechas, amigo?». Y el borracho responde: «¿Las flechas? ¡Si ni siquiera he visto a los indios!».

¡Por el amor de Dios, Gump! —masculló el coronel mientras el ayatolá se desternillaba de risa.

—Señor Gump, veo que tiene usted un gran sentido del humor. ¿Le apetece acompañarme a dar un paseo por el jardín?

Y eso es lo que hicimos. Mientras el ayatolá y yo nos dirigíamos hacia la puerta volví la cabeza un momento y vi al coronel totalmente pasmado, incapaz de reaccionar.

—Señor Gump —dijo el ayatolá una vez en el jardín—, tengo que confesarle que no me gusta nada ese coronel North. Su diplomacia me parece sospechosa, y creo que intenta embaucarme con tanta palabrería.

—No sabría qué decirle —admití—. A mí me parece un tío legal.

—De todas maneras, no tengo tiempo para charlatanes. Va siendo hora de que vuelva a rezar. Dígame, Gump, ¿qué piensa usted de este intercambio de armas y rehenes?

—La verdad es que yo no entiendo mucho de eso, pero me parece un trato justo. Al Presidente le pareció bien. Pero ya le digo, los misiles no son mi especialidad.

—¿Cuál es su especialidad, señor Gump?

—Antes de venir aquí trabajaba en una granja porcina.

—¡Que Alá nos proteja! —murmuró el ayatolá cogiéndose las manos y levantando la vista al cielo—. ¡El Todopoderoso me ha enviado a un mercader de cerdos!

—Aunque, en el fondo —añadí—, supongo que soy un soldado.

—Bueno, algo es algo... En fin, desde su punto de vista, Gump, ¿cómo cree que estos misiles ayudarán al pobre ayatolá en su lucha contra los infieles de Iraq?

—No tengo ni la menor idea.

—¡Ah! He ahí el tipo de respuesta sincera que me gusta oír, y no esos embustes de vendedor de coches usados que gasta el coronel North. Vuelva a su país y diga a todos que hemos cerrado el trato. Armas a cambio de rehenes.

—¿De veras liberará a nuestros rehenes?

No puedo prometer nada, desde luego. Tenga en cuenta que esos tipos del Líbano son un puñado de chalados. Todo cuanto el ayatolá puede hacer es intentarlo... Usted límitese a cumplir su parte del trato.

Así se desarrolló mi entrevista con el ayatolá. El coronel North me regañó por haberme entrometido, pero estaba más contento que unas pascuas.

—¿Te das cuenta, Gump? —dijo en el avión de vuelta a casa—. ¡Hemos hecho el negocio del siglo! Hemos engatusado a ese viejo zorro para que nos devuelva a nuestros rehenes a cambio de un montón de misiles antediluvianos que no darían miedo ni a un ejército de noruegos... ¡Menudo golpe!

Hasta el momento de aterrizar el coronel no dejó de felicitarse por su inteligencia. Yo estuve pensando en mis posibilidades de hacer carrera en el Ejército; tal vez así podría enviar algún dinero a casa y... Pero ya sabéis que las cosas nunca salen como uno espera.

Llevábamos poco tiempo en Washington cuando estalló el escándalo.

Yo había estado intentando ponerme al día de mis obligaciones. Por de pronto, había ido al Hospital Walter Reed, donde encontré al teniente Dan en una cama con sábanas. ¡Cómo había mejorado desde la última vez que lo vi en el parque!

¿Dónde te habías metido, grandísimo majadero? —me preguntó.

He ido a cumplir una misión secreta —respondí.

—No me digas. ¿Adónde?

—A Irán.

—¿A hacer qué?

—A ver al ayatolá.

—¿Y para qué querías ver a ese hijo de perra?

—Para intercambiar armas por rehenes.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Qué clase de armas?

—Un montón de misiles oxidados.

—¿Qué clase de rehenes?

—Los del Líbano.

—¿Y hubo acuerdo?

—Más o menos.

—¿Qué quiere decir «más o menos»?

—Que el ayatolá ya tiene sus misiles.

—¿Y los rehenes?

—De momento, ni rastro.

—No me extraña, pedazo de bruto. No sólo acabas de revelar a un civil todas estas gilipolleces de alto secreto (un delito de traición que se paga con la vida), sino que además has vuelto a dejar que te tomen el pelo. Forrest, si hubiera concursos de tontos, tú serías el presidente del jurado.

En fin. Después de intercambiar estas y otras zalamerías, puse al teniente en su silla de ruedas y lo llevé hasta la cafetería para invitarlo a un helado. En el hospital no servían ostras crudas, así que el helado había subido varios puestos en el *ranking* de comidas favoritas del teniente. Él mismo me confesó que su paladar tenía cierta debilidad por las ostras y, a falta de ellas, por el helado. Eso me hizo recordar mi niñez, aquellas tardes de sábado en el jardín mientras ayudaba a mamá a preparar helado casero. Mamá siempre me dejaba lamer las palas cuando el helado había cuajado.

—¿Qué cree que será de todos nosotros, teniente?

—¿A qué viene esa pregunta?

—No lo sé. Se me acaba de ocurrir.

—Y un cuerno. Has estado pensando otra vez, Forrest, y ya sabes que eso no se te

da bien...

Sí, tal vez tenga razón. ¿Por qué será que todo lo que toco acaba hecho una mierda? Los trabajos no suelen durarme más de cinco minutos, y si acaso algo me sale bien, siempre acabo metiendo la pata. Echo de menos a mi madre, a Jenny, a Bubba y a todos los demás. Y ahora, además, tengo que cuidar del pequeño Forrest. Ya sé que no soy el tipo más listo del mundo, pero la gente me trata como si fuera un bicho raro. El único lugar donde puedo vivir tranquilo está en mis sueños. ¿Cuándo se va a acabar todo esto?

—Seguramente nunca —me tranquilizó el teniente—. Así son las cosas a veces, Gump. La gente como nosotros no tiene remedio, no tiene ninguna posibilidad de salir adelante. A mí ya no me preocupa el futuro; sé que no voy a durar mucho y, si quieres que te diga la verdad, me alegro.

—No diga esas cosas, teniente. Es usted el único amigo que me queda.

—No puedes impedirme que diga la verdad, Forrest. He hecho muchas tonterías en mi vida, pero nadie puede acusarme de no haber dicho siempre la verdad.

—Lo sé, pero eso no tiene nada que ver. Nadie puede saber cuánto tiempo le queda de vida.

—Forrest —me dijo—, estás más ciego que un topo.

Bueno, creo que esto os habrá dado una idea del estado de ánimo en que se encontraba el teniente Dan. En cuanto a mí, también me sentía bastante deprimido. Me estaba dando cuenta de que el ayatolá nos había engañado: él tenía sus misiles y nosotros no habíamos visto el pelo a los rehenes. El coronel North estaba ocupado enviando el dinero de la venta de los misiles a los gorilas de Nicaragua, y eso lo mantenía con la moral alta.

—Gump —me anunció una mañana—, dentro de un par de días tengo que ir al Congreso a testificar ante un comité. Puede que también quieran hablar contigo, o puede que no. En cualquier caso, tú recuerda que no sabes nada de armas ni de rehenes, ¿entendido?

—Sé algo de las armas, señor, pero no tengo ni idea de qué ha pasado con los rehenes.

—No me refiero a eso, cretino. ¿No te das cuenta de que hemos quebrantado la ley? Podríamos ir a la cárcel... Será mejor que mantengas la boca cerrada y hagas lo que te he dicho, ¿estamos?

—Sí, señor —asentí.

En fin, la verdad es que tenía otros problemas en la cabeza. Por ejemplo, que el coronel me había alojado en los barracones de los infantes de marina y mi vida se había convertido en un calvario. Los marines no se parecen en nada a los soldados del Ejército de tierra; siempre van por ahí gritando y porfiando y obligándote a limpiarlo todo. La idea de tener que compartir sus barracones con un soldado raso no parecía

entusiasmarlos y, bueno, me hicieron la vida tan imposible que al final tuve que largarme. No tenía ningún sitio adonde ir, así que volví al parque Lafayette. Mi caja de cartón tenía un nuevo inquilino, pero no fue difícil conseguir otra. Una vez instalado, cogí un autobús y me fui al Zoo Nacional a ver si encontraba a *Wanda*.

Y allí estaba, sí, señor, haciendo compañía a las focas y los tigres.

La habían encerrado en una jaula con un poco de paja y serrín en el suelo, y tenía un aspecto bastante alicaído. El rótulo de la jaula decía *Gorrius americanus*.

Wanda me reconoció inmediatamente. Yo pasé el brazo al otro lado de la cerca y le acaricié el hocico, y ella me saludó con un gruñido. La pobre me daba tanta lástima que no sabía qué hacer. Si hubiera podido me habría abierto paso hasta la jaula y la habría puesto en libertad. En vez de eso me llegué al puesto de chucherías y le compré una golosina y una bolsa de palomitas. Estuve tentado de comprarle un bocadillo de salchichas, pero algo me hizo cambiar de opinión. Primero dejé que se zampara la golosina, y después me puse a darle las palomitas. Entonces oí una voz a mi espalda.

—¡Eh, tú! ¿Qué crees que estás haciendo?

Me di la vuelta y vi a un guardián del zoo.

—Le estoy dando de comer a *Wanda*.

—¿Ah sí? ¿No has visto ese cartel que dice «Prohibido alimentar a los animales»?

—Estoy seguro de que no fueron los animales quienes lo colgaron —repliqué.

—Conque un gracioso, ¿eh? —dijo mientras me agarraba del cuello de la chaqueta—. Veremos si eres tan chistoso entre rejas.

Bueno, ésa fue la gota que colmó el vaso. Estaba tan desanimado que casi tenía que levantar la cabeza para ir cabizbajo, todo me salía mal, yo sólo intentaba dar de comer a la mascota del pequeño Forrest y ese pelmazo me estaba creando dificultades... En fin, se acabó lo que se daba.

Lo agarré con ambas manos y lo levanté del suelo. A continuación lo volteé unas cuantas veces, como había hecho en mis tiempos de luchador, y lo solté. El guardián salió disparado por encima de una cerca como un disco volador, y fue a amerizar en la piscina de las focas. Molestos por las salpicaduras, los animalitos saltaron al agua y empezaron a abofetear al intruso con las aletas mientras él intentaba defenderse con profusión de gritos y aspavientos. Salí del zoo y cogí el autobús de vuelta al centro. A veces uno tiene que hacerse valer.

Además, el capullo tuvo suerte de que no lo enviara a la jaula de los tigres.

No tardó en llegar la sangre al río.

Al parecer, nuestro pacto con el ayatolá no fue visto con buenos ojos por los mandamases del Capitolio, que no estaban de acuerdo con la idea de canjear armas por rehenes, sobre todo si los beneficios obtenidos con la venta iban a parar a manos de los primates de Nicaragua. Los congresistas estaban convencidos de que el cerebro de la operación no había sido otro que el mismísimo Presidente, y parecían dispuestos a todo para probarlo.

El testimonio del coronel North causó tan buena impresión que el Congreso decidió volver a invitarlo. Un montón de picapleitos llegados de Filadelfia para la ocasión intentaron ponerle la zancadilla, pero ya sabéis que el coronel no tiene un pelo de tonto y que es difícil hacerle frente cuando despliega sus artes diplomáticas.

—Coronel —preguntó uno de los abogados—, ¿qué haría usted si el presidente de Estados Unidos le ordenara cometer un acto delictivo?

Verá usted, señor —respondió el coronel—, yo soy un infante de marina, y los marines sólo acatamos las órdenes de nuestro comandante en jefe. Así que, si el presidente en persona me pidiese que cometiera un delito, le presentaría mis respetos y me iría con los misiles a otra parte.

—¿A Irán, por ejemplo?

—Era un decir, mamón. Somos marines, joder, ¡nos pagan para llevar misiles de un lado a otro!

—¡No me diga! Con ese gorrito blanco cuesta tanto distinguirlos del cuerpo de enfermeras que...

—Me las vas a pagar, petimetre de mierda, te voy a arrancar la cabeza de cuajo, te voy a...

—Por favor, mi coronel, no perdamos la compostura. Como militar ya debería saber que la violencia no conduce a nada. Recapitulemos: en pocas palabras, ¿me está usted diciendo que este plan no fue idea del Presidente?

—¿Es usted sordo además de idiota?

—¿De quién partió la idea, entonces? ¿De usted, coronel?

—Pues claro que no, imbécil. —Ya veis que el coronel rebosaba tacto y diplomacia.

—¿Y bien?

—Bueno, de varias personas a la vez. Digamos que fue el resultado de una evolución.

—Entiendo. Pero alguien debió de mover los hilos, coronel. Las empresas de esta envergadura no «evolucionan» solas.

—Sí, de hecho, hubo una persona que se ocupó de casi todo.

—Quiere decir una persona que movió todos los hilos de estas maniobras ilegales...

—Si prefiere decirlo así...

—Y esta persona ¿no sería por casualidad el almirante Poindexter, el consejero de seguridad del presidente de Estados Unidos?

—¿Ese fantoche? Qué va, hombre. Ése no sería capaz ni de hacerse el nudo de los zapatos, ¿cómo quiere que mueva los hilos de nada? Por última vez, coronel, ¿puede decirme quién fue el responsable de la operación?

—Sí, señor. El soldado Forrest Gump, señor.

—¿Quién?

Gump, señor. El soldado raso de primera Forrest Gump, adjunto especial del Presidente para operaciones clandestinas. Todo fue idea suya.

Llegado a este punto, los abogados y los senadores se pusieron en corro y empezaron discutir en voz baja. Hubo abundancia de braceo e inclinaciones de cabeza.

Y así fue como, sin comerlo ni beberlo, me encontré implicado en aquel asunto.

Aquella misma noche se presentaron a la puerta de mi caja de cartón del parque Lafayette un par de matones vestidos con gabardina. Cuando salí a ver quién turbaba mi descanso, uno de ellos me puso un papelote en la mano y me dijo que tenía que comparecer a la mañana siguiente ante un comité especial del Senado que estaba investigando el escándalo de la venta de armas a Irán y el desvío de fondos hacia la Contra.

—Y le sugiero que se planche bien ese traje, soldado —dijo uno de los esbirros—, porque está metido en un buen lío.

No sabía qué hacer. No eran horas de despertar al coronel North, el único que habría podido resolverlo todo con su tacto y diplomacia habituales, así que estuve deambulando por la ciudad hasta llegar frente a la estatua de Lincoln. Las luces del monumento estaban encendidas y me pareció que, debajo de su elegante traje de mármol, el Presidente estaba algo abatido. Un banco de niebla se estaba desplazando hacia la orilla del Potomac, y había empezado a llover. En medio de toda aquella autocompasión, quién lo iba a decir, vi a Jenny surgiendo de la bruma.

—Ya has vuelto a hacer de las tuyas —me espetó sin más preámbulos.

—Eso parece —admití.

—Habría jurado que quedaste escarmentado de la milicia la última vez.

—Sí.

—¿Entonces? Déjame adivinar: creíste que debías hacerlo por el bien del pequeño Forrest.

—Sí.

Jenny se peinó con los dedos y sacudió la cabeza hacia atrás como solía hacer siempre. Yo me limité a retorcerme las manos en silencio.

—Te sientes muy desgraciado, ¿verdad?

—Aja.

—Y no quieres ir al Congreso a contarlo todo.

—No.

—Pues será mejor que lo hagas. Eso de cambiar armas por rehenes parece un asunto muy serio. Al menos se lo parece a ese atajo de cretinos.

—Ya lo sé.

—¿Qué vas a hacer, Forrest?

—Aún no lo he decidido.

—Te aconsejo que cantes de plano. No se te ocurra encubrir a nadie, ¿me oyes?

—Sí —respondí de mala gana mientras otro banco de niebla envolvía a Jenny y se la llevaba consigo. Sentí deseos de correr tras ella, de atraparla y hacer que volviera, pero hasta yo conozco la diferencia entre la vida y los cuentos de hadas. Así que di media vuelta y regresé a mi caja de cartón. Otra vez solo. Ésa fue la última vez que no seguí el consejo de Jenny, en cuanto a lo de decir la verdad.

—Díganos, soldado Gump, ¿cuándo se le ocurrió la idea de canjear armas por rehenes?

Estaba sentado frente a un montón de senadores, letrados y chismosos en la sala de audiencias del Congreso con las cámaras de televisión fijadas en mí y la luz de los focos en la cara. Un abogado de cabellos rubios y aspecto juvenil era quien me hacía las preguntas.

—¿Y quién le ha dicho a usted que fue idea mía? —repliqué.

—Soy yo quien lleva el interrogatorio, soldado Gump. Usted límitese a responder.

—No sé cómo contestar a su pregunta —dije—. Ni siquiera quiere saber si fue idea mía, sólo cuándo...

—Así es, soldado Gump —me interrumpió—. Y sigo esperando una respuesta.

Volví la vista hacia el coronel North, vestido de uniforme y con el pecho lleno de condecoraciones. Me miraba fijamente y asentía con la cabeza como diciendo «¿A qué esperas?».

—Bueno, supongo que fue el día que conocí al Presidente.

—Exacto. ¿Y no es igualmente cierto que contó al Presidente sus planes para un intercambio de armas y rehenes?

—No, señor.

—Y bien, ¿qué fue lo que le contó?

—Le expliqué que al último Presidente que había conocido le gustaba ver *La máquina de la verdad* en la tele.

—¡No! ¿Y qué dijo el Presidente a eso?

—Que a él le gustaban más las películas de Rambo.

—¡Soldado Gump, me permito recordarle que está bajo juramento!

—Bueno, pensándolo bien... En ese momento estaba viendo *Cifras y letras*, y dijo que ese programa le daba dolor de cabeza.

Soldado Gump, está usted eludiendo la pregunta, y le recuerdo que sigue bajo juramento. ¿Intenta dejar en ridículo al Senado de Estados Unidos? ¿Sabe qué es el desacato?

—En toda mi vida no he conocido otra cosa.

—¡Maldito estúpido! ¡Pretende encubrirlos a todos! Al Presidente, al coronel North, aquí presente, a Poindexter y quién sabe a cuántos más... Pues entérese bien: tengo intención de llegar hasta el fondo de este asunto así sea la última cosa que haga.

—Sí, señor.

—El coronel North ha declarado ante esta sala que fue usted el artífice de un plan nefando que proponía el intercambio de armas por rehenes como medio de obtener financiación subrepticia para los Contras centroamericanos. ¿Niega usted tal acusación, soldado Gump?

—No sé nada de esos Contras. Yo creía que el dinero era para los gorilas.

—¡Ah! Entonces admite haber tenido conocimiento de esa abominable conspiración, ¿no es así?

—Tenía entendido que los gorilas necesitaban dinero, sí. Al menos eso es lo que me dijeron.

—¡Ja! ¿Sabe lo que yo creo, soldado Gump? Creo que está usted mintiendo. Y creo que fue usted quien diseñó toda la operación en connivencia con el Presidente. Se está haciendo el tonto, ¿verdad?

—No me gusta fingir, señor.

—Señoría —dijo el abogado—, no cabe duda de que el soldado Gump, aquí presente, «adjunto especial del presidente de Estados Unidos para operaciones clandestinas», no es más que un farsante; un impostor que intenta deliberadamente dejar en ridículo al Congreso de Estados Unidos. ¡Exijo que se le acuse de desacato!

El presidente del tribunal se incorporó y me miro como si yo no fuera más grande que un microbio.

—Parece que el letrado tiene razón. Esto... soldado Gump, ¿conoce usted la pena por dejar en ridículo al Congreso de Estados Unidos?

—No, señoría.

—Pues se lo diré sin tapujos: podría usted pudrirse en prisión.

—Adelante, pues —repliqué tratando de imitar el tacto y diplomacia de mi superior—. Por mí que no quede.

Y así fue como volví a dar con mis huesos en la cárcel.

A la mañana siguiente el titular de *The Washington Post* decía:

CRETINO ACUSADO DE DESACATO POR EL CONGRESO.

The Washington Post

Un vecino de Alabama, descrito por fuentes cercanas a este periódico como «un retrasado mental», ha sido acusado de desacato al Congreso durante las investigaciones que se llevan a cabo en dicha cámara en relación con el Irangate, un caso que este rotativo viene cubriendo exhaustivamente desde que se destapó el escándalo.

Forrest Gump, sin domicilio conocido, fue sentenciado en el día de ayer a una pena de prisión indefinida, después de que ridiculizara al comité especial nombrado por el Senado para investigar la participación de miembros clave de la administración Reagan en un complot destinado a hacer caer al ayatolá Khomeini, de Irán, en una nueva versión del timo de la estampita.

Gump, presunto implicado en numerosos asuntos turbios relacionados con el gobierno de la nación incluido el Programa Espacial—, fue descrito por las mismas fuentes como: «un cabo suelto de los servicios de inteligencia americanos; uno de esos tipos que aparecen y desaparecen sin dejar rastro».

Uno de los senadores elegidos para formar parte del comité —y que manifestó su deseo de permanecer en el anonimato— aseguró a este periódico que Gump «se pudrirá en la cárcel hasta que se arrepienta de haberse cachondeado del Congreso de Estados Unidos. No necesitamos que ningún destripaterrones de Alabama venga a hacer algo para lo que nosotros estamos perfectamente capacitados». Estas fueron sus palabras textuales.

Me dieron un pijama a rayas y me metieron en una celda que debía compartir con un falsificador, un pederasta, un dinamitador y un chiflado llamado Hinckley que no paraba de hablar de una tal Jodie Foster. El falsificador era el más simpático de todos.

En fin. Después de echar un vistazo a mi currículum me destinaron a los talleres y me pusieron a fabricar placas de matrícula. Poco a poco fui acostumbrándome a la rutina de la vida penitenciaria. Entonces, un buen día —no faltaba mucho para Navidad... bueno, de hecho casi nada, porque era nochebuena y estaba nevando—

me anunciaron que tenía una visita.

Pregunté al guarda de quién se trataba, pero no quiso decírmelo:

—Bien, teniendo en cuenta el delito que cometiste, Gump, deberías considerarte afortunado de poder recibir visita. Cualquiera visita. Los tipos como tú, que se atreven a reírse del Congreso de Estados Unidos, tienen suerte de no acabar en el hoyo. Conque muévete de una vez.

Lo acompañé hasta la sala de visitas. Fuera se oía un coro del Ejército de Salvación cantando villancicos y el tintineo de una campanilla de Papá Noel pidiendo donativos. Tomé asiento en la cabina y no podía creer lo que veían mis ojos: ¡era el pequeño Forrest!

Feliz Navidad —musitó en un alarde de originalidad.

Yo tampoco sabía qué decir, así que me limité a darle las gracias.

Nos quedamos sentados en silencio, y él no levantó la vista del mostrador durante un buen rato. Digo yo que le daría vergüenza ver a su padre en el talego.

—Bueno, ¿qué te trae por aquí? —le pregunté al fin.

—Me ha enviado la abuela. Saliste en todos los periódicos, y hasta en la tele. La abuela dijo que te alegrarías de verme.

—Pues claro que sí. Te agradezco mucho que hayas venido, de veras.

—No fue idea mía —insistió con excesiva sinceridad.

—Mira, ya sé que he metido la pata y que ahora mismo no debes de estar muy orgulloso de mí, pero lo he intentado, créeme.

—¿Qué es lo que has intentado?

—No meter la pata.

Siguió mirando el mostrador hasta que, al cabo de un par de minutos, dijo:

—He ido al zoo a ver a *Wanda*.

—¿Y qué tal está?

—Tardé dos horas en dar con ella. Me pareció que tenía frío y quise pasarle la chupa, pero un guarda me regañó.

—¿Se metió mucho contigo?

—No, le conté que *Wanda* era mi cerda y él me dijo que no era el primer pirado al que le daba por ahí, y se fue.

—Y el cole, ¿qué tal?

—Bien, supongo. Desde que estás en chirona los chicos me han estado dando un poco la lata.

—Tú no te preocupes por eso, no es culpa tuya.

—Ojalá estuviera tan seguro. Si hubiera insistido más en lo de las válvulas de la granja, a lo mejor nada de esto habría sucedido.

—Agua pasada no mueve molino —sentenció—. Pasó lo que tenía que pasar. —
¿Qué otra cosa podía decir?

—¿Qué planes tienes para Navidad?

—Bueno, me imagino que aquí organizarán una fiesta por todo lo alto —mentí—, con Papa Noel, regalos, pavo y todo lo demás. Ya sabes cómo son: les gusta ver que los internos se diviertan. ¿Y tú qué?

—Creo que cogeré el autobús de vuelta a casa. Ya he hecho suficiente turismo. Al salir del zoo pasé por la Casa Blanca y el Capitolio, y después por el monumento a Lincoln.

—¿Te gustó?

—Fue un poco raro. Había empezado a nevar y se levantó una especie de niebla que...

El chico empezó a mover la cabeza y noté por el tono de su voz que estaba a punto de echarse a llorar.

—¿Que qué?

—Echo de menos a mamá, eso es todo.

—Tu madre... no estaría allí, ¿verdad?

—No exactamente.

—Pero sí más o menos...

—Sí, más o menos. La vi sólo un momento. Pero era un sueño, ya lo sé. No soy tan tonto como para creerme todo lo que veo.

—¿Y te dijo algo?

—Sí, que cuidara de ti. Que no tengo a nadie más en el mundo, aparte de la abuela, y que necesitas mi ayuda.

—¿Eso dijo?

—Mira, sólo fue un sueño, ya te lo he dicho. Los sueños no son reales.

—Nunca se sabe —repliqué—. ¿Cuándo sale el autobús?

—Dentro de una hora. Será mejor que me vaya.

Bueno, que tengas buen viaje. Siento que hayas tenido que verme así, pero con un poco de suerte no tardaré mucho en salir.

—¿En serio? ¿Van a soltarte?

—Podría ser. Hay un buen samaritano, un predicador, que viene de vez en cuando a hablar con los reclusos. Dicen que intenta «rehabilitarnos». El tipo me dijo que tal vez podría sacarme de aquí dentro de unos meses si me acojo a no sé qué programa de reinserción laboral en Carolina. Al parecer ha construido un parque temático dedicado a la religión y necesita gente que lo ayude a llevar el negocio. —¿Y cómo se llama?

—Reverendo Jim Bakker.

Y así es como acabé trabajando para el reverendo Jim Bakker.

El predicador tenía una finca en Carolina llamada Tierra Santa; era el mayor parque

temático que yo hubiera visto jamás. La esposa del reverendo se llamaba Tammy Faye y tenía cara de muñeca repollo, con unas pestañas más largas que las alas de una libélula y un montón de colorete en las mejillas. También había otra mujer en el parque, una chica llamada Jessica Hahn, a quien el reverendo atribuía funciones «administrativas».

—Mira, Gump —me dijo el reverendo Bakker—, si ese analfabeto de Walt Disney pudo hacerlo, nosotros también podemos. Hemos dado con un auténtico filón, todos los comebiblias de los dos hemisferios vendrán hasta aquí en peregrinación. Cincuenta mil al día, o incluso más. No habrá episodio ni parábola de la Biblia que no esté representado en el parque... Y a veinte dólares por cabeza, pronto nos habremos forrado.

El reverendo Bakker no exageraba.

Había construido más de cincuenta atracciones y artilugios distintos, y tenía otros muchos en cartera. Los visitantes del parque atravesaban un bosquecillo donde se encontraban con un tipo disfrazado de Moisés; cuando estaban lo bastante cerca, el viejo patriarca apretaba un botón conectado a un dispositivo que lanzaba llamaradas de más de seis metros de altura. *Moisés y la zarza ardiente*, se llamaba el número. Nada más ver el fuego, los turistas daban media vuelta y empezaban a gritar y a dar ayes como si se hubieran llevado un susto de muerte.

También había un riachuelo donde flotaba un barco de plástico con otro Moisés en miniatura envuelto en una toalla. Era *Moisés entre los carrizos*.

Una de las atracciones más espectaculares era *La división de las aguas del mar Rojo*. Para reproducir tal prodigio, el reverendo Bakker había discurrido la manera de drenar un lago a voluntad, de manera que los turistas pudieran cruzarlo a pie enjuto igual que los Hijos de Israel. Y no acababa ahí la cosa: cuando los visitantes alcanzaban la otra orilla, unos cuantos matones del programa de rehabilitación, disfrazados de ejército del Faraón, se lanzaban en su persecución; a medio camino, sin embargo, las máquinas volvían a bombear el agua del lago y el ejército del Faraón se ahogaba sin remedio.

Desde luego, el reverendo estaba en todo.

Había otro número llamado *Jacob y la capa de colores*, y también teníamos la *Historia de Job* al completo —que no es moco de pavo, porque hay que ver lo que llegó a sufrir el pobre—. Cuando el primer contingente de turistas había cruzado el mar Rojo, un segundo grupo llegaba al lago para presenciar el milagro de la multiplicación de los panes y los peces. Según el plan de contención presupuestaria del reverendo, los panes servían para cebar los peces hasta que éstos alcanzaban el tamaño adecuado para ser reciclados como pescadito frito en el chiringuito del parque, a quince dólares la ración.

También teníamos a *Daniel en la fosa de los leones* y a *Jonás en el vientre de la*

ballena. Los lunes, durante el descanso semanal de Tierra Santa, el reverendo arrendaba león y domador por cincuenta dólares a un local donde se retaba al público a una lucha cuerpo a cuerpo con la fiera. El número de la ballena —que era un artilugio mecánico— funcionó a la perfección hasta que el reverendo descubrió que Jonás ocultaba una bodeguilla en las amígdalas del cetáceo. Según parece, cada vez que la ballena se lo tragaba, el profeta aprovechaba para echar un traguito, de manera que acababa la jornada laboral con unas cogorzas de aquí te espero. La cosa tomó mal cariz al adquirir Jonás la costumbre de repartir cortes de manga entre los espectadores justo antes de que la ballena cerrara la boca. El reverendo tuvo que clausurar la atracción ante las quejas reiteradas de algunas madres preocupadas porque sus hijos habían empezado a emular al profeta.

Pero sin duda el número más extraordinario de todos era *La ascensión de Cristo a los cielos*. El *attrezzo* consistía en un arnés y un cable elástico que permitían invertir el efecto del puenting. Cuando lo soltaban, el tipo disfrazado de Jesús salía disparado hacia arriba cosa de quince metros, y allí desaparecía tras una nube artificial. Os aseguro que era de un realismo espeluznante. Los turistas podían experimentar la misma sensación en sus propias carnes por el módico precio de diez dólares.

—Gump —me dijo el reverendo—, tengo una atracción nueva que te irá como anillo al dedo. Se llama *David contra Goliat*.

No hacían falta muchas luces para adivinar cuál de los dos papeles iba a tocarme a mí.

Al principio pensé que sería un número fácil, pero estaba muy equivocado. Para empezar, me vistieron con una túnica de piel de leopardo, me dieron un escudo y una lanza, y me pegaron unas barbas en la cara. Mi guión era un repertorio de gruñidos y rugidos a cual más inhumano interrumpido en el momento culminante por la aparición de David, un pigmeo en pañales armado con una especie de tirachinas.

El personaje de David lo representaba el tarado de Hinckley, que había conseguido librarse del presidio alegando un trastorno mental irreversible. Cuando no intentaba lapidarme a golpe de tirachinas, Hinckley se pasaba el rato escribiendo cartas a esa tal Jodie Foster, su «pluma gemela», como decía él.

Lo malo de aquella atracción es que las piedras que me tiraba David eran de verdad, y que para estar loco no tenía mala puntería. En fin, que vi las estrellas más de una vez. Además, tened en cuenta que, con cinco o seis representaciones diarias, al llegar la hora de cerrar llevaba encajadas lo menos dos docenas de pedradas. Hinckley parecía estar en su salsa, pero yo me harté al cabo de un par de semanas y fui a hablar con el reverendo para quejarme: no era justo que yo anduviera lleno de cardenales y medio desdentado por culpa de aquel canalla sin poder siquiera defenderme.

Pero el reverendo me dijo que así era como estaba escrito en las Sagradas

Escrituras y que la cuestión no tenía vuelta de hoja. Ni que decir tiene que yo no lo veía tan claro, aunque, sabiendo que la alternativa habría sido la cárcel, me guardé muy mucho de insistir. Echaba de menos al pequeño Forrest, y también a Jenny, y comenzaba a pensar que todos me habían abandonado.

En fin, así estuvieron las cosas hasta que se me acabó la paciencia.

Era un gran día en Tierra Santa, con el parque abarrotado de visitantes. Cuando llegó el momento de representar mi número ante la multitud, empecé a gruñir, a poner cara de ogro y a amenazar a David con la lanza. Él contestó arrojándome una andanada de chinatas con tan buena fortuna que una de ellas fue a darme en la mano y me hizo soltar el escudo. Me agaché para recogerlo, y el hijo de perra aprovechó la ocasión para arrearme una pedrada en el trasero. Aquel alarde de violencia gratuita fue la gota que colmó el vaso. La paciencia tiene un límite.

Sin esperar a recuperar del todo el equilibrio me abalancé sobre David —que al punto dejó de vanagloriarse de su habilidad con la honda—, lo agarré por la base de los pañales, lo voltéé unas cuantas veces y lo solté. Tras sobrevolar unos cuantos árboles, el renacuajo aterrizó en medio del lago donde Jesús representaba el truco de los panes y los peces.

La llegada intempestiva de David debió de causar algún tipo de cortocircuito, porque de repente todas las bombas de drenaje se pusieron en marcha y las aguas del mar Rojo se separaron; el lanzallamas del zarzal se encendió sin previo aviso y el bueno de Moisés acabó medio chamuscado; la ballena mecánica decidió abandonar el lago y pasearse por el parque batiendo la mandíbula. La multitud se estaba alborotando; las mujeres gritaban, los niños lloraban y los hombres huían despavoridos. Tanto jaleo acabó por soliviantar también al león de Daniel, que se desembarazó de sus ataduras y empezó a sembrar el pánico por doquier. En ese momento, para colmo de confusiones, volví a aparecer en escena. El tipo de la Ascensión esperaba su turno tomándose un refresco tranquilamente cuando, de pronto, el cable elástico se soltó y se lo llevó por los aires; todavía no se había puesto el arnés, así que le dimos por desaparecido hasta verlo aterrizar en un caldero de aceite hirviendo de la freiduría. A todo esto, alguien había avisado a la policía, que se personó inmediatamente en el parque y empezó a repartir golpes de cachiporra a diestro y siniestro. En medio del desorden, el rey de la selva se escabulló hasta los juncos y sorprendió al reverendo y a Jessica Hahn *in fraganti* ensayando una nueva atracción nudista. Ambos salieron del carrizal pies, ¿para qué os quiero? y seguidos de cerca por el león. A la vista de aquel espectáculo bochornoso, la policía no tuvo más remedio que detener al reverendo por escándalo público y meterlo en la cárcel. Sus últimas palabras antes de entrar en el furgón acolchado fueron:

—¡Gump, hijo puta, me las pagarás!

El escándalo de " Tierra Santa" arruinó la reputación del reverendo y, como sea que por el hilo se saca el ovillo, al final Jim Bakker acabó entre rejas. Así pudo dedicarse en cuerpo y alma la rehabilitación de otros presos y a la purgación de sus propios pecados, que no eran pocos.

En cuanto a mí, todo hacía prever que el cierre del parque supondría mi retorno a la cárcel, pero lo cierto es que no fue así...

Los disturbios del parque llegaron a oídos de los medios de comunicación de todo el país y, aún no sé cómo, mi foto acabó saliendo de nuevo en la prensa y en la televisión. El día que me disponía a volver a la prisión —estaba esperando el autobús con el resto del reparto bíblico— se presentó en la ciudad un tipo con un papelito que anunciaba mi puesta en libertad.

Iba de punta a blanco, lucía una sonrisa de dentífrico y llevaba tirantes y unos zapatos relucientes, igual que un corredor de Bolsa.

—Gump —le anunció el dandi—, soy tu ángel salvador.

En realidad se llamaba Ivan Bozovsky y, según me dijo, había estado intentando dar conmigo desde la comparecencia del coronel North en el Capitolio.

—¿Has visto los periódicos de hoy? —me preguntó.

—No, señor.

—Pues tal vez te gustaría echarles un vistazo. —Acto seguido me puso en las manos un ejemplar de *The Wall Street Journal* con un titular que decía:

PARQUE TEMÁTICO CLAUSURADO POR CULPA DE UN FANTOCHE.

THE WALL STREET JOURNAL

Un enfermo mental recientemente excarcelado de un hospital penitenciario de Washington causó estragos ayer en una pequeña localidad de Carolina. La conducta del sujeto provocó pérdidas económicas incalculables a miles de ciudadanos honrados al desencadenar una serie de acontecimientos que desembocaron en la defenestración moral de uno de los poderes del Estado. Según fuentes consultadas por este periódico, el malhechor es Forrest Gump,

un individuo de coeficiente intelectual bajo que ya ha causado disturbios similares en Atlanta, Virginia Occidental y otros lugares.

Gump, que cumple condena por desacato al Congreso de Estados Unidos, participaba en el momento de producirse los hechos en un programa de reinserción social bajo la tutela del reverendo Jim Bakker, promotor de un proyecto empresarial de resonancias bíblicas y adalid de las mejores tradiciones de nuestro país.

Ofuscado por su papel de Goliat en la ficción, Gump, de compleción corpulenta, observó ayer una conducta que las autoridades han tachado de «inapropiada». Al parecer, el gigante Gump consiguió que su contrincante David sobrevolara varios árboles y se precipitara en un lago habitado por una ballena mecánica que, en palabras de la dirección de Tierra Santa, «turbada por la llegada del intruso» acometió a los invitados y visitantes del parque.

En medio de la vorágine, el reverendo Bakker y su secretaria, de nombre Jessica Hahn, se vieron empujados hacia los bíblicos carrizos de uno de los números con gran menoscabo de su indumento. Ambos fueron detenidos en el transcurso de una acción policial que un portavoz ha calificado de «desafortunada».

Seguían otras gilipolleces del mismo género. En fin, Ivan Bozosky recuperó su periódico y se volvió hacia mí.

—Me gusta tu estilo, Gump —dijo—. Mucho antes de que se produjera este desagradable incidente tuviste oportunidad de delatar al coronel North y al Presidente y no lo hiciste; los encubriste y cargaste con las culpas. Eso es lo que yo llamo espíritu corporativo. Sí, señor. Mi equipo necesita hombres como tú.

—¿A qué se dedica su equipo? —pregunté.

—Bueno, digamos que compramos y vendemos papel. Bonos, valores, empresas... lo que se tercie. En realidad, no compramos ni vendemos nada, pero cuando nos ponemos a hablar por teléfono y a barajar papeles acabamos con los bolsillos llenos de dinero.

—Vaya, ¿y cómo lo consiguen?

—Es fácil —respondió Bozosky—. Con malas artes, trapicheo, fisgoneo, felonías, latrocinios... El mundo es una jungla, Gump, y yo soy el tigre más fiero.

—¿Y qué quiere que haga yo?

—Gump —me dijo Bozosky mientras apoyaba la mano en mi hombro—, estoy a punto de inaugurar un nuevo departamento en mi sucursal de Nueva York. Se llamará Departamento de Tráfico de Influencias, y quiero que tú lo dirijas.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque eres un hombre íntegro. Sé que hace falta mucha integridad para mentir

al Congreso y sacar las castañas del fuego a ese imbécil de North. Gump, eres la clase de hombre que ando buscando desde hace tiempo.

—¿Qué tal es la paga?

—Astronómica. ¿Por qué lo preguntas? ¿Necesitas dinero?

—Todo el mundo lo necesita —dije.

—Yo me refiero a dinero de verdad, dinero a espuertas... cifras con seis ceros.

—Me basta con ganar lo suficiente para pagar el colegio del pequeño Forrest, poder mandarlo a la Universidad el día de mañana y ese tipo de cosas.

—¿Quién es el pequeño Forrest? ¿Tu hijo?

—Más o menos; digamos que me ocupo de él.

—Escúchame bien, Gump: con lo que vas a ganar a mi lado podrás mandar a tu pequeño Forrest a Choate, a Andover, a Saint Paul's y al Instituto Episcopal... ¡todo a la vez! Y cuando vuelva será tan rico que hasta podrá enviar la colada a París para que se la planchen en francés.

Y así es como empezó mi carrera en el mundo de las altas finanzas.

Era la primera vez que iba a Nueva York, y creedme si os digo que la Gran Manzana superó todas mis expectativas.

¡No sabía que cupiera tanta gente en el mundo! Las calzadas, las aceras, los rascacielos, las tiendas... todo estaba abarrotado. Y no veáis el barullo que armaban entre todos: bocinas, perforadoras, sirenas y no sé qué más. La primera impresión fue la de estar en un hormiguero; un hormiguero donde todas las hormigas habían perdido la chaveta.

Ivan Bozosky me llevó directamente a las oficinas de su empresa, sita en un rascacielos cercano a Wall Street. Dentro había cientos de personas trabajando frente a otros tantos ordenadores. Todos iban vestidos con camisa, corbata y tirantes, y la mayoría llevaba gafas redondas de montura de concha y un montón de gomina en el pelo. No había nadie que no estuviera hablando por teléfono y fumando al mismo tiempo; la humareda era tan espesa que llegué a pensar que el local estaba en llamas.

—Pues esto es lo que hay, Gump —anunció Ivan—. Desde aquí nos dedicamos a camelar a los directivos de las grandes empresas para enterarnos de cuándo van a repartir dividendos o beneficios, o de si tienen intención de vender o de abrir un nuevo departamento... o de cualquier otra cosa que pueda hacer subir su cotización en bolsa. Así podemos arramblar con todas las acciones a la venta antes de que la noticia llegue oficialmente a la prensa y de que los cretinos de Wall Street puedan sacar tajada.

—¿Y cómo entabláis amistad con ellos? —pregunté.

—No tiene ningún secreto. Es cuestión de frecuentar los clubs de Harvard y Yale, o el Racquet Club, o cualquier otro sitio donde les guste dejarse ver. Luego les pagas

un par de copas, te haces el tonto, te los llevas a cenar, les presentas a una chica, les lames el culo... lo que sea. A veces nos los llevamos a esquiar a Aspen o a tomar el sol a Palm Beach y cosas por el estilo. Pero tú no te preocupes por nada de eso, Gump: nuestros empleados son expertos en la materia. Tú límitate a ejercer de director y a tratar conmigo, que soy la única persona a la que tendrás que rendir cuentas... digamos un par de veces al año.

—¿Cuentas de qué?

Ya nos ocuparemos de eso cuando llegue el momento, ¿no te parece? Anda, vayamos a ver tu despacho.

Ivan me condujo cruzando el vestíbulo hasta una oficina amueblada con una mesa de caoba, butacas de piel y una alfombra persa. El despacho ocupaba una esquina del edificio y, a través de los ventanales, se veían la ciudad y el río, con un montón de barcas y de buques a vapor navegando en todas direcciones. A lo lejos también se distinguía la estatua de la Libertad, radiante bajo el sol del atardecer.

—Y bien, Gump, ¿qué te parece?

—Bonita vista.

—¡Qué vista ni qué niño muerto! —replicó Ivan—. Cada palmo de este cuchitril cuesta doscientos dólares de alquiler. Esto es propiedad inmobiliaria de primera, tío. Y hablando de monumentos, tu secretaria particular será la señorita Hudgins. Tu trabajo consistirá en sentarte en esta mesa y echar una firmita en todos los papeles que ella te traiga. No hace falta que los leas: la letra es demasiado pequeña. Además, siempre he dicho que es mejor que los ejecutivos no estén muy al tanto de lo que pasa en la empresa... ya sabes a qué me refiero.

—Pues la verdad es que no —confesé—. Y ya me he metido en más de un lío por no enterarme de lo que estaba haciendo.

—No te preocupes por eso ahora, Gump. Recuerda que estás en la cresta de la ola y que no volverás a tener una oportunidad como ésta, ni tu hijo tampoco —concluyó mientras me ponía un brazo alrededor del hombro y me deslumbraba con una sonrisa—. ¿Alguna pregunta?

—Sí —dije—. ¿Dónde está el baño?

—¿El baño? ¿Tu baño? Justo detrás de esta puerta. Querías saber si tendrías un baño para ti solo, ¿eh, pillín?

—No, señor, es que me estoy meando.

Creo que mi respuesta desconcertó un poco a Ivan.

—Veo que llamas a las cosas por su nombre, Gump. En fin, adelante, haz lo que tengas que hacer en la intimidad de tu propio baño.

Y eso hice, aunque aquel Ivan Bozosky seguía sin acabar de convencerme. Tenía la impresión de haber oído las mismas monsergas en alguna otra ocasión.

Ivan se fue y me quedé solo en la oficina. Sobre la mesa una placa dorada

anunciaba: «Forrest Gump, director». Acababa de tomar posesión de la butaca y de apoyar los pies en la mesa cuando la puerta se abrió para dejar paso a una joven muy hermosa. Deduje que se trataba de la señorita Hudgins.

—Señor Gump —dijo la chica—, bienvenido al Departamento de Tráfico de Influencias de las empresas Bozosky.

Ivan tenía razón en lo de los monumentos; la *gachí* cortaba la respiración. Era una morenaza de ojos azules, con una sonrisa encantadora y una falda tan corta que uno temía verle la ropa interior si se agachaba.

—¿Le apetece una taza de café o alguna otra cosa? —me preguntó.

—No, pero gracias de todos modos —respondí.

—¿Está usted seguro? ¿Qué me dice de una coca cola, o de algo más fuerte...?

—Gracias, pero no me apetece nada, de veras.

—Entonces tal vez le gustaría ver su apartamento.

—¿Mi qué?

—Su apartamento. El señor Bozosky dispuso el alquiler de una vivienda para el director del Departamento.

—Creí que iba a dormir en el sofá —dije—. Como el despacho tiene baño...

¡Cielos, no! El señor Bozosky me encargó que le encontrara un alojamiento adecuado en la Quinta Avenida. Un sitio donde pueda recibir.

—¿A quién voy a recibir?

—A quien sea —contestó la señorita Hudgins—. ¿Estará listo para salir en... digamos media hora?

—Estoy listo para salir ahora mismo —repliqué yo—. ¿En qué vamos a ir?

—Pues en su limusina, faltaría más.

En un periquete bajamos hasta una limusina negra que nos esperaba en la calle. El coche era tan grande que pensé que no podría doblar las esquinas, pero gracias a la asombrosa habilidad del conductor nos plantamos en mi nuevo apartamento al cabo de pocos minutos. Eddie, que así se llamaba el chófer, era incluso capaz de adelantar a los taxis subiéndose al bordillo —cualquiera de los accidentados que dejamos a lo largo de la avenida Madison daría fe de ello—. La señorita Hudgins me informó de que nos encontrábamos en la «zona alta».

El edificio era una mole de mármol blanco con marquesina y un portero que parecía salido de un clásico de Hollywood. La inscripción de la entrada rezaba: «Helmsley Palace». En la puerta nos cruzamos con una señora que salía a pasear su perrito vestida con un abrigo de visón y que me miró con suspicacia. Digo yo que sería porque aún llevaba la ropa de trabajo de Tierra Santa.

Cuando nos bajamos del ascensor en el decimotavo piso, la señorita Hudgins sacó una llave y abrió la puerta. Fue como poner los pies en una mansión. Del techo

colgaban arañas de cristal, y las paredes estaban tapizadas de cuadros y de espejos recubiertos de pan de oro. También vi más de una chimenea, un montón de muebles lujosos, varias mesas llenas de libros ilustrados, una biblioteca de madera y alfombras muy bonitas. Y en un rincón, el bar.

—¿Le gustaría ver su habitación? —propuso la señorita Hudgins.

Tuve que decir que sí con la cabeza, porque no me salían las palabras de la boca.

Entramos en el dormitorio, y creedme si os digo que era incluso mejor de lo que esperaba. Había una cama descomunal —con dosel y todo—, chimenea y un televisor empotrado con el que la señorita Hudgins dijo que se podían sintonizar cien canales distintos. Y el baño aún era más espectacular, con suelo de mármol, mamparas de cristal, grifería de oro y chorro de agua multidireccional. También había dos inodoros, aunque uno de ellos tenía un aspecto algo raro.

—¿Qué es eso? —pregunté señalando aquella taza tan peculiar.

—Un bidé —respondió ella.

—¿Y para qué sirve? No tiene asiento.

—Esto... bueno, ¿por qué no usa el otro de momento? —dijo la señorita Hudgins—. Hablaremos del bidé otro día.

Ya lo decía la inscripción de la entrada: aquel lugar era un palacio.

—Tarde o temprano —anunció la señorita Hudgins— conocerá a la propietaria, una dama encantadora, amiga del señor Bozosky. Se llama Leona.

En fin. La señorita Hudgins dijo entonces que teníamos que salir a comprarme ropa «adecuada para el director de un departamento de las empresas Bozosky». Fuimos a ver a un sastre llamado Vileda, que salió a recibirnos personalmente a la puerta de su establecimiento. Era un hombrecillo rechoncho y calvorota con un bigote hitleriano.

—Ah, señor Gump, esperaba su visita —dijo.

El señor Vileda me enseñó un sinfín de trajes, chaquetas, pantalones, telas y estampados, corbatas, calcetines y hasta calzoncillos. Cada vez que yo escogía algo la señorita Hudgins fruncía el ceño y elegía una cosa diferente. Antes de irnos, el señor Vileda me colocó frente a un espejo y empezó a tomar las medidas que necesitaba para confeccionarme los pantalones.

—Vaya, vaya, menudo ejemplar —dijo el sastre.

—No lo sabe usted bien —replicó la señorita Hudgins.

—Por cierto, señor Gump, ¿a qué lado carga usted?

—¿Cómo dice? —pregunté.

—A qué lado, señor Gump. ¿A la derecha o a la izquierda?

—¿Eh? Pues no sé qué pierna meto primero...

—No me refería a eso, señor Gump, sino a...

—Hágaselos ambidextros —interrumpió la señorita Hudgins—. Un hombre como

el señor Gump necesita mucho espacio de maniobra.

—Entendido —dijo el señor Vileda.

Al día siguiente, Eddie pasó a recogerme en la limusina y me llevó hasta la oficina. Acababa de llegar cuando entró Ivan Bozosky y me dijo:

—Dentro de un rato nos vamos a comer, Gump. Quiero presentarte a alguien.

Me pasé el resto de la mañana firmando los papeles que me traía la señorita Hudgins. Debí de firmar lo menos veinte o treinta, y la verdad es que, aunque eché un vistazo a unos cuantos, no entendí ni una sola palabra de lo que había escrito en ellos. Al cabo de una hora o así empezaron a sonarme las tripas y me puse a pensar en el estofado criollo de gambas que hacía mi madre. La buena de mi madre. No tardó en reaparecer Ivan anunciando que había llegado la hora de comer. Otra limusina nos llevó hasta *Las Cuatro Estaciones*, un restaurante donde nos esperaba un hombre espigado de porte elegante y mirada rapaz.

—Gump —dijo Ivan Bozosky—, quiero presentarte a un buen amigo mío.

El tipo se levantó de la mesa y me estrechó la mano. Se llamaba Mike Mulligan.

Al parecer, Mike Mulligan era un corredor de Bolsa con el que el señor Bozosky hacía tratos de vez en cuando. La especialidad de Mulligan eran los bonos basura, y no me preguntéis el porqué de esa inclinación suya por los desperdicios. En todo caso, el tal Mulligan daba la impresión de ser un pez gordo.

Cuando Ivan y él acabaron de contarse sus cosas, los tres nos pusimos a hablar de negocios.

—Gump, el plan es el siguiente —expuso Ivan Bozosky—: Mike, aquí presente, te llamará por teléfono cada cierto tiempo para darte el nombre de una empresa. Tú debes tomar nota de tal nombre, que él te deletreará muy despacio para que no haya ninguna clase de equivocación; cuando lo tengas, se lo comunicas a la señorita Hudgins. Ella sabrá qué hacer con la información.

—¿Ah, sí? ¿Qué? —pregunté.

—Cuanto menos sepas, mejor para ti —me espetó Ivan—. A veces el señor Mulligan y yo nos hacemos favores; intercambiamos secretos... ya sabes a qué me refiero —dijo, y acto seguido me guiñó el ojo. Había algo en aquel asunto que me escamaba, y estaba a punto de decirlo cuando Ivan se me adelantó con un anuncio.

—Gump, creo que ha llegado el momento de asignarte un sueldo decente. Necesitas dinero suficiente para pagar el colegio de tu hijo y para vivir desahogadamente. ¿Qué te parecerían doscientos cincuenta mil al año?

Me quedé sin habla. No se puede decir que yo haya sido un pordiosero toda la vida, pero estaréis de acuerdo conmigo en que doscientos cincuenta mil dólares son palabras mayores. Así que hice acopio de fuerzas durante unos segundos y asentí con la cabeza.

—Así me gusta —dijo Ivan Bozosky—. Trato hecho, pues. —Mike Mulligan

llevaba un rato sonriendo como la Mona Lisa.

Mis deberes ejecutivos se multiplicaban a medida que transcurrían los meses. Firmaba papeles a un ritmo frenético: fusiones, adquisiciones, absorciones, liquidaciones, inversiones, reclamaciones... Un día me crucé con Ivan Bozovsky en el vestíbulo; iba riéndose solo.

—Gump —me dijo—, en días como hoy merece la pena levantarse de la cama. Nos hemos hecho con el control de cinco líneas aéreas; he cambiado el nombre de dos y he cerrado las otras tres. Los pobres pasajeros no tienen ni idea de lo que se les viene encima. Los meten en un supositorio gigante de acero, los envían al espacio a mil kilómetros por hora, y cuando aterrizan ni siquiera viajan con la misma compañía aérea que cuando despegaron.

—Menuda sorpresa se llevarán —comenté.

—Los pardillos que viajaban en una de las líneas que he clausurado se la llevarán doble —replicó sin poder contener la risa—. Hemos radiado instrucciones a los pilotos para que se dirijan hacia el aeropuerto más cercano y dejen al pasaje en tierra. Los que iban a Los Ángeles tendrán que conformarse con Montana, Wisconsin o algo por el estilo. Y más de uno se encontrará preguntando por los Campos Elíseos en plena Groenlandia.

—¿Y no se enfadarán?

—Peor para ellos —dijo Ivan con un gesto de indiferencia—. Además, de eso se trata. Es la vuelta del capitalismo salvaje, Gump; se acabaron tantos escrúpulos... Es la era de la fusión y el despido libre, hay que amedrentar al personal y vaciarle los bolsillos cuando no esté mirando. Esto es lo que hay, muchacho.

En fin, así estaban las cosas. Yo seguía firmando papeles mientras Ivan y Mike Mulligan compraban y vendían sin parar. También había empezado a tomarle gusto a la vida mundana de Nueva York: iba a ver obras de Broadway, a clubs privados y asistía a actos de beneficencia en el *Tavern on the Green*. Daba la impresión de que a los neoyorquinos no les gustaba cenar en casa, porque todo el mundo iba al restaurante cada día a comer manjares exóticos que costaban tanto como un traje nuevo. Aunque confieso que en aquel momento ganaba tanto dinero que no me importaba malgastarlo. La señorita Hudgins se había convertido en mi «escolta» permanente. Según ella, Ivan Bozovsky quería que no pasara inadvertido, y desde luego a su lado era difícil no llamar la atención. Mi nombre aparecía cada semana en las columnas de chismes de los periódicos, muchas veces con foto incluida. La señorita Hudgins decía que había tres periódicos en Nueva York; a saber: el de los listos, el de los tontos y el de los estúpidos. Y también decía que cualquiera que se preciara de ser alguien leía los tres para ver si salía en alguno.

Una noche —volvíamos de un gran baile de beneficencia al que habíamos asistido juntos— la señorita Hudgins, en contra de su costumbre de dejarme en el

Helmsley Palace y seguir con Eddie hasta su casa, dijo que le gustaría subir a mi *suite* para tomar un tentempié. La verdad es que nada me apetecía menos a aquellas horas de la madrugada que tenerme en pie, pero me pareció descortés decir que no a una dama y la invité a entrar.

Nada más pasar de la puerta la señorita Hudgins puso música y se fue derechita al bar a prepararse una copa: whisky escocés. Sin hielo. A continuación se quitó los zapatos y se tendió en el sofá como una maja de Goya.

—¿Por qué no vienes a darme un beso? —Me preguntó.

Me acerqué y le di un besito en la mejilla, gesto que ella agradeció agarrándome por el cuello y tumbándome en el sofá.

—Toma, Forrest, quiero que inspires esto por la nariz —dijo mientras vertía parte del contenido de un frasquito sobre la uña de su dedo pulgar.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque te sentirás bien. Te sentirás poderoso.

—¿Y por qué voy a querer sentirme así?

—Tú esnifa y calla —respondió—. Anda, sólo una vez. Si no te gusta, no tienes por qué repetir. Aunque a regañadientes, obedecí. Al fin y al cabo, era sólo una pizca de polvo blanco de aspecto inofensivo. Aspiré fuerte y el polvo me hizo estornudar.

—Hace mucho que espero este momento, Forrest —susurró—. Te deseo.

—Ya, bueno, verás —farfullé—, yo creía que la nuestra era sólo una relación de trabajo...

—Y lo es —me interrumpió—. Es hora de que pongas manos a la obra. —Hablabla con la respiración entrecortada, y mientras tanto intentaba sujetarme y deshacerme el nudo de la corbata.

La verdad es que no sabía qué hacer. Siempre había oído decir que es un error liarse con alguien del trabajo. No ensucies tu propio nido —solía decir el teniente Dan—. Pero en aquel momento no lo tenía tan claro. No había duda de que la señorita Hudgins era una mujer muy bella, y yo no había estado con una mujer —ni guapa ni fea— desde hacía mucho tiempo. Además, todo el mundo sabe que no está bien llevar la contraria a una dama... En fin, repasé todas las excusas que se me ocurrieron en el poco tiempo disponible y, en vista del éxito, me fui a la cama con la señorita Hudgins.

Al terminar se fumó un cigarrillo, se vistió a toda prisa y se marchó. Me quedé solo en la habitación. La señorita Hudgins había encendido la chimenea, y la leña ardía con una llamita centelleante de color anaranjado. No me sentía bien, al contrario de lo que ella me había prometido, sino solo y asustado, y no dejaba de preguntarme qué había hecho conmigo aquella ciudad. Mientras contemplaba el fuego, quién lo iba a decir, vi el rostro de Jenny entre las llamas.

—Estarás contento de lo que has hecho, tontaina.

—No, de veras que no. Lo siento. Yo ni siquiera quería acostarme con la señorita Hudgins —me disculpé.

—No me refiero a eso, Forrest —dijo Jenny—. No esperaba ser la única mujer de tu vida. Eres un ser humano, tienes tus necesidades... No, no me refería a eso.

—¿A qué, entonces?

—A tu vida, patán. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cuánto hace que no ves al pequeño Forrest?

—Bueno, hablé con él hace unas semanas, y le envié dinero...

—¿Y crees que con eso basta? ¿Con enviarle dinero y llamarlo por teléfono de vez en cuando?

—No, pero ¿qué quieres que haga? ¿En qué otro lugar puedo ganarme la vida? ¿Quién me va a dar trabajo? Al menos Ivan me paga un buen sueldo.

—¿Ah, sí? ¿Por hacer qué, si puede saberse? ¿Tienes idea de lo que son todos esos papeles que firmas cada día?

—No tengo que saberlo, Jenny. Lo dijo el señor Bozosky.

—Ya veo. Bueno, supongo que tendrás que escarmentar tú solito. Y tampoco debes de saber qué era la mierda que te metiste por la nariz, ¿no?

—Pues no, la verdad.

—Pero lo hiciste de todos modos, como siempre.

—¿Sabes una cosa, Forrest? Siempre he dicho que no eras el tipo más listo del mundo, pero a veces te comportas como si fueras aún más burro de lo que eres en realidad. Te conozco de toda la vida y tu problema consiste básicamente en que no te paras a pensar las cosas. ¿Entiendes lo que te digo?

—Bueno, yo esperaba que me ayudases un poco.

—Ya te he dicho que a veces no me corresponde a mí vigilarte. Forrest, tienes que empezar a cuidar de ti mismo. Y de paso, haz un poco de caso al pequeño Forrest. Mamá se está haciendo vieja y ya no puede ocuparse de todo. Además, un chico necesita estar con su padre.

—¿Y dónde voy a cuidar de él? —le pregunté—. ¿Aquí? ¿Quieres que lo traiga a este vertedero? Soy tonto, pero no tanto. Éste no es lugar para un chiquillo. Aquí sólo hay ricos y pobres, no hay término medio. Aquí la gente no tiene valores, Jenny. Sólo les importa el dinero y salir en los papeles.

—Sí, y tú te sientes como pez en el agua. Lo que me describes es sólo una cara de esta ciudad, la que tú conoces. Puede que haya otra. La gente es más o menos igual en todas partes.

—Yo sólo soy un mandado —dije.

—¿Y qué se hizo de tu escala de valores?

Jenny me había dejado sin respuesta, y de repente su cara empezó a desvanecerse tras el fuego.

—¡No, espera un momento! —grité—. Acabamos de empezar, no te vayas a ahora. Sólo llevas aquí un par de minutos...

—Hasta luego, cocodrilo —se despidió, y se fue. Me incorporé con los ojos llenos de lágrimas. Nadie me comprendía, ni siquiera Jenny. Sentí ganas de esconder la cabeza bajo las sábanas y de no volver a levantarme jamás, pero al cabo de un rato me vestí y me fui a la oficina. La señorita Hudgins me había dejado un montón de papeles sobre la mesa.

Bueno, era evidente que Jenny tenía razón al menos en una cosa: debía ver más a menudo al pequeño Forrest. Así pues, lo arreglé todo para que viniera a pasar unos días de vacaciones a Nueva York. El día de su llegada —un viernes— envié a Eddie a recogerlo al aeropuerto. Pensé que la limusina lo impresionaría. Me equivoqué.

El chico entró en mi oficina vestido con tejanos y camiseta, echó un vistazo a su alrededor y emitió su veredicto:

—Me gustaba más la granja de cerdos.

—¿Y eso? —le pregunté.

—¿Qué hay de bueno en todo esto? —dijo—. Tienes buena vista, vale. ¿Y qué?

—Es el lugar donde me gano la vida.

—¿Haciendo qué?

—Firmando papeles.

—¿Y es eso lo que piensas hacer el resto de tu vida?

—No lo sé, pero al menos da para comer.

Sacudió la cabeza y se acercó a la ventana.

—¿Qué es aquello? —preguntó—. ¿La estatua de la Libertad?

—Sí —respondí—, la misma que viste y calza. —No podía creer cuánto había crecido. Debía de pasar del metro y medio, y era un jovencito muy guapo, con el pelo castaño claro y los ojos azules de su madre.

—¿Quieres visitarla?

—¿Visitar a quién?

—La estatua de la Libertad.

—Bueno —aceptó.

—Así me gusta. Lo he organizado todo para que estos días podamos ir de excursión por la ciudad. Lo veremos todo.

Y eso hicimos. Fuimos de escaparates a la Quinta Avenida, visitamos la estatua de la Libertad y subimos al último piso del Empire State Building —el pequeño Forrest quería tirar algo al vacío para ver cuánto tardaba en llegar al suelo, pero se lo impedí—. Fuimos a la tumba de Grant y a Broadway, donde vimos a un exhibicionista, y también a Central Park, pero no nos quedamos mucho rato allí porque había demasiado atracador suelto. Cogimos el metro y salimos cerca del Hotel Plaza, donde nos tomamos un par de coca colas por veinticinco dólares.

—Vaya robo —comentó el pequeño Forrest.

—Creo que puedo permitírmelo —lo tranquilicé, pero él se limitó a negar con la cabeza y poner rumbo a la calle. Notaba que el chico no se estaba divirtiendo, pero ¿qué más podía hacer? No quería ir al teatro, las tiendas lo aburrían... Lo llevé al Museo de Arte Metropolitano y durante unos segundos demostró cierto interés por algo que parecía ser la tumba de Tutankamon; al final dijo que estaba harto de «antiguallas» y dimos por acabada la excursión.

Lo dejé en el apartamento y volví a la oficina. Cuando la señorita Hudgins me trajo otro montón de papeles para firmar, aproveché para pedirle consejo.

—No sé, a lo mejor le gustaría ver a algunos famosos.

—¿Y dónde puedo encontrarlos?

—Sólo hay un sitio —dijo—, el restaurante de Elaine.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Hay que verlo para creerlo —fue la respuesta de la señorita Hudgins.

Así que fuimos al restaurante de Elaine.

Llegamos a las cinco en punto, la hora en que cena la mayoría de la gente, pero el restaurante de Elaine estaba completamente vacío. La verdad es que no era lo que esperaba: decir que era un local humilde sería demasiado generoso. Unos cuantos camareros daban vueltas por el local y una señora de aspecto jovial repasaba facturas al final de la barra. Supuse que sería Elaine.

Mientras el pequeño Forrest esperaba en la puerta, yo entré, me presenté y expliqué a la dueña el motivo de mi presencia en el local.

—Me parece muy bien —dijo Elaine—, pero llegan un poco pronto. La mayoría de la gente no se dejará caer por aquí hasta dentro de cuatro o cinco horas.

—¿Ah, no? ¿Es que cenan en otra parte y luego vienen aquí? —pregunté.

—No sea bruto, hombre. Estarán en algún cóctel, o en un estreno... cosas así. Esto es un local nocturno.

—Bueno, ¿le importa si nos sentamos a cenar?

—Claro que no, adelante.

—¿Tiene alguna idea de qué famosos vendrán más tarde? —me informé.

—Los de siempre, supongo: Barbra Streisand, Woody Allen, Kurt Vonnegut, George Plimpton, Lauren Bacall... quién sabe, tal vez Paul Newman o Jack Nicholson si están en la ciudad.

—¿Y todos vienen aquí?

—A veces. Pero escúcheme bien: en este local hay una norma que nadie puede violar. Nada de acercarse a esa gente y molestarlas. Nada de fotos, nada de magnetófonos, nada de nada. Ahora vaya a sentarse en la mesa redonda, la «mesa familiar». Si entra algún famoso sin compromiso, lo sentaré con ustedes para que puedan hablar.

Y eso es lo que hicimos. Cenamos, pedimos el postre, otro postre, y el restaurante seguía casi vacío. El chico no disimulaba su aburrimiento, pero yo me aferraba a aquella última oportunidad de impresionarlo con Nueva York. En el preciso instante en que el pequeño Forrest se levantaba para irse, se abrió la puerta y ¿quién diríais que entró? ¡Elizabeth Taylor en persona!

A partir de ese momento el local se animó rápidamente. Llegaron Bruce Willis, Donald Trump y Cher, la estrella de cine. Después, cómo no, George Plimpton y su amigo, un tal señor Spinelli, y el escritor William Styron. Woody Allen entró rodeado de su séquito, igual que los escritores Kurt Vonnegut, Norman Mailer y Robert Ludlum. Había gente guapa para todos los gustos, mucha ropa cara y un montón de abrigos de piel. Yo había leído cosas sobre algunos de ellos en los periódicos, e intentaba explicar al pequeño Forrest quiénes eran aquellos célebres desconocidos.

Por desgracia, todos tenían sus propios planes y se juntaban los unos con los otros en vez de sentarse a nuestra mesa. Al cabo de un rato Elaine vino a reunirse con nosotros, digo yo que para que no nos sintiéramos tan solos.

—Está floja la noche para los solteros —comentó.

—Eso parece —dije yo—. Ya que no podemos hablar con ellos, tal vez usted podría explicarnos qué están diciendo... Sólo para que el pequeño Forrest sepa de qué hablan los famosos.

—¿De qué hablan? —repitió Elaine—. Bueno, las estrellas de cine hablarán de ellas mismas, supongo. —¿Y qué me dice de los escritores?

—¿Los escritores? ¡Ja! Ésos hablan de lo que hablan siempre: baloncesto, dinero y sandeces de las suyas.

La puerta del restaurante se abrió de nuevo. Elaine hizo señas al tipo que acababa de entrar para que se sentara a nuestra mesa.

—Señor Gump, éste es Tom Hanks —anunció Elaine.

—Encantado de conocerlo —respondí, y le presenté al pequeño Forrest.

—Yo lo conozco —dijo el chico—; de la tele.

—¿Es usted actor? —pregunté.

—Sí. No le quepa la menor duda —contestó Tom Hanks—. ¿Y usted?

Después de escuchar durante un rato el relato sucinto de mi accidentada carrera, Tom Hanks dijo: Bueno, señor Gump, no se puede negar que es usted un tipo especial. Quizás alguien debería hacer una película sobre su vida.

—¡No! —respondí—. ¿A quién iba a interesarle semejante sarta de tonterías?

—Nunca se sabe —replicó Tom Hanks—. «La vida es como una caja de bombones». Por cierto, tengo aquí una caja de dulces; ¿quiere unos cuantos?

—No, gracias, los bombones no son mi fuerte.

Tom Hanks me miró con una expresión algo rara.

—Bueno, como digo yo siempre: «No se hizo la miel para la boca del asno». —

Dicho lo cual se levantó y se fue a otra mesa.

A la mañana siguiente se armó un gran alboroto en las oficinas de Ivan Bozosky.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —gritaba la señorita Hudgins—. ¡Han arrestado al señor Bozosky!

—¿Quién? —pregunté.

—¡La policía! —me espetó—. ¿Quién más se dedica a arrestar gente? Lo han metido en la cárcel.

—¿Qué ha hecho?

—¡Tráfico de influencias! —gritó—. ¡Le han acusado de tráfico de influencias!

—Pero si el director del Departamento de Tráfico de Influencias soy yo —dije—. ¿Cómo es que no me han detenido a mí?

—Tranquilo, grandullón, a todo cerdo le llega su San Martín. —La voz pertenecía a un inspector poco agraciado que hablaba desde la puerta. Detrás de él había dos policías de uniforme.

—Si viene con nosotros sin oponer resistencia, no le pasará nada.

Yo hice lo que me decía, pero él no cumplió su parte del trato.

Así es como di con mis huesos en la cárcel por enésima vez. Sabía que aquello no iba a durar eternamente, pero lo cierto es que no imaginaba que acabaría tan mal. No sólo habían encerrado a Ivan Bozosky, sino también a Mike Mulligan y a otros empresarios del ramo. Además, la señorita Hudgins fue retenida en calidad de «prueba sustancial». Me dieron permiso para hacer una llamada telefónica, así que llamé al pequeño Forrest al Helmsley y le dije que no me esperara para cenar. No tuve el valor de decirle que habían vuelto a trincar a su padre.

Me sorprendió el aspecto risueño de Ivan, que estaba en la celda de al lado.

—Bueno, Gump, creo que ha llegado el momento de que hagas tu numerito de foca amaestrada.

—¿Qué numerito?

—El mismo que hiciste por el coronel North: mentir, encubrir, cargar con las culpas.

—¿Qué culpas?

—Las mías, zopenco. ¿Por qué demonios crees que te hice director del Departamento de Tráfico de Influencias? ¿Por tu cara bonita? ¿Por tu inteligencia privilegiada? Pues no: ¡para que pagaras el pato!

—Ah —dije. Ya sabía yo que había gato encerrado.

Durante los días que siguieron fui interrogado por unos cien polizontes, abogados e investigadores enviados por todo tipo de agencias financieras. No sirvió de nada: no

dije ni mu. Mi actitud los cabreaba soberanamente, pero no podían hacer nada al respecto. Había tanta gente a mi alrededor que ni siquiera podía distinguir a nuestros abogados de los de la parte contraria. Pero daba lo mismo, porque yo estaba decidido a no soltar prenda.

Un día el carcelero vino a decirme que tenía visita.

Cuando llegué a la sala de visitas vi que se trataba, claro está, del pequeño Forrest.

—¿Cómo te has enterado de que estaba aquí? —le pregunté.

—¿Y cómo quieres que no me enterara? Has salido en todos los periódicos y en la televisión. La gente dice que es el peor escándalo desde el Watergate.

—¿Desde Walter qué?

—No importa —zanjó el pequeño Forrest—. A propósito, ya he conocido a la encantadora señora Helmsley.

—¿Ah sí? ¿Se ha ocupado de ti?

—Si quieres decirlo así... Me ha puesto de patitas en la calle.

—¿Qué?

—Que nos ha echado a la calle, con todos nuestros bártulos. Dice que no quiere sinvergüenzas en su hotel.

—¿Y cómo te las has arreglado?

—He encontrado trabajo de lavaplatos.

—Oye, tengo algo de dinero en el banco. Entre mis cosas encontrarás un talonario de cheques: puedes usarlo para pagarte el alojamiento hasta que vuelvas a casa. Puede que incluso haya bastante para pagar la fianza.

—Vale —dijo—, pero creo que te va a costar salir de ésta.

Todo parecía indicar que el pequeño Forrest tenía razón.

Una vez pagada la fianza, pude salir de la cárcel. Pero sin alejarme mucho. El pequeño Forrest y yo alquilamos un cuchitril en un vecindario lleno de delincuentes, mendigos y mujeres de la vida.

El pequeño Forrest quería saber cuál iba a ser mi actitud en el juicio y, si queréis que os diga la verdad, ni yo mismo lo sabía. Me habían contratado para cargar con el muerto, y siempre se encuentra cierta satisfacción en hacer lo que se espera de uno. Aunque, por otra parte, no me parecía justo pudrirme en la cárcel para que Ivan Bozosky y Mike Mulligan pudieran seguir dándose la gran vida. Mientras pensaba en todo esto, el pequeño Forrest me sorprendió con una petición.

—¿Sabes una cosa? —dijo—. No me importaría volver a la estatua de la Libertad. Me gustó esa excursión.

Y eso es lo que hicimos.

Cogimos el barco hasta la estatua, hermosa y deslumbrante bajo el sol de la tarde. Nos detuvimos a leer la inscripción sobre «las masas hacinadas anhelando el

momento de respirar con libertad» y después subimos hasta la antorcha. Desde allí contemplamos Nueva York, al otro lado del puerto, con todos aquellos edificios altos que amenazaban con perforar las nubes.

—¿Te vas a chivar o no? —preguntó.

—¿De quién?

—De Ivan Bozosky y Mike Mulligan.

—No lo sé. ¿Por qué?

—Porque va siendo hora de que empieces a pensar en el tema y tomes una decisión —respondió.

—Ya he estado pensando, pero sigo sin saber qué hacer.

—Chivarse no es muy elegante —dijo—. No te chivaste del coronel North.

—Sí, y ya viste de qué me sirvió; me metieron en la cárcel.

—Bueno, tuve que aguantar muchas impertinencias en la escuela por culpa de eso, pero habría sido todavía peor si te hubieras chivado.

Estoy casi seguro de que el pequeño Forrest tenía razón. Allí estaba, en lo más alto de la estatua de la Libertad, pensando —que no es mi especialidad— y preocupándome —que sí lo es—, hasta que sacudí la cabeza Y dije:

—A veces uno tiene que hacer lo que le dicta la conciencia.

Y así llegamos al día del juicio. Nos condujeron a una sala del tribunal donde nos esperaba un hombre con aspecto de alcalde que resultó ser el fiscal Guguglianti, un tipo hosco y antipático que nos trataba como si fuéramos asesinos sanguinarios o algo peor.

—Señoría, damas y caballeros del jurado —declamó el señor Guguglianti—, estos tres hombres son delincuentes de la peor calaña. Han cometido el delito de robarles el dinero. Su dinero. El dinero de cada uno de ustedes.

Y eso fue sólo el aperitivo.

Después nos llamó sinvergüenzas, ladrones, mentirosos y farsantes, y estoy seguro de que también nos habría llamado algo más fuerte de no haberse encontrado en una sala de justicia.

Cuando el señor Guguglianti terminó de vilipendiarlos, llegó el turno de la defensa. El primero en declarar fue Ivan Bozosky.

—Señor Bozosky —preguntó nuestro abogado—, ¿es usted culpable del delito de tráfico de influencias?

Por cierto, quien nos representaba era la ilustre firma neoyorquina Dewey, Screwum & Howe.

—Soy total y absolutamente inocente —respondió el señor Bozosky.

—En ese caso, ¿quién es el culpable? —continuó el letrado.

—El señor Gump —dijo Ivan señalándome a mí—. Lo contraté para que dirigiera el Departamento de Tráfico de Influencias con la intención de poner fin a cualquier

actividad ilícita que pudiera empañar la reputación de la empresa. ¿Y qué es lo que hizo? Comportarse como un perfecto granuja...

Ivan Bozosky siguió cubriéndome de vituperios hasta dejarme a la altura del betún. Declaró que yo era el «único responsable» de todas las transacciones fraudulentas y que, para más inri, las había mantenido en secreto a fin de aumentar mi fortuna personal. Su línea de defensa era que no había tenido conocimiento de ninguna práctica ilegal.

—Que Dios se apiade del alma del culpable —concluyó.

A continuación subió al estrado Mike Mulligan, que declaró haber recibido soplos por teléfono sin haber sospechado jamás que su confidente —*uséase, yo*— estuviera en poder de información privilegiada. Aquel testimonio me había allanado definitivamente el camino hacia el patíbulo, y las miradas del señor Guguglianti desde su mesa tampoco eran lo que se dice esperanzadoras.

Al final llegó mi turno.

—Señor Gump —dijo el señor Guguglianti—, ¿a qué se dedicaba usted antes de convertirse en director del Departamento de Tráfico de Influencias de la empresa del señor Bozosky?

—Hacía de Goliat —respondí.

—¿De qué?

—De Goliat. Sí, hombre, el gigante de la Biblia...

—Me permito recordarle, señor Gump, que está usted en una corte de justicia. No se ría de la ley, señor Gump, o la ley se reirá de usted. Se lo garantizo.

—No es ninguna broma —repliqué—. Hacía de Goliat en Tierra Santa.

—Señor Gump, ¿está usted en su sano juicio?

—Protesto, señoría —intervino el abogado defensor—. El fiscal está acosando al testigo.

—Bueno —dijo el juez—, la verdad es que esa historia de Goliat parece propia de un chiflado. Creo que voy a ordenar un examen psiquiátrico del señor Gump.

Y eso es lo que pasó.

Me llevaron a una especie de manicomio donde un montón de médicos se pusieron a darme golpecitos en las rodillas con martillos de goma, una experiencia por mí de sobra conocida. Después tuve que componer unos cuantos rompecabezas, responder a un montón de preguntas y hacer un test. Y tras otra sesión de martillazos me llevaron de vuelta al banquillo.

—Señor Gump —anunció el juez— el resultado de las pruebas psicológicas confirma mis sospechas. Es usted retrasado mental. Protesta denegada. Proceda, fiscal.

En fin, me hicieron un montón de preguntas sobre los entresijos del tráfico de influencias y mi participación en el asunto. Mientras tanto, Ivan Bozosky y Mike

Mulligan sonreían como un par de Giocondas.

Admití haber firmado todos aquellos papeles y haber telefoneado a Mike Mulligan de vez en cuando, y también haber utilizado la palabra «soplo» en vez de la expresión «tráfico de influencias». La última pregunta del señor Guguglianti fue la siguiente:

—A lo que parece, señor Gump, está usted a punto de erigirse en único culpable de los delitos que se imputan al resto de los implicados en este caso. Veo que tiene usted la intención de ahorrar a este tribunal la molestia de hacer su trabajo. ¿Me equivoco?

Guardé silencio durante un par de minutos y eché un vistazo a mi alrededor. El juez esperaba mi respuesta con expectación. Bozosky y Mulligan estaban repantigados en su asiento, con los brazos cruzados y la sonrisa en los labios. Los abogados de la defensa movían la cabeza como diciendo: «Adelante, acabemos de una vez». Sentado entre el público, el pequeño Forrest me miraba con cara de sufrimiento: sabía lo que su padre estaba a punto de hacer y también que debía hacerlo.

Así que suspiré y dije:

—No, señor, no se equivoca. Soy culpable. Culpable de firmar papeles y de nada más.

—Protesto —gritó nuestro abogado.

—¿A santo de qué? —preguntó el juez.

—Bueno, el tribunal acaba de determinar que este hombre es un retrasado mental, ¿qué valor tiene su testimonio?

—No se admite —dijo el juez—. Tengo interés en oír lo que tiene que decirnos.

Y entonces hablé.

Se lo conté todo: lo de Goliat, lo del alboroto de Tierra Santa, cómo el señor Bozosky me había salvado de volver a la cárcel, y sus instrucciones de firmar sin mirar. Al fin y al cabo, yo sólo era un pobre tonto que no sabía de la misa la mitad.

Dicho en pocas palabras: delaté a Bozosky y a Mulligan.

Cuando acabé de prestar testimonio, la sala se había convertido en un auténtico pandemónium. Todos los abogados protestaban a gritos y puestos en pie. Los periodistas corrían hacia los teléfonos. Ivan Bozosky y Mike Mulligan se tiraban de los pelos y me llamaban inútil, cerdo, traidor, ingrato, embustero y chivato. El juez martilleaba la mesa en vano pidiendo orden. Entonces miré al pequeño Forrest y supe inmediatamente que había tomado la decisión correcta. Y allí mismo decidí que, pasara lo que pasara, no volvería a ser el cabeza de turco de nadie nunca más. No, señor.

Como ya os he dicho, a veces uno tiene que hacer lo que le dicta la conciencia.

Durante un instante fugaz tuve la impresión de haber salido por fin del atolladero. Como siempre, me equivocaba.

De resultas de mi declaración, el juez tiró los trastos a la cabeza a los otros dos acusados —literalmente, porque Bozosky fue alcanzado por un mamotreto jurídico en toda la cocorota—. Poco después Mike Mulligan e Ivan Bozosky ingresaban en prisión. Al día siguiente alguien llamó a la puerta de mi casa. Al abrir me encontré frente a dos policías militares ataviados con cascos negros relucientes, cachiporras y brazaletes.

—¿Soldado de primera Forrest Gump? —preguntó uno de ellos.

—Presente.

—Quedas detenido por desertar del Ejército de Estados Unidos.

—¿Desertar yo? Si estaba en la cárcel...

—Sí —dijo—, ya lo sabemos. Pero según los documentos que firmaste con el coronel North se te considera reenganchado hasta dentro de dos años. ¡Te hemos estado buscando por todas partes! Menos mal que hemos visto lo del juicio Bozosky en la prensa.

Dicho esto, me puso en las manos un ejemplar del *New York Post* que decía:

POTENTADOS DETENIDOS A CONSECUENCIA DEL CHIVATAZO DE UN PAYASO.

New York Post

Un individuo con un coeficiente intelectual por debajo de 70 incriminó ayer a dos habituales de las páginas financieras de este periódico, que deberán cumplir ahora largas penas de prisión.

Forrest Gump, descrito por fuentes cercanas al *Post* como «más tonto que Abundio», prestó declaración ante un juez federal de Manhattan en calidad de director del Departamento de Tráfico de Influencias de las empresas Bozosky. El testigo afirmó no tener conocimiento alguno de que se viniera haciendo uso de información privilegiada en dicha compañía.

Gump, cuyo accidentado currículum incluye la venta de enciclopedias a

domicilio, la innovación alimentaria, la ingeniería bioenergética y alguna que otra chapuza para el servicio de espionaje del Gobierno de Estados Unidos, aún no había podido ser localizado en el momento de cerrarse esta edición. Tras diversas semanas de juicio, Gump fue exculpado de los delitos que se le imputaban y puesto en libertad.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —pregunté.

—Lo más probable es que te pongan a la sombra hasta que se les ocurra algo —respondió el policía militar. En ese momento apareció a mi espalda el pequeño Forrest, deseoso de saber qué sucedía.

—¿Quién es ese chico? —preguntó el policía—. ¿Tu hijo?

Ni el pequeño Forrest ni yo respondimos. El muchacho se limitó a mirar fijamente a los dos hombres uniformados.

—¿Os importa que hable un momento con él? —supliqué—. No voy a salir corriendo ni nada de eso.

—De acuerdo, no veo por qué no. Esperaremos ahí fuera, pero no se te ocurra hacerte el listo.

Como si eso estuviera al alcance de cualquiera. Tampoco estaba de humor para fugas, así que cerré la puerta y senté al pequeño Forrest en el sofá.

—Verás —le expliqué—, esos tipos han venido a buscarme para que me reincorpore al Ejército y no tengo más remedio que acompañarlos. Quiero que cojas un autobús de vuelta a casa y lo prepares todo para cuando empiece el curso. ¿Entendido?

El muchacho dijo que sí con la cabeza, sin levantar la vista de sus zapatos.

—Siento todo esto —me disculpé—, pero así son las cosas a veces.

El pequeño Forrest repitió el mismo gesto afirmativo.

—Mira —le dije—, te prometo que intentaré arreglar esta situación. Hablaré con el coronel North. No pueden encarcelarme para siempre. Cuando todo esto esté solucionado, haremos nuestros planes.

—Sí —replicó el chico—, ya sé cómo acaban tus grandes planes.

—Bueno, reconozco que he cometido unos cuantos errores, pero todo tiene un límite, hasta la mala fortuna. Creo que ya empieza a ser hora de que la suerte me sonría.

El pequeño Forrest se levantó y se encaminó a su habitación para hacer el equipaje. Al llegar a la puerta se volvió y me miró a los ojos por primera vez.

—Está bien —dijo—. Si alguna vez te dejan salir de chirona, ven a buscarme. Y no te preocupes por mí, ¿me oyes? No me pasará nada.

Así que me fui con los policías militares. Me sentía triste y solo. El pequeño Forrest se había convertido en un hombrecito guapo e inteligente, y yo había vuelto a

decepcionarlo.

Tal como había supuesto el policía militar, nada más llegar a Washington me metieron otra vez en la cárcel, aunque esta vez no tardaron mucho en dejarme salir.

Al verme de nuevo entre rejas decidí enviar una nota al coronel North para decirle que aquello no me parecía justo. Un par de meses más tarde el coronel se pasó por el talego.

—Lo siento en el alma, Gump, pero no está en mis manos el poder ayudarte —se excusó—. Ya no pertenezco a los marines, y estos días ando bastante ocupado tratando de esquivar las balas de unos amigos del ayatolá. Además, estoy considerando la posibilidad de presentarme como candidato al Senado. Esos cabritos se van a enterar de lo que es el desacato...

—Coronel —lo interrumpí—, todo eso me parece muy bien, pero ¿qué hay de lo mío?

—Esto es lo que te pasa por cachondearte del Congreso. Hasta pronto —se despidió, y se echó a reír—. Nos veremos en la estacada. ¿Sabes a lo que me refiero?

En fin, después de pasar unos cuantos meses a pan y agua, fui llamado a la oficina del comandante.

—Soldado, manténgase en posición de firmes mientras repaso su expediente. —Cosa de media hora más tarde me dio orden de descansar y se apoyó en el respaldo de la silla—. Bueno, Gump, veo que tiene una hoja de servicio de lo más variopinta. Un día gana la Medalla de Honor del Congreso y al siguiente se ausenta sin permiso... ¿qué clase de disparate es ése?

—No me ausenté sin permiso, señor. Estuve en la cárcel.

—Pues no sé qué es peor. Si dependiera de mí, soldado, lo expulsaría hoy mismo del Ejército por mala conducta. Pero parece que a los mandamases no les acaba de gustar la idea de separar del servicio a las Medallas de Honor. Digo yo que no será bueno para la imagen de la institución... Así que tenemos que decidir qué hacemos con su caso. ¿Alguna idea, Gump?

—Señor, si me deja salir de la prisión militar, tal vez podría servir en las cocinas —sugerí.

—Ni hablar, ya conozco sus aventuras en intendencia. Dice aquí que un día hizo explotar una caldera de vapor tratando de cocinar una especie de estofado y que dejó el comedor en ruinas. Las obras de reconstrucción costaron un riñón al Ejército. No, señor, le quiero a más de un kilómetro de distancia del comedor de este cuartel.

El oficial se rascó la barbilla un momento.

—Creo que tengo la solución, Gump. Ya que en este momento no preciso los servicios de ningún alborotador, voy a mandarlo tan lejos como pueda de una patada en el culo, Y cuanto antes mejor. Eso es todo, soldado.

Y así es como fui trasladado. Por cierto, el comandante hablaba en serio al decir «lejos», porque me destinó a una estación meteorológica militar en Alaska. Y en enero, nada menos. Pero bueno, al menos volví a cobrar y pude enviar una asignación al pequeño Forrest. La verdad es que le mandaba casi toda mi paga, porque ya me diréis en qué demonios podía gastármela estando en Alaska. Y en enero, nada menos.

—Veo por su historial, Gump, que su carrera militar ha sido algo accidentada —dijo el teniente al mando de la estación meteorológica—. No se meta en líos y no tendrá problemas mientras esté aquí.

Suponéis bien: se equivocaba.

En Alaska hacía tanto frío que, si salías al exterior y decías algo, las palabras se quedaban congeladas en el aire. Y si hacías pis, acababas fabricando un carámbano.

Al principio me asignaron la tarea de interpretar los mapas del tiempo, pero al cabo de unas cuantas semanas se dieron cuenta de que era tonto y me pusieron a barrer suelos y limpiar letrinas. Solía aprovechar mi día libre para ir a pescar en el hielo. Una vez tuve que salir corriendo porque me perseguía un oso polar; otra vez fue una morsa la que acabó comiéndose todo el pescado que había capturado.

La base estaba cerca de una pequeña ciudad a orillas del océano donde todos —esquimales incluidos— solían pasar el tiempo bebiendo como cosacos. Los esquimales eran muy simpáticos, salvo cuando se emborrachaban y hacían concursos de lanzamiento de arpón en plena calle. Entonces un simple paseo podía convertirse en una misión de alto riesgo.

Un sábado por la noche —hacía ya dos meses que estaba en Alaska— fui con otros camaradas a la ciudad. La verdad es que no me apetecía mucho acompañarlos, pero decidí hacerlo para ver un poco los alrededores. Para dar una vuelta, vaya.

Fuimos a La Fiebre del Oro, un local en cuyo interior se llevaban a cabo todo tipo de actividades: los clientes bebían, se peleaban, jugaban y contemplaban las evoluciones de una bailarina de *striptease* que actuaba sobre la barra. Eso me trajo recuerdos del tugurio de Wanda y de Nueva Orleans; ya iba siendo hora de mandar una postal a mi antigua jefa. También me hizo pensar en la otra *Wanda*, la mascota porcina del pequeño Forrest, y en cómo lo estaría pasando. Y entonces, claro está, me acordé del pequeño Forrest. Pero ya sabéis que pensar no es lo mío, así que decidí pasar a la acción y salí a la calle con la intención de comprar un regalo para el muchacho.

Eran casi las siete de la tarde, pero en el Polo Norte aún no se había puesto el sol y todas las tiendas —bares en su mayoría— estaban abiertas. Como no había grandes almacenes, entré en una tienda de artículos de broma donde vendían de todo, desde pepitas de oro hasta plumas de águila, y allí encontré lo que quería para el pequeño Forrest: un auténtico tótem de los indios de Alaska.

No me refiero a una de esas tallas de tres metros de altura, sino a un tótem pequeño, de menos de un metro, con imágenes que representaban picos de águila, caras de indios huraños y garras de oso; además estaba pintado de colorines. Pregunté al dependiente cuánto valía el tótem, y esto es lo que contestó:

—Para los cretinos del Ejército hacemos un precio especial: mil doscientos seis dólares.

—¡Jolín! —exclamé yo, sorprendido por el coste de la vida pero contento de que mi condición me reportara al fin algún beneficio—. ¿Y cuánto costaba sin el descuento?

—No quieras saberlo —fue su respuesta.

En fin, me quedé plantado delante del mostrador pensando que se hacía tarde, que no sabía cuándo podría volver a la ciudad y que el pequeño Forrest debía de esperar noticias mías; así que hundí las manos en los bolsillos, saqué mis ahorros y adquirí el tótem.

—¿Podría usted enviarlo a Mobile, Alabama? —pregunté.

—Por cuatrocientos dólares más tendré mucho gusto en complacerle —dijo el vendedor. ¿Para qué regatear? Al fin y al cabo, estábamos en el fin del mundo, así que me rasqué los bolsillos otra vez y apoquiné los gastos de envío. De todas maneras no habría sido fácil encontrar otra justificación para gastar tanto dinero en Alaska.

Entonces pregunté al dependiente si con el regalo podía adjuntar una tarjeta.

—Desde luego —respondió—, pero eso le costará otros cincuenta pavos.

Qué demonios —pensé—, ésta es un auténtica antigüedad india, una ganga. Así que escribí la tarjeta, que decía lo siguiente:

Querido pequeño Forrest:

Te estarás preguntando qué ha sido de mí en Alaska. Pues bien, he estado haciendo un trabajo muy complicado y muy importante para el Ejército de Estados Unidos. Por eso no he tenido tiempo de escribir hasta ahora. Te envío un tótem para que juegues con él. Los indios de por aquí dicen que son objetos sagrados, así que deberías ponerlo en algún sitio importante. Espero que todo marche bien en el colé y que estés ayudando a la abuela.

Con cariño...

Estuve a punto de escribir «Con cariño, de papá», pero el pequeño Forrest nunca me había llamado de esa manera, así que me limité a firmar con mi nombre. Pensé que era mejor que supusiera el resto.

En fin, para cuando volví al bar, los chicos ya habían empezado a emborracharse. Yo estaba sentado en la barra, con mi cerveza prácticamente intacta en la mano, cuando vi a un tipo desplomado sobre una de las mesas. Aunque sólo tenía media cara al descubierto, tuve la impresión de haberlo visto antes, así que me acerqué a él y di un par de vueltas alrededor de la mesa hasta que, quién lo iba a decir, reconocí al mismísimo señor McGivver de la granja de cerdos.

Le enderecé la cabeza y lo zarandé un poco para despertarlo. Al principio no me reconoció, cosa nada sorprendente teniendo en cuenta que había una botella de ginebra vacía sobre la mesa, pero de repente se le iluminaron los ojos, se levantó de un salto y me abrazó. Yo temía que estuviese enojado conmigo por haber hecho explotar la granja, pero no lo estaba.

—No te preocupes por eso, hijo —me tranquilizó el señor McGivver—; no hay mal que por bien no venga. Nunca imaginé que la granja se convertiría en algo tan grande, y la verdad es que todo aquel estrés estaba acabando conmigo. Puede que hasta me hicieras un favor.

El señor McGivver lo había perdido todo. Después de la explosión, la gente del lugar y los ecologistas lo obligaron a cerrar y lo echaron a patadas de la ciudad. Entonces, cuando se encontró con que no podía devolver el dinero que había pedido prestado para construir la flota de barcos bioenergéticos, los bancos se lo embargaron todo y lo echaron definitivamente del negocio.

—Pero no te preocupes, Forrest —me animó—; el mar siempre fue mi debilidad. Además, como ejecutivo no tenía mucho futuro que digamos. Ahora sé que estoy haciendo lo que quiero.

Cuando le pregunté a qué se dedicaba, me respondió con orgullo:

—Soy capitán de la marina mercante. Acabo de atracar en el puerto, ¿no te gustaría ver mi barco? —No sé, tengo que volver a la estación meteorológica dentro de un rato... ¿Tardaremos mucho?

—Qué va, hijo, qué va.

El señor McGivver no podía imaginar hasta qué punto se equivocaba. Nos subimos a una lancha motora para llegar hasta el barco. Al principio pensé que el señor McGivver era sólo el capitán de aquella lancha y, cuando llegamos a nuestro destino, no podía creer lo que veían mis ojos. El buque era tan grande que desde lejos parecía una cordillera. Medía casi un kilómetro de eslora y era tan alto como un edificio de veinte pisos.

El nombre del navío era *Exxon-Valdez*.

—Sube a bordo —gritó el señor McGivver. Hacía un frío de mil demonios, pero conseguimos trepar hasta el puente. Una vez allí, el señor McGivver sacó una botella de whisky y me ofreció una copa para que entrara en calor. Yo pensé que tenía que

regresar a la estación meteorológica y rehusé la invitación. El, que no tenía que volver a ninguna parte, bebió lingotazo tras lingotazo de whisky —solo, sin agua ni hielo— mientras hablábamos de los viejos tiempos.

—¿Sabes, Forrest? Hay una cosa que habría dado dinero por ver —dijo—. De haberlo tenido, claro.

—¿Qué cosa?

—Las caras de aquellos imbéciles cuando vieron que les caía encima una mina entera de mierda.

—Sí, señor —admití—, fue todo un espectáculo.

—Por cierto —comentó el señor McGivver—, ¿qué se hizo de aquella cerda que regalé al pequeño Forrest? ¿Cómo la llamabais...?

—*Wanda*.

—Eso es. Era toda una cerda, un animal muy inteligente.

—Ahora está en el Zoo Nacional de Washington.

—¿En serio? ¿Haciendo qué?

—Está expuesta en una jaula.

—Vaya, vaya... —reflexionó—. Un monumento a nuestra locura.

Al cabo de un rato me di cuenta de que el señor McGivver Volvía a estar indispuerto. Bueno, más que indispuerto, borracho como una cuba. En un momento dado la cuba se dejó rodar hasta los mandos y empezó a tocar un montón de interruptores, palancas y botones. De repente, el *Exxon-Valdez* empezó a balancearse y a temblar. El señor McGivver había encendido los motores.

—¿Te apetece dar una vuelta? —me preguntó.

—Gracias —dije—, pero ya es hora de que vuelva a la estación meteorológica. Mi turno empieza dentro de un rato.

—¡Tonterías! —insistió el señor McGivver—. Sólo tardaremos un par de minutos. Vayamos hasta el estrecho y demos un paseo.

El capitán intentaba gobernar el *Exxon-Valdez*, pero la verdad es que apenas podía tenerse en pie. Cuando el timón empezó a girar, el señor McGivver giró con él.

—¡Rayos y truenos! —gritó—. Esta goleta se va a pique —farfulló mientras aterrizaba agarrado al gobernalle—. ¡Adelante, muchachos! Portobello nos espera a cuarenta leguas. ¡Aprestad las armas! Ah, llevas una fiera en el corazón, joven Jim. John Silver *el Largo* es mi nombre. ¿Cuál es el vuestro? Etcétera. En fin, mientras levantaba al señor McGivver del suelo llegó un marinero al puente, probablemente atraído por el ruido.

—Creo que el señor McGivver ha tomado una copita de más —dije—. Tal vez deberíamos llevarlo a su camarote.

—Sí —asintió el marinero—, aunque lo he visto peor.

—¡Es la Mancha Negra, grumete! —gritó el señor McGivver—. Pew *el Ciego*

está al tanto de todo. ¡Izad la bandera pirata! ¡Por mi honor que os he de echar a todos por la borda!

El marinero y yo arrastramos al señor McGivver hasta su camastro y lo acostamos en él.

—Os pasaré a todos por la quilla! —fue lo último que le oí decir.

—Oye —me preguntó el marinero—, ¿sabes por qué ha puesto en marcha los motores el capitán McGivver?

—No, no tengo ni idea. Yo soy de la estación meteorológica.

—¡Qué! —exclamó el marinero—. Creía que eras el práctico del puerto. ¡Mierda!

—Qué va, soy soldado de primera.

—¡Por todos los santos! Llevamos cuarenta mil toneladas de crudo a bordo —gimió, y echó a correr hacia la puerta.

Era evidente que no podía hacer nada por el señor McGivver ahora que se había dormido —por decirlo de alguna manera—, y decidí volver al puente de mando. Estaba desierto. A juzgar por las boyas que pasábamos de largo, el *Exxon-Valdez* seguía navegando a toda máquina. No sabía qué hacer, así que agarré el timón e intenté enderezar el rumbo. Al cabo de unos instantes tuve la impresión de que habíamos chocado contra algo. Al principio me alegré, porque al menos nos habíamos detenido, pero no tardé en cambiar de opinión.

De pronto el puente se llenó de marineros que corrían de un lado a otro gritando y dándose órdenes, e incluso intercambiando algún que otro corte de mangas. Poco después llegaron los del guardacostas, quejándose de que acabábamos de verter cuarenta mil toneladas de petróleo en el estrecho del Príncipe Guillermo. Pájaros, focas, peces, osos polares, ballenas, esquimales... todos perecerían por nuestra culpa. Y eso por no hablar de la indemnización: se nos iba a caer el pelo.

—¿Quién estaba al mando? —exigió saber un oficial del guardacostas.

—¡Él! —gritaron todos los marineros a una mientras me señalaban con el dedo.

Algo me dijo que había caído en desgracia.

UN SOLDADO ENAJENADO AL TIMÓN DEL PETROLERO SINIESTRADO —rezaba uno de los titulares—. EL VERTIDO DE CRUDO FUE PROVOCADO POR UN RETRASADO MENTAL. LOCO PELIGROSO CAUSA CATÁSTROFE ECOLÓGICA. Total, las mismas sandeces que tengo que soportar tan a menudo.

En fin, enviaron a un general de tres estrellas desde Washington para que se ocupara de mí y de mi caso. En cierto modo tuve suerte, porque el Ejército no quería tener nada que ver con el accidente del *Exxon-Valdez*, y la mejor manera de conseguirlo era sacarme de allí cuanto antes.

—Soldado —me dijo el general—, si dependiera de mí, estaría usted ante un pelotón de fusilamiento. Por desgracia, no es así, y tengo que conformarme con un traslado. Voy a mandarlo lo más lejos posible, es decir, a Berlín. Tal vez tengamos

suerte y nadie dé con usted en Alemania; entonces el capitán McGivver tendrá que cargar con las culpas de este desastre. ¿Me sigue?

—Sí, mi general —respondí—, pero ¿cómo voy a llegar hasta Alemania?

—El avión está en la pista de despegue con los motores en marcha. Dispone usted de cinco minutos.

Ir a Alemania no fue un alivio tan grande como esperaba. Por de pronto, me escoltaron hasta allí cuatro policías militares que no paraban de recordarme sus órdenes: abrimme la cabeza a golpes de porra si hacía el más mínimo movimiento sospechoso, cosa nada fácil teniendo en cuenta las esposas y los grilletos que me habían colocado. Al parecer, además, algún miembro del alto mando había dado instrucciones de que se me asignara el trabajo más sucio de todo el Ejército, y os aseguro que sus órdenes fueron cumplidas al pie de la letra. Fui enviado a una división acorazada, dentro de la cual mi trabajo consistía en quitar el barro incrustado en las orugas. Y creedme si os digo que un tanque puede acumular mucho —pero que mucho— barro en un invierno alemán.

Por si todo esto fuera poco, se debía de haber corrido la voz de que yo era una especie de gafe, porque nadie se dignaba dirigirme la palabra —salvo los sargentos, que no paraban de gritarme—. Los días transcurrían fríos y húmedos, las noches eran tristes, y yo no me había sentido tan solo en toda mi vida. Escribí unas cuantas cartas al pequeño Forrest, pero sus respuestas eran más bien lacónicas y eso me hacía creer que se estaba olvidando de mí. A veces, por la noche, intentaba soñar con Jenny, pero no servía de nada. Parecía que ella tampoco se acordaba de mí.

Un día me dijeron que me habían asignado un ayudante y que tenía que enseñarle cómo funcionaba todo. Fui donde los tanques y vi a un tipo que miraba fijamente una oruga con una tonelada de barro encima. —¿Eres el nuevo? —le pregunté.

Cuando se dio la vuelta casi me desmayo del susto. ¡Era el sargento Kranz de Vietnam, el mismo que nos había autorizado a llevarnos la basura de la base! Bueno, no exactamente el mismo: enseguida me di cuenta de que el sargento Kranz ya no era brigada, sino un simple soldado raso.

—¡No, otra vez, no! —fueron las primeras palabras que pronunció al verme.

Por lo visto el sargento Kranz me echaba la culpa de su degradación, cuando hasta un cretino como yo se daría cuenta de que eso era llevar las cosas demasiado lejos.

Su caída en desgracia se produjo tal como os cuento a continuación. Después de que el señor McGivver y yo tuviéramos que abandonar el negocio de los cerdos, el sargento Kranz decidió que el Ejército podía seguir abasteciendo de basura las granjas de toda la región introduciendo —eso sí— una pequeña novedad: la

colaboración de los militares ya no sería desinteresada. Al cabo de poco tiempo habían ganado tanto dinero que no sabían qué hacer con él, y entonces el sargento sugirió la construcción de un nuevo club de oficiales. La idea complació tanto al general que el sargento Kranz fue puesto al mando de toda la operación.

Para el día de la inauguración se organizó una fiesta por todo lo alto, con música, bebida gratis y demás. La guinda de la velada la pondría la actuación de una artista de *striptease* australiana de la cual se decía que era la mejor en su género, no sólo en su país sino en todo el planeta.

En fin, esa noche el club de oficiales estaba tan abarrotado que apenas podía verse el escenario. La expectación era tal que, en un momento dado, el propio general se subió a una mesa para poder ver mejor. Por desgracia, el sargento Kranz había instalado los ventiladores demasiado cerca del suelo —unos treinta centímetros demasiado cerca, para ser exactos—, y cuando el general se puso en pie sobre la mesa uno de los artefactos lo golpeó en la cabeza. Bueno, más que golpearlo debería decir que le arrancó la cabellera como un indio.

—¿Con qué cara se lo explico yo a mi mujer? —gritaba el pobre.

Como era de esperar, el general se puso furioso y le echó la culpa de todo al sargento Kranz, que fue degradado inmediatamente y castigado con el trabajo más sucio del Ejército.

—¡Yo aquí —se quejó el sargento—, uno de los primeros soldados negros que consiguió escalar puestos en el escalafón! Cada vez que me encuentro contigo, Gump, acaba sucediendo una tragedia.

Le dije que sentía lo de su degradación, pero que no me parecía justo cargar con las culpas de todas sus desgracias.

—Puede que tengas razón, Gump —admitió—. Pero acabar mis días de militar como soldado raso después de haber invertido veintiocho años de mi vida en el Ejército, a dos años de la reserva... Alguien tiene que hacerse responsable de eso: así es como funciona en el Ejército. Y no puedo ser yo, porque si fuera tan imbécil no habría conseguido llegar a oficial.

—A lo mejor es que tuvo suerte —sugerí—. De todas maneras, al menos usted fue sargento durante mucho tiempo. En cambio, yo siempre he sido del montón.

—Sí —dijo—, tal vez. ¿Qué importa eso ahora? Además, casi valió la pena.

—¿El qué? —pregunté.

—Ver cómo el ventilador levantaba la tapa de los sesos a ese hijo de perra.

En fin, el sargento Kranz y yo trabajábamos sin descanso. Daba la impresión de que la división se pasaba el día de maniobras abriéndose camino entre el barro, y nosotros teníamos que trabajar de sol a sol a golpe de azadón, de pala y de manguera para dejar los tanques en condiciones. Cuando volvíamos a nuestro barracón íbamos tan mugrientos que, a pesar del frío, nos obligaban a lavarnos a manguerazo limpio

antes de entrar.

El sargento Kranz apenas hablaba, y cuando lo hacía era para contar batallitas de la guerra de Vietnam, un período de su vida que —no me preguntéis por qué— recordaba con nostalgia.

—Aquéllos sí que eran buenos tiempos, Gump —dijo una vez—. Una guerra como Dios manda, no como estas operaciones pseudopoliciales de hoy en día. Entonces teníamos tanques, obuses y bombarderos bastantes para achicar al enemigo más pintado.

—A nosotros también nos achicaron más de una vez —repliqué.

—Bueno, así es la guerra. En todas las guerras hay muertos. Si no, no serían guerras.

—Yo no maté a nadie —dije.

—¿Ah no? ¿Y cómo puedes estar tan seguro?

—Bueno, no lo sé a ciencia cierta, pero como sólo disparé un par de veces y siempre contra la maleza...

—Pues no deberías ir presumiendo de eso por ahí, Gump. Al contrario, debería darte vergüenza.

—¿Y qué me dice de Bubba? —pregunté.

—¿Qué pasa con él? No sé quién es.

—Era mi amigo. Lo mataron.

—Ah sí, ya me acuerdo... el que fuiste a buscar. Bueno, seguramente hizo algún disparate.

—Sí —admití—, se alistó en el Ejército.

La historia se repetía día tras día. La verdad es que el sargento Kranz no era un gran conversador, pero era mejor que hablar solo. Cuando ya empezaba a creer que pasaría el resto de mi vida limpiando orugas, recibí órdenes de presentarme ante el comandante de la división. Después de tomar una de aquellas duchas a la intemperie, puse rumbo al cuartel general.

—Gump, tengo entendido que jugó usted al fútbol. ¿Es eso cierto? —me preguntó el comandante.

—Sí, un poco —respondí.

—Cuenta, cuenta.

Y eso hice. Cuando acabé mi relato el comandante exclamó: —¡Por todos los santos!

Después de aquella entrevista ya no tuve que limpiar tanques todo el santo día; a partir de entonces tuve que hacerlo por la noche, porque durante el resto de la jornada me entrenaba con el equipo de fútbol de mi división, los Chucruts de Swagmien.

Los Chucruts no eran un gran equipo de fútbol, si es que eran un equipo de algo.

El año anterior habían jugado once partidos sin obtener ni una sola victoria, y en el momento de mi fichaje ya llevaban encajadas tres derrotas seguidas. Me recordaban a los Saints de Nueva Orleans cuando en vez de santos parecían almas en pena. En fin, nuestro capitán era un tipo canijo llamado Pete que había jugado un poco en el patio del instituto. Era rápido y escurridizo, y no lanzaba del todo mal, pero no tenía ni punto de comparación con Snake. No hará falta que os diga que el comandante de la división no estaba muy satisfecho del rendimiento de los Chucruts; por eso se aseguraba de que practicásemos lo suficiente —es decir, doce horas diarias—. Después de entrenar yo me ponía a limpiar tanques hasta las tres de la madrugada, pero la verdad es que no me importaba demasiado: al menos así no tenía que pensar en otras cosas. Por cierto, olvidaba decir os que el sargento Kranz —perdón, el soldado Kranz— había sido nombrado representante del equipo.

Nuestros primeros contrincantes fueron los empleados de mantenimiento de la base, y el encuentro se celebró en Hamburgo. Eran una pandilla de granujas con un juego tan sucio como su lengua, pero no pudieron conmigo y acabamos con el marcador 45 a 0 a nuestro favor. En los tres partidos siguientes obtuvimos resultados similares y, por primera vez en la historia del equipo, dejamos de estar en números rojos deportivamente hablando. El comandante estaba tan contento que hasta nos dejó pasar un domingo de permiso en la ciudad.

La ciudad era más bien un pueblecito antiguo, con edificios viejos, calles adoquinadas y alféizares decorados con gárgolas. Todo el mundo parecía haberse puesto de acuerdo para hablar en alemán, una lengua en la que ninguno de nosotros se desenvolvía con soltura. Mis conocimientos del alemán, sin ir más lejos, se reducían a la palabra «ja».

Los muchachos divisaron enseguida una taberna, y no tardaron mucho en coger el tranquillo al arte de engullir las cervezas que les iban sirviendo, jarra tras jarra, unas camareras vestidas al estilo tirolés. Era tan agradable estar fuera de la base y rodeado de civiles que, a pesar de no entender una palabra de lo que se decía a mi alrededor, hasta yo me permití echar una cana al aire.

Permanecimos en la taberna varias horas, y al final debimos de ponernos algo pesados, porque un grupo de alemanes no nos quitaba la vista de encima. Nos decían cosas como *affernarschs* y *scheissbolles*, pero, como no los entendíamos, seguíamos a lo nuestro. Al cabo de un rato uno de los muchachos propinó un pellizco a una de las camareras y, aunque a ella no pareció importarle mucho, los alemanes se lo tomaron muy a mal. Un par de ellos se acercaron a nuestra mesa y empezaron a hablarnos a gritos.

—*Du kannst mir mal en den Sacfassen!* —dijo uno de los tipos.

—¿Eh? —respondió nuestro placador derecha, que se llamaba Mongo.

El alemán repitió lo que había dicho, y Mongo, un gigante de casi tres metros de

altura, continuó sentado y sin saber qué hacer. Entonces el más políglota de nuestro grupo dijo a Mongo:

—No sé lo que ha dicho, pero dudo de que fuera un piropo.

Mongo se levantó y plantó cara al alemán.

—No sé de qué vas, tío, pero no estoy para bromas, conque ya te estás largando.

El alemán tampoco estaba para bromas.

—*Scheiss* —replicó.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Mongo.

—Creo que tiene algo que ver con mierda —dijo el intérprete.

Y ahí se acabó lo que se daba. Mongo agarró al alemán y lo lanzó por la ventana. Los demás teutones se abalanzaron sobre nosotros y empezaron a armar camorra. Hubo golpes, pellizcos, mordiscos e insultos, camareras que gritaban y sillas que surcaban el espacio. Todo aquello me recordó los buenos ratos pasados en el local de Wanda's, allá en Nueva Orleans.

Estaba a punto de recibir un botellazo en la coronilla cuando sentí que alguien me agarraba por la muñeca y tiraba de mí. Al parecer, una de las camareras había decidido ayudarme a escapar por la puerta trasera. Nada más salir a la calle oí a lo lejos la sirena de un coche de la policía. Al menos esta vez —pensé— no estaré aquí cuando llegue el furgón. La camarera era una chica alemana muy bonita que me condujo por varias callejuelas hasta que estuvimos a una distancia prudente del alboroto. Se llamaba Gretchen.

Gretchen no hablaba mucho inglés, así que nos comunicábamos por señas. Yo sonreía y decía «*ja*», y ella intentaba hacerse comprender en alemán. Sin darnos cuenta, anduvimos tanto que salimos del pueblo y llegamos hasta las hermosas colinas de los alrededores, cubiertas de flores amarillas. A lo lejos se veían las cumbres aún nevadas de algunas montañas, y ante nosotros se extendía un valle verde salpicado de casitas blancas. Me llegó el eco de un canto tirolés. Gretchen me señaló con el dedo y preguntó cómo me llamaba.

—*Ja* —comentó—, Forrest Gump es nombre bonito.

Al cabo de un rato nos sentamos a descansar y a contemplar el paisaje en una hermosa pradera donde pastaba un rebaño de ovejas. Al otro lado del valle el sol empezaba a ponerse tras los Alpes, y la luz del atardecer arrancaba destellos al río que corría a nuestros pies. Rodeado de tanta belleza y tranquilidad, uno sentía ganas de quedarse allí para siempre.

Gretchen y yo hacíamos progresos rápidamente. Conseguí entender que procedía de Alemania del Este y que su país había sido ocupado por los rusos, que habían tenido que construir un gran muro para que la gente no saliera huyendo; a pesar de eso, Gretchen había conseguido escapar no sé cómo y llevaba cinco años trabajando

de camarera con la esperanza de poder sacar algún día a su familia de la Alemania Oriental y de detrás de aquel muro. Yo también intenté contar a Gretchen la historia de mi vida, pero no estoy seguro de haberlo conseguido. La verdad es que no importaba, porque nos estábamos haciendo amigos de todos modos. Gretchen volvió a cogerme de la mano, esta vez con más fuerza, y ambos contemplamos la puesta de sol mientras ella descansaba la cabeza sobre mi hombro.

Durante los meses siguientes jugué mucho al fútbol. Nuestro equipo se enfrentó contra otros de la Armada, de las Fuerzas Aéreas y del Ejército de Tierra. Gretchen solía asistir al partido cuando no jugábamos lejos de casa. Creo que no entendía muy bien el funcionamiento del juego, porque la mayoría de veces sólo decía «*ach!*», pero eso no importaba: era agradable tenerla cerca. Si os paráis a pensarlo, estaréis de acuerdo conmigo en que fue una suerte que no habláramos el mismo idioma; de otro modo se habría dado cuenta enseguida de que soy tonto y no habría querido saber nada de mí. Un buen día, mientras Gretchen y yo paseábamos por el pueblo, le conté que quería comprar un regalo para el pequeño Forrest. Le pareció una idea magnífica y dijo que me ayudaría a escogerlo. Entramos en un montón de tiendas, y Gretchen me enseñaba siempre soldaditos de plomo y tractores de madera, así que tuve que explicarle que el pequeño Forrest ya no era tan pequeño como su nombre indicaba. Al cabo de un rato encontré la clase de regalo que andaba buscando.

Era una de esas grandes cornamusas alemanas de metal brillante, igualita que la que tocaban en la cervecería los sábados por la noche.

—¡Forrest! —exclamó Gretchen—, eso es demasiado caro. Un soldado raso no gana tanto dinero. A mí no me engañas.

—Ya lo sé —dije—, pero no importa. Verás, como no paso mucho tiempo con el pequeño Forrest, procuro enviarle regalos bonitos para que no se olvide de mí.

—*Ach*, Forrest —me regañó—, ésa no es manera de conquistar a un niño. Estoy segura de que, si le escribieras largo y tendido dos o tres veces por semana, estaría más contento. Al menos más contento que después de recibir un cuerno gigante...

—Puede ser —admití—. Pero escribir cartas no es mi fuerte. Nunca consigo plasmar en el papel lo que siento de verdad. Digamos que soy mejor «en persona». ¿Entiendes lo que quiero decir?

—*Ja*, Forrest, creo que sí, pero... *ach*, este cuerno cuesta ochocientos dólares de los vuestros.

—No te preocupes —dije—, he estado ahorrando.

Y compré la cornamusa. En cierto modo fue una ganga, porque no tuve que pagar nada por adjuntar la tarjeta. El mensaje no era gran cosa: más o menos el mismo que la otra vez, aunque también decía que echaba de menos al pequeño Forrest y que volvería pronto a casa. Mi promesa, como siempre, quedó en agua de borrajas.

Al finalizar la temporada, los Chucruts habían anotado en su palmarés diez

victorias y sólo tres derrotas, lo que significaba la clasificación para el Campeonato de las Fuerzas Armadas de Berlín. El sargento Kranz estaba más contento que unas pascuas pensando que, si se cumplían los pronósticos y ganábamos el torneo, ya no tendríamos que volver a limpiar orugas nunca más. Yo no las tenía todas conmigo.

Y llegó el día de la gran final. La noche anterior decidí ir al pueblo para ver a Gretchen, y la encontré sirviendo mesas en la cervecería. Cuando me vio entrar, terminó de repartir las jarras que llevaba en una gran bandeja y se tomó un descanso.

—¡Forrest! —exclamó mientras me cogía de la mano—. Qué contenta estoy de que hayas venido esta noche. Te he echado mucho de menos.

—Yo también.

—He pensado —dijo— que mañana podríamos ir de excursión al campo. Tengo el día libre. ¿Qué te parece?

—Me encantaría, pero tengo fútbol.

—*Ach!*

—A lo mejor te gustaría venir al partido. Jugamos en Berlín.

—¿Berlín? Eso está muy lejos...

—Lo sé —dije—, pero las esposas de los oficiales y demás irán en autocar. Seguro que hay asientos de sobra.

—*Ach!* No entiendo nada de ese fútbol americano, Forrest, pero si tú quieres que vaya, iré.

Y eso es lo que hicimos.

La final del Campeonato de las Fuerzas Armadas se disputaba en un campo adyacente al Muro de Berlín. Nuestros contrincantes eran los Genios de Wiesbaden, el equipo del departamento de inteligencia de la Tercera División Acorazada, y la verdad es que no tenían un pelo de tontos. Nosotros éramos más grandes y más rápidos, pero hay que reconocer que los de inteligencia se daban mucha maña. A la primera oportunidad nos sorprendieron con una jugada inspirada en la estatua de la Libertad que ninguno de nosotros conocía, y consiguieron anotar un tanto.

Después pusieron en práctica la estrategia del placaje por méritos, y en un abrir y cerrar de ojos nos encontramos con un catorce a cero en el marcador. Nuestro gozo en un pozo. Y el del sargento Kranz también.

Durante la segunda mitad del partido los Genios de Wiesbaden utilizaron una ingeniosa variante de la carga contra el capitán. Esa estrategia consiguió mantenernos a raya hasta el cuarto *down* —la raya de las dos yardas, para ser más exactos—. Por si aquello fuera poco, el encargado de los lanzamientos se lesionó la rodilla y tuvo que salir del campo. Mientras planeábamos la jugada siguiente, alguien se hizo eco de la pérdida:

—¿Y quién va a chutar ahora?

—A mí, que me registren —dije, sin saber que el resto del equipo ya había tomado una decisión—. ¡Pero si yo nunca he chutado!

—Qué más dará eso, Gump —me tranquilizó uno de los muchachos—. Siempre que hay una catástrofe tiene que haber un *cabeza*, de turco, y tú eres un buen candidato. Además, de todas maneras ya te tenemos en la lista negra...

Así estaban las cosas. Retrocedí hasta nuestra zona de anotación y atrapé el pase del centro. Los Genios de Wiesbaden consiguieron atravesar nuestra línea defensiva y me rodearon como por arte de magia. Me disponía a chutar cuando decidí que sería mejor ganar un poco de terreno y empecé a correr en círculo. Di un montón de vueltas por la zona de peligro, tantas que estoy seguro de que avancé lo menos cien metros —hacia ninguna parte, por desgracia—. Al final encontré un hueco apropiado y, antes de que los Genios se me echaran encima, chuté con todas mis fuerzas. Entonces me detuve para seguir la trayectoria del balón en el aire, igual que el resto de los jugadores. La pelota subió tanto que acabamos perdiéndola de vista. Después oí decir que jamás se había visto un lanzamiento como aquél.

Quiso la fatalidad que el balón saliera fuera del campo en dirección al Berlín Oriental y que desapareciera al otro lado del Muro. ¿Os imagináis qué problema? Todo el mundo me miraba con cara de asco, y algunos hasta me señalaban con el dedo y me insultaban a gritos.

Bueno, Gump —dijo una voz—, alguien tiene que ir a buscar ese balón.

—¿Qué? ¿Queréis que salte el Muro? —pregunté.

—¿Se te ocurre otra manera de recuperarlo, berzotas?

En fin, digamos que me convencieron.

Un par de tipos me dieron un empujoncito para que llegara al otro lado de la tapia. Al levantar la cabeza vi a un montón de soldados de la Alemania del Este que empuñaban sus ametralladoras desde las torres de vigilancia. Pasé de largo a la carrera y ninguno de ellos movió un solo dedo. Digo yo que nunca habrían visto a nadie poner tanto empeño por entrar en el país. Además, ellos cobraban por impedir que el personal circulara en la dirección contraria.

De repente oí un gran tumulto procedente del lugar donde calculaba que habría aterrizado el balón. Pronto descubrí que había causado un desaguisado considerable.

Mientras nosotros jugábamos al otro lado del Muro, en este lado se disputaba la final de los Mundiales, los de fútbol europeo. Eran los últimos instantes de un partido que había congregado a espectadores de todos los rincones del globo, deseosos de contemplar el duelo entre las selecciones de Rusia y de Alemania del Este.

Tal vez debería aclarar que los seguidores del balompié, los europeos sobre todo, se toman muy en serio este deporte.

La verdad es que, una vez dentro del estadio, tardé un poco en entender lo que estaba sucediendo, aunque era evidente que se trataba de algo grave.

Os contaré en pocas palabras lo que había ocurrido antes de mi llegada: cuando yo lancé mi disparo al otro lado del Muro, la selección de Alemania Oriental estaba a punto de meter un gol y de superar a los rusos en el marcador. Al parecer, un jugador alemán se había zafado de todos los defensas y había conseguido plantarse ante la portería de los rusos. Cuando se disponía a rematar la jugada, nuestro balón le botó delante de las narices; y como el pobre no esperaba algo así, se armó un lío y envió al fondo de la red la pelota oblonga en vez de la suya. Los alemanes se volvieron locos de contento al ver que habían marcado el gol de la victoria. Pero entonces el árbitro dijo que el balón del gol no era reglamentario e invalidó el tanto para pitar, acto seguido, el final del partido. Los rusos habían conseguido empatar fuera de casa.

El desconcierto inicial se fue convirtiendo en inquietud, y, para cuando yo llegué al estadio reclamando el balón, los alemanes ya habían montado un cirio de mucho cuidado. Las graderías iban quedando vacías a medida que los espectadores invadían el terreno de juego al grito de «*Du schwanzgesicht scheissbolle Sussef*». Este y otros apostrofes no menos malsonantes iban dirigidos, huelga decirlo, a un servidor.

En fin, no sé qué haríais vosotros de veros perseguidos por cien mil hinchas alemanes enfurecidos, pero yo di media vuelta y salí del estadio pies para qué os quiero. Volví a pasar bajo las torres de vigilancia a toda prisa, y esta vez los soldados dispararon unas cuantas ráfagas de aviso. La multitud me alcanzó en el preciso instante en que empezaba a escalar el Muro. Creo que al verse rodeados por tantos miles de personas los guardias no supieron qué hacer y, en consecuencia, no hicieron absolutamente nada; se limitaron a contemplar la escena con cara de estupefacción. Cuando yo ya estaba casi a caballo de la tapia, alguien me agarró por los pantalones y tiró de mí hacia abajo. Afortunadamente, ya era demasiado tarde para detenerme, y mis perseguidores tuvieron que conformarse con unos pantalones de fútbol como trofeo.

O eso creí. Al caer al otro lado del Muro me di cuenta de que un puñado de teutones iracundos había decidido no quedarse atrás, así que empecé a correr por el campo de fútbol con los hinchas en pos de mí. Otros siguieron sus pasos, mientras que los menos atléticos se dedicaban a arrancar pedazos de pared con la nada loable intención de participar en mi linchamiento. Pronto resultó evidente que estaban dispuestos a derribar el Muro de Berlín con tal de darme caza.

En cuanto a mis compatriotas, se quedaron anonadados al verme pasar corriendo en taparrabos junto a un oficial.

—¡Gump, grandísimo imbécil! —aulló el comandante de la división—. Ya me advertieron que tuviera cuidado con usted. ¿Qué significa todo esto? ¿Se da cuenta de que acaba de provocar un incidente de alcance internacional?

Por supuesto que me daba cuenta, pero estaréis de acuerdo conmigo en que no era el momento de pararse a reflexionar. Estaba considerando el extraño comportamiento

del sargento Kranz, que se había puesto gris y se machacaba la rodilla con el puño mientras gritaba que íbamos a limpiar orugas para siempre, cuando descubrí entre el público a mi camarera favorita.

Gretchen me hizo señas de subir hasta donde estaba, y allí me cogió de la mano y me llevó casi a rastras hasta la calle.

—No sé qué has hecho, Forrest, pero esto es increíble: ¡están derribando el Muro de Berlín! Por primera vez en treinta años nuestro país dejará de estar dividido. Incluso puede que vuelva a ver a mi familia, ¿ja?

En fin, después de esperar un rato escondidos en un callejón, Gretchen me llevó a casa de unos amigos suyos. Yo me sentía algo incómodo por culpa de mi atuendo, pero ellos estaban demasiado emocionados para tenérmelo en cuenta. La televisión mostraba imágenes de los de Alemania del Este, que seguían demoliendo el Muro y bailando por la calle. Al parecer, ya no les importaba haber perdido la final de los Mundiales por mi culpa, y por toda la ciudad no se veía otra cosa que felicidad, besos y abrazos.

Gretchen y yo pasamos nuestra primera noche juntos y, no sé por qué, esta vez no me sentí culpable. Tenía la sensación de que Jenny volvería a aparecer, y la verdad es que mientras iba hacia el baño me pareció sentir su presencia, pero si estaba allí no quiso dejarse ver.

Gretchen y yo cogimos un tren de vuelta a Estrujenbajen o como se llamara el lugar donde vivíamos. En la Base me esperaba una sorpresa: el comandante me había relevado de la tarea de limpiar las orugas para asignarme a título vitalicio la de limpiar las letrinas. Mi vida empezaba a parecer una historia de la puta mili. Mi superior estaba furioso porque según él, iba a quedarse en paro por mi culpa.

—¡Gump, pedazo de cretino! —aulló al verme—, ¿se da usted cuenta, de las consecuencias de su torpeza? Los alemanes han derribado el murito de marras y ahora no se habla de otra cosa que de la caída del comunismo. Eche un vistazo a lo que dice *The New York Times*— gritó mientras me pasaba un ejemplar del periódico. El titular decía así:

TARADO MENTAL CONSIGUE PONER FIN A LA GUERRA FRÍA.

The New York Times

Lo que empezó como un simple lanzamiento fuera del área ha acabado por convertirse en un incidente que, en opinión de algunos analistas políticos, supondrá el acercamiento definitivo de Este y Oeste tras casi cincuenta años de guerra fría.

Según la información llegada a nuestra redacción, el incidente tuvo lugar cuando un soldado del Ejército de Tierra de Estados Unidos, de nombre Forrest Gump, falló un saque en el transcurso de un partido de fútbol que enfrentaba a dos equipos de las Fuerzas Armadas destacadas en Alemania. Al parecer, el balón descarriado sobrevoló el Muro de Berlín y aterrizó al otro lado del Telón de Acero, en medio del terreno de juego donde las selecciones de Alemania del Este y Rusia disputaban los últimos segundos de la final de los Mundiales de Fútbol.

Fuentes consultadas por este periódico han declarado que Gump escaló el Muro con ánimo de recuperar el balón perdido, que para entonces ya había provocado disturbios en suelo oriental. El público ruso-berlinés, compuesto por no menos de 85.000 aficionados al balompié (100.000 según otros observadores), montó en cólera y procedió a dar caza a Gump con la

presunta intención de causar daños irreparables a su integridad física.

Gump, que podría padecer algún tipo de minusvalía psíquica, regresó de inmediato al Muro y repitió su hazaña alpinista con el fin de volver a territorio occidental. Las mismas fuentes citadas anteriormente afirmaron que la hinchada futbolística, en su afán por capturar a Gump, siguió al fugitivo hasta el otro lado del Muro, para lo cual se vio obligada a desmantelar previamente la barrera que, durante las últimas décadas, ha sido símbolo de la opresión comunista.

Con posterioridad a estos hechos, risueños berlineses sin distinción de filiación política aunaron sus esfuerzos para derribar por completo el Muro y participar en lo que ya ha sido descrito como «la bacanal del siglo».

Por lo visto, Gump aprovechó la confusión reinante para escapar ileso del acoso de sus perseguidores.

El resultado final del encuentro entre el Berlín Oriental y la Unión Soviética fue de empate a tres goles. En el momento de cerrarse esta edición aún no había llegado a nuestra redacción la información relativa al marcador parcial del partido inconcluso de fútbol americano.

—¡Insensato! —continuó el comandante—, por su culpa nos hemos quedado sin comunistas. Ahora ya no hay razón para que sigamos aquí. Hasta los rusos están hablando de abandonar las tesis comunistas, la madre que los... ¿Quiere decirme quién demonios va a ser nuestro enemigo cuando deje de haber bolcheviques? Gump, usted solo ha convertido todo este Ejército en un accesorio superfluo. Ahora nos enviarán de vuelta a casa, a hacer bulto en un cuartel de mala muerte, y habremos perdido el mejor destino que un soldado podría desear: un pueblecito idílico de los Alpes alemanes. Gump, ha destruido usted un sueño... Debe de haberse vuelto loco.

El coronel siguió enumerando los méritos de mi candidatura al Nobel de la Paz mientras aporreaba su escritorio y soltaba todo tipo de improperios. Debo reconocer la solidez de sus argumentos, al margen de su tinte partidista. Por eso decidí replegarme hacia las letrinas y poner manos a la obra. Mi nueva tarea consistía en fregar sin descanso todas y cada una de las baldosas con un cepillo de dientes impregnado en limpiador con bioalcohol. Al sargento Kranz, castigado por asociación indebida con un servidor, le asignaron la tarea de pasar la bayeta por los azulejos limpios. No hará falta que os diga que el cambio no le sentó demasiado bien.

—Nunca creí que echaría de menos los tanques —fueron sus palabras textuales.

Una vez por semana —los domingos, para ser exactos— tenía permiso para ir al pueblo. El comandante había dado órdenes a dos policías militares de escoltarme sin perderme de vista bajo ningún pretexto. La presencia de las carabinas me impedía hasta cierto punto mantener una relación como Dios manda con Gretchen, pero

hacíamos lo que podíamos. Había llegado el invierno y hacía demasiado frío para ir de excursión al monte —no sé si lo sabéis, pero en los Alpes refresca bastante durante esta época del año—, así que pasábamos la mayor parte del día en la cervecería, haciendo manitas bajo la mesa mientras los polizontes nos vigilaban de cerca.

Gretchen era una gran chica. El trabajo de camarera no le gustaba, pero no sabía a qué otra cosa dedicarse, y aunque a mí me parecía muy guapa, ella decía que la vida se le había pasado.

—Soy demasiado vieja para hacerme modelo —me comentó un día—, *und* demasiado joven para renunciar a todo lo demás. Tal vez vaya a la Universidad. Quiero ser una mujer de provecho el día de mañana.

—Sí —la animé—, eso estaría bien. Yo también fui a la Universidad hace tiempo.

—¿*Ja?* ¿*Und* qué estudiaste, Forrest? —preguntó.

—Fútbol —respondí.

—¡*Ach!*

Tal como solía decir mamá, no hay bien que cien años dure, y mi idilio en Strujenbajen no iba a ser una excepción.

Un buen día, el comandante nos hizo formar en el patio del cuartel para hacer un anuncio.

—Soldados, tengo buenas y malas noticias para vosotros.

La tropa respondió con algunos cuchicheos.

—Las malas noticias —continuó— son para los cobardes que han estado cobrando sin ningún deseo de cumplir con su deber de soldados.

Más cuchicheos.

—Las buenas noticias son para aquéllos de vosotros que os morís de ganas de repartir leña a diestro y siniestro y de dar la vida por la patria, que, por si no lo sabíais, es vuestra obligación. Pues bien, a partir de ahora tendréis muchas oportunidades de hacer realidad vuestros sueños gracias a un rufián llamado Satán Hussein, que es el moro que manda en Iraq y que ha empezado una guerra con nuestro comandante en jefe, el presidente de Estados Unidos de América, el señor George Herbert Walker Bush.

Al oír esto, parte de la tropa dejó de cuchichear y empezó a dar vítores.

—O sea —concluyó el comandante—, que nos vamos todos de excursión a Iraq a dar una buena patada en el culo a ese tal Satán.

Y eso es lo que hicimos.

La noche antes de partir conseguí un permiso para ir a despedirme de Gretchen, que por fin había ahorrado lo suficiente para ir a la Universidad y asistía a sus primeras clases. La esperé a la puerta del aula.

—¡Forrest! —exclamó al verme—. Estoy estudiando inglés, ¿a que es fantástico?

Nos cogimos de la mano y salimos a pasear. Al cabo de un rato le conté lo que había pasado en la base. En vez de montar un número o de hacer ver que no le importaba, Gretchen me agarró más fuerte del brazo y me dijo que ya sabía que aquello tenía que suceder más tarde o más temprano.

—La experiencia —dijo— me ha enseñado a no confiar en que me pasen cosas buenas, pero aun así sigo teniendo la esperanza de que me sucedan. Volverás, ¿ja?

—*Ja* —respondí, sin saber si decía la verdad. Al fin y al cabo, mi suerte no era mucho mejor que la suya.

—Cuando vuelvas —prometió Gretchen—, hablaré inglés tan bien como tú.

—*Ja* —repetí.

En fin. A la mañana siguiente dejamos atrás Alemania.

Después de cargar todos nuestros bártulos —o sea tanques, armamento autopropulsado y demás trastos—, pusimos rumbo a Arabia Saudí. Al llegar allí nos incorporamos a una división de dieciocho mil hombres. Si a eso añadimos el resto de nuestras fuerzas, resulta que éramos más o menos un millón contra el doble de árabes, una proporción que nuestro mandamás, el general Norman Scheisskopf, consideraba aceptable.

Satán y su ejército árabe habían ocupado un pequeño país llamado Kuwait, cuya popularidad se debía a unos cuantos pozos de oro negro. Bueno, en realidad, Kuwait tenía bastante petróleo para abastecer todos los enchufes de América durante diez años, y digo yo que por eso estábamos allí: para echar a los iraquíes y quedarnos con los pozos.

Mis recuerdos de Arabia están marcados de forma indeleble por el polvo y la arena. Allí donde fuéramos no encontrábamos otra cosa que montañas de arena. El polvo se nos metía en los ojos, en las orejas, en la nariz, entre la ropa; y no servía de nada lavarse, porque al cabo de un minuto volvías a estar como antes. Alguien dijo que el Ejército había mandado traer toda aquella arena en camiones para evitar que nos relajásemos demasiado antes de empezar a luchar contra Satán Hussein.

Como en el desierto no había letrinas —sólo un agujero en el suelo—, el sargento Kranz y yo volvimos a dedicarnos a nuestro antiguo cometido: limpiar las orugas de los tanques; aunque ya no se trataba de quitar barro, sino polvo y arena. Cada día, el sargento y yo sacábamos el polvo a los tanques, que al cabo de cinco minutos estaban igual de sucios que al principio. En fin.

Un buen día nos dieron un permiso a todos para ir de visita a la ciudad.

La tropa estaba descontenta porque en Arabia Saudí no había whisky ni mujeres. De hecho, ambas cosas eran ilegales en aquel país. Bueno, no exactamente: el whisky era ilegal; en cuanto a las mujeres, la verdad es que tanto daba, porque siempre iban por ahí con un manto que les tapaba todo menos los ojos. Los hombres también

llevaban capas de ésas, y la mayoría calzaba unas zapatillas con las puntas vueltas hacia arriba. Alguien dijo que era porque así, cuando iban al desierto a hacer aguas mayores, podían utilizar las babuchas como si fueran asas y agacharse sin miedo a caerse. Lo que hay que oír.

En fin. Ya que estoy en el bazar —me dije—, aprovecharé para mandar otro regalito al pequeño Forrest, que debe de estar pensando que a su padre se lo ha tragado la tierra. Entré en una de las tiendas y eché un vistazo a los cachivaches que había expuestos. Cuando el propietario me preguntó qué deseaba, le dije que buscaba un regalo para mi hijo, y entonces su mirada se iluminó. El tipo desapareció tras una cortina y volvió de la trastienda con una caja de madera polvorienta que depositó sobre el mostrador. En su interior había un cuchillo enorme con la hoja resplandeciente. El vendedor acarició con mucho cuidado el mango del cuchillo, de madera negra con incrustaciones de pedrería. Era un arma corva con una hoja ancha decorada con inscripciones en árabe.

—Ésta es la daga que empuñaba nuestro insigne libertador, Saladino *el Magnífico*, cuando derrotó a los cruzados europeos en el siglo XII —explicó el vendedor—. ¡No tiene precio!

—¿Ah, no? —dije—. ¿Y cómo voy a saber cuánto cuesta?

—Por ser tú, diecinueve noventa y cinco.

Decidí comprar el cuchillo pese a la sospecha de que allí había gato encerrado. Seguramente —pensé—, la tarjeta me costará mil pavos. Pero me equivocaba, porque el tipo dijo que se encargaría gratis de hacer llegar la daga a Estados Unidos. Menuda ganga, ¿eh? Bueno, conté al pequeño Forrest la historia que me había explicado el vendedor y le advertí que la hoja estaba tan afilada que podía cortar un papel de fumar, así que nada de pasar los deditos por el filo. ¡Qué contento se iba a poner al recibir aquel regalo!

Los muchachos y yo seguimos paseando por las calles adyacentes al bazar, quien más quien menos refunfuñando porque la oferta lúdica de la ciudad parecía reducirse a la compra de recuerdos y a la degustación de café. Después recorrimos varias callejuelas oscuras donde se vendía de todo, desde plátanos hasta tiritas; y entonces vi algo que me obligó a detenerme. Bajo una especie de toldo sostenido por cuatro palos, había un tipo sentado en el suelo que bebía un refresco y tocaba el organillo. No vi la cara del mendigo, pero sí la del orangután que llevaba atado de una cuerda. El mono bailaba al son del organillo mientras el tipo custodiaba el recipiente de hojalata que contenía las limosnas.

Cuando me acerqué un poco más a ellos, el orangután me miró durante un instante y acto seguido se echó a mis brazos, con tanto ímpetu que me tiró al suelo. Al levantar la cabeza me encontré a un palmo de las narices la cara de *Sue*, mi amigo

de Nueva Guinea durante mis días de astronauta. *Sue* castañeteaba, me daba besos babosos, parloteaba y gimoteaba.

—Deje en paz ese mono —dijo una voz. ¿A que no adivináis de quién? Al echar un vistazo bajo el toldo reconocí al bueno del teniente Dan. Casi me desmayo de la impresión.

—¡Por todos los santos! —exclamó el teniente—. ¿Eres tú, Gump?

—Sí, señor —respondí—, eso parece.

—¿Pero qué demonios estás haciendo aquí? —quiso saber.

—Bueno, lo mismo podría preguntarle yo a usted —señalé.

El estado de salud del teniente Dan había mejorado mucho desde nuestro encuentro en Washington. Incluso tenía mejor aspecto que cuando lo vi después de que el coronel North lo internara en el Hospital Militar Walter Reed. La tos había desaparecido, él había aumentado de peso, y un brillo desconocido iluminaba sus ojos.

—Bueno, Gump —empezó—, por lo que he leído en los periódicos no has querido perder el tiempo quedándote encerrado. Le has tomado el pelo al ayatolá, has estado en la cárcel por desacato al Congreso, has causado disturbios en un parque temático religioso, has ido a juicio acusado de estafar a un mogollón de gente, has provocado la mayor catástrofe ecológica de la historia de la navegación, y te las has apañado para acabar con el comunismo en Europa. Así en general, yo diría que no te ha ido del todo mal.

—Sí —admití—, ésa es la historia, más o menos.

Mientras yo hacía todo eso, el teniente Dan había estado recuperando fuerzas. Al llegar al Walter Reed él mismo se consideraba desahuciado, pero poco a poco los médicos lograron convencerlo de que aún le quedaban unos cuantos años de vida. Una vez fuera del hospital, arregló lo de su pensión de ex combatiente y pudo dejar de vivir de la caridad del prójimo. Entonces se dedicó a ver algo de mundo aprovechando que podía viajar gratis en aviones militares, y así es como llegó hasta Arabia Saudí.

Me contó también que, hacía algún tiempo, había vuelto a Nueva Orleans para visitar los lugares que habíamos frecuentado y, de paso, meterse unas cuantas docenas de ostras entre pecho y espalda. Según el teniente, Nueva Orleans era una de las pocas ciudades que apenas habían cambiado con los años. Un buen día, mientras estaba sentado en la plaza Jackson, el escenario de mi número de hombre-orquesta, se encontró —quién lo iba a decir— con un mono que resultó ser el bueno de *Sue*. El pobre orangután había tenido que ganarse la vida acompañando a cantantes y bailarines callejeros que le habían enseñado los rudimentos de su arte. Cuando los paseantes se habían desprendido de sus donativos, *Sue* hacía un cálculo aproximado del porcentaje de la recaudación que le correspondía y echaba a correr.

En fin, *Sue* y el teniente decidieron formar equipo. Desde entonces, *Sue* transportaba a Dan en un carrito de supermercado y así el teniente no tenía que llevar siempre las piernas ortopédicas, que seguían causándole molestias.

—Si no tengo más remedio, me las pongo —me explicó el teniente—, pero duele menos estar sentado.

—Sigo sin entender qué le ha traído hasta aquí —dije.

—La guerra, Forrest, la guerra. Hace nueve generaciones que mi familia está presente en todas las conflagraciones importantes, y no tengo intención de convertirme en el hazmerreír de mis antepasados.

El teniente Dan era consciente de que no estaba en condiciones de reengancharse, pero permanecía a la espera de que surgiera alguna oportunidad de demostrar que aún podía ser útil.

Cuando se enteró de que yo formaba parte de una unidad motorizada, se alegró sobremanera.

—Eso es precisamente lo que yo necesito: ¡transporte! Con piernas o sin ellas puedo matar a tantos árabes como el que más —fueron sus palabras exactas.

En fin, fuimos hasta la casba o como se diga y compramos un plátano para *Sue*. El teniente Dan y yo nos tomamos una sopa de renacuajo o algo así.

—Si al menos estos árabes tuvieran ostras... —dijo el teniente—. Pero estoy seguro de que no encontraríamos un triste ejemplar en mil kilómetros a la redonda.

—¿De árabe?

—No, pazguato, de ostra.

En fin. Aquella misma tarde el teniente Dan me persuadió de que lo presentara a la división. Antes de llevarlo al campamento, pasé por intendencia y conseguí dos uniformes de faena, uno para él y otro para *Sue*. Lo de *Sue* podía ser algo difícil de explicar, pero creímos que valía la pena intentarlo.

Al final resultó que a nadie le importaba un comino que el teniente Dan se uniera a nosotros o no. De hecho, algunos se alegraron de su llegada, ya que hasta ese momento el sargento Kranz y yo éramos los únicos con experiencia en combate. A pesar del dolor, el teniente llevaba puestas las piernas ortopédicas siempre que había otras personas a su alrededor. Él mismo se decía que no era castrense ir por ahí arrastrándose dentro de un carrito. La mayoría de los muchachos también cogieron cariño a *Sue*, que se había convertido en un granuja de mucho cuidado. Cuando necesitábamos robar algo, no había duda: *Sue* era siempre nuestro hombre.

Cada noche nos sentábamos a la puerta de la tienda y contemplábamos los misiles Scud que Satán Hussein disparaba contra nosotros. La mayoría explotaban en el aire interceptados por nuestros misiles, y la guerra parecía un gran espectáculo de fuegos artificiales con algún accidente ocasional.

Un día el comandante del batallón nos reunió a todos.

—Soldados —dijo—, mañana nos pondremos en marcha. Al amanecer caeremos sobre los árabes con reactores, misiles, artillería y algún que otro extra; a continuación los machacaremos con los tanques hasta que crean que el mismísimo Alá se ha propuesto borrarlos del mapa. Será mejor que ahora descanséis cuanto podáis. Durante los próximos días vais a necesitar todas vuestras energías.

Aquella noche fui a dar un paseo fuera del campamento, hasta el borde del desierto. Nunca había visto un cielo tan claro como aquél; en el desierto parecía que las estrellas brillaban más que nunca. Pedí a Dios que me protegiera durante la batalla porque, por primera vez en mi vida, era un hombre con responsabilidades.

Ese mismo día había recibido una carta en la que la señora Curran me confesaba que se sentía demasiado vieja y enferma para seguir ocupándose del pequeño Forrest. La madre de Jenny decía que pronto tendría que internarse en una residencia de ancianos, y que iba a vender la casa porque el asilo no la aceptaría a menos que fuera del todo insolvente. En cuanto al pequeño Forrest, su abuela decía que tendría que vivir en alguna institución hasta que se le ocurriera otra solución mejor. «Es un adolescente, un jovencito muy guapo pero algo rebelde». Al parecer, el muchacho había estado ganando algo de dinero los fines de semana yendo a dedo de casino en casino y jugando a cartas en las mesas de *blackjack*, pero la mayoría de los casinos de Misisipi ya no le dejaban entrar porque era demasiado listo.

—Lo siento de verdad —escribía la señora Curran—, pero es lo único que puedo hacer. Estoy segura de que volverás pronto a casa, Forrest, y entonces todo se arreglará.

Bueno, yo también lo sentía mucho por la señora Curran —hay que reconocer que la pobre había hecho todo cuanto había podido—, pero la verdad es que, con mis antecedentes, no estaba seguro de poder hacer nada por ayudarla, ni aun en el caso de que lograra volver a casa de una sola pieza. En fin, estaba pensando en todo esto cuando, de repente, vi una especie de tornado que venía hacia mí. El remolino de arena cruzó el desierto bajo las estrellas y se convirtió ante mis propios ojos en una imagen de Jenny, resplandeciente entre el polvo y el viento. Estaba tan contento de verla después de tanto tiempo que apenas podía creerlo.

—Vaya —dijo—, parece que ya has vuelto a hacer de las tuyas.

—¿A qué te refieres?

—Al lío morrocotudo en que te has metido. ¿No te vas mañana a luchar contra los árabes?

—Sí, ésas son las órdenes.

—¿Y si te ocurre algo?

—Pasará lo que tenga que pasar —sentencié.

—¿Ah sí? ¿Y qué me dices del pequeño Forrest?

—Sí, en eso precisamente estaba pensando.

—Sí, ya lo sé. Y aún no has llegado a ninguna conclusión, ¿verdad?

—Todavía no. Primero tengo que salir de este embrollo.

—Eso también lo sé. Y no puedo decirte lo que va a pasar mañana porque va contra las reglas. Pero te diré una cosa: no te separes del teniente Dan y haz caso de todo lo que te diga. De todo.

—Descuida —la tranquilicé—. En combate no hay otro como el teniente.

—Bueno, tú procura no distraerte, ¿entendido?

Asentí con la cabeza y entonces Jenny empezó a desvanecerse dentro del remolino de arena. Quise llamarla, pero su cara ya casi había desaparecido. Entonces dijo algo en voz muy baja:

—Esa chica alemana... me cae bien —susurró—. Tiene carácter, y también buen corazón...

Intenté responder, pero se me hizo un nudo en la garganta. El tornado se alejó y yo me quedé otra vez solo bajo el cielo del desierto.

Nunca había presenciado nada parecido a lo que vi aquella madrugada, y espero no tener que volver a hacerlo.

Nuestra formación de tanques, transportes de tropas y armas mecanizadas cubría el desierto hasta donde alcanzaba la vista, de este a oeste. Todos los motores estaban en marcha, y el estruendo que producían medio millón de hombres y máquinas era como el rugido de un tigre gigantesco. Un tigre gigantesco y enloquecido.

Al amanecer recibimos órdenes de avanzar y de expulsar de Kuwait a los árabes de Satán Hussein. Y eso es lo que hicimos.

El sargento Kranz, que había sido ascendido a cabo, el teniente Dan y yo estábamos al mando de uno de los tanques; llevábamos con nosotros a *Sue*, como amuleto de la buena suerte. Y no creáis que estos carros de combate eran, como los de Vietnam, más fáciles de conducir que un tractor. Nada de eso. Habían pasado veinticinco años, y el interior de nuestro blindado parecía más bien el de una nave espacial: ordenadores, calculadoras, y un montón de chismes eléctricos parpadeando y pitando. ¡Si hasta teníamos aire acondicionado!

Nuestra unidad abría la formación, así que fuimos de los primeros en avistar el ejército de Satán Hussein.

De hecho, no habríamos tardado mucho en vernos las caras si ellos hubieran avanzado hacia nosotros en vez de retroceder. Mientras el sargento Kranz disparaba unos cuantos obuses contra el ejército en retirada, el teniente Dan empujaba a fondo la palanca del acelerador, íbamos tan deprisa que el desierto parecía deslizarse bajo nuestras orugas. A nuestro alrededor, todos los tanques habían abierto fuego, y pronto la arena cobró vida con un sinfín de explosiones. El ruido era ensordecedor, y el bueno de *Sue* decidió taparse los oídos con los dedos.

—¡Ja! —gritó Dan—. Mirad cómo corren los muy canallas.

El teniente estaba en lo cierto. Al parecer, encabezábamos el ataque, y ante nosotros el ejército de Satán huía despavorido como una nidada de codornices, dejando tras de sí un rastro de vehículos, uniformes, coches y muebles robados a los kuwaitíes. Siempre en pos del enemigo, llegamos hasta un puente que salvaba un gran precipicio. Mientras lo cruzábamos, uno de nuestros propios aviones bajó en picado y lo hizo volar en pedazos: alcanzamos el otro lado de puro milagro, un segundo antes de que toda la estructura se precipitara en el vacío.

Al mirar por el retrovisor vi que llevábamos mucha ventaja al resto de nuestras fuerzas. Estaba a punto de coger la radio para pedir instrucciones cuando se formó una gran tormenta de arena en el desierto que se extendía ante nosotros. Antes de que pudiéramos reaccionar, nos encontramos sumergidos en una nube de polvo. Para colmo, la radio se estropeó.

—¿No deberíamos esperar aquí hasta que alguien nos dijera qué hacer? —pregunté.

—Ni hablar —respondió el teniente—. Hemos puesto en fuga a esos canallas y no vamos a darles tregua ahora.

Y no lo hicimos. La tormenta de arena duró todo el día y gran parte de la noche. La visibilidad era más o menos de medio metro, y había tanto polvo que ni siquiera se distinguía si era de día o de noche. Con todo, seguimos avanzando. Encontramos un par de tanques abandonados por el ejército de Satán Hussein y aprovechamos para reponer combustible.

—Según mis cálculos —anunció el teniente Dan—, hemos avanzado casi quinientos kilómetros.

El sargento Kranz consultó el mapa.

—En ese caso... ¡Caramba! —dijo—, debemos de estar a las puertas de Bagdad.

En ese preciso instante cesó la tormenta —siempre tan oportuna— y salió el sol. Según un indicador de la carretera, estábamos exactamente a diez kilómetros de Bagdad.

Nos detuvimos, abrimos la escotilla del tanque y echamos un vistazo a nuestro alrededor. Ante nosotros se erguían los blancos edificios y las agujas doradas de la ciudad de *Las mil y una noches*. Lo demás era desierto.

—Creo que hemos dejado atrás al resto de la unidad —dijo el sargento Kranz.

—Deberíamos esperar a los nuestros —sugirió el teniente.

Sue, que tenía la capacidad visual de un telescopio, se puso a parlotear y a mover los brazos señalando hacia atrás.

—¿Qué pasa? —preguntó el sargento Kranz.

A nuestra espalda, sobre el horizonte, empezaban a vislumbrarse las siluetas de varios vehículos en formación.

—Ahí llegan nuestros tanques —dijo el teniente Dan.

—¡Y un cuerno! —gritó el sargento después de mirar con los prismáticos—. ¡Es el ejército árabe al completo! No sólo hemos dejado atrás a los nuestros, sino también al enemigo.

—Vaya por Dios —comentó el teniente—. Pues menudo contratiempo... A eso lo llamo yo estar entre la espada y la pared.

Hay que reconocer que al teniente se le daban muy bien los eufemismos. Las espadas eran las del ejército árabe que avanzaba en dirección a nosotros, y las paredes, ¡las de la casa del mismísimo Satán Hussein!

—Bueno, de todos modos necesitábamos combustible —dijo el teniente—. Creo que deberíamos ir a la ciudad a buscar una gasolinera.

—¿Qué? ¿Se ha vuelto usted loco? —gritó el sargento Kranz.

—¿Alguna otra idea, cabo? —preguntó Dan—. Si nos quedamos sin combustible tendremos que seguir a patita. ¿Prefiere usted andar o ir en tanque?

Lo que decía el teniente no era ningún disparate. Creo yo, vamos. Si nos iban a matar de todos modos, siempre resultaría más acogedor morir en nuestro propio tanque...

—¿Y tú, Gump? —preguntó el sargento—. ¿Qué opinas?

—A mí me la trae floja. —Y era la pura verdad.

—Entendido —dijo Dan—. En ese caso, nos vamos a Bagdad a hacer turismo. Y eso es lo que hicimos.

Nuestra llegada a la ciudad de Bagdad fue... ¿cómo explicarlo? Bueno, digamos que causó la misma impresión que la irrupción de un comando terrorista en una fiesta de cumpleaños.

Al vernos, la gente gritaba y echaba a correr, y algunos incluso nos tiraban piedras. Así recorrimos varios distritos en busca de algún tipo de depósito de combustible, hasta que el teniente Dan dijo que era mejor parar y encontrar la manera de camuflar el tanque para evitar mayores problemas. Salimos del blindado y echamos un vistazo a nuestro alrededor. El tanque tenía tanto polvo encima que, de no ser por la bandera americana pintada en el flanco, ni siquiera lo habríamos reconocido. El sargento Kranz observó con mucho tino que era una lástima no llevar barro en las orugas, ya que podríamos haberlo utilizado para ocultar nuestra identificación. Al teniente Dan le pareció tan buena idea que decidió fabricar su propio barro y me envió a buscar agua a una acequia cercana. A la hora de la verdad, aquella inofensiva zanja resultó ser una alcantarilla nauseabunda, prueba de que no es agua todo lo que reluce.

Llené el cubo y regresé al lado de mis compañeros, que me recibieron tapándose la nariz y abanicando el aire. Superada la repugnancia inicial, sin embargo, seguimos adelante con el plan del teniente: añadimos un poco de tierra al contenido del cubo, aplicamos una capa de la pasta resultante sobre la enseña patria y volvimos a meternos en el tanque. El teniente comentó que, si el enemigo nos capturaba yendo de incógnito, seguramente nos fusilaría por espionaje. En fin. El sargento Kranz confió a *Sue* un cubo lleno de inmundicias de repuesto por si el vehículo necesitaba renovar la mascarilla.

Y nos pusimos otra vez en marcha. Para empezar, dimos un par de vueltas por la ciudad para ver si nuestro camuflaje despertaba sospechas. Algunos transeúntes levantaron la cabeza al vernos pasar, pero no sospecharon nada. Finalmente dimos con una gasolinera aparentemente desierta, y el teniente nos dijo que saliéramos a comprobar si tenían combustible diesel. El sargento Kranz y yo nos disponíamos a cumplir sus órdenes cuando, antes de que pudiéramos alcanzar los surtidores, se produjo un gran alboroto en la calle. De repente, un montón de vehículos todoterreno y de carros de combate llegados de todas direcciones se detuvieron frente a la estación de servicio. El sargento Kranz y yo nos escondimos detrás de un cubo de

basura para no ser vistos.

Un tipo bigotudo, vestido con uniforme verde de faena y boina roja, se apeó de uno de los vehículos blindados. Todos parecían rendirle pleitesía.

—¡Será cabrón! —susurró el sargento Kranz—. ¡Es Satán Hussein en persona!

Agucé la vista y tengo que reconocer que, en efecto, el tipo se parecía mucho al tal Satán que había visto en las fotos.

El del mostacho se dirigió hacia la entrada de un edificio sin percatarse de nuestra presencia. Al menos eso creímos por un momento, porque de pronto reaccionó, paró y se dio la vuelta. Todos los árabes que lo acompañaban empuñaron sus armas automáticas como un solo hombre y se apresuraron a rodear el tanque. Uno de ellos trepó hasta la escotilla y llamó con los nudillos. El teniente y *Sue*, creyendo que se trataba de nosotros, abrieron la escotilla sin pedir el santo y seña, y se encontraron en el punto de mira de dos docenas de ametralladoras.

Los árabes los sacaron del tanque con los brazos en alto y los pusieron de pie contra una pared. Bueno, es un decir, porque en ese momento el teniente no llevaba puestas las piernas.

Satán Hussein se plantó ante ellos con los brazos en jarras y se echó a reír.

—¿No os lo tengo dicho? —bromeó con sus esbirros—. Ya veis que no tenéis nada que temer de estos americanos. Fijaos en la tripulación de uno de sus mejores tanques: un lisiado y un tío tan feo que parece un mono.

A *Sue* le dolió aquel último comentario.

—Veo —dijo Satán a los nuestros— que no lleváis identificación, así que debéis ser espías. Dadles un pitillo, muchachos, y que os cuenten su última voluntad.

No cabe duda de que la cosa tomaba mal cariz, pero el sargento Kranz y yo no sabíamos qué hacer. Atacar a los soldados no habría servido de nada, porque eran tantos que nos habrían abatido enseguida; tampoco podíamos volver al tanque si no le quitaban la vista de encima; y ni siquiera podíamos echar a correr, porque eso habría sido un acto de cobardía y porque, además, ¿en qué parte de aquella ciudad hostil íbamos a encontrar refugio?

A todo esto el teniente había empezado a fumar su postrer cigarrillo mientras *Sue* destripaba el suyo para comérselo en plan última cena. En fin. De improviso, Satán dio media vuelta y se metió en nuestro tanque. Al cabo de unos minutos sacó la cabeza por la escotilla y ordenó a los soldados que le trajeran al teniente y a *Sue*. Pronto los tres estaban dentro del blindado.

Al parecer, Satán nunca había estado en un carro de combate moderno y no sabía cómo funcionaba, así que decidió indultar a Dan y a *Sue*, al menos hasta que le hubieran enseñado a manejarlo.

Al cabo de un rato, el trasto se puso en marcha. La torreta giró poco a poco y el cañón descendió hasta apuntar directamente a los soldados, que reaccionaron con

expresiones de sorpresa y algunos cuchicheos. Entonces se oyó la voz de Satán Hussein por los altavoces: pedía a sus hombres que depusieran las armas y que levantaran las manos. Cuando los soldados obedecieron, Sue asomó la cabeza por la escotilla para hacernos señas de que volviéramos al tanque a toda prisa. En cuanto estuvimos todos a cubierto, Sue cogió el cubo de inmundicias y lo vació encima de los árabes segundos antes de que saliéramos pitando de allí. Envueltos en una nube de polvo, los soldados vomitaban e iban de un lado para otro tapándose la nariz.

El teniente Dan conducía el tanque con una mano mientras apuntaba a Satán con un arma que sostenía en la otra.

—Forrest —me ordenó pasándome la pistola—, no pierdas de vista a este hijo de perra. Y si hace alguna tontería, cárgatelo.

Satán Hussein estaba que trinaba, y no paraba de insultarnos a gritos y de implorar la protección de Alá.

—Tenemos que conseguir combustible enseguida si no queremos que todo el plan se vaya al carajo —dijo el teniente.

—¿Qué plan es ése? —le pregunté.

—Entregar esta lagartija al general Scheisskopf para que la meta en el calabozo, o mejor aún, para que la ponga ante un pelotón de fusilamiento. Así sabrá lo que se siente.

Satán Hussein juntó las manos e intentó ponerse de rodillas para rezar, implorar misericordia y demás.

—¡Hazlo callar, Forrest! —gritó el teniente—. Así no hay quien se concentre. ¿Sabíais que este tío es un tacaño de mierda? Le pedí unas cuantas ostras fritas como última voluntad y el muy miserable dijo que no tenía. ¿Desde cuándo un tipo que gobierna un país entero no puede conseguir una docena de ostras si le da la gana? Habrase visto...

Entonces el tanque frenó de golpe.

—Gasolinera a la vista —anunció el teniente, y empezó a maniobrar el vehículo para acercarlo a uno de los surtidores. Cuando el empleado salió a ver qué ocurría, el sargento Kranz le pidió por señas que nos llenara el depósito. El árabe dijo que no con la cabeza, farfulló no sé qué y señaló hacia la carretera. Entonces agarré a Satán Hussein y le hice asomar la cabeza por la escotilla sin dejar de amenazarlo con la pistola.

El tipo de la gasolinera se calló y se quedó como petrificado. Satán Hussein sonrió y suplicó, y cuando el sargento Kranz volvió a indicar el depósito, el empleado obedeció sin rechistar.

Al cabo de un rato el teniente dijo que, si íbamos a cruzar las líneas enemigas, necesitaríamos camuflarnos mejor. Sugirió que nos hiciéramos con una bandera iraquí, lo que no era pedir mucho teniendo en cuenta que toda la ciudad estaba

envuelta en ellas.

Y eso es lo que hicimos. Protegidos por la nueva bandera, el teniente, *Sue*, el sargento, Satán Hussein y yo emprendimos el camino de vuelta a casa, por así decir.

Lo bueno del desierto era que no había curvas. Lo malo, que tampoco había una puñetera sombra, y con cinco personas dentro del tanque la cosa estaba que ardía. Todos refunfuñábamos por culpa del calor cuando, de repente, el destino nos brindó una excusa mejor: el Ejército árabe al completo acababa de aparecer en el horizonte avanzando en dirección a nosotros.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —se lamentó el sargento Kranz.

—Nos haremos los suecos —dijo el teniente.

—¿Con esta temperatura? —le pregunté yo—. ¿Cómo?

—Mira y aprende —respondió el teniente Dan.

Y seguimos derechitos hacia el enemigo. Nos acercábamos a ellos a tal velocidad que llegué a creer que el teniente nos había ocultado su vocación de piloto suicida, pero no iba por ahí la cosa. Antes de darnos de narices contra los árabes, el teniente pisó el freno —es un decir— e hizo girar el tanque como si quisiera unirse a la formación. No sé qué les habría hecho el general Scheisskopf a los otros, pero iban con demasiada prisa para detenerse a comprobar quiénes éramos. En fin, tan pronto como nos hubimos incorporado al ejército en retirada, el teniente empezó a soltar el acelerador. Al cabo de pocos minutos los árabes nos habían dejado atrás y volvíamos a estar solos en el desierto.

—Y ahora —dijo el teniente señalando a Satán Hussein—, vamos a ver qué dice el alto mando de este invasor de pacotilla.

A partir de entonces el viaje fue como una seda. Al aproximarnos a nuestras líneas, el teniente dijo que había llegado el momento de «revelar nuestra verdadera identidad» y detuvo el blindado. El sargento Kranz y yo recibimos orden de salir a retirar la bandera iraquí y de quitar el barro que ocultaba la bandera americana. Y eso hicimos. ¿Queréis saber una cosa? Ésa fue la primera vez —y la última— que tuve la sensación de estar haciendo algo útil mientras limpiaba un tanque.

Bueno, con nuestra flamante bandera otra vez en el flanco, conseguimos cruzar las líneas americanas sin que nadie nos pusiera trabas. De regreso al campamento atravesamos grandes columnas de humo procedentes de los pozos de petróleo que Satán Hussein había mandado incendiar. Y es que los hay con mal perder. Ya en zona americana, preguntamos a unos policías militares el camino hacia el cuartel general del alto mando, y gracias a la inestimable ayuda de nuestros compatriotas sólo tardamos cinco horas más en dar con él. El sargento Kranz comentó con acierto que la ayuda en carretera no era el fuerte de la policía militar, mucho más eficaz en casos de arresto, a lo que el teniente Dan añadió que yo era la «prueba fehaciente» de ello.

Cuando el sargento Kranz y yo entramos en el cuartel general para decir lo que

llevábamos en el tanque, el general Scheisskopf estaba dando el parte del día en una gran rueda de prensa. Había un montón de cámaras de televisión y de fotógrafos, y el general les estaba mostrando ciertas imágenes tomadas desde el morro de uno de nuestros reactores en el preciso momento en que el aparato descendía en picado sobre un puente y lo hacía volar en mil pedazos. A un milímetro del punto donde estallaba la bomba, un tanque avanzaba a toda velocidad y conseguía cruzar el puente de puro milagro.

—Y éste que ven aquí —dijo el general Scheisskopf mientras señalaba el tanque con un puntero—, reflejado en el retrovisor, es el tío con más suerte de todo el ejército árabe. —Todos los presentes celebraron con grandes carcajadas la bromita del general. Todos menos el sargento Kranz y yo, que nos habíamos reconocido en la pantalla y estábamos anonadados.

De todas maneras, preferimos no decir que los del tanque éramos nosotros para no dejar en mal lugar al general, y esperamos pacientemente a que finalizara la rueda de prensa. Entonces el sargento Kranz se acercó al general y le susurró algo al oído. El general Scheisskopf, que era un tipo de aspecto más bien risueño, se quedó lívido. El sargento siguió hablando hasta que al general se le salieron los ojos de las órbitas, agarró a Kranz del brazo y lo acompañó fuera de la tienda. Yo me limité a seguirlos.

Cuando llegamos al tanque, el general Scheisskopf trepó hasta la escotilla y metió la cabeza por ella. Al cabo de unos instantes volvió a incorporarse.

—¡Dios santo! —exclamó antes de bajar al suelo.

El teniente Dan salió del tanque como pudo y se sentó al lado de la escotilla, igual que *Sue*. Mientras asistíamos a la rueda de prensa, Dan y *Sue* habían atado a Satán Hussein de pies y manos, y también lo habían amordazado para que dejase de cotorrear.

—No sé qué demonios ha pasado aquí, muchachos, pero alguien ha metido la pata hasta la rodilla —dijo el general con una notable falta de delicadeza.

—¿Me lo repita? —replicó el sargento Kranz dejando a un lado sus habituales buenas maneras.

—¿No os dais cuenta de que capturar a Satán Hussein contraviene mis órdenes?

—¿Qué quiere decir con eso, mi general? —preguntó el teniente—. Satán es el principal mando enemigo. Por su culpa hemos tenido que venir aquí, ¿no?

—Sí, claro, bueno... Pero yo recibo órdenes directas del presidente de Estados Unidos, del señor George Herbert Walker Bush en persona.

—Pero, mi general... —protestó el sargento Kranz.

—Mis órdenes —insistió el general mientras volvía la cabeza para comprobar que no había nadie a la escucha— prohibían explícitamente la captura del cretino que tenéis en el tanque. ¿Os dais cuenta de lo que habéis hecho? Me habéis puesto en un compromiso ante el Presidente.

—Crea que lo sentimos, mi general —se disculpó Dan—. No estábamos al tanto de esas órdenes. Pero ahora que lo tenemos en nuestro poder... ¿qué vamos a hacer con él?

—Llevarlo de vuelta a Bagdad —respondió el general.

—¿A BAGDAD? —gritamos todos a una.

El general Scheisskopf nos indicó que no debíamos levantar la voz.

—Pero, señor —se quejó el sargento Kranz—, debe usted comprender que casi nos cuesta la vida traerlo hasta aquí. No es nada fácil ser el único tanque americano en Bagdad en plena guerra...

—El cabo tiene razón —dijo el teniente—. Y lo que es peor, todo el ejército árabe ha vuelto a Bagdad.

—Muchachos —concluyó el general—, sé cómo os sentís, pero órdenes son órdenes, y yo os ordeno que lo llevéis de vuelta a Iraq.

—Mi general —intervine—, tal vez podríamos dejarlo en el desierto. Estoy seguro de que él solito sabría encontrar el camino.

—No sabes cómo me gustaría poder hacerte caso, hijo, pero lo que propones constituiría una violación flagrante de los derechos humanos —dijo el general Scheisskopf haciéndose el bueno—. Os diré qué podemos hacer: soltadlo a siete u ocho kilómetros de Bagdad, en algún sitio desde donde pueda orientarse.

—¡SIETE U OCHO KILOMETROS! —repetimos al unísono. Pero, como había dicho el general, órdenes son órdenes y hay que cumplirlas.

En fin, llenamos el depósito, compramos vituallas en la tienda de comestibles y lo dispusimos todo para el viaje de vuelta. Esta vez tendríamos que viajar de noche, pero nos consolamos pensando que al menos no haría tanto calor. El sargento Kranz ofreció un plato de chuletas de cerdo a Satán Hussein, pero el muy ingrato las rechazó. Y así fue como emprendimos viaje.

El panorama era espectacular, porque los pozos en llamas iluminaban el desierto como los focos de un estadio. A pesar de tener que esquivar todos los cachivaches abandonados por el ejército árabe, conseguimos ir bastante deprisa. Por lo visto, el enemigo había decidido, al mismo tiempo que ocupaba el país, ocuparse de algunas propiedades de los kuwaitíes —me refiero a muebles, automóviles Mercedes-Benz y cosas por el estilo—, pero había tenido que huir tan apresuradamente que no se había tomado la molestia de llevárselas consigo.

La verdad es que el viaje de vuelta a Bagdad se nos estaba haciendo un poco largo, así que, para pasar el rato, decidimos quitar la mordaza a Satán a ver si nos entretenía con su cháchara. Cuando le dijimos que lo llevábamos de vuelta a casa, se puso otra vez a llorar, a gritar y a rezar. Creía que lo estábamos engañando y que, en realidad, íbamos a matarlo. Al cabo de un rato, sin embargo, conseguimos tranquilizarlo y convencerlo de que decíamos la verdad, aunque el pobre siguió sin

entender el porqué de su inesperada liberación. El teniente Dan le dijo que era un «gesto de buena voluntad».

Para que la conversación no decayera, conté a Satán que era amigo del ayatolá, y que él y yo habíamos llegado a hacer negocios juntos.

—Ese pelmazo —dijo Satán— me ha causado un montón de problemas. Espero que arda en el infierno y que tenga que comer callos y pies de cerdo en escabeche toda la eternidad.

—Veo que es usted un hombre caritativo —comentó el teniente Dan.

Satán Hussein no respondió.

Pronto divisamos a lo lejos las luces de Bagdad. El teniente Dan aminó la velocidad para no hacer tanto ruido.

—Calculo que desde aquí hasta el centro debe de haber unos ocho kilómetros... palmo más, palmo menos —dijo el teniente.

—Pues a mí no me lo parece —protestó Satán—. Yo diría más bien que hay doce o trece.

—Mala suerte, amigo. Tenemos otras cosas que hacer, conque aquí te quedas.

El sargento Kranz y yo empujamos a Satán fuera del tanque. Entonces el sargento le obligó a quitarse toda la ropa menos las botas y la boina, y le señaló el camino a Bagdad.

—Andando, capullo —se despidió el sargento Kranz mientras propinaba un sonoro puntapié en la retaguardia del enemigo. La última vez que lo vimos, Satán iba corriendo por el desierto tratando de taparse las vergüenzas por delante y por detrás.

Volvimos a poner rumbo a Kuwait, y todo parecía ir sobre ruedas —es un decir—. Echaba de menos al pequeño Forrest, pero estaba contento de haber vuelto a encontrarme con *Sue* y con el teniente. Además, mi contrato con el Ejército debía estar a punto de expirar.

Dentro del tanque todo era oscuridad. No se oía otro ruido que el del motor ni se veía otra luz que el resplandor rojizo de los controles.

—Bueno, Forrest —dijo el teniente—, creo que ésta va a ser nuestra última guerra.

—Eso espero.

—La guerra no es una cosa agradable —continuó—, pero cuando hay que ir a luchar, nosotros somos los más indicados para hacerlo. Nosotros somos un ejército profesional. En tiempos de paz nos consideran un cero a la izquierda, es cierto, pero tan pronto como se desentierra el hacha de guerra... Ah, entonces todo cambia. Entonces nos llaman héroes de la patria y todas esas tonterías.

—Bueno, tal vez eso valga para usted y el sargento Kranz —repliqué—, pero *Sue* y yo somos tipos pacíficos.

—Puede ser, pero cuando las cosas se ponen feas, ahí estáis, al pie del cañón —

dijo Dan—. Y no creáis que no os lo agradezco.

—Yo sólo sé que me alegraré mucho de volver a casa.

—Vaya por Dios —exclamó el teniente.

—¿Qué?

—Que vaya por Dios —repitió mientras miraba fijamente una pantallita del salpicadero.

—¿Qué pasa? —preguntó el sargento Kranz.

—Nos siguen.

—¿Quién? ¿Qué?

—Estamos en su punto de mira. Es un avión, uno de los nuestros, supongo.

—¿De los nuestros?

—Bueno, los iraquíes ya no tienen ninguno.

—Pero ¿por qué? —pregunté.

—Vaya por Dios —insistió el teniente.

—¿Qué pasa ahora?

—Han disparado.

—¿Contra nosotros?

—¿Contra quién si no? —respondió el teniente, que había empezado a maniobrar cuando se produjo una tremenda explosión que hizo pedazos el tanque. Salimos disparados cada uno por su lado, y la cabina se llenó de fuego y de humo.

—¡Fuera de aquí! ¡Rápido! —gritó el teniente. Yo salí por la escotilla y eché una mano al sargento Kranz, que subía tras de mí. Después volví a agacharme para ayudar a *Sue*, pero lo vi tendido en el fondo de la cabina, herido y atrapado por algo que le había caído encima.

Entonces intenté sacar al teniente, pero él no alcanzaba mi mano. Durante un segundo nuestras miradas se cruzaron.

—Mierda, Forrest —dijo—, hemos estado a punto de lograrlo...

—¡Vamos, teniente! —grité. La cabina estaba en llamas y la humareda era cada vez más espesa. Mi brazo seguía tendido hacia él, pero todo esfuerzo parecía inútil.

—Menuda guerra, ¿eh, Forrest? —El teniente había levantado la cabeza hacia donde yo me encontraba y sonreía de una manera extraña.

—¡Deprisa, teniente, agárrese a mi mano! —grité de nuevo.

—Hasta luego, amigo —fue todo lo que pudo decir antes de que el tanque estallara y yo saliera disparado hacia el exterior.

Quedé algo chamuscado, pero fuera de eso no sufrí ninguna herida grave. Aún no podía creerlo. Me levanté y vi cómo ardía el tanque. Sentía ganas de volver ahí dentro y rescatar a mis amigos, pero sabía que ya no había nada que hacer. El sargento y yo esperamos un poco, hasta que el fuego se consumió del todo, y entonces él dijo:

—Vámonos, Gump. Nos queda un largo camino por delante.

Aquella noche, mientras cruzábamos el desierto a pie, me sentí tan desgraciado que ni siquiera pude llorar. Dos de los mejores amigos que nadie haya tenido jamás, y los había perdido, a ambos. No hay palabras que puedan expresar tanta soledad y tanta tristeza.

En la base aérea de donde salían nuestros cazas se celebró un pequeño servicio en honor del teniente Dan y de *Sue*. La verdad es que no podía sacarme de la cabeza la idea de que uno de aquellos hombres había sido el culpable de la muerte de mis amigos, pero estaba seguro de que su propia conciencia debía de estar recriminándoselo. Al fin y al cabo, ¿cómo iba a saber que éramos nosotros? Se suponía que ni siquiera estábamos allí. De no haber tenido que llevar a Satán Hussein de vuelta a Bagdad...

Sobre la pista había un par de ataúdes cubiertos con la bandera americana, ondulantes bajo el fuerte sol de la mañana. Y vacíos, claro: los restos de *Sue* y del teniente no habrían bastado para llenar siquiera una lata de habichuelas. El sargento y yo formábamos parte del pequeño grupo que presenciaba la ceremonia. En un momento dado, Kranz se volvió hacia mí y dijo:

—¿Sabes una cosa, Gump? Eran un par de buenos soldados. Los dos, el mono también. Nunca tuvo miedo de nada.

—Sería demasiado tonto para entender lo que ocurría —repliqué.

—Sí, puede que tengas razón. Un caso parecido al tuyo, ¿no?

—Supongo.

—Los echaré mucho de menos —añadió el sargento Kranz—. No habrá otro viaje como el nuestro.

—Eso parece.

Después de que el capellán dijera unas palabras, hubo un toque de silencio y las doce salvas de rigor, y la ceremonia se dio por terminada.

Más tarde, el general Scheisskopf se acercó a mí y me puso un brazo sobre el hombro. Debió de darse cuenta de que empezaban a llenárseme los ojos de lágrimas.

—Lamento todo esto, soldado Gump —dijo.

—Todos lo lamentamos —repliqué.

—Esos hombres eran amigos tuyos, ¿verdad? Verás, es que no hemos encontrado su ficha y...

—Eran voluntarios —le expliqué.

—En todo caso —siguió el general—, tal vez te gustaría conservar esto. —Uno de sus ayudantes me trajo dos latitas con sendas banderitas de plástico pegadas a las tapas.

—Los del registro de bajas creyeron que era lo más apropiado —se justificó el general Scheisskopf. Acepté las latas, di las gracias al general —aún no sé de qué—, y fui a reunirme con el resto de mi unidad. Cuando llegué, el encargado de la oficina

llevaba rato buscándome.

—¿Dónde te habías metido? —me preguntó.

—Es una larga historia —respondí.

—Bueno, pues adivina qué ha pasado. Ya no estás en el Ejército.

—¿Ah, no?

—No. Alguien se ha enterado de que tienes antecedentes penales. ¡Ni siquiera deberían haber permitido que te alistaras!

—¿Y qué tengo que hacer ahora? —pregunté.

—Liar el petate y salir de aquí cuanto antes.

Y eso es lo que hice. Resultó que estaba previsto que esa misma noche regresara en avión a Estados Unidos. Ni siquiera tuve tiempo de cambiarme de ropa. Puse las latas con las cenizas de *Sue* y del teniente en el macuto y firmé el registro por última vez. El avión sólo iba medio lleno. Me senté solo, lejos de los demás, porque mi ropa olía a muerto y yo mismo no olía mejor. Sobrevolamos el desierto, con la luna llena y un montón de nubes plateadas sobre el horizonte. El interior del avión estaba a oscuras, y yo me sentía muy solo y abatido. Entonces, de repente, levanté la cabeza y vi a Jenny sentada al otro lado del pasillo, con los ojos clavados en mí y una expresión de tristeza en el rostro. Esta vez no dijo nada; se limitó a mirarme y sonreír.

Tendí los brazos hacia Jenny sin poder evitarlo, y ella me rechazó con un gesto. Pero se quedó en el asiento de enfrente todo el camino de vuelta a casa. Para hacerme compañía, supongo.

Mobile me recibió con un día nublado y gris. Encontré a la señora Curran en su casa, sentada en una mecedora y tejiendo una labor de ganchillo; la pobre se alegró mucho de verme al cabo de tanto tiempo.

—No sé si habría podido aguantar mucho más —dijo—. Las cosas se han puesto muy difíciles por aquí.

—Sí —asentí—, ya me lo imagino.

—Forrest —continuó—, tal como te escribí en mi carta, tengo que vender la casa para que me acepten en la residencia de las Hermanitas de los Pobres. Cuando lo haya hecho, las monjitas se ocuparán de mí el resto de mis días, así que podré darte ese dinero para ayudarte a mantener al pequeño Forrest.

—De ninguna manera, señora Curran —me opuse—, es su dinero y no puedo aceptarlo.

—Tienes que hacerlo, Forrest. Mientras me quede un céntimo en el bolsillo no me dejarán ingresar en el asilo. Además, el pequeño Forrest es mi nieto; no tengo a nadie más en el mundo. Y ahora que no tienes trabajo vas a necesitar todo el dinero que puedas conseguir.

—Sí, supongo que tiene razón.

En ese momento se abrió la puerta y entró de la calle un joven impetuoso.

—¡Abuela, ya estoy en casa! —gritó.

Al principio no lo reconocí. Hacía casi tres años que no nos veíamos, y él había crecido mucho; ya era casi un hombre hecho y derecho. Su único defecto, así a simple vista, era el pendiente que lucía en una oreja y que me hizo dudar del tipo de ropa interior que debía de llevar puesto.

—Conque has vuelto, ¿eh?

—Eso parece.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo esta vez?

—Bueno —dije—, espero no tener que irme nunca más.

—¿De veras? ¿Y qué piensas hacer? —preguntó.

—Aún no lo he decidido.

—Menuda sorpresa —me espetó, y se marchó a su habitación.

No hay nada como una cordial bienvenida a casa, ¿verdad?

En fin. A la mañana siguiente, empecé a buscar trabajo. Por desgracia, mi currículum no daba para muchas alegrías, de modo que salí dispuesto a aceptar cualquier cosa. Digamos que mis aspiraciones no iban más allá de cavar zanjas, pero aun eso era demasiado pedir. Al parecer, no había una gran demanda de zanjas en aquel momento. Además, en opinión de uno de los capataces, yo ya no estaba para esos trotes.

—Necesitamos jóvenes con futuro y con ganas de hacer carrera en el sector, no carcamales que se cansan de trabajar en cuanto han reunido lo suficiente para comprar otra botella de vino barato —fueron sus palabras textuales.

Al cabo de tres o cuatro días empecé a desanimarme, y al cabo de tres o cuatro semanas me sentía un hombre humillado. Pronto me vi obligado a mentir a la señora Curran y al pequeño Forrest: les conté que había encontrado trabajo y que ya podía mantenerlos, pero la verdad es que pagaba las facturas con el finiquito del Ejército y pasaba un montón de horas en una heladería, bebiendo coca cola y comiendo Fritos; el resto de la jornada iba de un lado para otro buscando trabajo.

Un buen día se me ocurrió cambiar de aires e ir a probar suerte a Bayou La Batre. Al fin y al cabo, hubo un tiempo en que yo era el propietario de la empresa más importante de la localidad.

Pero lo que encontré en Bayou La Batre no sirvió precisamente para levantarme los ánimos. La sede de la que en su día fuera Gambas Gump estaba en un estado lamentable: edificios y embarcaderos en ruinas, ventanas rotas, aparcamientos invadidos por la maleza... Enseguida comprendí que aquel capítulo de mi vida estaba cerrado para siempre.

En los muelles había unos cuantos barcos amarrados, pero parecían en desuso.

—Las gambas se han terminado, Gump —me dijo un patrón—. Hace años que pescaron las últimas que quedaban. Ahora la única manera de conseguirlas es tener un barco capaz de llegar hasta México.

Antes de coger el autobús de vuelta a Mobile decidí hacer una visita al padre del pobre Bubba, al que no había visto desde hacía más de diez años. La casa seguía en el mismo lugar y el padre de Bubba estaba, como siempre, sentado en el porche tomando té helado.

—¿Tú por aquí? —dijo al verme—. Oí decir que estabas en la cárcel.

—Y oyó bien —respondí—. Estaba.

Le pregunté por el asunto de las gambas, y me pintó el mismo panorama sombrío que las otras personas con quienes había hablado.

—Nadie se molesta en pescarlas ni en criarlas. Las capturas eran demasiado escasas y el agua se enfrió demasiado. Gambas Gump fue la época dorada de Bayou La Batre, Forrest. Desde entonces andamos de capa caída.

—Me apena oírle decir eso —dije. El padre de Bubba me ofreció asiento y un

refresco de té.

—¿Llegaste a ajustar cuentas con los sinvergüenzas que se llevaron el dinero de la empresa? —preguntó.

—¿Qué sinvergüenzas?

—Ese tal teniente Dan y el señor Tribble. Y también aquel mono... ¿cómo se llamaba?

—*Sue* —apunté.

—Sí, los tres.

—Bueno, no creo que ni el teniente ni *Sue* tuvieran la culpa de nada. Y de todas formas, ¿qué importa? Ahora ya están muertos.

—¿Ah sí? ¿Qué les pasó?

—Es una larga historia —argumenté, y la verdad es que le agradecí que no insistiera.

—Y bien —dijo tras una breve pausa—, ¿qué piensas hacer ahora?

—No tengo ni idea —confesé—. Sólo sé que tengo que hacer algo.

—Bueno —replicó el padre de Bubba—, siempre están las ostras...

—¿Las ostras?

—Sí. No dan tanto dinero como las gambas en tus tiempos, pero aún quedan algunos viveros. Lo malo es que ahora la gente tiene miedo de comer marisco crudo. Con tanta contaminación, más de uno se ha llevado un buen susto.

—¿Y puede uno ganarse la vida cogiendo ostras? —pregunté.

—A veces, depende de muchas cosas. Cuando aumenta la contaminación, no dejan que los pescadores se acerquen a los viveros. Luego están las tormentas, los huracanes... y la competencia, claro.

—¿Qué competencia?

—Toda la gente que se dedica a coger ostras en esta zona —respondió—. No les gustan los forasteros y no tienen escrúpulos a la hora de demostrarlo. Eso ya deberías saberlo.

—Sí, veo que las cosas no han cambiado demasiado. —Los pescadores de ostras no se andaban con chiquitas, al menos en mi época.

—¿Por dónde hay que empezar? —pregunté.

—Es fácil —me animó el padre de Bubba—. Consigue un esquiife y un par de tenazas. Si no quieres, ni siquiera hace falta que compres un motor fuera borda; puedes usar remos, como hacían los pescadores cuando yo era joven.

—¿Y ya está?

—Más o menos. Yo mismo puedo enseñarte dónde están la mayoría de los viveros. También necesitarás una licencia oficial, claro. Eso será lo más caro.

—¿Sabe dónde puedo comprar una barca?

—De hecho —dijo el padre de Bubba—, puedes quedarte la mía. Está amarrada

en la parte de atrás. Tendrás que comprar los remos, eso sí, porque se me rompieron hace diez o quince años.

Y así lo hice.

Ironías del destino, ¿verdad? Meterme en el negocio de las ostras después de haberme pasado la vida oyendo hablar de ostras al teniente Dan... Ojalá hubiese estado conmigo aquel día. Se habría sentido en el paraíso.

A la mañana siguiente temprano, puse manos a la obra. El día anterior había invertido el resto de mis ahorros en comprar los remos y sacarme la licencia de pescador de ostras, y también había comprado un par de monos de trabajo y unas cuantas cestas para guardar las ostras. El sol apenas despuntaba sobre el estrecho del Misisipi cuando empecé a remar hacia los viveros que me había indicado el padre de Bubba. Según sus instrucciones, debía remar mar adentro hasta avistar la boya número seis y alinearla con el depósito de agua que había en la costa y con la punta de la isla de Petit Bois al sur; una vez orientado, debía dirigirme hacia el lago Aux Herbes, y allí encontraría las ostras.

Tardé cosa de una hora en avistar la boya número seis, pero a partir de ahí fue fácil dar con los viveros. A la hora de comer ya había llenado cuatro cestas de ostras, el límite de mi licencia, y podía regresar a puerto.

Vendí mi captura del día a la planta de procesamiento de ostras que había en Bayou La Batre. Después de echar cuentas, el encargado me dio cuarenta y dos dólares con dieciséis centavos. La verdad es que me pareció bastante poco a cambio de cuatrocientas ostras que ellos acabarían vendiendo a los restaurantes a dólar la pieza; pero, por desgracia, no estaba en condiciones de regatear.

Iba andando por la calle hacia la parada del autobús de Mobile, con mis cuarenta y tantos dólares calentitos en el bolsillo, cuando me salieron al paso media docena de tipos que habían estado esperándome tras una esquina.

—Eres nuevo por aquí, ¿verdad? —me preguntó el más grandullón.

—Más o menos —respondí—. ¿Te importa?

—Dicen que has estado cogiendo nuestras ostras —me acusó otro.

—¿Y desde cuándo son vuestras las ostras? Creía que dentro del agua las ostras eran de todos.

—¿En serio? Pues sólo son de todos cuando los «todos» son de por aquí. No nos gustan los forasteros, y los intrusos todavía menos.

—Verás —lo tranquilicé—, yo soy Forrest Gump, el ex propietario de Gambas Gump, así que en cierto modo también soy de por aquí.

—¿Ah sí? Bueno, pues yo me llamo Miller, Smitty Miller, y me acuerdo muy bien de tu empresa. Primero nos dejaste sin gambas y luego sin trabajo.

—Mire, señor Miller —dije—, no quiero meterme en líos. Tengo una familia que

mantener. Sólo quiero coger unas cuantas ostras y seguir mi camino.

—No me digas. Pues escúchame bien, Gump, porque vamos a vigilarte de cerca. Por cierto, también hemos oído que eres amigo de ese bantú que perdió un hijo en Vietnam.

—Se llamaba Bubba y era amigo mío.

—¿Ah, sí? Pues aquí no nos gusta mezclarnos con esa gentuza. Si piensas quedarte en esta ciudad, Gump, será mejor que sigas las reglas del juego.

—¿Y se puede saber quién dicta tales reglas? —pregunté.

—Nosotros.

Así estaban las cosas. Smitty no me prohibió que pescase ostras, pero aquella conversación me dio mala espina. En fin. Cuando llegué a casa y expliqué a la señora Curran y al pequeño Forrest que había encontrado un trabajo de verdad, ambos parecieron muy contentos. Quién sabe, tal vez podría ganar bastante dinero para evitar que la señora Curran tuviera que vender la casa e irse al asilo. Los beneficios no eran gran cosa, pero por algo había que empezar.

En fin. Por el momento, las ostras fueron mi tabla de salvación. Cada mañana cogía el autobús hasta Bayou La Batre y pescaba suficientes ostras para sobrevivir hasta el día siguiente, pero no sabía qué pasaría cuando llegara la época de veda o cuando prohibieran el acceso a los viveros por culpa de la contaminación. Esa incertidumbre me atormentaba.

Al segundo día, cuando fui al muelle donde había dejado amarrada mi barca no la encontré. Cuando me acerqué al borde, vi el esquife hundido bajo el agua. Me llevó una hora reflotarlo, y tres más reparar el agujero que alguien había practicado en el fondo. Aquel día sólo gané veinte dólares. Supuse que era un mensaje de Smitty y de sus amigos, pero no habría podido demostrarlo.

Una vez me robaron los remos y tuve que comprar otros. En otra ocasión, al cabo de pocos días, un desconocido inutilizó las cestas. Yo intentaba conservar la calma a pesar de todo.

En casa, mientras tanto, tenía que lidiar contra otros problemas. Como suele suceder a esa edad, el pequeño Forrest parecía dedicarse en cuerpo y alma a una única actividad: meterse en un lío tras otro.

Una noche volvió a casa borracho —o eso deduje después de oírlo tropezar dos veces mientras subía las escaleras—. A la mañana siguiente, sin embargo, no me atreví a decirle nada porque no estaba seguro de cuáles eran mis responsabilidades como cabeza de familia. Cuando comenté el problema con la señora Curran, ella me respondió con un gesto de impotencia. La verdad es que no sabía qué aconsejarme; el pequeño Forrest no era mal chico, pero sí algo díscolo.

Otro día lo sorprendí mientras fumaba en el cuarto de baño. Me senté a su lado e intenté explicarle que los cigarrillos eran perjudiciales para la salud. Me escuchó de

mala gana y, apenas me hube callado, salió de la habitación sin prometer enmendarse.

Después vino lo del juego. El pequeño Forrest era tan listo que podía ganar a las cartas al más pintado, y al parecer no se cansaba de demostrarlo. Una nota muy severa del director del colegio nos advirtió de que el chico se dedicaba a desplumar a todos sus compañeros con varios juegos de azar.

La noche que pasó fuera de casa fue la gota que colmó el vaso. La señora Curran lo esperó hasta la medianoche, pero acabó por acostarse. Yo estuve despierto hasta el amanecer, y lo vi intentando colarse por la ventana de su habitación. Entonces decidí que había llegado el momento de que nos sentáramos y habláramos de hombre a hombre.

—Jovencito —le dije—, esto tiene que acabar. Sé que estás en la edad de hacer travesuras, pero esto ya pasa de castaño oscuro.

—¿Ah sí? ¿Se puede saber qué he hecho?

—Por de pronto, llegar de madrugada... y fumar en el baño.

—¿Y a ti qué te importa? —me espetó—. Me has estado espiando, ¿verdad?

—No te he estado espiando. Lo sé y basta.

—Pues no está bien saber cosas de los demás. Es lo mismo que espiar.

—De todas formas —me defendí—, ésa no es la cuestión. Mira, yo tengo ciertas responsabilidades... se supone que tengo que cuidar de ti.

—Puedo cuidarme yo solito —me replicó.

—Bonita manera de cuidarse, esconder media docena de cervezas en la cisterna del baño.

—Confiesa que me has estado espiando.

—No es verdad. Como oí que no paraba de bajar agua, entré para echar un vistazo a la cisterna, y entonces vi que una de tus latas de cerveza se había caído y estaba bloqueando el sistema. ¿Cómo quieres que no me diera cuenta de que había una bodega en el inodoro?

—También podrías habértelo callado.

—¡Hasta ahí podíamos llegar! Jovencito, si tú no eres capaz de comportarte como Dios manda, mi deber es obligarte a hacerlo, y ten por seguro que lo haré.

—¡Anda ya! Pero si ni siquiera puedes razonar con un poco de lógica; si no has sido capaz de conservar un solo trabajo en toda tu vida... ¿Qué te hace pensar que tienes alguna autoridad sobre mí? ¿Eh? ¿Quién eres tú para decirme lo que debo hacer? ¿Tengo que obedecerte porque me enviabas una baratija de vez en cuando? Un tótem de Alaska más falso que un duro sevillano, una cornamusa ridícula que no tocaría ni loco... ¿Y qué me dices de la gran daga que compraste a un anticuario en Arabia Saudí? Cuando llegó aquí, los trochos de cristal que se suponía que eran piedras preciosas ya se habían caído. Además, la hoja era tan blanda que no cortaba ni la mantequilla, ya no digamos el papel. Los tiré todos a la basura, para que te

enteros. ¡Si aún crees que tienes alguna autoridad sobre mí y sobre mi vida, me gustaría saber en qué te basas!

Se había pasado de la raya y se lo demostré. Lo agarré, lo puse sobre mis rodillas y, antes de levantar la mano, le dije lo único que se me ocurría en aquel momento:

—Esto va a dolerme más que a ti.

Y le di una buena zurra. No sé si a él le dolerían o no los azotes; os aseguro que a mí sí que me dolieron. Pero no sabía qué otra cosa podía hacer. El pequeño Forrest era demasiado listo para dejarse convencer por los argumentos de un pobre tonto, pero en aquella casa hacía falta alguien que llevara los pantalones y devolviera al chico al buen camino. Mientras lo azotaba, no dijo nada; no gritó, no lloró... nada. Cuando lo dejé ir, se levantó y se marchó a su habitación con la cara más roja que un tomate. No salió de allí hasta la hora de cenar, y en la mesa sólo dijo «Pásame la salsa» y ese tipo de cosas.

Durante los días y semanas que siguieron noté una mejora considerable en su conducta. Espero que él se diera cuenta de que la había notado.

A menudo, mientras pescaba ostras o hacía cualquier otra cosa, me ponía a pensar en Gretchen. Lástima que no pudiera hacer nada al respecto. Imaginaos: yo apenas ganaba lo suficiente para sobrevivir y ella pronto sería una licenciada universitaria. Muchas veces intenté incluso escribirle una carta, pero no se me ocurría qué decir. Suponía que sólo conseguiría empeorar las cosas, así que me conformaba con mis recuerdos y seguía trabajando.

Una vez, de vuelta de la escuela, el pequeño Forrest entró en la cocina mientras yo me aseaba un poco después de un largo día de trabajo en los viveros. Me había hecho un corte en el dedo con una concha de ostra y, aunque no me dolía mucho, salía un montón de sangre de la herida.

El chico se dio cuenta enseguida.

—¿Qué te ha pasado?

Le conté cómo me había cortado y me preguntó:

—¿Te traigo una tirita?

Fue a buscarla al botiquín. Antes de ponérmela, sin embargo, me lavó el corte con agua oxigenada o algo que picaba todavía más.

—Hay que tener cuidado con los cortes de ostra —dijo—. Podrías coger una infección de aúpa.

—¿En serio? ¿Y eso?

—Las ostras siempre escogen el rincón más asqueroso y más contaminado que encuentran. ¿No lo sabías?

—No. ¿Cómo te has enterado?

—Me he estado documentando. Si pudieras preguntar a una ostra dónde prefiere vivir, te diría que en un pozo séptico.

—¿Y por qué estás estudiando eso?

—Porque creo que ya es hora de que empiece a hacer algo útil —respondió—. Tú te pasas el día pescando ostras y lo único que hago yo es ir a la escuela.

—Bueno, ése es tu trabajo de momento. Tienes que aprender mucho para no acabar como yo.

—Lo sé, pero ya he aprendido bastante. La verdad es que en la escuela no pego sello. Voy tan adelantado que los profesores me dejan ir a la biblioteca a leer lo que me da la gana.

—¿Ah sí?

—Sí. Por eso he pensado que tal vez podría dejar de ir a la escuela todos los días. Así podría ir contigo a Bayou La Batre de vez en cuando y echarte una mano.

—Bueno, te lo agradezco mucho, pero...

—Si quieres que te ayude, claro. A lo mejor no quieres que vaya.

—No, no se trata de eso. Lo que me preocupa es lo de la escuela. A tu madre le habría gustado...

—Ya, pero ella no está aquí para opinar. Además, creo que necesitas ayuda. Pescar ostras es un trabajo duro, y a lo mejor te iría bien que te echase una mano.

—Claro, claro que sí, pero...

—Entonces no se hable más —concluyó—. ¿Puedo empezar mañana por la mañana?

Y eso, para bien o para mal, es lo que hicimos.

Al día siguiente me levanté antes de que saliera el sol y preparé el desayuno. Después me asomé a la habitación del pequeño Forrest para ver si ya se había despertado, pero seguía dormido. Entré de puntillas y me acerqué a la cama de Jenny. El chico dormía profundamente. Se parecía tanto a ella que se me hizo un nudo en la garganta, pero respiré hondo: teníamos trabajo que hacer. Al inclinarme para despertarlo, tropecé con algo guardado debajo de la cama. Miré y que me aspen si no era el extremo del tótem de Alaska que le había enviado hacía años. Me agaché para echar un vistazo debajo de la cama y allí estaba todo lo demás, sí señor: la cornamusa y la daga, con su estuche y todo. Así pues, no los había tirado a la basura, sino que los guardaba ahí debajo. Puede que no jugara mucho con ellos, es cierto, pero al menos los tenía cerca. Creo que en aquel momento empecé a entender algo mejor a los niños. Durante un segundo tuve la tentación de darle un beso en la mejilla y, aunque me contuve, os aseguro que no me resultó fácil.

En fin. Después de desayunar, el pequeño Forrest y yo nos pusimos en camino hacia Bayou La Batre. Para entonces ya había podido pagar la entrada de un camión de segunda mano, de modo que no tenía que esperar el autobús cada día; en vez de eso, tenía que afrontar la incógnita de si el camión llegaría hasta su destino y nos traería de vuelta a casa. Por cierto, que el camión se llamaba *Wanda* en honor de...

bueno, de todas las Wandas que he conocido.

—¿Qué crees que se habrá hecho de ella? —preguntó un día el pequeño Forrest.

—¿De quién? —dije. Nos dirigíamos hacia la costa por una carretera de dos carriles que avanzaba entre casas y campos de cultivo abandonados. Aún era de noche, pero la tenue luz verde de los controles del viejo camión, un Chevrolet del 54, me permitía distinguir la cara del chico.

—De *Wanda* —respondió.

—¿Tu cerda? Pues... estará en el zoo, supongo.

—¿De veras lo crees?

—Sí, claro, ¿por qué no?

—No lo sé, hace tanto tiempo que... Igual se ha muerto, o la han vendido.

—¿Quieres que lo averigüe?

—Tal vez deberíamos enterarnos los dos —dijo.

—Sí, puede que sí.

—A propósito... —musitó—, quería decirte que siento mucho lo del teniente Dan y Sue.

—Gracias.

—Erais muy amigos, ¿verdad?

—Sí que lo éramos.

—¿Y por qué murieron?

—No lo sé. Porque hicieron lo que les ordenaron, supongo. El padre de Bubba me preguntó lo mismo hace mucho tiempo. Puede que estuvieran en el lugar equivocado en el momento inoportuno.

—Sí, ya lo sé, pero ¿de qué iba la guerra?

—Bueno, nos dijeron que la culpa era de Satán Hussein, que había atacado Kuwait.

—¿Y era verdad?

—Eso decían.

—Pero ¿tú qué crees?

—Mucha gente dijo que era por el petróleo.

—Petróleo, sí, yo también leí algo de eso.

—En ese caso, murieron por el petróleo, supongo que era la única conclusión posible.

En fin. Llegamos a Bayou La Batre y cargamos las cestas en el bote. Mientras remaba hacia los viveros, el sol se levantaba por el golfo de México. Aquella mañana el cielo estaba manchado de nubes rosadas, el agua clara y lisa como el tablero de una mesa, y sólo se oía el ruido de los remos. Una vez llegados a nuestro destino, enseñé al pequeño Forrest cómo clavar un remo en el barro para que el barco no se moviera

mientras yo rastrillaba los viveros y arrancaba las ostras con las tenazas. El trabajo avanzaba a buen ritmo, y al cabo de un rato el pequeño Forrest dijo que él también quería probar. Se le veía muy contento, como si en vez de ostras estuviera pescando perlas. Bueno, la verdad es que encontramos algunas, pero sin ningún valor —comercial, al menos—, porque nuestras ostras no eran de las que fabrican perlas.

En fin. Cuando hubimos cogido bastantes ostras, empecé a remar hacia la planta procesadora. A medio camino el chico me pidió que le dejara remar, así que le cedí mi sitio. Al cabo de media hora de esfuerzos y zarandeos ya le había cogido el tranquillo a los remos.

—¿Por qué no compras un motor? —me preguntó.

—No lo sé —respondí—. A veces me gusta remar. Se está muy tranquilo y da tiempo a pensar.

—¿Ah sí? ¿En qué?

—No lo sé —mentí—. En nada en particular. Ya sabes que pensar no es lo mío.

—Con un motor trabajarías más deprisa y mejor —sentenció.

—Sí, supongo que sí.

Llegamos al muelle donde estaba instalada la planta procesadora y descargamos nuestro cupo de ostras. El precio había subido porque, según dijo el encargado, habían cerrado varios viveros por culpa de la contaminación, lo que hacía de nuestras ostras un bien más escaso. Ni que decir tiene que me pareció muy bien. Entonces dije al chico que fuera a buscar las fiambreras al camión para poder comer en el muelle, como si nos hubiéramos ido de excursión al mar.

Acababa de cobrar el estipendio del día cuando volvió el pequeño Forrest con expresión compungida.

—¿Conoces a un tipo llamado Smitty? —me preguntó.

—Sí. ¿Por qué?

—Alguien ha pinchado los dos neumáticos delanteros de *Wanda*, y ese tipo estaba en la acera de enfrente riéndose. Le he preguntado si sabía quién lo había hecho y me ha dicho que no, pero que te dijera «hola» de parte de Smitty.

Respondí con un gruñido.

—Bueno, ¿quién es?

—Nadie, un tipo —dije.

—Pero parecía estar disfrutándolo.

—Probablemente. A él y a sus amigos no les gusta que pesque ostras por aquí.

—Tenía un cuchillo de abrir ostras en la mano. ¿Crees que fue él?

—Puede. Lo malo es que no puedo probarlo.

—¿Y por qué no lo averiguas? ¿Por qué no se lo preguntas?

—Cuanto menos hablemos con ellos, mejor. Sólo conseguiríamos meternos en líos.

—No les tienes miedo, ¿verdad?

—No es eso, pero ellos viven aquí y... están enfadados porque me llevo sus ostras.

—¿Sus ostras? Las ostras del mar son de todos.

—Sí, ya lo sé, pero ellos no opinan lo mismo.

—¿Y vas a dejar que se salgan con la suya?

—Lo que voy a hacer es seguir con mi trabajo y dejarles en paz —concluí.

El pequeño Forrest dio media vuelta y regresó al camión a reparar el pinchazo. Podía verlo desde donde yo estaba, hablando por lo bajo y soltando maldiciones. Sabía cómo debía de sentirse, pero no podía permitirme el lujo de meter la pata otra vez. Ahora tenía una familia que me necesitaba.

Hasta que un buen día pasó lo que tenía que pasar: se contaminaron los viveros.

Cuando el pequeño Forrest y yo llegamos al muelle, como todas las mañanas, nos encontramos con un montón de carteles que anunciaban:

A CAUSA DEL GRADO DE CONTAMINACIÓN DETECTADO EN
LAS AGUAS, QUEDA TERMINANTEMENTE PROHIBIDA LA
PESCA DE OSTRAS EN ESTA ZONA HASTA NUEVO AVISO.

Desde luego, aquello era una mala noticia —sobre todo teniendo en cuenta que nuestra solvencia pendía de un hilo—, pero no podíamos hacer otra cosa que volver a casa. Fue una noche bastante triste; tanto, que por la mañana aún me sentía desmoralizado. Mientras me tomaba una taza de café, a la hora de desayunar, el pequeño Forrest entró en la cocina como una exhalación.

—Tengo una idea —anunció.

—Vaya, ¿de qué se trata?

—Creo que se me ha ocurrido la manera de volver a pescar ostras.

—Soy todo oídos.

—Bueno, me he estado documentando y... —empezó—. Supón que pudiéramos convencer a los del Departamento de Fauna y Flora de que nuestro marisco no está contaminado.

—¿Crees que podríamos?

—Cambiándolo de sitio, sí —dijo.

—¿Cambiando de sitio el Departamento?

—No, hombre... ¡el marisco! Verás, todo el mundo sabe que las ostras más grandes se encuentran en aguas contaminadas, pero también que no se pueden comer porque producen intoxicaciones. Hasta ahí, todos estamos de acuerdo. Lo que mis investigaciones demuestran es que una ostra se purga completamente cada veinticuatro horas.

—¿Y?

—Bien. Ahora supón que pescamos ostras en las zonas contaminadas y después las trasladamos a las aguas saladas, puras y cristalinas del Golfo. Todo lo que tenemos que hacer es sumergir las ostras a poca profundidad y volver a sacarlas al día

siguiente... más limpias que los chorros del oro.

—¿Crees que daría resultado? —pregunté.

—Sí. Bueno, estoy casi seguro. Sólo necesitamos otro esquiife: lo remolcamos hasta una de esas islas donde el agua está limpia, lo llenamos de ostras y lo sumergimos durante veinticuatro horas; al cabo de ese tiempo las ostras ya habrán purgado todas las sustancias tóxicas. Y con la sal del Golfo, ¡estarán más ricas!

—Oye —dije—, creo que puede funcionar.

—Claro. Bueno, también tendremos más trabajo, porque habrá que trasladar las ostras y volver a recogerlas, pero es mejor que estar mano sobre mano.

Y eso es lo que hicimos.

Aún no sé cómo, logramos convencer al Departamento de Fauna y Flora de que nuestras ostras no constituirían ninguna amenaza para la salud pública. Al principio las trasladábamos desde los viveros de la bahía hasta el Golfo en el bote, pero pronto tuvimos que comprar una gabarra para poder atender todos los pedidos. El precio de nuestras ostras también se disparó, porque éramos los únicos productores importantes de la ciudad.

A medida que pasaban las semanas y los meses, teníamos que comprar más y más barcazas, y también contratar más personal.

Fue entonces cuando al pequeño Forrest se le ocurrió otra idea: la que nos hizo definitivamente ricos.

—¿Sabes? —me dijo un día después de descargar un montón de ostras—, he pensado que... Según tú, ¿qué es lo que más gusta a las ostras?

—La porquería —respondí.

—Exacto. ¿Y en qué parte de la bahía dirías que hay más porquería? —preguntó.

—Cerca de la planta de tratamiento de residuos —contesté.

—¡Bingo! Bueno, lo que tenemos que hacer es plantar nuestros viveros precisamente allí. Criaremos miles, ¡millones de ostras! Podemos utilizar tablas o algo así para hacer madurar las huevas, que son las crías de las ostras. Y habría que organizado todo bien: barcos que recojan las ostras jóvenes y las lleven hasta las gabarras del Golfo... También he estado trabajando en los planos de una barcaza sumergible, que se pueda hundir con las ostras contaminadas dentro; al cabo de veinticuatro horas se reflota... ¡y ya está, una gabarra llena de ostras limpias!

Y eso —todo eso— es lo que hicimos.

Al cabo de un año los nuevos viveros producían más ostras que las permitidas por la ley, y habíamos ampliado el negocio con una planta de procesamiento de ostras, un departamento de transporte y una oficina de promoción.

Desde entonces nos llamamos GUMP & COMPANY, y vendemos ostras de calidad superior a cada rincón de los Estados Unidos de América.

Toda esta actividad puso a la madre de Jenny de tan buen humor que decidió

convertirse en nuestra recepcionista. Ahora dice que se siente totalmente «rejuvenecida» y que no quiere pudrirse en ningún asilo. Hasta se ha comprado un Cadillac descapotable para lucir sus sombreritos y sus vestidos de tirantes mientras va de paseo.

Pero sigamos con la historia. Unos meses más tarde el volumen de nuestro negocio era tan grande que tuvimos que contratar a un ejército de empleados. Localicé a Ivan Bozosky y a Mike Mulligan y los puse a la cabeza del departamento de contabilidad, convencido de que, después de unos añitos a la sombra, habrían aprendido la lección.

A Fideo, el guía de mis primeros pasos como vendedor de enciclopedias, le confié el departamento de ventas, y él sólito las ha incrementado en un quinientos por ciento. Curtis y Snake, que ya han dejado de jugar con los Giants y los Saints, se encargan de la seguridad.

A Alfred Hopewell, el responsable de la nueva coca cola, lo fiché para el departamento de investigación y desarrollo. A su esposa, la señora Hopewell, venida a menos desde los disturbios de Atlanta, la nombré directora de relaciones institucionales, y os aseguro que ese mismo día dejamos de tener problemas con el Departamento de Fauna y Flora: cada vez que se celebra una reunión en la oficina oigo sonar el gong y sé que todo va como una seda.

Al señor McGivver, al que recordaréis de la granja porcina, no le resultaba fácil encontrar trabajo después de la catástrofe del *Exxon-Valdez*, así que no tuvo inconveniente en ponerse al mando de la flota de gabarras. Ya ha dejado la bebida, y ninguna de nuestras barcazas ha sufrido ni un rasguño desde que él está al timón. Aún conserva la manía de hablar como si fuera un pirata, pero supongo que eso lo ayuda a mantener a raya a la tripulación.

El coronel North también pasó momentos difíciles; por eso le di trabajo en nuestro departamento de operaciones clandestinas, cuya misión consiste en interceptar y neutralizar cualquier elemento nocivo para las ostras.

—Algún día, Gump —me dice de vez en cuando—, me presentaré como candidato al Senado de Estados Unidos y enseñaré buenas maneras a ese hatajo de capullos.

—Eso me parece muy bien, coronel —le digo yo—, pero mientras tanto asegúrese de que nuestras ostras siguen inmaculadas. Ya sabe a qué me refiero...

Estuve a punto de ofrecer al ayatolá el departamento de moral y relaciones espirituales, pero como se murió, contraté al reverendo Jim Bakker. Desde entonces bendice todos nuestros barcos, gabarras y demás, y parece contento. Su mujer, en cambio, Tammy Faye, no hace buenas migas con la señora Hopewell ni con el gong; tendré que hacer algo al respecto un día de éstos.

Entre la tripulación de nuestros barcos y el personal de la planta de procesamiento

se encuentra todo el elenco de Tierra Santa. Están con nosotros Moisés, el de la zarza ardiente; Jonás, sin la ballena; Jacob, el de la capa de colores; y el ejército del Faraón en pleno. Entre todos se encargan de abrir las ostras. El tipo que interpretaba la Ascensión de Cristo y el que hacía de Daniel en el foso de los leones se ocupan ahora de distribuir las huevas en los criaderos. El león, que últimamente da más lástima que otra cosa, suele estar tumbado a la puerta de mi oficina; de vez en cuando aún suelta algún que otro rugido, pero la verdad es que ya no tiene dientes. Eso sí: ha desarrollado una gran afición por las ostras crudas, lo que demuestra una vez más que no hay mal que por bien no venga.

La señorita Hudgins, de las empresas Bozosky, supervisa todos los envíos de pedidos, y el restaurante de Elaine en Nueva York se ha convertido en uno de los mejores clientes de los viveros Gump & Co. El bufete de los venerables Dewey, Screwum & Howe se ocupa de nuestros asuntos legales, y el señor Guguglianti, que ya no trabaja en la fiscalía, es nuestro asesor extraordinario para casos criminales —por si las moscas.

También trabajan en la planta de procesamiento todos los miembros de los equipos de fútbol de nuestras bases alemanas: los Chucruts de Swagmien y los Genios de Wiesbaden. Eddie, el intrépido conductor de limusinas que amenizó mis días de magnate de las finanzas en Nueva York, está al mando del departamento de transporte.

Y eso no es todo. También ofrecí empleo a Satán Hussein y al general Scheisskopf, pero ambos contestaron que tenían otras cosas entre manos —altamente inflamables, supongo—. La respuesta de Satán fue un tanto ambigua: decía que no descartaba ninguna posibilidad y que tal vez volviera a ponerse en contacto conmigo más adelante.

Por último, puse al bueno del sargento Kranz al mando de la planta procesadora. A pesar de sus batallitas, es agradable volver a tenerlo conmigo.

Y ahora viene lo mejor. Cuando las ideas del pequeño Forrest empezaron a dar buen resultado, reuní el valor necesario para mandar una carta a Gretchen. Y, quién lo iba a decir, al cabo de una semana recibí una hermosa carta suya. Me contaba sus cosas: cómo le iba en la universidad y todo eso. La verdad es que había aprendido tanto inglés que apenas la entendí:

«Dilecto Forrest —decía—, desde el día aciago de tu partida, no mermó un instante el temor de que algún mal te hubiese acontecido, mas tampoco cejé yo en mi empeño de volver a hallarte. Hace poco supe por el embajador nuevas de tu licencia y tu buen estado, y bastóme esa tranquilidad...»

En el resto de la carta, Gretchen me explicaba que, además de idiomas, estaba estudiando ciencias empresariales, y que su ambición era poder abrir su propio restaurante algún día. Y no sólo eso: también decía que tenía muchas ganas de verme.

Dicho y hecho. Al cabo de un par de semanas la teníamos en la planta de Bayou La Batre al frente de nuestro departamento de exportación. Por las noches dábamos largos paseos cogidos de la mano, igual que en los viejos tiempos, y así fue como empecé a sentirme feliz de nuevo, como si al fin mi vida tuviera sentido. Pero esta vez iba a tomármelo con calma.

Olvidaba decirles que el padre de Bubba también decidió reincorporarse al mundo laboral. Desde que él supervisa el procesamiento de los moluscos, ¡no veáis a qué velocidad se abren las conchas!

Y bueno, así están las cosas. Criamos, recogemos, transportamos, abrimos, procesamos, enlatamos y exportamos ostras. Y ganamos dinero a espuestas. Sobre mi mesa hay una placa con una inscripción, regalo del pequeño Forrest. Es de oro macizo sobre un fondo de terciopelo negro, y contiene la siguiente cita del escritor Jonathan Swift: «El primero en comerse una ostra fue un hombre audaz». Gran verdad donde las haya.

Sólo tenemos un pequeño problema. A Smitty y los suyos sigue sin gustarles nuestro negocio. Llegué a ofrecerles trabajo para hacer las paces, pero Smitty me replicó que su gente no estaba a favor de la integración racial, así que continuamos guardando las distancias. De vez en cuando alguien corta las amarras de los barcos por la noche, o llena de azúcar los depósitos de combustible y tonterías por el estilo, pero yo intento no perder los estribos. Al fin y al cabo, nos va tan bien que no vale la pena estropearlo todo por culpa de rencillas personales. Tras los primeros meses de calma, el pequeño Forrest volvió a preguntar por *Wanda*.

—Supongo que en el zoo de Washington estará bien atendida —respondí, pero él no pareció quedar satisfecho.

—Bueno —dije entonces—, podemos mandarles una carta y pedirles que nos la devuelvan.

Y eso es lo que hicimos.

Al cabo de unos cuantos meses llegó la respuesta del zoo, que venía a decir algo así: «El Zoo Nacional no devuelve animales legítimamente adquiridos».

—Pues a mí no me parece justo —protestó el chico—. Fuimos nosotros los que la criamos desde que era un cochinito, ¿no?

—Sí, puede que tengas razón —admití—. Sólo se la prestamos al zoo mientras yo iba a ver al ayatolá. En fin, fuimos a hablar con el coronel North, que dirigía sus operaciones desde un cuartel construido en los terrenos de Gump & Co., y le explicamos la situación.

—¡Hijos de perra! —exclamó con el tacto y la diplomacia que lo caracterizan—. En ese caso, no nos queda más remedio que organizar una operación clandestina para recuperar a *Wanda*.

Y eso hicimos, cómo no.

El coronel North tardó varios meses más en preparar el rescate. Compró ropa de camuflaje, equipos de escalada, maquillaje, sierras, cuchillos, brújulas y demás. Cuando le pedí que me explicase en qué consistía el plan, sin embargo, me dijo que ya se nos ocurriría algo a su debido tiempo.

Y así llegó el día de ir a Washington. Nos escondimos en un parque cercano al zoo para esperar a que oscureciera. A medianoche sólo se oían los gruñidos de los osos, el rugir de los leones y los tigres, y algún que otro bramido de un elefante insomne.

—Es hora de que nos pongamos en marcha —dijo entonces el coronel North, y los tres nos colamos en el zoo. Acabábamos de salvar la tapia cuando, de repente, todas las luces se encendieron y empezaron a sonar un montón de sirenas y timbres. En un abrir y cerrar de ojos nos encontramos rodeados por cincuenta polizontes.

—Creía que era usted un experto en este tipo de cosas —me quejé al coronel.

—Yo también lo creía —confesó el coronel—. Debo de estar algo oxidado.

En fin, el coronel North intentó sacarnos del apuro explicando a la policía que éramos espías y que estábamos ensayando una operación secreta. La maniobra definitiva se llevaría a cabo en el zoo de Bagdad, donde planeábamos capturar algunos de los animales de Satán Hussein con la intención de retenerlos como rehenes, etcétera, etcétera. Al jefe de policía y a sus hombres les dio un ataque de risa tan fuerte que el pequeño Forrest tuvo tiempo de escabullirse en medio de la confusión. Ya teníamos un pie en el furgón cuando el silencio de la noche se vio interrumpido por un grito ensordecedor... seguido de un gruñido inconfundible.

Eran *Wanda* y el pequeño Forrest, que la había sacado de la jaula. Pasaron a nuestro lado tan deprisa que los policías dejaron lo que estaban haciendo y salieron corriendo tras ellos, lo que dio al resto del comando la ocasión de huir. La policía no podía saber que una de las cosas que el pequeño Forrest había heredado de su padre era la velocidad, y no tardaron en perderlo de vista en la oscuridad. El coronel y yo echamos a correr en dirección opuesta, y al cabo de un rato fuimos a reunirnos con *Wanda* y el chico en nuestro escondite del parque, tal como habíamos acordado.

—¡Por todos los demonios! —gritó el coronel—. ¡Lo hemos conseguido, Gump! ¿No me felicitas por haber planeado tan brillante operación clandestina?

—Claro, coronel —dije—, es usted muy hábil.

En fin, salimos del parque sin ser vistos y abandonamos la ciudad siguiendo los raíles del ferrocarril. Después de caminar hasta el amanecer, quién lo iba a decir, encontramos un vagón de mercancías cargado de cerdos en una vía muerta.

—¡Magnífico! —exclamó el coronel North—. No podríamos haber dado con un escondite mejor. —Eso dígaselo a *Wanda* —repliqué—. Yo no estoy tan seguro.

—No tenemos donde escoger, Gump, conque andando todo el mundo —ordenó.

Y eso es lo que hicimos. El viaje de vuelta fue largo e incómodo —sobre todo

largo, porque el tren iba hacia Oregón y además el coronel no paraba de pavonearse —, pero al final conseguimos llegar a casa.

Nos habíamos salido con la nuestra, y el pequeño Forrest parecía más contento con su mascota que un niño con zapatos nuevos. *Wanda* adquirió pronto la costumbre de sentarse a la puerta de mi oficina, a una distancia prudencial del león. Por suerte para ella, el felino ya no tenía dientes, pero la miraba todo el día con ojos lastimeros, como si fuera a pedir su mano o algo así.

Otro día el pequeño Forrest dijo que quería hablar conmigo. Salimos al muelle y allí escuché lo que tenía que decirme.

—¿No crees que hemos estado trabajando mucho últimamente? —me preguntó.

—Sí.

—Pues he estado pensando que no nos irían mal unas vacaciones.

—¿Y ya has pensado qué te gustaría hacer?

—No sé, salir de la bahía, ir a las montañas, bajar en piragua por el río o algo así.

¿Qué te parece?

—Muy bien —dije—. ¿Prefieres ir a algún sitio en particular?

—Me he estado documentando —respondió —hay un lugar en Arkansas que tiene buena pinta.

—¿Ah sí? ¿Cuál?

—El río Whitewash —dijo.

Ir a ese río, eso es lo que hicimos.

Antes de marcharnos de vacaciones me llevé aparte al encargado de la planta, que era el sargento Kranz, y le di unas cuantas instrucciones.

—Ocúpese de que todo siga funcionando como hasta ahora, sargento, e intente no meterse en ningún lío con Smitty y su gente. Recuerde que lo más importante es el negocio, ¿entendido?

—No te preocupes por nada, Gump —me tranquilizó—. A propósito... hace tiempo que quería darte las gracias por haberme dado esta oportunidad. Después de treinta años de servicio, se me hacía cuesta arriba dejar el Ejército, y aquí he tenido el primer empleo de mi vida. Gracias.

—No hay de qué, sargento —le dije—. Está haciendo un gran trabajo en la planta, y me alegro de tenerlo a mi lado. Al fin y al cabo, hemos estado juntos casi desde Vietnam, con Bubba y los demás, y de eso hace ya más de media vida.

—Sí, supongo que tienes razón. Parece que no hay guerra ni paz que baste para librarme de ti, ¿verdad?

—Bueno, esperemos que otra guerra no vuelva a intentarlo, sargento —repliqué

sin saber lo que nos deparaba el destino.

En fin, el pequeño Forrest y yo hicimos el equipaje y pusimos rumbo a Arkansas, al río Whitewash. Desde que empezamos a trabajar en el negocio de las ostras, el pequeño Forrest y yo habíamos mantenido una especie de tregua algo incómoda, así que yo confiaba en que aquellas vacaciones sirvieran para acercarnos un poco. Pero no me interpretéis mal: el comportamiento del chico ha sido siempre intachable, y si no meto la pata más a menudo es precisamente gracias a él. El pequeño Forrest es el vicepresidente y director ejecutivo de Gump & Co., y en realidad es quien lleva el negocio, porque —a estas alturas no hace falta que os lo diga— mi cerebro no da para tanto.

El pequeño Forrest y yo llegamos al río Whitewash un día frío de primavera. Alquilamos una canoa, compramos un montón de comida —tocino, habichuelas, salchichas, queso, embutido y pan de molde—, y nos pusimos en marcha.

Mientras navegábamos por el río Whitewash —que, por cierto, es muy bonito—, el pequeño Forrest me iba explicando la historia geológica de la zona, que ha quedado escrita en los terraplenes excavados por el agua. No sé si sería una indirecta, pero el pequeño Forrest me contó que se pueden averiguar muchas cosas de una época estudiando sus fósiles. También me dijo que nos estábamos aproximando a la famosa formación Smackover, que es de donde procede todo el petróleo del sureste de Estados Unidos.

Por la noche acampábamos en la orilla y encendíamos una hoguera con ramas que el río llevaba a la deriva. Sentados junto al fuego, cocíamos las habichuelas y el tocino, y cenábamos. ¿Sabéis que era la primera vez que iba de vacaciones? El pequeño Forrest parecía bastante contento, y eso me animaba a esperar que nuestra relación mejorara en los días siguientes. Daba gusto ver cómo había crecido y cómo se ocupaba de Gump & Co., pero a veces también me preguntaba si tanta responsabilidad no lo estaría forzando a crecer demasiado deprisa. No estaba seguro de que el chico hubiera disfrutado de una infancia normal, con partidos de fútbol y ese tipo de cosas. Cuando le hablé del tema, sin embargo, le quitó importancia.

Una noche me dio una grata sorpresa. Se puso a hurgar en su mochila y sacó de ella una armónica, la misma que yo había tocado en Vietnam y después con el grupo de Jenny, Los Huevos Cascados. Acto seguido tocó un par de canciones de aquellos tiempos, pero con una melodía mucho más bonita que ninguna de las que yo había conseguido reproducir. Apenas recuperé el habla, le pregunté cómo había aprendido a tocarla, y he aquí lo que me respondió:

—Cuestión de instinto, supongo.

Estábamos llegando al final de nuestra travesía río abajo cuando miré hacia la orilla y vi a un hombre que gritaba y nos hacía señas. Decidimos acercarnos y

remamos hasta la orilla, donde el tipo nos esperaba para ayudarnos a amarrar la canoa.

—Hola —nos saludó—. No sois de por aquí, ¿verdad?

Le dijimos que éramos de Mobile, Alabama, y que íbamos de paso, pero él insistió en que le acompañáramos y echáramos un vistazo a unas parcelas que estaba vendiendo cerca del río. Dijo que eran los mejores terrenos de Arkansas y que nos haría una oferta que no podríamos rechazar. Le advertí que en aquel momento andaba metido en otro tipo de negocios, pero porfió tanto que acepté ver los terrenos para no herir sus sentimientos. Al fin y al cabo, ¿qué podíamos perder? Lo acompañamos, pues, y tengo que admitir que las parcelas me decepcionaron. La zona no estaba mal, pero los terrenos en cuestión estaban llenos de chabolas pintadas de blanco, y de coches y neumáticos que ocupaban el lugar de los jardines. Era el tipo de sitio donde podría haber vivido un servidor tiempo atrás.

En fin, el tipo nos dijo que le llamásemos Bill, y que no debíamos preocuparnos por el estado de la «propiedad horizontal», ya que en menos de una semana todas aquellas viviendas serían demolidas y reemplazadas por casas valoradas en un millón de dólares cada una. Si nos apresurábamos a firmar el contrato, seríamos los primeros en beneficiarnos de la oferta.

—En realidad —nos explicó Bill—, yo me dedico a la política local, pero eso no da para mucho, así que he decidido aprovechar la ocasión e invertir mis ahorros en la iniciativa Río Whitewash. Lo único que puede reportarnos este proyecto es éxito y un montón de satisfacciones.

La verdad es que Bill parecía un tipo simpático. Tenía don de gentes, una voz ronca que inspiraba confianza, el cabello blanco y rizado, una narizota roja como la de Papá Noel y una risa cordial. Hasta nos presentó a su mujer, Hillary, que salió de una caravana para traernos un refresco, ataviada con un modelito cumbayá y un peinado digno de los Beatles.

—Mirad —susurró Bill—, la verdad es que no debería decíroslo, pero estos terrenos están justo encima de una inmensa bolsa de petróleo, de manera que no hace falta construir nada en la parcela: ¡el petróleo se encargará de multiplicar vuestra inversión por un millón!

En aquel momento entró en escena otro hombre de aspecto mayor. Al verlo casi me desmayo del susto.

—Amigos —anunció Bill—, quiero presentaros a mi socio.

Era el señor Tribble, mi mentor de los campeonatos de ajedrez y, según todo el mundo, el responsable del desfalco que dejó en la ruina el negocio de las gambas.

Al verme se echó para atrás, y durante un segundo creí que iba a salir corriendo, pero finalmente recuperó la compostura y se acercó para tenderme la mano.

—Me alegro de volver a verte, Forrest —dijo.

—¿Qué hace usted en Arkansas? —pregunté.

—Es una larga historia —respondió—. Digamos que, después de que el negocio de las gambas se fuera a pique, tuve que buscar otro trabajo. Me enteré de que el gobernador, aquí presente, necesitaba un asesor y vine a ofrecerle mis servicios.

—¿El gobernador? —repetí.

—Eso es. Bill es el gobernador de este estado.

—¿Y por qué se dedica a vender solares? —dije.

—Porque esto es una auténtica ganga —intervino Bill—. Sólo tienes que firmar aquí y ya está. El señor Tribble cobrará su comisión y todos nos haremos ricos.

—Nosotros ya somos ricos —dijo una voz. Era el pequeño Forrest.

—En ese caso, seréis aún más ricos —insistió Bill—. Los ricos son los que hacen funcionar el mundo. Me encantan los ricos, son mis mejores amigos.

Será porque soy tonto y no me entero de la misa la media, pero aquello me sonaba a discurso de candidato presidencial.

—Te habrás preguntado más de una vez, Forrest —dijo el señor Tribble—, qué se hizo del dinero del negocio de las gambas...

—Sólo de tarde en tarde —admití.

—La verdad es que lo cogí yo —confesó el señor Tribble—. Tú te habías ido a Nueva Orleans y, cuando vi que nos quedábamos sin gambas, pensé que ésa era la mejor manera de proteger tus intereses.

—¿En serio? ¿Y dónde está ahora ese dinero?

—Invertido a orillas del río Whitewash. Estas tierras son el negocio del siglo —dijo el señor Tribble.

—¿Y una mierda! —intervino el pequeño Forrest—, estos terrenos no valen un pimiento.

—¿Y puede saberse quién eres tú, hijo? —preguntó el señor Tribble.

—Me llamo Forrest. Y no soy hijo suyo.

—Ya veo...

—¿Me está usted diciendo que soy el propietario de este vertedero?

—Bueno... no exactamente. Verás, sólo usé el dinero de las gambas para pagar la entrada de los terrenos. De algo hay que vivir, ¿no? Pero en pocas palabras, y dejando a un lado el millón y medio largo de dólares de la hipoteca, podría decirse que sí, que eres el propietario de todo cuanto ves.

—Sí —dijo Bill—, pero no os preocupéis por la deuda. Ya sabéis cómo funcionan los préstamos federales: a nadie le importa si devolvéis el dinero o no.

—¿Ah no?

—Y menos les importará si llego a presidente —añadió.

Cuando nos separamos de Bill y del señor Tribble tras esta conversación, el pequeño

Forrest estaba furioso.

—Deberías demandar a ese par de canallas —dijo.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Por haberte robado y haber invertido tu dinero en un basurero, ¡por eso! ¿No te das cuenta de que es un timo inmobiliario? ¿Quién iba a querer vivir en un sitio así?

—Creí que te gustaba el río. Si vivieras aquí, podrías acampar a sus orillas cada noche.

—Pues ya no me gusta —replicó. Seguimos remando río abajo el resto del día, y el pequeño Forrest casi no abrió la boca. Algo me decía que había vuelto a caer en desgracia.

En fin. Como suele suceder, después de la primavera llegó el verano y, después del verano, el otoño, y Gump & Co. seguía viento en popa. De hecho, todo nos iba tan bien que a veces me parecía estar soñando. Gretchen y yo nos entendíamos de maravilla, y al pequeño Forrest, a pesar de vivir rodeado de ostras, nunca se le veía aburrido. Un día pregunté a ambos si les apetecía ir a un partido de fútbol. De hecho, al principio pensé en decírselo sólo al chico, porque aún me acordaba de la opinión de Gretchen sobre el fútbol: *ach!* Pero las cosas habían cambiado mucho desde entonces.

—Me he estado informando sobre vuestro fútbol, Forrest, y me encantará ir al partido —dijo. Bueno, al final resultó que no los llevé a un partido de fútbol, sino a todo un acontecimiento. Fue el día de Año Nuevo. El equipo de la Universidad de Alabama se enfrentaba con el de la Universidad de Miami en Nueva Orleans, y lo que estaba en juego era nada más y nada menos que el Sugar Bowl, el campeonato de Liga.

Antes del partido, los jugadores de la Universidad de Miami se pasearon por toda la ciudad pavoneándose y amenazando con dejar en ridículo a los Crimson Tide. Aquellas bravatas me recordaban las de los comequicos de la Universidad de Nebraska con los que tuvimos que disputar la final del Orange Bowl. Pero de eso hace ya mucho, mucho tiempo. Cada vez más.

En fin. El partido fue un auténtico espectáculo. Puede que ahora se juegue a cubierto y sobre hierba artificial, pero os aseguro que las jugadas eran de verdad. Más que un partido aquello parecía una guerra. Nosotros tres estábamos en un palco privado con unos cuantos amigos de Nueva Orleans —como la buena de Wanda, por ejemplo— a los que había invitado. Por cierto, Gretchen y Wanda se cayeron de maravilla, sobre todo cuando Gretchen contó que había trabajado de camarera en Alemania.

—Todos quieren lo mismo, cielo, pero si te paras a pensarlo... no es mal negocio. —Así era como Wanda resumía su filosofía.

Bueno, para no alargarme más os diré que los Crimson Tide de Alabama dieron a los Hurricanes una paliza tan grande que los de Miami salieron del estadio con el rabo entre las piernas. Quién lo iba a decir: ¡al fin pude ver ganar un trofeo al equipo de mi antigua universidad! Y en compañía de Gretchen, además.

El pequeño Forrest no cabía en sí de gozo, sobre todo a partir del descanso, cuando anunciaron por los altavoces que había un veterano entre el público. De todas formas, tal vez lo mejor del partido fue el arrebató de entusiasmo de Gretchen:

—¡Esa defensa! —gritaba sin parar, y la verdad es que la defensa mejoró tanto que los de Alabama acabaron arrancando los balones de las manos de los Hurricanes.

Al final del partido nos abrazamos todos y me di cuenta de que, pasara lo que pasara, los tres seríamos siempre amigos. Y me alegré, porque si algo me gusta es tener amigos.

Un día que la bahía se despertó envuelta en niebla decidí que había llegado la hora de rendir los últimos honores al teniente y a *Sue*, el bueno de *Sue*.

Por la tarde cogí las cenizas que el general Scheisskopf me había entregado en Kuwait, fui al puerto a buscar mi viejo esquife, solté amarras y empecé a remar. Gretchen y el pequeño Forrest sabían lo que iba a hacer y los dos se habían ofrecido a acompañarme, pero yo les dije que prefería estar solo.

—¡Señor Gump! —me gritó alguien desde el muelle—. ¿Por qué no coge una de las lanchas? Ya no hace falta ir remando.

—Bueno, en ocasiones me gusta remar un rato —le dije—, por los viejos tiempos.

Y eso es lo que hice.

Atravesé todo el canal hasta llegar al fondo de la bahía. Se oían las sirenas de los barcos y las campanas de las boyas, y en medio de la niebla el sol poniente parecía una galleta roja. Seguí remando hasta los nuevos viveros de ostras próximos a la planta de tratamiento de aguas residuales. A esa hora todos los empleados se habían marchado a sus casas, así que tenía todo el mar para mí solo. Por cierto, hay que ver cómo olía aquello...

Dejé que el bote virara con el viento, enderecé la proa para tener más margen de maniobra, y escogí el lugar donde me pareció que crecían las ostras más grandes. Entonces abrí las latas, recé una oración por *Sue* y por el teniente, y lancé las cenizas a las aguas oscuras. Me había imaginado que me sentiría muy triste al hacerlo y, sin embargo, tal vez porque al fin mis amigos habían llegado al final del camino, no fue así. La verdad es que habría preferido dejar a *Sue* en una selva, pero como no tenía ninguna a mano tuve que conformarme con los viveros. De todos modos, *Sue* había estado en Bayou La Batre con Dan, y los dos eran buenos amigos. Las latas se hundieron en una especie de remolino y desaparecieron en el fondo después de lanzar

un breve destello, como dos estrellas. Estaba a punto de empezar a remar en dirección al puerto cuando oí una campanada. Al levantar la cabeza vi a Jenny sentada sobre una boya que se mecía con las olas. Estaba tan guapa como siempre. La buena de Jenny... siempre estaba conmigo cuando la necesitaba.

—Bueno, Forrest —me dijo—, parece que al final has escuchado mi consejo.

—¿Qué consejo?

—El que te di en el desierto. Que hicieras caso del teniente Dan.

—Ah, ése —recordé—. Sí, supongo que sí. No era mal consejo.

—No, lo mismo pienso yo. Solamente necesitabas que alguien te repitiera la palabra «ostras» unas cuantas veces...

—Bueno, espero no acabar metiendo la pata esta vez.

—No creo que lo hagas. Al menos esta vez.

—Pareces triste —observé—. ¿Ocurre algo malo?

—No, es sólo que... ésta podría ser nuestra última vez. Creo que tú ya estás en el buen camino y... bueno, a mí me esperan en otra parte, ya sabes a qué me refiero.

—Pero ¿qué pasa con el pequeño Forrest? Creía que todo esto tenía que ver con él.

—No, en realidad, no. Siempre tuvo que ver contigo. El pequeño Forrest es un chico inteligente; puede cuidarse solo. En cambio tú... necesitabas un poco de ayuda.

—No sé si le caigo bien —dije.

—Yo creo que sí —replicó Jenny—. Son cosas de chicos. ¿No te acuerdas de cómo éramos nosotros a su edad?

—Ha pasado mucho tiempo.

—¿Y qué me dices de Gretchen? —preguntó Jenny—. ¿Qué tal os va? Ya sabes que me cae muy bien. Gretchen es... una buena persona.

—No sé qué decir —farfullé—. Me da vergüenza hablar de ella contigo.

—No veo por qué. Nosotros ya tuvimos nuestra oportunidad.

—Sí... bueno, en cierto modo. Digamos que me supo a poco.

—Eso no importa. Lo que cuenta en la vida son los recuerdos, Forrest; cuando el resto se ha acabado, los recuerdos lo son todo.

—¿Significa eso que no...?

—Seguramente, pero no te preocupes por eso ahora. Tienes el resto de tu vida por delante, y creo que puedes arreglártelas sin mí. No sé cómo, pero me gustaría que me despidieras de mi madre y del pequeño Forrest. Hazlo a tu manera, ¿de acuerdo?

—Claro, pero...

—Sólo quiero que sepas que te quise y que... que eres alguien muy especial.

—¡Espera! —grité, pero cuando volví a mirar sólo vi una boya meciéndose entre la niebla. Nada más. Entonces cogí los remos y volví a casa.

Esa misma tarde fui a la planta procesadora. Di una vuelta por las instalaciones; los empleados se habían ido a casa en su mayoría. Me sentía un poco solo. Algunas oficinas tenían las luces encendidas: gente que hacía horas extraordinarias por el bien de la empresa.

En la planta había un cuartito que me gustaba especialmente. No era mayor que un armario, pero dentro guardábamos las herramientas y un cubo lleno de perlas que pertenecía a todos los empleados. Nuestras perlas no son gran cosa, sobre todo comparadas con las de los japoneses, pero eso no quiere decir que de vez en cuando no encontremos alguna. Las perlas de nuestros viveros suelen tener formas raras y colores feúchos, por eso no se cotizan mucho. De todas maneras, una vez al año las vendemos y sacamos bastante dinero para pagar una ronda de cerveza a los muchachos de los criaderos y de la planta.

A lo que iba. Ese día, al pasar por delante del armario de las perlas, oí un ruido extraño dentro. Abrí la puerta y vi al sargento Kranz sentado en un taburete. Incluso a la luz de una bombilla de veinte vatios era evidente que había estado llorando.

—Sargento, ¿qué ocurre? —le pregunté.

—Nada —me contestó.

—Sargento Kranz, hace muchos años que le conozco y nunca le había visto llorar.

—No te preocupes, no volverá a pasar. Además, ¿quién dice que estoy llorando?

—A mí no me engaña, sargento. Como responsable de este negocio, tengo la obligación de estar al corriente de los problemas de mi gente.

—¿Desde cuándo formo parte de «tu gente», Gump? —dijo.

—Desde el día en que le conocí, sargento —respondí. Durante un segundo nos miramos a los ojos, y vi cómo los suyos se inundaban de lágrimas.

—Puede que tengas razón, Gump —dijo—. Soy demasiado viejo para esto.

—¿A qué se refiere, sargento Kranz?

—A Smitty y su pandilla.

—¿Qué han hecho esta vez?

—Me han seguido cuando he bajado a echar un vistazo a los barcos. Mientras comprobaba las amarras de los esquifes Smitty se ha puesto a mear en uno de los barcos y, cuando le he dicho que no lo hiciera, él y los demás han empezado a atacarme a golpes de... de pescado.

—¿Qué?

—Y Smitty me ha llamado «maldito negro». Nadie se había atrevido nunca a insultarme a la cara.

—¿Está seguro de lo que dice, sargento?

—Ya has oído lo que te he dicho, Gump. No podía defenderme... Tengo cincuenta y nueve años, ¡maldita sea! ¿Cómo voy a defenderme de nueve o diez matones que no tienen ni la mitad de años que yo?

—Pero sargento...

—Qué pero ni qué niño muerto. Si me hubieran dicho hace años que un día consentiría que... Pero no podía hacer otra cosa. Sólo habría conseguido que me propinaran una paliza. Y ¿de qué habría servido eso? Sólo soy un «maldito negro». Además, me dijiste que no me metiera en líos con Smitty y los suyos. Aunque hubiera intentado defenderme no habría servido de nada.

—Sargento Kranz, no se preocupe más por eso. Espere aquí hasta que yo vuelva. Es una orden.

—Eh, ningún soldado raso puede darme órdenes, Gump.

—Esta vez haga una excepción —dije, y salí de la planta decidido a pararle los pies a ese Smitty.

Mi madre siempre me decía que no debía pelearme con nadie, porque era demasiado grande y demasiado tonto. Y yo, en la medida de mis posibilidades, también he intentado siempre comportarme como es debido. Pero a veces uno tiene que hacer caso omiso de lo que le dicta la conciencia.

Para ir al puerto de Bayou La Batre desde la planta procesadora hay que recorrer un buen trecho, y supongo que Smitty y sus compinches me vieron por el camino y adivinaron mis intenciones, porque cuando llegué a los muelles ya me estaban esperando. Smitty encabezaba el grupo.

Sin que yo me diera cuenta, algunos empleados de Gump & Co. me habían seguido, y también muchos de la conservera. A juzgar por la expresión de sus caras, aquellos hombres estaban dispuestos a todo.

Me acerqué a Smitty y le pregunté qué había ocurrido con el sargento Kranz.

—Métete en tus asuntos —me respondió—. Sólo nos hemos divertido un rato.

—¿Llamas diversión a pegar a un hombre de cincuenta y nueve años?

—Vamos, Gump, sólo es un negro. ¿Qué más te da?

Y entonces le demostré qué más me daba.

Primero lo agarré de la chaqueta y lo levanté del suelo. A continuación le hundí la cara en un montón de guano de gaviota que se había ido acumulando en el muelle.

Después le di la vuelta y le arreé una patada en el culo. Aterrizó de espaldas en la cubierta de uno de sus propios barcos. Acto seguido me acerqué al borde del embarcadero, me desabroché los pantalones y me meé encima de él.

—Si vuelves a meterte con mi gente otra vez —le dije—, haré que desees haber nacido lechuga. —No fue una gran frase, lo reconozco, pero no estaba de humor para figuras retóricas.

Entonces noté que algo me había golpeado el brazo y vi que uno de los hombres de Smitty tenía en las manos un tablón con clavos. Había escogido un mal día para jeringarme. Tragué saliva —el brazo me dolía una barbaridad—, agarré al pobre

desgraciado y lo metí de cabeza en una máquina de fabricar hielo. Otro tipo se abalanzó sobre mí esgrimiendo una llave inglesa. Lo levanté en vilo y empecé a darle vueltas y más vueltas hasta que lo solté como si fuera un disco. La última vez que lo vi iba volando rumbo a Cuba, o tal vez Jamaica. Eso bastó para amedrentar al resto de la cuadrilla.

—No olvidéis lo que habéis visto hoy aquí. Y si no queréis que os pase a vosotros... —no hacía falta decir más.

Empezaba a oscurecer. Todos los empleados de Gump & Co. celebraban la victoria y abucheaban a Smitty y sus compinches. En la penumbra vislumbré al sargento Kranz, que asentía con la cabeza. Le guiñé el ojo y él me respondió con un gesto de aprobación. Hacía mucho que éramos amigos y nos entendíamos con pocas palabras.

De repente sentí que alguien me tiraba de la manga. Era el pequeño Forrest, que no apartaba la vista de la herida que me había infligido el tipo del tablón.

—¿Estás bien, papá? —me preguntó.

—¿Qué?

—¿Estás bien, papá? Estás sangrando. —¿Cómo me has llamado?

—Te quiero, papá —dijo entonces. Y no tuve que preguntar más. No señor. No señor.

Y bueno, así acaba la historia más o menos. Cuando la multitud se dispersó, fui andando hasta el brazo de la laguna. Hay un punto desde donde se domina toda la bahía, el estrecho del Misisipi e incluso el Golfo, y estoy seguro de que si la vista alcanzara, se vería México y hasta Sudamérica. Aquella noche había niebla, así que me conformé con sentarme en un banco del parque. El pequeño Forrest vino a sentarse a mi lado y, aunque no nos dijimos nada —creo que ya estaba todo dicho—, me puse a pensar que era un tío con suerte. Tenía trabajo, un hijo alto y orgulloso, y también había tenido un montón de amigos. No pude evitar pensar en todos ellos. Bubba, Jenny, mi madre, Dan y Sue ya no estaban conmigo, pero no creo que estuvieran muy lejos, porque cada vez que oigo una sirena en alta mar, o la campana de una boya, me acuerdo de ellos; sé que están cerca. Y aún tengo al pequeño Forrest, a la madre de Jenny, al sargento Kranz y a todos los demás. Y no he olvidado lo que dijo Jenny sobre Gretchen. Así que, en cierto modo, debo de ser el tío con más suerte del mundo.

Y ya sólo me queda una cosa por contaros: la historia de cuando decidieron hacer una película basada en mi vida. Estaréis de acuerdo conmigo en que eso es algo fuera de lo común, incluso para alguien con mis antecedentes. En fin, resulta que alguien se enteró de que yo era un tonto con suerte y pensó que de ahí se podía sacar lo que hoy llaman «un guión original».

Un buen día vino a verme uno de esos productores de Hollywood para decirme que iba a salir en la pantalla grande. Y muchos de vosotros ya sabéis el resto: hicieron la película y todo el mundo fue a verla. Por cierto, aquel señor Hanks que conocí una noche en Nueva York fue quien me interpretó en el cine. Y no lo hizo mal, la verdad.

Y entonces llegó la noche de la entrega de los Premios de la Academia en California. Todos mis amigos —hasta los padres de Bubba— y yo estábamos entre el público, y que me aspen si la peliculita de marras no arrambló con la mayoría de los premios. Al final del acto, cuando ya habían dado las gracias a medio mundo, decidieron darme las gracias a mí también.

El maestro de ceremonias, que era un tal señor Letterman —un tipo simpático con dientes de conejo—, presentó a un perro amaestrado y muchas otras cosas. Después, como si fuera una especie de propina, anunció que aún quedaba un galardón para Forrest Gump, «el retrasado mental más entrañable de América», y me pidió que subiera al escenario.

Después de entregarme el premio, el señor Letterman me preguntó si había algo que quisiera decir a las cámaras de televisión. Y la verdad es que sí lo había. Algo que me había estado reservando. Eché un vistazo a la platea, donde había un montón de mujeres guapas, tipos apuestos, vestidos elegantes y joyas caras, y dije lo primero que se me pasó por la cabeza, es decir:

—Tengo pis.

Al principio no hubo aplausos ni comentarios de ninguna clase. Creo que todos estaban un poco cohibidos porque todo el país nos estaba viendo por televisión. Pero al cabo de unos segundos el público empezó a murmurar y a cuchichear.

El señor Letterman, que debía de sentirse responsable de todo aquel tinglado, no sabía cómo reaccionar, así que hizo señas a los técnicos para que le pasaran un gancho que había detrás del telón con la intención de sacarme volando del escenario. Mi anfitrión acababa de engancharme por el cuello de la chaqueta cuando los focos iluminaron un proyectil disparado desde la galería. Al parecer, el pequeño Forrest se había puesto tan nervioso que, a falta de palomitas, había estado masticando el programa de la ceremonia. Al ver que intentaban sacarme del escenario, el chico decidió hacer uso del bolo alimenticio como arma ofensiva. La pasta de papel hizo blanco entre ceja y ceja del señor Letterman.

Gretchen se llevó las manos a la cabeza y gritó: «¡Dios mío!», pero la verdad es que fue un gran espectáculo. De repente, se armó un alboroto fenomenal. La gente empezó a saltar de sus asientos, a gritar y a señalar con el dedo mientras el bueno del señor Letterman seguía tambaleándose en el estrado e intentaba limpiarse la cara.

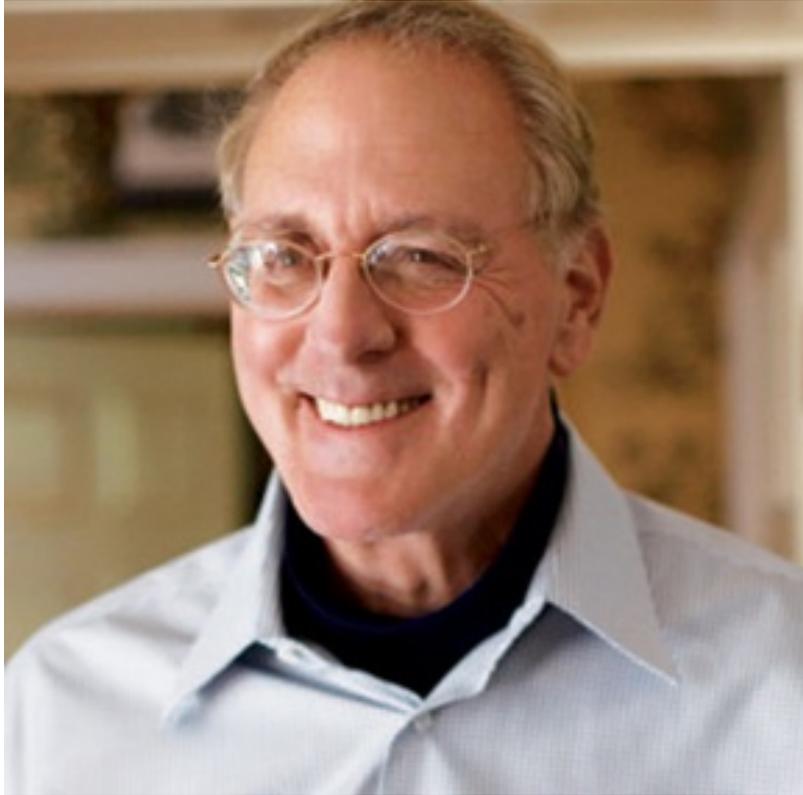
Por encima del griterío general se oyó una voz que decía:

—¡Es mi papá! ¡Es mi papá! —No hacía falta más, ¿verdad?

Y bueno, supongo que todos hemos tenido nuestros momentos, y que tarde o

temprano tiene que caer el telón.
Ya sabéis a qué me refiero.

FIN



WINSTON GROOM (Washington, 23 de marzo de 1944) es un escritor americano conocido por su novela *Forrest Gump*, que resultó un gran éxito internacional tras la adaptación cinematográfica que realizó Robert Zemeckis.

Groom fue soldado en Vietnam y luego trabajó como periodista antes de comenzar su carrera como escritor, con la que llegó a ser finalista del Pulitzer en 1983.